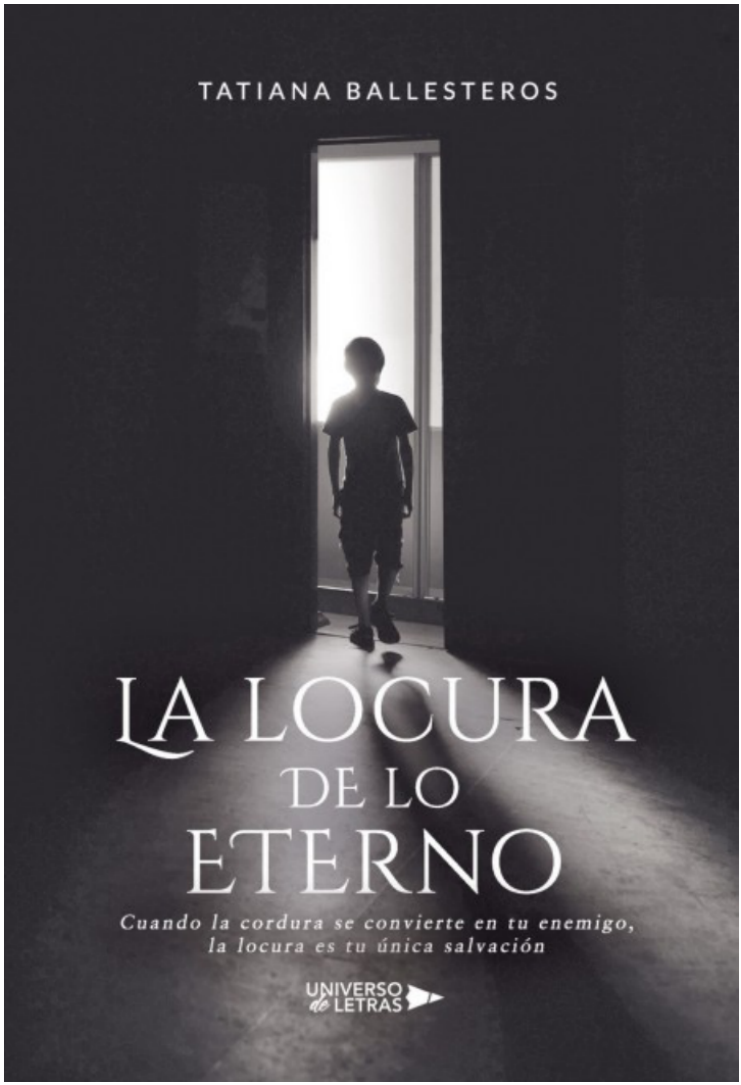
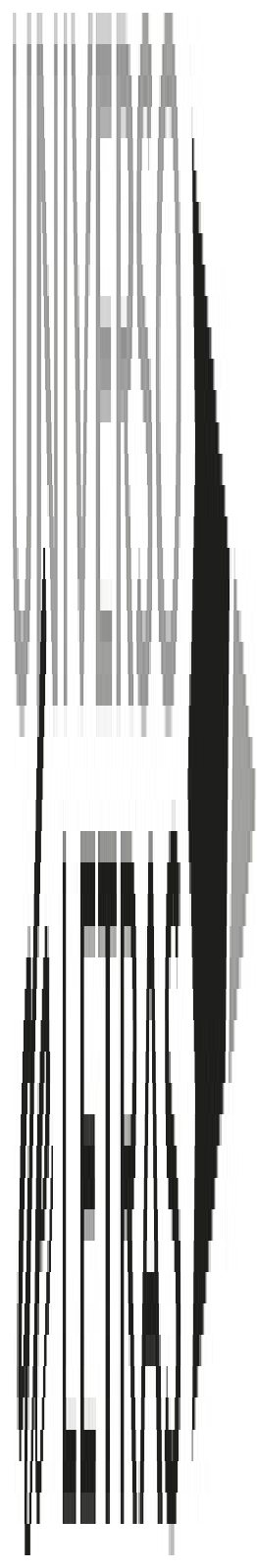

TATIANA BALLESTEROS
LA LOCURA DE LO ETERNO
Cuando la cordura se convierte en tu enemigo, la locura es tu única salvación
UNIVERSO de LETRAS

La locura de lo eterno

LA LOCURA DE LO ETERNO

TATIANA BALLESTEROS



La locura de lo eterno
Tatiana Ballesteros

Esta obra ha sido publicada por su autor a través del servicio de autopublicación de EDITORIAL PLANETA, S.A.U. para su distribución y puesta a disposición del público bajo la marca editorial Universo de Letras por lo que el autor asume toda la responsabilidad por los contenidos incluidos en la misma.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del autor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

© Tatiana Ballesteros, 2019

Diseño de la cubierta: Equipo de diseño de Universo de Letras
Imagen de cubierta: ©Shutterstock.com

www.universodeletras.com

Primera edición: 2019

ISBN: 9788417569891
ISBN eBook: 9788417741037

Dedicado a los cuerdos de alma loca y a los locos de alma cuerda. A los que no quieren ser normales, a los diferentes. En especial, a la persona más loca de todas, mi madre.

A lo largo de los siglos, la locura se ha visto como aquella condición anómala en el ser humano, la cual hace que su estado mental se vea alterado de una manera significativa.

En la Antigüedad se creía que la locura se generaba a partir de operaciones sobrenaturales o demoníacas. Se llegaba a pensar que la locura era el castigo a los pecados de una persona.

En la época renacentista, se sigue con el criterio de que la locura es la encarnación del mal y es justo en ese momento cuando aparece *stultifera navis,* la nave de los locos, la cual determina su errante existencia.

Los años continuaron hasta que el humanismo recondujo esta infame idea sobre la locura, ligándola estrechamente con la razón; pero, poco tiempo después, la locura se doma a través de la violencia en los hospitales de locos, donde se cometían verdaderas atrocidades.

«La verdadera locura quizá no sea otra cosa que la sabiduría misma, que, cansada de descubrir las vergüenzas del mundo, ha tomado la inteligente resolución de volverse loca».

Heinrich Heine

Aporía

Corría en dirección contraria a la barbarie que allí se desataba con la única esperanza de llegar sano y salvo al único lugar donde sus recuerdos estaban protegidos por cuatro paredes. Cinco hombres de la Gestapo lo perseguían armados cada uno de ellos con una Maschinenpistole 43, surcando aquella calle inclinada llena de adoquines rotos por la metralla que les impedían correr con facilidad, zafándose del polvo que salía de las casas derruidas por una guerra sin nombre que le dio una historia triste a aquella Alemania que, a día de hoy, nadie quiere rememorar.

La puerta que traspasó había sido fusilada minutos atrás y pudo adentrarse en esa casa aún firme sin necesidad de abrir un picaporte que, de seguro, ardía por los impactos de bala. Pasó la cocina con tanta velocidad que no se dio cuenta de que uno de sus amigos estaba tendido en el suelo, cubierto de sangre y sin pulso; consiguió llegar a la escotilla que albergaba un subterfugio que él mismo construyó con sus propias manos para que, llegado el día, pudiera sobrevivir.

Aquel lugar no tenía más que un pequeño foco con el casquillo visible, unos cuantos folios desperdigados por esos seis metros cuadrados y algún que otro acopio que le permitiría permanecer allí una semana como mucho. Pero lo que él más apreciaba era la fotografía que lo mantenía atado a la razón que unos cuantos años atrás perdió a causa del aniquilamiento de millones de personas.

Ernest Müller tenía veinticinco años cuando entró en su refugio y aquella fotografía contenía la imagen de sus padres y de él cuando apenas tenía siete años. Sus padres fueron asesinados tres años antes, cuando la mayor contienda bélica de la historia estalló en los corazones de todos aquellos que se vieron implicados en una agonía que, tantas décadas después, seguimos conociendo como la Segunda Guerra Mundial.

Ernest Müller nunca fue un chico normal. Su mente tenía una capacidad extraordinaria y su intelecto daba miles de vueltas al de cualquiera de los que lo rodeaban. Nunca encajó, y si encajó en algún lugar fue lejos de lo que se consideraba aceptable. Natural de Cochem, criado la mayor parte de su vida a orillas del río Mosela, fue educado por un padre alemán y una madre española

con raíces inglesas que se enamoraron en el corazón de Berlín, cuando su madre viajó con su familia hasta el país que unos años después se hizo protagonista por sus inestimables asesinatos.

Cuando apenas tenía catorce años, se mudaron a Berlín en busca de un futuro mejor. Su padre se dedicaba a la venta de zapatos y su madre era quien hacía esas maravillosas obras de arte que les permitían dar de comer a su hijo; pero la Gran Depresión no tardó en llegar y la pobreza inundó los hogares de casi todo el mundo, incluido el suyo. Las manos de Ernest Müller hacían honor a la profesión de zapatero, puesto que, desde bien joven, ayudaba a sus padres.

La inmensurable crisis que se vivió en aquella época dio paso a dictaduras siniestras como la que se vivió en Alemania y el padre de Ernest tuvo que tomar la terrible decisión de no apoyar al hombre que destruyó miles de vidas, con la consecuente sentencia de muerte para él y para su mujer.

El día que ambos perdieron el bien más preciado del ser humano, la vida, Ernest Müller logró huir perdiendo parte de su ser en aquellos padres a los que siempre recordó con un amor inexplicable y a los que siempre llevaba consigo en aquel trozo de papel, inmortalizados en el tiempo y en el espacio; porque para Ernest solo fallecieron, pero nunca murieron.

Miraba la fotografía una y otra vez con los ojos empañados en dolor, los párpados cansados y devastados por tantas noches sin dormir, con un temblor de manos que le impedía ver la fotografía con claridad. Ernest Müller nunca fue un chico normal y, por ello, nunca vio la realidad de una manera normal.

Los cinco soldados de la Gestapo desistieron en la búsqueda de aquel joven. No les quedaba mucho tiempo para seguir en vigor, porque pronto los aviones norteamericanos bombardearían el cuartel general de la Gestapo en Prinz-Albrech-Strasse, pero el hecho de portar armas sin ningún escrúpulo para usarlas hacía que el miedo que ya estaba sembrado y cultivado en Berlín se acrecentara, provocando que cada persona superviviente de tales hechos menguara hasta el punto de sentirse el ser más insignificante del planeta.

Ernest Müller tenía un físico cuando menos espectacular; el canon de belleza griego representaba cada una de las facciones de su cara, dejando ver una belleza extrema capaz de doblegar a cualquier mortal de la tierra. Su cabello rubio ceniza, su nariz espléndidamente perfecta, sus ojos tan marrones como verdes y esa forma cuadrada de su cara eran la envidia de muchos de aquellos que pasaron por su vida. Pero Ernest tenía una cualidad: estaba loco. Y esa locura le hizo ser uno de los pocos supervivientes de la Alemania nazi. Sobrevivir al mayor acto de crueldad humano de aquella época fue algo que siempre recordó como una batalla vencida, pero aquel joven tenía una guerra

interna abierta que no supo gestionar y en la que, al final, fue vencido.

Al cabo de varios días se sintió seguro y con fuerzas para salir del lugar de reclusión en el que tan protegido se sentía. El techo de aquella casa que custodió a muchos de sus amigos junto con él dejó de existir, probablemente por el impacto de algún misil. Nunca logró superar el día que salió y vio el cielo con tan solo abrir la puerta, ese cielo fuera de color gris. Apenas podía andar entre tanto escombro que dejaba asomar de vez en cuando alguna extremidad que, para él, era conocida.

Terminó habitando aquella casa con unos cuantos amigos también incomprendidos por el mundo, pero tan organizados entre sí que pasaron mucho más tiempo vivos de lo que cualquier otra persona cuerda pudo pasar. Ernest siempre tuvo la inmensa suerte de ser un ser camaleónico que lograba adaptarse de una manera casi innata a las situaciones que la vida le deparaba. Porque muchas veces la vida te cambia en un solo abrir y cerrar de ojos y, para este joven, las opciones eran claras: adaptarse y seguir, o no hacerlo y morir.

Nunca logró establecer relaciones interpersonales que le permitieran crear un círculo social al que acogerse cuando la soledad invadía su ser. Él sentía que tenía amigos en esa realidad que prácticamente nadie entendía, pero Ernest nunca pudo considerar que esa relación fuera recíproca, se sentía incapaz de devolver la amistad a las personas que habían vivido con él aquel infierno. Tan solo una persona logró que Ernest le correspondiera de una manera casi insólita para lo que él acostumbraba a demostrar.

A los tres días de la muerte de sus padres, en su huida, conoció a una joven que lo acogió en secreto en el sótano de su casa durante dos semanas, para que la barbarie no le afectara y, así, poder salvar su vida el tiempo que pudiera. Agnes Lerman tuvo la suerte de nacer y criarse en una familia con ciertas comodidades. Su padre era un militar alemán de afamada reputación en Berlín, en el año treinta y cuatro; tuvo que jurar lealtad a Hitler como otros tantos a los que, aun estando en desacuerdo con las ideas del dictador, no les quedó más remedio que aceptar lo que venía.

Muchos militares estaban en contra y su única finalidad era salir adelante con sus familias, aunque con ello tuvieran que cambiar el saludo militar por el saludo fascista y depender del Führer proclamando el juramento:

> Juro por Dios que deberé prestar obediencia absoluta al jefe del imperio y del pueblo alemán, Adolf Hitler —comandante en jefe de las fuerzas armadas— y que, como un soldado valeroso, deberé estar siempre preparado para dar mi vida por este juramento.

Su familia gozaba de ciertos privilegios, pero el hambre llegó a casi toda Alemania y eran pocos, muy pocos, los que podían subsistir. Agnes encontró a Ernest en la esquina de su barrio, encogido, temblando del frío y con la cabeza agachada. No dudó en acercarse a él, puesto que Agnes siempre tuvo una especial debilidad por las personas que parecían no ser felices. Era una joven con una luz interior que conseguía iluminar el camino de las personas que la rodeaban y, como no podía ser de otra manera, consiguió iluminar la vida de Ernest las dos semanas que estuvo protegiéndolo de la guerra.

Consiguió esconderlo en el sótano de su casa, le proporcionó ropa nueva, sin rotos ni desgarros para que lo mantuvieran caliente el mayor tiempo posible. Nada más llegar a su nuevo cobijo, la joven que tenía los ojos de un azul casi cristalino le bajó un plato con gulash de vacuno y unas cuantas patatas hervidas. Ernest nunca había saboreado una comida tan exquisita en su vida, ni siquiera cuando las cosas iban bien en su familia. Comió el plato en menos de dos minutos, un plato colmado hasta arriba, mientras Agnes lo miraba y se reía sin parar.

—¿De qué te ríes? —preguntó Ernest con la boca llena.

—De lo mucho que estás disfrutando —contestó Agnes mientras le limpiaba con una servilleta de tela la barbilla llena de salsa.

Fue en este momento cuando Ernest, al levantar la mirada del plato y ver a aquella joven limpiándole la cara, supo que Agnes sería importante en su vida.

—¿Cómo te llamas? —Dejó el plato en el suelo.

—Agnes Lerman. Tengo diecisiete años y me encantaría ser enfermera. ¿Y tú?

—Ernest.

—¿Ernest a secas? —Frunció el ceño.

—Ernest Müller —respondió sorprendido por la cara de enfado de la joven.

—¿Qué quieres ser de mayor, Ernest Müller?

—No lo sé.

—¿No lo sabes? ¿Y a qué aspiras en la vida entonces? —le dijo mientras recogía la comida que le había servido.

—A cambiar el mundo —respondió contundentemente.

Agnes estalló en una carcajada al escuchar un deseo tan loco en los tiempos que corrían, pero la enternecía aquel chico al que encontró encogido en aquella esquina que, poco tiempo después, fue bombardeada.

Ernest Müller guardaba en el interior de un bolsillo de su pantalón desgastado la foto de sus padres, a los que asesinaron tres días antes. Llorar era una tarea perdida para él y se sentía impotente ante la anestesia emocional que siempre había tenido. Sufrir en silencio con los ojos sin empañarse fue su única

opción para llevar el duelo de la mejor manera posible.

El primer día en aquel sótano se le hizo largo y tedioso. Agnes no volvió a bajar hasta que cayó la noche y consideró seguro el ir a visitarlo, por lo que el joven se tumbó en aquel suelo frío con las manos en la nuca, dispuesto a soñar despierto como tantas veces hacía.

Unos cuantos años antes, mientras dormía después de un largo día en la zapatería de su padre, escuchó una voz en su interior tan potente y sonora que lo despertó de golpe. Al principio pensó que solo había sido un sueño, pero cuando ya tenía los ojos abiertos volvió a escuchar aquella voz. Se levantó de la cama dispuesto a ir a por un vaso de agua, inquieto a la par que asustado, frotó sus ojos con cierta fuerza para asegurarse de que no estaba dormido, pero seguía escuchando esa voz potente y sonora.

Desde aquel día, alguna vez volvía a escucharla, pero eso fue un secreto que se guardó consigo mismo y que jamás les contó a sus padres.

A veces le decía que fuera de este planeta había lugares hermosos en los que vivir, otras veces aquella voz le decía que los zapatos no le traerían más que problemas. Aprendió a vivir con esa voz en su interior. A veces, la mandaba callar delante de la gente que lo miraba como un loco por hablar aparentemente solo. Pero él nunca trató de disimular lo que le nacía dentro, tan solo se reservaba ese derecho de vivirlo de una manera solitaria, porque esa voz se convirtió en una compañía que le permitía sentirse acompañado en los momentos más difíciles y de mayor soledad.

En ocasiones, se planteaba cómo el resto del mundo o, al menos, la inmensa mayoría lograba subsistir sin una voz interior con la que poder conversar de las mayores utopías jamás pensadas. No entendía cómo una persona sin esa voz era capaz de pasar día tras día con el simple sonido de las voces ajenas que, en la mayoría de los casos, no aportaban nada. Ernest sentía como esa voz interior que le hablaba cuando menos lo esperaba lo ayudaba a entenderse mejor a sí mismo e incluso le enseñaba ciertas cosas que era imposible que cualquier otra persona del mundo pudiera mostrarle.

Es cierto que al principio le fue muy molesto tener una voz en la cabeza sin poder bajar el volumen y dejar de escucharla; pero con el tiempo se fue encariñando, incluso le puso cara a aquella voz, la de un niño pequeño de unos nueve años de edad. Pero no un niño cualquiera, sino un niño que era capaz de presentarle teorías que hasta a él mismo le costaba entender en muchas ocasiones. Pero aprendía, aprendía de aquel niño y de él mismo con su ayuda. Era como un Sócrates que el universo puso al azar en su mente para ayudarlo a encontrar la verdad, dispuesto a razonar sobre la inmortalidad del alma y la

virtud del ser humano; no era Ernest Müller quien hacía las preguntas en los diálogos que se formaban con aquella voz en forma de niño, sino que era este quien preguntaba a Ernest y le obligaba a reconocer su propia ignorancia hasta que llegaba a una respuesta correcta.

Tal era la unión de la voz consigo mismo que con el paso del tiempo lo apodó para poder seguir personificando lo que escuchaba él y tan solo él. Libert se convirtió en aquel niño al que imaginaba cada vez que lo escuchaba. Libert era su apodo, pero Libertatem era su nombre, porque, para Ernest, aquel niño era la libertad con la que soñaba cada día de su vida. La libertad de pensamiento, la libertad utópica que nadie más lograría entender, la libertad con la que él se sentía libre.

Al caer la noche, Agnes volvió a aquel oscuro lugar en el que Ernest estuvo acompañado por Libert en su ausencia, logró escabullirse cuando su madre se acostó y el resto del servicio yacía en sus aposentos dispuestos a descansar para sobrepasar otro día más en aquella casa. Cuando pudo colarse en la cocina y coger algo de cena para aquel joven que escondía en su sótano, bajó las escaleras de madera que chirriaban a cada paso que daba con la esperanza de que nadie la escuchara y abrió la puerta con el pie para no derramar una sola gota de la sopa de judías que había conseguido sustraer.

—¿Te gusta la sopa de judías? —dijo mientras cerraba la puerta con el mismo pie.

—Sí, me gusta todo. Gracias. —Cogió la bandeja para liberarla de aquel peso.

Ambos se sentaron en el frío suelo. Agnes no podía evitar mirarlo sin pestañear, puesto que la belleza de Ernest era digna de contemplar y, aunque aquel joven era unos años mayor que ella, inevitablemente se sentía hipnotizada por su atractivo físico.

—Estaba delicioso. Gracias de nuevo. —Dejó la bandeja apartada para no molestar entre los dos.

—Antes he bajado, aunque no he podido entrar porque me ha sorprendido una mujer del servicio, y te he escuchado hablar con alguien. ¿Quién era? —preguntó Agnes mientras se acercaba a él.

—Un amigo con el que a veces hablo.

—¿Está muerto?

—No. —Sonrió—. No está muerto.

—Y, entonces, ¿dónde está?

—En mi cabeza.

—¿Cómo se llama tu amigo? ¿Puedo ser su amiga yo también?

—Libert, se llama Libert y no, no puedes ser su amiga. Solo yo puedo hablar con él.

—Oh, qué pena… ¿Y de qué hablabais?

—Hablábamos de cómo sería el mundo si no existieran las guerras. Porque Libert tiene la teoría de que la maldad es la que crea las guerras y yo tengo la teoría de que somos los humanos los que la creamos.

—Bueno…, en realidad creo que los dos tenéis razón, porque la maldad es una condición humana.

—No, también hay animales malos —contestó Ernest defendiendo su postura.

—Yo creo que no existen animales malos, simplemente hay animales que por instinto hacen cosas malas.

—Entonces, ¿puede que las guerras se creen por instinto?

—Mmmm... —se quedó pensando unos segundos—, no, porque el instinto del ser humano debería ser amar y querer ser felices y hacer feliz al resto del mundo; no matar y hacer daño a la gente por una idea.

—Ya, pero… eso pasa.

—Pero no por instinto, sino por maldad, por ignorancia o por codicia. Fíjate lo que está pasando ahora. Hay gente que está hacinada en campos de concentración por el simple hecho de ser romaníes o judíos. La gente que los ha metido allí dentro no tiene ningún instinto, simplemente son malos. Un día escuché a mi madre contarle a una amiga suya que la gente que hay allí dentro tiene que trabajar durante todo el día, sin comer, sin beber, sin lavarse el cuerpo… y que al que no trabaje lo llevan a una zona donde nunca más se lo vuelve a ver. Nosotros dentro de poco tiempo vamos a ir a uno de esos campos porque mi padre va a estar allí destinado para supervisar.

—¿Supervisar que la gente no coma ni se lave el cuerpo?

—Sí, pero mi padre es un hombre bueno; seguro que ayuda a la gente sin que sus compañeros se enteren.

De pronto, escucharon unos ruidos que venían de arriba, Agnes se asustó y se fue corriendo antes de que nadie descubriera que tenía a un apuesto joven en su sótano. Subió aquellas escaleras ruidosas entre tanto silencio y Ernest aprovechó su marcha para acurrucarse en una esquina y dormir un poco; había sido un día largo y notaba como necesitaba descansar casi más que comer, pero gracias a Agnes había llenado su estómago, el cual se había habituado a rugir con cierta frecuencia por el hambre que pasaba.

Las noches eran la parte del día que más le hacía sentir seguro dentro de su

ya absoluta soledad. No siempre las noches eran tranquilas, la guerra había sumido a aquella ciudad en un infierno que consiguió metamorfosear las noches más oscuras en momentos iluminados por las bombas, los incendios que provocaban las bombas y los gritos ensordecedores de quienes tenían el infortunio de verse afectados por ello. Para Ernest, la noche siempre fue el momento del día en el que sus pensamientos podían vagar por el mundo sin armar escándalo y Libert podía salir tranquilo sin que fuera un impedimento para la vida rutinaria del joven. La sencillez con la que amaba las noches lo hizo legítimo dios de la nocturnidad.

Una noche que aún recuerda, antes de que la Segunda Guerra Mundial estallara en los corazones de medio mundo y antes de que quedara en tierra de nadie, la puerta de Branderburgo era un lugar al que solía acudir y esa noche se marcó en su calendario como quien marca un árbol para poder volver al lugar del que partió. Se sentó en una de las bases de aquellas columnas dóricas y estriadas que le recordaban a una fotografía de la Acrópolis de Atenas, con un cuaderno y una pluma estilográfica que había tomado prestadas de su padre. La singularidad de Ernest radicaba en su incapacidad para poder expresarse de una manera adecuada con el mundo, y escribir en una hoja blanca era un punto de fuga en un lienzo que jamás supo dibujar. Cierto es que tenía esa costumbre nocturna, pero esta noche de la que os hablo cambió por completo su manera de ver la vida.

Cuando estaba terminando una de sus frases, un hombre harapiento y sin ningún tipo de higiene se acercó a él sigiloso y le quitó su cuaderno, se puso a correr alrededor de una de las columnas sin parar mientras leía algunos de los párrafos que Ernest había escrito; el joven corrió detrás de él durante un tiempo lo suficientemente largo para perder el aliento, hasta que desistió su búsqueda y se volvió a sentar en el mismo lugar en el que había empezado a escribir. El hombre, entre risas y carcajadas, se sentó a su lado y le devolvió el cuaderno. Ernest lo miró fijamente y vio en aquel hombre un ser perdido del mundo, una persona que había perdido toda la cordura y había decidido sumirse en una locura tan extrema que desprendía una sensación siniestra hacia los demás. El hombre apoyó su espalda y empezó a recitar, como si de un poema se tratase, una y otra vez: «De noche, especialmente, es hermoso creer en la luz. De noche, especialmente, es hermoso creer en la luz. De noche, especialmente, es hermoso creer en la luz…». Ernest, desesperado por una vorágine de palabras, le gritó que parase y se levantó justo delante del hombre.

—¿Qué es lo que quieres? —preguntó enfadado.

El hombre levantó su cabeza hasta fundirse en una única mirada con Ernest, sonrió con los pocos dientes que le quedaban y le dijo:

—Los hombres más fuertes son los que se han planteado cómo es la realidad.

—Mira, no sé qué quieres decir, me voy a ir.

Ernest cogió su pluma del borde de la columna y, cuando iba a emprender el camino de vuelta a su casa, el hombre desaliñado y con ese matiz catastrófico lo agarró del brazo derecho, volteándolo hasta volver a fundirse en una sola mirada. En ese momento, el joven y apuesto chico se quedó callado, observando la cara de aquel hombre que parecía tener dentro de él un sabio en potencia, un alma perdida en un mundo de ignorantes. Soltó su brazo con cuidado, posó su mano en el hombro de Ernest y le dijo:

—Cuando te pierdas, cuando no sepas de dónde vienes y tu mente decida olvidar quién eres, recuerda: «El sabio es consciente de que la clave está en las preguntas».

Aquella noche, Ernest comprendió dos cosas que nunca antes se había planteado: que la locura puede ser una inteligencia perdida y que la noche ya no volvería a ser nunca tranquila para él.

Agnes abrió la puerta rápido y sobresaltó a Ernest, que se había quedado profundamente dormido.

—¡Ernest!, ¡despierta! —Lo zarandeó.

—Hoy viene mi padre a casa —le dijo entusiasmada.

—Tendré que irme entonces —contestó el joven mientras se desperezaba.

—No, no es necesario que te vayas, pero no podré bajarte comida ni venir a hablar contigo, así que te he traído varios trozos de pan y un poco de fruta para que tengas durante todo el día.

—¿Estás segura de que nadie bajará aquí?

—Segurísima, tengo que irme. Si escuchas jaleo arriba, ya sabes por qué es. Ten un buen día —se despidió, dándole un beso en la mejilla que lo hizo sonrojar.

Aquella muchacha conseguía poner nervioso a Ernest y ese era un sentimiento demasiado novedoso y hostil para él, puesto que era la primera vez que se sentía inseguro delante de una mujer; más bien, delante de una chica o, mejor dicho, delante de una persona. Tan solo se sintió una vez parecido y fue cuando conoció a Libert. El nerviosismo siempre hace que pierdas la calma natural y, para un ser humano calmado y relajado entre tanto ruido, el estado de nerviosismo era realmente perturbador para Ernest. No solo le temblaban las manos a la vez que notaba el sudor frío que le impedía sujetar cualquier objeto, sino que notaba como desde la cabeza hasta los pies su temperatura corporal cambiaba hasta el límite en el cual debía sostenerse no solo con las piernas. La

reacción que su cuerpo y su fisionomía tenía ante ese estado era casi tan desmesurada como la guerra que se estaba librando fuera del sótano, que, de seguro, lo estaba manteniendo con vida mucho más tiempo del que hubiera permanecido con aliento a la intemperie.

Sentía una extraña atracción por Agnes, porque no era la atracción física evidente la que lo hacía temblar, sino la tranquilidad tan paradójica que en el fondo le transmitía aquella joven.

No supo racionar la comida que le había entregado para todo el día, pero no le importaba; el simple hecho de poder llevarse algo a la boca lo saciaba por completo. Así pues, en menos de veinte minutos se terminó todo lo que tenía.

Miró a una de las paredes que lo separaban de la guerra y observó que en el zócalo bastante erosionado por el paso del tiempo había un nombre y una fecha grabados: «Norbert, 19 de diciembre de 1929». Pero, antes de que pudiera ponerse a pensar quién sería aquel hombre que dejó su huella en aquel friso inferior, llegó Libert.

—Deberías haber dejado comida para más tarde —le reprochó.

—He comido, eso es lo importante, Libert —contestó con ese tono característico que siempre ponía cuando sentía que aquel niño ejercía de padre.

—Creo que Agnes se siente atraída por ti… —Sonrió con picardía.

—¡Cállate! Solo me está ayudando, nada más, y no sé cómo podré recompensarla.

—Quizá con un beso… —Se alejó de Ernest, que intentó darle una colleja.

—¿Cuándo terminará esta guerra? —preguntó el joven apuesto mientras abrazaba sus rodillas y miraba a la nada.

—Ojalá pudiera decirte una fecha, pero creo que simplemente terminará cuando nos demos cuenta de la cantidad de vidas que se está llevando.

—¿Tú crees? Porque yo pienso que la vida de la gente no importa nada y que por eso ocurre esto.

—Puede que tengas razón, Ernest, pero oye: ¿te has fijado en la cantidad de olas que se ven en esa pared? He podido ver al fondo un velero pirata.

—No, no me he fijado. ¿Dónde lo ves?

—Allí, fíjate bien.

Fue en ese momento en el que Libert estaba apuntando con su dedo índice justo en el medio de aquella pared cuando, de pronto, se convirtió en el mismísimo océano Pacífico para Ernest. Y lo visualizó: aquel velero pirata al fondo en un día tan soleado que los reflejos del sol le hacían daño a la vista.

—¡Ya lo veo, Libert! Y nosotros ¿dónde estamos? —preguntó contrariado

mientras solo veía agua a su alrededor.

—¡Dónde vamos a estar! Encima del agua —contestó Libert mientras echaba a correr en dirección a aquel velero con banderas negras.

—¡Libert!, ¡espera, no corras! —Miró debajo de sus pies y vio como el agua era un suelo que podía pisar y por el que podía correr, y así lo hizo, corrió detrás de Libert que iba directo a aquel velero.

Consiguió alcanzarlo y echar mano de su jersey azul marino para alertarlo de que allí dentro había gente peligrosa que podían hacerles daño. Pero Libert, que nunca le tuvo miedo a nada, se soltó, le sonrió y continuó.

A veces tenía la sensación de que Libert, pese a su sabiduría, no era más que un crío con ganas de jugar y de desafiar constantemente a la vida. En otras ocasiones, tenía la sensación de que todo lo que vivía con él era una fábula absurda, pero sabía que, sin esas fábulas, continuar sería complicado para alguien como él.

Llegaron a aquella nave de madera y vieron lo inmensa que era de cerca y lo pequeña que parecía a lo lejos. Ernest aupó a Libert para que pudiera subir y, detrás de él, lo acompañó en aquella aventura tan inquietante.

Consiguieron subir por la aleta de estribor, se escondieron rápidamente en uno de los barriles que tenían apilados junto a un montón de pescado podrido del que salía un hedor tan insoportable que tuvieron que echarse la mano a la nariz para no respirar.

El barco estaba desierto, tan solo se escuchaba el oleaje del océano que, para Ernest, fue una bocanada de libertad absoluta que disfrutó recordando su niñez a orillas del río que lo vio crecer en sus primeros años de vida. Rememoró el día en el que su padre se lo llevó por primera vez a pescar en el bote que un amigo le prestó para que pudiera compartir con su hijo aquel momento. Fue la única vez que surcó el río que tanto aliento le daba cuando le costaba respirar.

Dos piratas subieron de pronto y, entre risas y sorbos de ron, se reían de un compañero que se había caído por la borda y que habían decidido dejar a la deriva varias millas atrás. Ernest y Libert se escondieron aún más entre el pescado podrido, asustados. Pero tal fue su suerte que una hambrienta gaviota bajó hasta los barriles que los escondían para coger algo de comer. Los piratas fueron tras ella, querían capturarla y usarla para su entretenimiento, pero lo que allí encontraron fue un joven y un niño muertos de miedo. Los cogieron con sus manos sucias y sus uñas largas, los zarandearon y llamaron al resto de la tripulación para que vieran el tesoro que se habían encontrado entre el pescado podrido.

Entre varios los ataron al mástil de aquel velero de madera y empezó lo que

para Ernest fue un día inolvidable.

—¡Mirad lo que tenemos aquí! —dijo el capitán del barco, el pirata más temido de todos los mares, mientras bajaba del camarote principal.

—¿De dónde habéis salido? —Se acercó a la cara de Ernest, que pudo notar su aliento alcoholizado.

—¡Déjenos en paz! Nos iremos enseguida —dijo asustado el joven.

—¿A dónde pensáis ir? ¿Y de dónde habéis salido? Todo lo que nos rodea es océano. —Estalló en una gran carcajada y toda su tripulación lo siguió.

—Hemos venido andando, cretino —dijo Libert mientras le atizaba una patada en la pierna.

—Maldito niño, pagarás por lo que has hecho —dijo el capitán mientras les hacía un gesto a sus secuaces para tirarlos al mar atados de pies y manos.

Ernest sabía que todo lo que estaba sucediendo podía pararlo en cualquier momento, pero tan pesada era la influencia de Libert que algo lo mantenía allí con él. Los piratas los llevaron hasta un tablón que sobresalía por la proa del velero, dispuestos a tirarlos.

—Libert, para esto ya, por favor, quiero volver —le dijo Ernest.

—Páralo tú, estamos aquí por ti, no por mí —contestó el niño mientras miraba hacia abajo y veía los tiburones esperando para comérselos.

El niño estaba a punto de ser empujado al abismo y Ernest iba detrás de él, cerraba los ojos fuertes para despertar de aquella ilusión que él mismo había creado, pero sus esfuerzos fueron inútiles y el niño fue arrojado al fondo del mar.

—¡Paren, por favor! —gritaba Ernest desesperado, con el miedo metido en el cuerpo, nervioso, sudoroso e inquieto.

Una mano lo cogió por detrás del nudo que ataban sus manos a su espalda y lo empujó hacia el suelo del velero.

—¡¿Quién eres?! ¿Qué haces en mi casa? —Ernest tenía aun los ojos cerrados para no ver su trágica caída.

—¡Dime quién eres! —lo seguía increpando.

—¡Papá, para! ¡Para ya! Yo te lo explico. —Una voz dulce llegaba desde el fondo.

Ernest abrió los ojos, encogido en la esquina, justo al lado del zócalo que tenía grabado ese nombre y vio a un militar vestido de uniforme, enfadado, a

punto de darle una paliza, y a una aterrada Agnes evitando que eso ocurriera.

El padre de Agnes lo cogió de malas maneras y lo subió hasta la planta superior de su casa, donde su mujer y el servicio lo esperaban. Lo sentó en uno de los sillones aterciopelados que soltaban cierto polvo al ser tocados y pudo contemplar la casa donde había pasado las últimas horas.

—¿Quién eres? —le volvió a preguntar mientras su mujer subía a Agnes a la planta de arriba.

—Ernest, señor, me llamo Ernest Müller —dijo cabizbajo y con la misma sensación que tenía minutos atrás al pensar que iba a ser arrojado a los tiburones.

—¿Qué haces aquí? ¿Querías robar a mi familia? —El enfado subía por momentos en aquel hombre.

—No, señor, claro que no. Su hija… —lo interrumpió.

—¿Qué le has hecho a mi hija? —Alzó el puño.

—¡Nada, papá! ¡No me ha hecho nada! —Agnes logró burlar a su madre y bajó corriendo las escaleras hasta ponerse entre su padre y el joven.

—Estaba solo en la calle y le di cobijo, nada más, papá. Te lo prometo.

El padre se sentó en su butaca, la butaca donde solo él podía sentarse. La butaca que antes había sido de su padre y antes de su abuelo. Se echó las manos a la cabeza y le pidió al servicio que le trajera un trago. Agnes se sentó al lado de Ernest y él la miró como quien mira a un salvador cuando la vida pende de un hilo.

Fue así como Ernest pudo contarle cómo había llegado hasta allí y como el señor Lerman escuchó atentamente las palabras de aquel joven que, aunque no lo expresara en alto, le conmovía.

De todos los militares que se habían visto envueltos en la contienda más bélica de la historia, el señor Lerman todavía seguía teniendo un principio de humanidad que solo dejaba ver bajo el techo de su hogar, puesto que, de lo contrario, su familia y él serían los primeros en caer.

Cenaron todos juntos y Ernest sintió que, por primera vez en mucho tiempo, formaba parte de algo. Sabía que ese momento no duraría mucho más, así que decidió aprovecharlo y no pensar más en dónde estaba Libert, al que desde lo de aquel velero no había vuelto a ver.

Preticor

Años antes, en la zapatería que sus padres regentaban y que él custodiaba cuando era necesario, entró un hombre que desprendía una elegancia abrumadora y Ernest se quedó obnubilado, mirándolo como quien mira el Partenón. Se imaginaba que algún día podría ser igual que aquel señor. Y es que, por aquellos años, la prenda esencial era el traje, aunque solo para los que tenían rango para llevarlo. Los pantalones de franela y la chaqueta con abotonadura cruzada dando paso a una solapa con muesca. La moda llegó desde Gran Bretaña, a veces desde París, capital de la moda. Sus zapatos, unos Oxford perfectamente llevados, impecables de arriba abajo.

El señor tan solo había ido a reparar unos viejos zapatos que le hacía ilusión que su hijo heredara porque con esos zapatos había recorrido medio mundo.

Mientras su padre cogía aquellos zapatos y los miraba cuidadosamente para encontrar el modo de repararlos, su madre anotaba en un papel todos los datos de aquel caballero. Ernest estaba medio escondido detrás de uno de los mostradores sacando brillo a unos tacones que tenían que entregar media hora más tarde.

—Bien, señor Schimidt, en una semana puede recogerlos —dijo la señora Müller mientras archivaba los datos.

—Muchas gracias, señora. En una semana nos volveremos a ver —se despidió aquel caballero, poniéndose su sombrero y esbozando una gran sonrisa.

El señor Schimdt salió por la puerta de la zapatería, cruzó la calle y giró a la derecha para llegar a su destino. Al doblar la esquina, se tropezó de frente con un joven muchacho que ni por asomo podía llevar sus mismos zapatos.

—Disculpe, señor, ha sido culpa mía, no miraba por dónde iba —decía mientras se levantaba de la caída.

—No te preocupes, muchacho. —La mano de aquel caballero estaba extendida para el joven que intentaba levantarse.

Ernest había salido de la tienda antes que el señor Schmidt, y es que no era la primera vez que lo veía. Aquel caballero cruzaba casi todos los días por

delante de la tienda haciendo el mismo recorrido, pero el joven nunca llegó a imaginar que requeriría los servicios de su familia.

—Muchas gracias, señor. —Se sacudió los pantalones.

—Tú eres el muchacho de la zapatería, ¿verdad? —preguntó.

—Mmm… Sí, sí, soy yo, es que he ido un momento a por… —contestó nervioso.

—¡Qué suerte la tuya! A mí me encantan los zapatos —interrumpió su mentira.

—Bueno, no se crea…, es un trabajo duro —dijo con la mano en la nuca.

—Todos los trabajos son duros, muchacho. Yo soy abogado y te puedo asegurar que tus padres trabajan mucho más que yo.

—Ya, pero mis padres son unos simples zapateros y usted... fíjese. —La vergüenza empezó a inundar el rostro de Ernest Müller.

—Algún día entenderás que tus padres son el pilar fundamental de los abogados. ¿Sabes por qué? —Puso su mano en el hombro de Ernest mientras él negaba con la cabeza—. Porque para que yo pueda ir a mi trabajo, necesito unos zapatos.

El señor Schmidt sonrió al joven Müller y, sin darle opción a contestar, siguió su camino hasta su despacho, situado a pocas calles de la esquina donde Ernest empezó a pensar sin encontrar sentido a lo que acababa de decirle a aquel hombre.

Al volver a la zapatería, escuchó unos cuantos gritos dentro del local. Una señora de unos treinta y pocos años de edad había ido a recoger sus zapatos y no estaban lo suficientemente pulidos como para llevárselos a su casa. El padre de Ernest intentaba calmar a la señora mientras el joven pasaba por detrás del mostrador con la cabeza agachada y sin mediar palabra con nadie.

—¿Dónde estabas, hijo? Los zapatos tenían que estar listos —le recriminó su madre entre susurros.

—Lo siento, madre, lo sé. He ido un momento a…

—No quiero saberlo, ponte con los zapatos. Se los llevarás a su casa en una hora. ¿Entendido?

—Sí.

Los padres de Ernest no podían permitirse fallar en ningún encargo ni coger mala fama, porque su vida entera dependía de lo que les reportaran los zapatos. Así que Ernest no paró de dar brillo a aquellos tacones hasta que se viera él mismo reflejado en ellos.

Sin soltar la gamuza, seguía recordando el encontronazo provocado con el

señor Schmidt, pensando en cómo le tendió la mano, en cómo lo sujetó del hombro y en lo amable que fue con él. La verdad es que no estaba acostumbrado a que alguien del estatus social de aquel caballero lo tratara con esa humanidad.

Cuando terminó con los zapatos, los envolvió cuidadosamente con una nota de disculpa que su madre le había dejado encima del mostrador y se encaminó a entregar los tacones a la mujer. Torció la misma esquina en la que unas horas antes tuvo aquella conversación, cambió de acera una vez y recorrió dos manzanas hasta llegar a un edificio ligeramente alto para lo que esos años existía.

Gracias a la Ley del Gran Berlín, la capital se convirtió en la mayor ciudad industrial de Europa. Quedaban pocos años para que el charlestón sucumbiera entre las calles de Berlín o para que una de las óperas de mayor éxito mundial se representara por primera vez en el Teatro de la Schiffbauerdamm. Ernest se había adentrado recorriendo escasos veinte minutos a pie en una de las zonas más prestigiosas de la ciudad, y se notaba.

Se notaba porque las personas que paseaban por la calle tenían más sonrisas en sus caras, porque los cafés estaban llenos de gente, porque las calles estaban más limpias y porque Ernest se empezó a sentir incómodo.

Para colmar el camino que tanto lo violentaba, comenzó a llover.

Llegó al portal donde lo esperaba el portero.

—¿Dónde vas, muchacho? —Se posicionó justo enfrente de la puerta con el ceño fruncido.

—Vengo a entregar unos zapatos, señor. —Le enseñó la caja.

—¿A quién?

Desenvolvió cuidadosamente el envoltorio para poder ver el nombre de la señora en la nota de disculpa de su madre.

—A la señora Steinberg. —Volvió a cerrarlo.

—Está bien, pasa, pero date prisa.

Subió varios tramos de escaleras, todas ellas adornadas por una moqueta roja que de seguro limpiaban a diario y unas barandillas doradas en sus laterales, brillantes, sin ninguna marca del tiempo.

Llegó al piso donde el portero le había indicado de malas maneras que era. La puerta de aquella casa doblaba a la de la suya, pero eso no le importó; le importaba más que la barandilla no tuviera ningún dedo marcado, porque eso quería decir que, si alguien subía cargado por aquellas escaleras, eran los sirvientes o el mismo portero quien soportaba el peso y se apoyaba en las barandillas, pues ellos siempre tenían que llevar guantes.

Tocó el timbre una vez.

La puerta se abrió, dejando ver una cofia y un moño perfectamente ajustado.

—Buena tarde, señorita, pregunto por la señora Steinberg —dijo Ernest.

—¿Quién lo pregunta?

—Soy el hijo de los zapateros, vengo a entregarle un encargo que se ha demorado. —La joven salió de la casa y entornó la puerta.

—Chssssss. No lo digas tan alto —le dijo la sirvienta mientras cogía el paquete.

—Perdone, solo decirle que se ha mojado un poco… —Ernest no entendía nada.

—Ya se los doy yo. Muchas gracias. —Cerró la puerta.

Ernest se dio media vuelta contrariado, no entendía muy bien lo que acababa de ocurrir, pero al menos tenía la seguridad de que los zapatos habían llegado a manos de su dueña y con eso le valía. Nunca le gustó hacer muchas preguntas y no iba a empezar en ese momento.

Una semana después de lo sucedido, el señor Schmidt volvió a entrar a por su pedido. Le atendió su madre mientras él y su padre colocaban la horma a un nuevo zapato que estaba a punto de crear. Lo escuchó a lo lejos.

—Muchas gracias, señora Müller. ¿Qué tal su hijo? —preguntó el caballero.

—¿Mi hijo? Muy bien, señor. Gracias por preguntar. —La mujer sonrió algo extrañada.

—Tiene usted un hijo especial —le dijo mientras salía por la puerta.

Ernest sonrió desde dentro del almacén. Y comenzó una conversación con su padre; de esas conversaciones que te hacen ver la vida desde una perspectiva totalmente diferente. Hablaron de la primera vez que hizo un zapato, de lo complicado que fue y de las muchas veces que falló antes de conseguirlo. Su padre tenía una especial sensibilidad con los zapatos, decía que él vestía a las personas por donde se deben empezar a vestir, aunque sea la última prenda que se pongan.

Ernest, pese a sentirse atraído por la idea de ser un gran abogado y poder llegar al nivel del señor Schmidt, admiraba profundamente a su padre. Sabía que había trabajado duro toda su vida y que, gracias a ello, tanto él como su madre tenían a diario comida en la mesa. Pero, como buen joven que era, la ambición le impedía ver que un abogado y un zapatero pueden ser la misma persona.

Al día siguiente, cuando Ernest estaba aún abriendo la zapatería mientras sus padres ponían orden en el almacén y empezaban a enchufar alguna

máquina, se escuchó el carillón que tenían en la puerta por si en algún momento entraba alguien y nadie estaba en el mostrador.

Su madre salió enseguida y muy amablemente dio los buenos días a la señora que acababa de entrar por la puerta de la zapatería.

—Buenos días, señora, ¿en qué puedo ayudarla?

—Buenos días. Mire, no sé qué les han pasado a mis tacones, pero, al ir a cogerlos para una cena que tengo esta misma noche, me he dado cuenta de que tienen un olor extraño…, huelen como a lluvia.

—Petricor, señora, ese es el olor al que hace referencia. —Sonrió mientras desenvolvía los zapatos.

Fue entonces cuando Ernest se dio cuenta de que eran los mismos zapatos que aquella sirvienta le había recogido de una manera tan extraña y que si estaban mojados era porque se puso a llover cuando hacía su pedido.

—Madre, dice padre que vaya al almacén, es urgente —interrumpió Ernest antes de que su madre viera los zapatos que el día anterior había entregado a su supuesta dueña.

—Está bien, atiende tú a esta señora.

Ernest le cogió el encargo a la señora que, mucho más mayor y elegante que la joven que había ido días atrás a encargar su arreglo, necesitaba que sus zapatos estuvieran listos para esa misma noche. Comprendió entonces que la sirvienta no era la señora Steinberg y que los tacones no habían sido usados por su dueña real. Pero Ernest, que siempre tuvo un sentimiento de justicia atronador, no quiso que a la sirvienta le ocurriera nada malo y sabía que, si su madre veía los zapatos, la mentira de la joven que abrió la puerta vestida con cofia se destaparía y perdería su empleo.

Durante todo ese día, su padre seguía con su nueva creación, un nuevo zapato estilo Oxford que quería innovar. Y su madre, cansada de estar de pie detrás del mostrador, lo ayudó, mientras que el joven Müller se hacía cargo del trabajo cara al público; lo que le permitió arreglar aquellas manchas de agua que se habían creado y que habían dado paso a un olor al que tan solo su madre sabía ponerle nombre.

Cuando la tienda se cerró, Ernest se encaminó de nuevo a aquella casa. Y se volvió a encontrar al portero que tan desagradable había sido con él.

—Buenas noches, señor, vengo a…

—Ya, ya, pasa y date prisa. —Le abrió la puerta. Esta vez no llovía.

Llamó de nuevo al timbre. Y aquella joven vestida de cofia volvió a abrir la

puerta.

—Buenos días, señorita, vengo a entregar estos zapatos a la señora Steinberg —dijo Ernest en alto, con la cara característica que ponía cuando quería ser condescendiente a la par que pícaro con alguien.

—¿Qué haces aquí otra vez? —le susurró a regañadientes la sirvienta.

—Mallory, déjale pasar —sonó la voz de la señora Steinberg a lo lejos.

La casa de la señora parecía salida de un museo. Todo perfectamente colocado, obras de arte por todas las paredes, jarrones tallados en oro encima de dos columnas que custodiaban la puerta del gran salón donde la señora Steinberg se encontraba… Era la casa de una mujer rica.

—Pasa, por favor —dijo la señora refiriéndose a Ernest, que se quedó parado a la entrada del gran salón.

—Señora Steinberg, aquí tiene sus tacones.

—¡Oh!, muchas gracias, joven. Mi vecino tenía razón; tus padres son auténticos artistas del zapato, no se nota absolutamente nada.

—¿Su vecino, señora? —preguntó Ernest dudoso.

—Sí, el señor Schmidt. Fue él quien me recomendó que fuera a vuestra zapatería.

Entre tanto, Mallory, la sirvienta de la señora Steinberg, no paraba de sudar por todos los poros de su cuerpo, nerviosa y con miedo porque su secreto saliera a la luz. El día que decidió coger prestado los zapatos de la señora, tenía una cita con el hombre de su vida, y es que Mallory llevaba toda la vida enamorada del mismo hombre, y cuando por fin consiguió que él se fijara en ella, tan solo pensó en ir lo más guapa posible. Sabía que sería un craso error, pero, cuando lo hizo, le mereció la pena.

—Muchas gracias, señora. Espero que disfrute de la fiesta que tiene esta noche. Para cualquier otra cosa no dude en volver a la zapatería.

—Gracias a ti, hijo —le dijo la mujer mientras le dio un marco como agradecimiento por haberse tenido que trasladar hasta su casa, fuera de su horario de trabajo.

—Mallory, acompaña a la puerta a este apuesto joven, por favor.

—Claro, señora.

Mientras volvían sobre sus pasos para emprender su rumbo de vuelta, Ernest se pasó todo el camino por el pasillo sonriendo, mirando a Mallory con un cierto aspecto atrevido y a la vez simpático.

Una vez llegaron a la puerta:

—Mmm, gracias, muchacho, por no decirle nada a la señora —dijo Mallory mientras intentaba sacar una pequeña mancha, casi imperceptible, de la cofia.

—No sabía que las sirvientas tuvieran la mano tan larga —dijo riendo, ya fuera de la casa.

—¡Vete de aquí, cretino! —Mallory extendió su mano para empujarlo y Ernest se empezó a reír con más intensidad.

Bajó de nuevo las escaleras regentadas por una fabulosa moqueta y se fue a su casa.

A la mañana siguiente, encontró una nota por debajo de la puerta que llevaba su nombre. Era de Mallory, volvía a agradecerle su silencio y se disculpaba por haberlo echado de esas maneras. Ernest sonrió al verla, la dobló y se la guardó en el bolsillo de su pantalón para volver a empezar otro día más.

Ernest hacía mucho tiempo que no se sentía parte de algo y eso le hizo crear un sentimiento de soledad lo suficientemente grave como para que no quisiera irse nunca de aquel lugar donde, aunque fuera por poco tiempo, había encontrado una familia.

El padre de Agnes hizo que la velada fuera agradable para aquel pobre chico que habían encontrado desnutrido. Era un militar y cualquier persona habría huido de sus garras, pero el joven sabía quién sí y quién no. Por aquella época, encontrar a alguien de esas características fuera de su horario y lugar de trabajo era complicado, puesto que todos y cada uno de los militares dedicados al nazismo guardaban bajo llave su hogar, su familia, su rutina y su vida. Nunca estabas seguro del todo, nunca estabas seguro en ningún lugar, aunque portar un arma te diera la seguridad de ello.

El señor Lerman había tomado la tremenda decisión de resignarse a un estado que no lo representaba, pero él, un hombre sabio, sabía que esa era la única manera de salvaguardar la integridad física y moral de su familia, y la suya.

La guerra cada día era más dolorosa y Alemania tenía un papel sumamente importante. Los fuegos, los sonidos de metralla, las bombas… se convirtieron en un murmullo estático para todos y cada uno de los seres humanos que tuvieron que vivir parte de semejante tortura.

Lerman tenía un cargo importante antes de que la Segunda Guerra Mundial se adentrara en lo más profundo de Berlín. Fue un hombre de honor, un hombre condecorado con innumerables insignias que lo distinguían del resto del cuerpo militar. Había sido el más valiente y el más honesto. Ejerció la

generosidad con su pelotón y allí todos le tenían una especial estima. Su alma no pertenecía al nacionalsocialismo, pero tampoco le hubiera consentido sentenciar a su familia.

Ernest tenía un hambre voraz, como si no hubiera comido en semanas, como si no hubiera encontrado comida tirada por la calle, como si Agnes no lo hubiera alimentado lo más mínimo… Él nunca había visto tanta comida en una mesa junta, ni tanta bebida, ni una vajilla tan espléndida, ni una familia tan unida… Él nunca logró verlo.

—Muchacho, siento decirte que deberás irte lo antes posible de aquí —dijo el señor Lerman mientras engullía otro trozo de pavo.

—Pero, papá… —Agnes no logró terminar la frase.

—Lo sé, señor —interrumpió el joven Müller—. Le agradezco su hospitalidad y a ti, Agnes, también.

Sin embargo, esa conversación no fue motivo para que la cena decayera en ánimos. La familia Lerman, su servicio y el joven Müller disfrutaron de una maravillosa velada, cargada de grandes anécdotas que cada uno de ellos compartieron con el resto de la mesa. En aquel hogar, la guerra no lograba traspasar la puerta. Pero la noche caía y, a la mañana siguiente, Ernest debía partir rumbo a algún lugar.

Tras el crac de 1929, un sistema liberal debilitado, una grave dificultad económica en la posguerra, los conflictos no resueltos de la Primer Guerra Mundial, todos esos problemas lograron dar paso a corrientes totalitarias y a la instauración de regímenes fascistas en Alemania, entre otros países. El detonante de la guerra residía en esa agresividad política.

La guerra ya llevaba más de un año en vigor y los cientos de miles de muertes que se dejaban atrás eran una fuente de ansiedad para Ernest, que, pese a sentirse asustado y temeroso por su propia vida, sentía una profunda desolación por la multitud de personas que arrasó la guerra; entre ellas, sus padres.

Sin rumbo fijo, miraba de nuevo las calles que un día fueron su hogar; apenas podía reconocer unos cuantos escombros. Cuando Hitler tomó el poder, Berlín asumió el papel de la nueva central de la política alemana; fue una ciudad donde se tomaron las decisiones más importantes de la historia. La pretensión era que esta ciudad fuera la más trascedente del mundo. Pero todavía quedaba mucho en Berlín, mucho más que en otras ciudades y países que ya habían desaparecido casi por completo. Porque desaparecieron ciudades enteras, y familias, y vidas y recuerdos.

Berlín tenía una buena defensa para el ataque de países enemigos, pero tampoco quedó impune en los años cuarenta. No quedaban muchos años para la batalla de Berlín y Ernest, en su condición de sentirse y ser para el poder un cero a la izquierda, debía sobrevivir antes de que su vida pendiera de un hilo en algún campo de concentración.

La familia Lerman se trasladó a Baviera, a un campo de concentración que se creó dos años antes, concebido para albergar presos asociales y delincuentes, pero, empezada la guerra, aumentó significativamente su número de presos con judíos, soviéticos y prisioneros de guerra. Llegaron a pasar más de cien mil reclusos por sus filas. Este campo de concentración llamado Flossenbürg no dejó tanta huella en la historia del nazismo y de la Segunda Guerra Mundial, pero aquí Agnes ya vio parte del horror que sucumbía a su ciudad. El señor Lerman tuvo bastante suerte al ser destinado en un principio a pocos kilómetros de su hogar, pero la suerte no siempre estuvo de su parte y, a los pocos años, después de establecer lazos en aquel sitio tanto él como su familia, intentando apaciguar el dolor de muchos de los que allí murieron explotados por los campos de granito, fue trasladado a más de cuarenta kilómetros al oeste de Cracovia, a una pequeña población polaca que tenía el nombre de Óswiecim, más conocida como Auschwitz.

Ernest supo de su partida hacia Polonia gracias a una carta que Agnes le hizo llegar a través de un soldado militar. Ella siempre sabía dónde encontrarlo y él siempre esperaba que ella lo hiciera. Pero, por aquel entonces, conocer el paradero de una persona como Ernest obligaba casi a capturarlo.

El soldado que entregó la carta a Ernest traicionó la confianza de la joven Agnes, por la que sentía un profundo deseo, no solo por ser la hija del señor Lerman, sino por su inigualable forma de ser y sentir.

Cuando leía la carta y sentía el olor de su amiga, sentía un gran alivio después de llevar más de quinientos días sin verla, sin saber casi nada de ella, pero recordándola a cada instante que pasaba entre el cielo gris que nunca fue azul para él.

Aquel soldado, antes de partir rumbo a la protección y el servicio de la familia Lerman, hizo que llegara a oídos de un alto oficial de la Gestapo la existencia de un joven fugado del sistema y sin plena cordura, que merodeaba por las calles de Berlín, escondiéndose y burlando a la policía secreta del nazismo. Lo que conllevó a que, de un día para otro, fuera uno de los jóvenes más buscados de la zona de Berlín donde él se movía.

Deambuló durante más de una semana calle por calle sin apenas dormir ni comer ni beber, escondiéndose en los lugares más inhóspitos de la ciudad, sin la caridad de una familia como la que encontró. Corría la noche previa a

Navidad y la poca esperanza e ilusión que había en el mundo salía a relucir aquellos días. Las familias que veía a través de las ventanas tenían una sonrisa en la cara y daban gracias por seguir vivos un día más.

Aquella noche nevó y, por primera vez en mucho tiempo, el cielo se tornó en un gris más claro que hacía juego con las aceras y los edificios cubiertos de blanco, y Ernest, exhausto de tanto cansancio, se detuvo en un callejón oscuro y tenebroso, entre restos de comida y basura con varios gatos callejeros al acecho, para llevarse a la boca un trozo de pan podrido mientras veía la foto de sus padres.

—Psss, eh, tú —escuchó a alguien y, atemorizado por verse capturado, se escondió entre la basura que encontró a su alrededor y se mantuvo quieto, muy quieto sin apenas respirar—. Ernest Müller, salga de ahí. —Pero él seguía quieto, muy quieto—. No te lo voy a repetir una sola vez más, ¡sal! —La voz le sonaba especialmente familiar. Asomó la cabeza entre dos telas harapientas y manchadas, miró hacia ambos lados y, aunque los copos de nieve le impedían ver con claridad, no vio a nadie. Absolutamente a nadie—. ¡Aquí arriba! —le susurró aquella voz tan familiar.

—¡Libert! ¡Eres tú! —Sonrió emocionado—. ¿Dónde estabas?

—Me quedé en el velero, se te olvidó sacarme de allí. Pero, claro…, estabas demasiado ocupado con tu nueva familia. Conseguí echarme al mar para salir, pero fue mucho más complicado de lo que pensaba.

—Lo siento, pensaba que estabas conmigo cuando me fui de allí.

Libert tenía el don de la oportunidad y siempre aparecía en la mente de Ernest cuando más lo necesitaba. Había pasado algún tiempo desde que su esencia y su existencia se ausentaron de la mente del joven Müller y, aunque Ernest había tenido sus pensamientos en otro lugar, la carencia de su tierno amigo lo habían hecho echarlo mucho de menos.

La noche seguía cayendo, las horas seguían pasando y la nieve no cesó un solo segundo. El frío lo hacía tiritar, tanto que Libert lo acompañó en ese baile congelado que tuvieron que soportar.

Un hombre de la Gestapo que patrullaba la ciudad en busca de alguien a quien cazar o en busca de algo que hacer escuchó a un joven en un callejón hablando solo y riéndose mientras decía algo de unos piratas que lo apresaron un tiempo atrás. Se acercó lo más despacio que pudo para no sorprenderlo y que el joven no emprendiera su huida, necesitaba capturarlo esa misma noche, puesto que su jefe llevaba días buscando a un varón de las mismas características.

Desenfundó su Parabellum, popularmente conocida como Luger y que todos los oficiales de la Gestapo tenían. Aquella pistola que salió de un antiguo refrán en latín que decía: *Si vis pacen, para bellum* —si quieres paz, prepárate para la guerra—. Seguía escuchando la voz de un chico joven hablando solo.

—Ernest, tenemos un problema —interrumpió Libert las batallitas que su amigo le contaba mientras estuvo resguardado en el sótano de Agnes.

—¿Qué ocurre? —preguntó extrañado.

—Nos vamos a tener que ir corriendo, hay un policía detrás de la esquina a punto de capturarte.

—¿Y qué hacemos, Libert? Si me apresan, me llevarán a una de esas cárceles de las que nadie vuelve… —El joven empezó a temer lo peor.

—Está bien, tengo un plan. Síguelo a la perfección, ¿de acuerdo? Yo te sacaré de aquí.

El policía de la Gestapo invadió casi todo el callejón con su arma recta y apuntando hacia delante. Gritó al joven que saliera de su escondite con las manos en alto y sin hacer ninguna tontería, pero allí no había nadie y el policía comenzó a impacientarse. Se adentró un poco más en aquel callejón, sin acertar a ver con claridad por los copos que seguían cayendo sin parar y que ya habían formado un buen bloque de nieve a sus pies.

La basura que allí había estaba cubierta por un manto blanco, los gatos se habían ido en busca de cobijo y el policía seguía solo en aquel callejón. De pronto, un aluvión de basura, nieve, restos de comida y telas viejas cayó sobre su cabeza, tumbándolo en el suelo y haciendo que su arma se disparara. Ernest y Libert salieron corriendo de entre la basura y subieron la calle lo más rápido que pudieron, sin mirar atrás. Ernest no recordaba que se estaba adentrando en la calle Karmelicka, aquella calle especialmente peligrosa, llena de coches de la Gestapo que trasladaban a los prisioneros al centro de operaciones en el paseo Szuch. Una calle donde había tal congestión de personas que la Gestapo a veces se pasaba por allí simplemente a pegar, disparar o capturar a quien se pusiera en su camino. Pero la situación cambió cuando tres compañeros de aquel policía que se quedó enterrado en una pila de basura helada escucharon los disparos de la pistola que ellos también portaban y que reconocieron instantáneamente.

Ernest consiguió girar la última esquina de la calle, pero, lamentablemente, los tres compañeros de aquel policía secreta del nazismo lo capturaron. Ernest gritó desconsoladamente a Libert para que lo ayudara a salir de aquel terrible trance, pero Libert ya no estaba.

Lo metieron a la fuerza en aquel vehículo más que conocido, con las

ventanillas opacas y pequeñas para que los prisioneros no tuvieran opción más que de ver oscuridad, y lo trasladaron inmediatamente a los pies del oficial que ordenó su busca y captura y que, pese a ser una fecha tan señalada, no tenía familia con quien compartirla.

Cuando quiso darse cuenta, ya estaba entre unos cuantos barrotes, al lado de celdas colmadas de personas que gritaban y lloraban sin parar. Personas hacinadas esperando a ser destinadas al campo de concentración que en ese momento le apeteciera al encargado de aquel lugar de operaciones y comandancia de la Gestapo.

Apenas pasó allí más de treinta minutos cuando otro oficial lo sacó de la celda y lo llevó a una sala apartada, con nada más que una silla y un casquillo de luz a medio montar. Le ató los pies y las manos, lo desnudó, haciendo que la foto de su familia cayera al suelo, y lo dejó una hora allí solo, con sus pensamientos y sin Libert.

La cabeza de Ernest empezó a trabajar demasiado rápido haciendo que por su mente pasaran imágenes rápidas y confusas. La habitación cada vez le parecía más pequeña y se empezó a sentir claustrofóbico, como si lo hubieran encerrado en un ataúd y le costara respirar. Los minutos se le hacían eternos y, por más que llamaba a Libert para que fuera en su ayuda, no llegaba. La única puerta que había justo delante de él se abrió tan fuerte que chocó contra la pared y entró un hombre con un uniforme negro, botas negras y una cinta roja en su brazo izquierdo con la esvástica bordada.

Se quedó firme delante del joven Müller, que no era capaz de mirarlo a la cara y que intentaba tapar sus genitales con las piernas, incómodo, muerto de frío y atemorizado. El oficial de la Gestapo se agachó y lo cogió del pelo para levantarle la cara, dejando ver las lágrimas que le caían por el rostro con la mirada perdida.

—Así que usted es el joven que tanto me ha costado capturar —dijo mientras masticaba algo y daba vueltas sobre la silla en la que Ernest estaba sentado.

—Me informaron hace unos días de que usted tiene o ha tenido contacto con la familia Lerman… —Se reía. Fue en ese momento cuando Müller lo miró fijamente con toda la rabia con la que se podía mirar a un ser humano. El oficial, cansado de ver esa mirada, estalló en una carcajada que finalizó con un bofetón en la cara del joven—. Va a decirme todo lo que sepas del oficial Lerman, ¿de acuerdo?

—No sé de qué me está hablando. —En una esquina de aquella habitación, detrás del oficial de la Gestapo, Libert volvió.

—Sí lo sabe, sí, y me lo va a contar todo.

Ernest no entendía por qué el estar allí atado y desnudo tenía que ver con el padre de Agnes; pero lo que sí tenía claro es que no diría absolutamente nada que pudiera perjudicarlos porque, para él, esa familia durante unos instantes fue su familia. El oficial de la Gestapo llevaba bastante tiempo detrás de su superior, puesto que le habían llegado varios testimonios de que no trataba con suficiente crueldad y dureza a los prisioneros de guerra ni a los gitanos ni a los judíos ni a cualquier persona. Sabía que la maldad del señor Lerman era una simple fachada para pasar desapercibido y él, que era un animal y asesino nato, no podía permitir estar por debajo en la jerarquía militar de un señor que no era lo suficientemente implacable a sus ojos. Ernest era el único que podía testificar en contra del señor Lerman, porque el general Richter, el hombre al que cubría ese uniforme negro, sabía que el joven Müller había sido protegido en la casa de un militar nazi.

Los golpes comenzaron, la sangre empezó a caer por el rostro y por el cuerpo de Ernest Müller mientras le gritaba una y otra vez que le dijera todo lo que sabía sobre la familia Lerman, que admitiera que estuvo bajo el techo de su hogar. Quería que lo delatara.

Ernest solo miraba a Libert y Libert comenzó a hablar entre los golpes.

—Nos vamos de aquí, amigo —le dijo cogiéndole el hombro lleno de sangre.

—¿A dónde? —preguntó Ernest mientras los golpes aumentaban por segundos.

—Ahora lo verás, es una sorpresa.

Fue en aquel momento en el que Libert y Ernest viajaron de nuevo juntos, lejos, muy lejos de aquella habitación apenas iluminada. Ernest dejó de sentir los golpes, volvía a estar vestido y se encontraba en lo alto de una colina desde la que veía un pequeño pueblo a sus pies. Prados verdes con un olor inigualable, el olor de los cerezos en flor. Bajaron corriendo aquella colina, tropezaron y dieron vueltas y vueltas mientras se partían de risa por aquella tonta caída que los hizo bajar mucho más deprisa. Llegaron a aquella pequeña aldea que tenía varios establos externos donde había cerdos, caballos, vacas, gallinas… No había nadie en la aldea, las casas estaban cerradas, el sol calentaba el propio suelo de gravilla. Encontraron una pequeña fuente al final de la aldea y se sentaron a su lado, bebiendo agua y mojándose la cabeza para aguantar el calor que allí hacía.

—¿Dónde estamos, Libert? —preguntó Ernest mientras se secaba el agua de la boca.

—No lo sé, amigo. Tú sabrás, es tu mente.

—¿Sabes? Me gusta estar contigo, Libert. —Sonrió.

De pronto, escucharon a los animales de la aldea chillar, los cerdos se escaparon corriendo de su cuadra y las gallinas revoloteaban sin cesar entre las casas. Los dos chicos se levantaron de inmediato y vieron a lo lejos varios lobos. Unos lobos gigantes intentaban devorar el ganado que la aldea tenía.

—¡La aldea está vacía, no podemos permitir que los lobos arrasen con lo poco que tienen, Libert! —dijo Ernest levantándose de inmediato.

—Tienes razón. Tengo un plan.

Los dos chicos se escondieron en lo alto de una de las cabañas que había en la aldea y vieron pasar a una docena de lobos corriendo y mordiendo a los pobres animales que allí residían. La idea era complicada, pero se hacía más sencilla con la forma en la que Libert le contaba a Ernest su plan. Tenían que abrir la cabaña en la que estaban subidos y dejar entrar a todos los animales para que los lobos no pudieran entrar. Así que, mientras Libert tiraba piedras para disuadir a los lobos, Ernest se colgó de una pequeña cuerda que había sujetando parte del techo y rompió una ventana. Entró y consiguió abrir la puerta desde dentro. Los lobos lo vieron y corrieron hacia él.

—¡Libert, lleva a los animales a la cabaña! ¡Yo distraeré a los lobos! —gritó mientras corría sin parar.

Así fue como el niño metió a todos los animales que quedaban en la cabaña y los mantuvo a salvo. Los lobos fueron tras Ernest. Pasados unos minutos, este no volvía; por lo que Libert fue en su búsqueda. Se adentró con cautela en un frondoso bosque. Tan solo escuchaba el sonido de los pájaros y las hojas moverse.

—Ernest —lo llamó susurrando varias veces.

—Estoy aquí —escuchó a pocos metros, entre un matojo de arbustos puntiagudos.

—Qué mal aspecto tienes, amigo. —Le tendió la mano y lo levantó.

—He conseguido despistar a los lobos, pero me han hecho bastante daño. Me tuve que enfrentar a uno.

Así, los dos amigos volvieron a poner rumbo a lo alto de la colina por la que bajaron, contentos de haber podido salvar a aquellos animales, pues sabían que eran el sustento de la pequeña aldea que tanto calor les hizo pasar.

—Tienes que volver, Ernest, y tienes que salir de allí.

—No quiero despertar.

—No estás dormido, estás despierto y debes volver.

De pronto abrió los ojos y vio al oficial Richter con las mangas del uniforme remangadas propinándole un golpe tras otro. Sintió el dolor de su cuerpo de golpe, la nariz rota, el labio partido…

—¡Dígame lo que quiero saber! —La saliva le salía de la boca.

—Está bien, está bien —logró decir Ernest escupiendo la sangre que inundaba su boca—. Lo único que puedo decirle es que me pilló en su sótano viviendo y me pegó la misma paliza que usted. Yo logré salir y no sé nada más.

—¡Mientes! ¡Y lo lamentarás! —Los golpes cesaron, se ajustó el uniforme y se fue, dejando a Ernest malherido por la paliza.

Libert ya no estaba con él, y él seguía con el olor del prado verde en su sentido del olfato. Miró a su alrededor y no encontró nada nuevo después de haber viajado a aquella aldea. Estuvo una hora allí sentado, escupiendo sangre, la que le salía de la boca y la que le entraba desde la nariz. Dos oficiales entraron, lo desataron y lo llevaron a otra sala en la que el suelo estaba mucho más frío; en el centro había un pequeño desagüe con restos de la sangre de otra persona.

Le enchufaron un agua helada a una velocidad que lo tiraba contra la pared una y otra vez. Se resbalaba con su propia sangre y, cuando pretendía ponerse de pie, el chorro de agua tan potente volvía a tirarlo de nuevo al suelo. Así estuvo mucho tiempo, tanto que ya no diferenciaba el agua helada del suelo.

Se desmayó y cayó abriéndose una gran brecha en la frente. Los oficiales encargados de torturar a aquel joven lo dieron por muerto y se fueron entre risas a almorzar algo. Cuando ya nadie ni nada quedaba allí, Libert volvió.

—Levanta, amigo, tienes que salir de aquí.

Ernest logró entreabrir los ojos.

—No puedo, Libert…

—Sí puedes, ¡vamos! Todos están comiendo; es tu oportunidad para salir de aquí sin que nadie te vea.

Müller apenas se podía sostener, pero hizo un gran esfuerzo y se levantó. Luego, apoyándose en la pared y en el pequeño hombro de Libert, logró salir de las duchas de la tortura. Anduvo escasos metros hasta que dio con la sala donde le había pegado la paliza el general Ritcher; cogió su ropa, su foto y se fue corriendo de aquel cuartel sin que nadie lo viera.

La nieve empezó a desaparecer porque la lluvia así lo quiso. Huyó, huyó lo más lejos que pudo de aquel lugar, de la mano de Libert y con aquel olor…, aquel olor que solo su madre sabía denominar: petricor.

Entelequia

De todos los momentos más duros de su vida, a nivel físico este había sido el peor. Aunque los dolores emocionales siempre sean mucho más perturbadores que los dolores físicos, estos últimos, cuando tienen un componente emocional, como verse preso de un animal sin sentimientos que te insiste a golpes en que traiciones a alguien a quien aprecias, a veces, y quizá solo a veces, es peor.

Ernest Müller anduvo durante horas cogido del hombro de su leal amigo Libert. Anduvo de una manera tan extraordinaria que nadie supo verlo. De esa manera en la que te sientes absolutamente invisible para el resto del mundo y, al final, terminas por conseguirlo y te haces invisible porque, cuando ya no sientes ni el alma, tu cuerpo se desvanece para otros.

Tenía la nariz y el pómulo derecho rotos, dos costillas fracturadas y el ojo izquierdo tan hinchado que apenas lo podía abrir. Le había quemado las rodillas una vez tras otra con los cigarrillos que se fumaba para aliviar su odio hacia él. Los dedos de los pies los tenía destrozados de los pisotones, tal vez incluso alguno se llegara a romper. El hombro lo tenía casi dislocado y en su frente había una brecha que tenía que coser. Había perdido sangre; al menos, la suficiente como para no aguantar mucho más tiempo de pie. El dolor de cabeza era insoportable; en realidad, le dolía todo el cuerpo, tanto que apenas lo sentía con nitidez.

Se adentró en una zona que empezaba a ser devastada por la Segunda Guerra Mundial, aunque, afortunadamente, más tarde se consiguió reconstruir. A lo lejos, y escuchando el goteo de la lluvia fusionarse con el río más cercano, encontró la iglesia más antigua de todo Berlín, la que se dice que fue fundada en el año 1150, la que conserva detalles de siglos después, la que trajo un coro gótico entre tanto estilo renacentista y barroco: la iglesia de San Nicolás.

Tenía alguna bóveda destruida y la puerta ya contaba con varios arreglos chapuceros que pudieran permitir cerrarla. Ernest no tenía ni la menor idea de lo que encontraría allí cuando se adentrara en la casa de un dios en el que nunca creyó.

Cruzó la gran puerta de madera escuchando el chasquido de sus tablones e hizo un gran esfuerzo para volver a cerrarla. La iglesia estaba totalmente vacía

y allí nadie había ido a arreglar los desperfectos que se veían en el interior del edificio. Parecía que la solitaria iglesia había dejado de lado a sus fieles y se había convertido en otro edificio más semiderruido por la guerra. En el centro de la iglesia de San Nicolás, Ernest Müller se desplomó.

Cuando todavía vivía en Cochem, uno de sus mayores *hobbies* era entorpecer el trabajo de su tío cuando apenas tenía diez años. Su tío, un hombre soltero y casi con la misma belleza que el joven Müller, trabajaba haciendo mostaza en el molino de Wolfgang Steffens, uno de los más antiguos del mundo. Por aquel entonces se exportaba su mostaza a casi todo el mundo, incluso cruzaba el charco, llegando a los estados más extraños de los Estados Unidos. Ernest, mientras su tío, meticuloso y trabajador, echaba cada ingrediente con el mayor cariño del mundo para que su mostaza siguiera siendo de las mejores, le cambiaba los ingredientes por cualquier semilla que se encontrara por ahí. Tenía la seguridad de que nunca las llegaría a echar en la mezcla, porque su tío siempre olía los ingredientes antes de hacerlo.

Su tío era como un segundo padre para él. Murió pronto, muy pronto, a causa de un brote de locura del que todavía desconocen la causa. Se tiró de ese mismo molino años después de que la familia Müller se trasladara a Berlín. Sabían que era un tipo peculiar, pero nunca se esperaron que pudiera hacer algo así. La verdad es que Ernest nunca volvió a hablar de ello.

Cochem tenía un encanto especial, más que un pueblo era una aldea. Sus orígenes se remontan a la cultura celta y romana, a la época medieval. Cochem tiene toda la historia del mundo asumida en un espacio muy reducido. Los aldeanos de allí eran las personas más alegres y amables que Ernest había visto en su vida; quizá el vino que ellos mismos producían y consumían tenía algo que ver.

Las casitas de colores a la orilla del río Mosela hacían que Ernest las imaginara como miles de flores que habían implosionado hasta convertirse en hogares. Después de sus quehaceres y de brindar un poco de humor al trabajo de su tío, se iban ambos a la casa de este a merendar juntos y a imaginar cientos de miles de historias.

El tío Harry siempre entendió esa parte de Ernest que nadie más lograba entender, ni sus padres ni los pocos amigos que lo rodeaban. Cuando estaba con él, se sentía feliz, se sentía comprendido y se sentía completo. Su tío Harry siempre le contaba una historia. Una historia que siempre recordaba cada vez que su mente se trasladaba de nuevo a Cochem.

Cuando su tío tenía unos veinte años, salió a pescar con el pequeño bote de madera que tenía su abuelo. Le gustaba salir solo porque entendía que el agua debía disfrutarse en soledad, porque los sonidos más bonitos que la naturaleza

te podía ofrecer corrían con el agua. Siempre se llevaba su vieja caña, una vara de cáñamo con un hilo enredado al que ponía cualquier cebo que encontrara de camino. Ese día, tardó un poco más de lo habitual en que algún pez cayera en su trampa, así que se quedó medio dormido en el bote. Nunca supo decirle cuánto tiempo pasó allí dormido, pero recuerda cómo de la nada apareció una mujer al borde del bote. Una mujer rubia, con los ojos tan azules que se confundían con el fondo del mar, un vestido largo y blanco y descalza. El tío Harry se sobresaltó porque era materialmente imposible que nadie se subiera a ese bote. No había nada cerca, solo agua, y esa mujer estaba seca.

Tardó unos minutos en asumir la idea de que ya estaba despierto y lo asumió cuando la caña empezó a moverse; había pescado su primer pez del día. Le preguntó a la mujer de cabello rubio y tez pálida de dónde había salido y ella, con una sonrisa que jamás logró olvidar, le respondió que de su mente. El tío Harry echó a reír, tanto que asustó a aquella bella mujer que tenía justo enfrente de él, en ese pequeño bote. Por más veces que le preguntaba de dónde había salido, ella siempre respondía lo mismo. Resignado y casi enfadado por la misma contestación de la mujer, entabló una conversación con ella. Le preguntó cómo era posible que hubiera llegado hasta allí si su mente nunca la había visto y, más aún, si él nunca había pensado a esa mujer. Ella le respondió de la mejor manera que supo, contándole que muchas veces la mente es capaz de hacer cosas maravillosas por nosotros, creando y modificando a su antojo, haciéndonos recordar el olor de una simple flor o de una semilla de mostaza. Le contó con pelos y señales que ella siempre había estado en un recoveco de su mente, pero que él, tan ensimismado con su molino, nunca la había dejado salir hasta aquel día, que consiguió relajar su mente hasta tal estado que la bella mujer logró salir. El tío Harry, prendado por su belleza, terminó por creerla, pero había algo que nunca encajó y era el hecho de que ella solo era un producto de su imaginación.

Desde aquel día, Harry siempre que podía salía con su vieja barquita a pescar y siempre que salía se encontraba con la bella mujer de cabello rubio. Se convirtió en su compañera de viaje, en su cómplice de pesca. Para Harry, esa mujer se convirtió en todo lo que había deseado. Por eso, siempre que veía a su sobrino, le contaba cómo había sido volver a verla. Y siempre, absolutamente siempre, Ernest lo escuchaba atentamente, casi con envidia por no poder ver a esa mujer de la que tanto había escuchado hablar. El padre de Ernest también se sabía la historia, pero, por desgracia, conocer la existencia de la mujer de cabello rubio no hizo más que separarlo de su hermano. El padre de Ernest le decía a su hijo que Harry estaba loco, pero el joven Müller no le hizo caso y, pese a saber la disconformidad de su padre, cada vez que iba a ver a su tío, él

siguió escuchando siempre atentamente las historias de su vieja barca.

Cuando partieron a Berlín, Harry fue a despedirse de su sobrino; sabía que probablemente no se volverían a ver y Ernest, tristemente, intuía lo mismo. Su tío Harry continuó con su negocio de la mostaza, pero, a medida que pasaban las semanas, los meses y los años, la idea de no poder tener nunca una relación normal con su mujer rubia de ojos azules, tan cristalinos como el agua, empezó a torturarlo. Alguna vez le envió cartas a Ernest, pero con el tiempo la comunicación desapareció.

A los años, una carta llegó a casa de los Müller, ya asentados en Berlín. En ella les comunicaban que su tío Harry había sufrido un accidente en lo alto del molino, pero Ernest siempre supo que no fue ningún accidente y que su tío había tomado la determinación de quitarse la vida con la ilusa ilusión de permanecer siempre al lado de la mujer rubia que una vez se adentró en lo más profundo de su corazón como nunca antes nadie lo había hecho.

Se despertó sobresaltado y miró a su alrededor, pero Libert no estaba con él. Le dolía tanto el cuerpo que apenas podía moverse. Se levantó de una especie de camilla improvisada con un tablón y dos burras. Una manta le cubría el cuerpo. Alguien le había cosido la brecha de la frente, le había vendado las costillas y le había puesto un extraño ungüento en el resto de las heridas. No reconocía nada a su alrededor. Estaba en una sala oscura, con una imagen de Cristo colgada en la pared, pero allí no había nadie más ni nada más. Se levantó apoyándose en esa camilla improvisada que tiró al suelo al desequilibrar las dos burras que hacían de sujeción.

Un hombre con sotana entró de inmediato.

—Hijo, ten cuidado, todavía no estás recuperado.

—¿Dónde estoy?

—En la iglesia de San Nicolás. Viniste gravemente herido.

Ernest se apoyó en una pared, meditabundo, sin saber muy bien cómo había llegado hasta allí. Recordaba haber entrado en una iglesia, pero no haber visto a nadie más allí y mucho menos que nadie le curara las heridas y lo socorriera.

—¿Cuánto tiempo llevo aquí?

—Tres días, joven. ¿Cómo te llamas?

—Ernest… Ernest Müller. ¿Usted?

—Soy el padre Bernhard.

El cura que regentaba la iglesia de San Nicolás lo llevo a otra sala, sujetándole la mayor parte del cuerpo, puesto que el joven Müller todavía no se había recuperado del todo. Entraron en una sala mucho más grande, escondida

detrás de un tapiz enorme que cubría toda una pared. Allí dentro había por lo menos veinte personas en el mismo estado que Ernest Müller. Había mujeres inconscientes, niños llorando desconsolados, hombres con miembros amputados... Parecía la trastienda de una guerra. En realidad, lo era.

La población alemana rondaba los sesenta millones de personas; casi todos los alemanes eran cristianos: bien, católicos, o protestantes. La comunidad judía era muy escasa. Cuando se asentó en Alemania el régimen nazi, se discriminó a la raza judía y la actitud de sus ciudadanos no fue muy diferente en la mayoría de los casos. Uno de los motivos que cogió fuerza para este antisemitismo fue la declaración sobre el «cristianismo positivo» que se mencionó en el artículo 24 de la Plataforma del Partido Nazi de 1920, que decía:

> Exigimos la libertad de todos los credos religiosos en el Estado, en tanto que no pongan en peligro la existencia del Estado ni entren en conflicto con la cultura y las creencias morales de la raza germánica. El Partido como tal se atiene al punto de vista de un cristianismo positivo sin atarse confesionalmente a ningún credo en particular. Combate el espíritu materialista judío a nivel nacional e internacional y está convencido de que la recuperación permanente de nuestro pueblo solo podrá lograrse desde las bases del bien común antepuesto al bien individual.

Los evangelistas eran considerados un pilar en la cultura y sociedad alemana. Sentían una profunda lealtad por el Estado y eso originó que en los años veinte surgiera un movimiento en esta iglesia llamado *Deutsche Christen* —'cristianos alemanes'—, los cuales adoptaron la mayor parte de los aspectos nacionalistas y raciales de la ideología nazi. Ante la llegada al poder de los nazis, los evangelistas intentaron crear la «Iglesia del Reich», que suponía una versión del cristianismo a tenor del nazismo.

Sin embargo, la Iglesia confesionista se opuso a la idea de los «cristianos alemanes» propugnando que la única fidelidad que debía tener la Iglesia era a Dios y no a un *Führer* terrenal. Ambos siguieron formando parte de la Iglesia evangélica en Alemania, lo que dio lugar a un debate y a una lucha constante.

La Iglesia católica no tuvo los mismos problemas que los protestantes; en este caso no hubo divisiones ideológicas y siempre fueron más recelosos del nacionalsocialismo. Algunos obispos tenían prohibido a sus católicos que se afiliaran al partido nazi. Aunque lo cierto es que en ambas iglesias alemanas había de todo: personas, clérigos, teólogos que apoyaban al régimen nazi y otros que lo rechazaron. Y, es más, en muchas ocasiones las personas que

pregonaban una ideología tenían totalmente la contraria, y es que los humanos, en ciertas ocasiones, somos como un rebaño absorto en el miedo a pensar diferente a los demás.

El padre Bernhard, sin ideología, tenía como máxima en su vida la supremacía. La supremacía de la raza humana, la supremacía de la raza moral y la supremacía de la raza justa y bondadosa. Por ello, a lo largo de sus setenta y dos años, había visto cómo los hombres en la tierra se habían destruido unos a otros por dinero, por poder o por una simple idea. Había vivido innumerables guerras a lo largo de su vida, pobreza, hambruna y desdén. Estuvo al frente de la Primera Guerra Mundial en la primera batalla del Marne, cuando las tropas francesas y británicas forzaron la retirada de los alemanes. Más tarde, su pelotón fue enviado hacia el norte del río Aisne durante tres años. Se quedó sin nada tras años al frente de una vida que no solo no lo llenaba, sino que lo mataba por dentro cada día que pasaba. Sintió la llamada de Dios mucho antes de que pudiera ordenarse como sacerdote y, durante ese tiempo, vivió una penitencia absoluta, viviendo lo que le tocó vivir.

Cuando la Segunda Guerra azotó medio mundo, el padre Bernhard, ya inmerso en la Iglesia católica, protegió su iglesia de cualquier ideología y se juró, ante él mismo y ante Dios, salvaguardar la integridad física y moral de cualquiera que así lo requiriera. Eran muchas las personas que sabían lo que hacía dentro de su iglesia. Muchos acudieron a ella, muchos otros intentaron destruirla, pero lo cierto es que no pudieron derribarla por completo, porque el padre Bernhard contaba con la ayuda de un ser mucho más superior que cualquier humano en la tierra y, cuando cuentas con ese tipo de ayuda, aunque el camino sea largo, el hombre pone y Dios dispone.

La noche caía y las pocas personas que tenían fuerzas para ayudar trataban de que los heridos y los enfermos tuvieran todas las necesidades cubiertas. Ernest estuvo casi todo el día sentado en una esquina, ensimismado, incapaz de recordar la paliza que el general Ritcher le había propinado, y echaba de menos a Libert, a quien desde hacía horas no veía. El padre tenía demasiadas cosas que hacer como para atender solo a Ernest, y para él, mejor, porque no era un chico de muchas palabras y, cuando se quedaba ausente en una esquina, lo más sensato era dejarlo a él consigo mismo.

Uno de los niños que había perdido a sus padres y que, por arte de magia, dio con la iglesia de San Nicolás le llevó un pedazo de pan; pero Müller seguía sin poder quitar ojo a esa nada a la que tantas veces admiraba y que tan pocas personas veían. Se acordaba de su tío Harry, de Agnes, de Libert y de vez en cuando observaba la fotografía de sus padres. El niño lo intentó una y otra vez,

con toda la alegría que un niño inocente tiene cuando no es consciente de lo que ocurre fuera de esas paredes que lo resguardan del horror. No consiguió respuesta alguna.

Los gritos de dolor eran descorazonadores, los llantos incesantes, así como la desesperación de muchos y la ausencia de Ernest. El padre Bernhard cogió el cáliz que tenía guardado bajo llave en un lugar secreto que solo conocía él y, entre todo ese barullo, comenzó a oficiar una misa.

> Isaías 40:28-31:
> ¿Acaso no lo sabes? ¿Es que no lo has oído? El Dios eterno, el Señor, el creador de los confines de la tierra, no se fatiga ni se cansa. Su entendimiento es inescrutable. Él da fuerzas al fatigado y, al que no tiene fuerzas, aumenta el vigor. Aun los mancebos se fatigan y se cansan, y los jóvenes tropiezan y vacilan, pero los que esperan en el Señor renovarán sus fuerzas; se remontarán con alas como las águilas, correrán y no se cansarán, caminarán y no se fatigarán.

Fue entonces cuando un silencio sepulcral se adueñó de la iglesia de San Nicolás y los allí presentes escuchaban atentamente cada palabra que decía Bernhard. Algunos escuchaban con los ojos cerrados mientras se abrazaban a sí mismos, otros abrazaban a quien allí tenían y otros lloraban sin cesar. Ernest también escuchó atentamente las palabras que recitó oficiando una misa peculiar, pero él no estaba de acuerdo con lo que oía. Y replicó con otro versículo:

> Romanos 8:31:
> Entonces ¿qué diremos a esto? Si Dios está por nosotros, ¿quién estará contra nosotros?

El padre Bernhard sonrió y contestó con otro versículo:

> Marcos 4:30-34:
> También decía: ¿A qué compararemos el reino de Dios o con qué parábola lo describiremos? Es como un grano de mostaza, el cual, cuando se siembra en la tierra, es más pequeño que todas las semillas que hay en la tierra; sin embargo, cuando es sembrado, crece y llega a ser más grande que todas las hortalizas y echa grandes ramas, tanto que las aves del cielo pueden anidar bajo su sombra.

Fue imposible para Ernest no pensar en su tío Harry y en la esperanza que su

alma siempre albergaba. A veces con los granos de mostaza, otras con su molino, otras con su pesca y la mayoría con la joven rubia de ojos tan cristalinos como el fondo del mar. Así se abrió un debate en la iglesia en el cual todos participaron. Reflexionando sobre la vida, agradeciendo estar vivos, lamentándose por todos los que no estaban. Creando entre todos una atmósfera de paz, de meditación.

A muchos les costaba creer la palabra del padre Bernhard, porque la vida les había quitado todo, porque la guerra había destrozado sus hogares, sus familias, sus vidas… Otros seguían creyendo en la palabra del Señor e intentaban ayudar a que los que ya no la creían recuperaran la fe. Ernest no dijo más, se volvió a sentar en la misma esquina en la que llevaba horas estático, pero esta vez ya no miraba a un punto fijo.

—Hola, me llamo Simón, ¿y tú? —preguntó de nuevo el niño con un pedazo de pan en sus manos.

—Ernest, me llamo Ernest.

—No has comido nada desde que has llegado. Toma este trozo de pan. —Se lo ofreció.

—Gracias, Simón. —Lo cogió y se lo llevó a la boca, pero el dolor era más fuerte.

—¿Qué te ha pasado? Tienes muchas heridas —le dijo mientras se sentaba a su lado.

—Me batí en duelo con unos lobos para salvar una aldea.

—¡Guau! ¿Cómo eran esos lobos? —Miró sorprendido y admirado a Ernest mientras se colocaba para escucharlo.

—Muy grandes, enormes. Y eran muchísimos. Pero, al final, pude con ellos y salvé a la aldea. ¿Y tú?, ¿qué haces aquí?

—Mis padres me dijeron que tenían que irse y que no dijera nunca que somos judíos; me trajeron hasta la puerta de esta iglesia y el padre Bernhard me cuida mientras ellos vuelven.

Varios agentes de la Gestapo descubrieron el escondite de Simón y sus padres, así que decidieron huir, dejando al niño en las manos del Señor. Al poco tiempo, los capturaron y los llevaron a un campo de concentración. El padre Bernhard se hizo cargo de Simón. El día que entró Ernest por la puerta, se cumplían dos meses desde que el niño había llegado a la puerta de la iglesia de San Nicolás.

Todos allí eran una gran familia y todos se ayudaban los unos a los otros. Los que estaban en mejores condiciones tenían el liderazgo, y como un equipo lograban que cada día que pasara fuera mejor que el anterior.

Ernest se involucró con el paso de los días en aquella iglesia y, aunque sus

heridas tenían que curar por completo, intentaba ayudar en lo máximo posible. Se encargaba de vigilar la iglesia cuando todos dormían, hacía guardias en una pequeña puerta que tenían en la parte trasera y por la que otros de los allí refugiados salían a unas horas prudenciales para encontrar comida suficiente para que todos se alimentasen. Muchas veces tardaban dos o tres horas; algunas, diez minutos. La mayor parte de los días conseguían traer los restos de algún contenedor que encontraban, pero había días que les era imposible encontrar comida y venían con las manos vacías. Por eso, varias mujeres racionaban la comida y la necesidad.

Ernest se terminó convirtieron en la mano derecha del padre Bernhard y creó un lazo muy bonito con Simón, al que contaba todas sus aventuras con Libert. Simón estaba deseando salir de allí para reencontrarse con sus padres y cada día le decía a Ernest lo felices que serían cuando pudieran comer todos juntos un gran pavo relleno, como el que hacía su madre cuando era el cumpleaños de su padre; por supuesto, Ernest y Libert estaban más que invitados a aquel festín.

Para el padre Bernhard fue muy complicado adentrarse en el interior de Ernest; de hecho, nunca llegó a conseguirlo porque, aunque fuera su mano derecha y quien más lo ayudaba a ayudar, el joven Müller tenía esa característica tan suya de ser tan hermético con su entorno. Ni siquiera le contó que sus padres fueron asesinados, pero Bernhard lo descubrió varias veces observando la fotografía que siempre lo acompañaba y que con tanto amor y anhelo guardaba.

Pasaron varios meses desde que Ernest llegó sin saber muy bien cómo a la iglesia de San Nicolás y, con el tiempo, sus heridas se fueron curando hasta recuperarse. Cuatro de los hombres que llegaron con miembros amputados fallecieron a causa de las infecciones que les había provocado la falta de medios y, pese a los esfuerzos del resto por cuidarlos lo mejor posible, se fueron yendo uno a uno.

En la cripta subterránea que había, les rendían culto y les hacían un funeral oficiado por el padre Bernhard. Hacían una especie de ataúd con los escombros que había en el edificio y les dejaban alguna flor seca de las que aún perduraban. Dos de ellos llegaron solos, pero uno llegó con su mujer y su hija de doce años. Consiguieron huir cuando toda su familia fue fusilada en el paredón que tenían al lado de su casa. Fueron de los primeros en llegar y, aunque el padre de la familia logró superar la pérdida de su mano gracias a los ungüentos que le dieron, cogió una gripe que terminó por matarlo por las pocas defensas que su cuerpo ya tenía.

La iglesia se volcó con la mujer y la hija que dejó. Para ellas, su esposo y

padre lo era todo. Simón y Ernest iban todas las noches a darles un beso, como hacía su padre, y procuraban que no pasaran frío. El joven y el niño se habían convertido en un gran equipo y, con la falta de Libert, Ernest se refugió en Simón al igual que Simón en él. El padre Bernhard se colmaba de felicidad cuando veía a los dos hombrecitos juntos; la madurez de Simón era abrumadora y en muchas ocasiones era el sensato y el cuerdo de los dos.

Un día, ya recuperado, Ernest decidió salir con los cinco que acostumbraban a traer comida al resto. Sabía que una mano más de ayuda sería útil para todos y, como se encontraba mucho mejor de la paliza que le había dado el general Ritcher, tomó la determinación de acompañarlos.

Ese día decidieron salir unas horas antes del amanecer. Tenían más o menos controlados los momentos en los que podían salir, los días y las horas. Se prepararon con algún utensilio de la iglesia para protegerse si era necesario o para luchar si la circunstancia lo requería. Antes de salir, el padre Bernhard y los que ya habían salido en más ocasiones cogieron a Ernest y lo llevaron a una zona apartada donde nadie pudiera escucharlos.

—Ernest, hoy es tu primera salida y estoy profundamente agradecido por ello. Soy feliz por tu recuperación y me siento bendecido por el Señor por haberte encontrado. Debes entender que corres un gran peligro, al igual que tus compañeros, al salir afuera a por víveres para el resto; por ello, debes hacer un juramento: el juramento de que, si te capturaran, jamás revelarás nuestro paradero.

Ernest, mirando fijamente a todos los allí presentes y a Bernhard, lo cogió de la mano, se arrodilló ante él y juró por lo más sagrado para él que nunca revelaría su paradero, pasase lo que pasase.

Ya dispuestos a irse, Simón corrió hacia Ernest y se fundieron en un gran abrazo.

—Volverás, lo sé —le dijo Simón mientras lo apretaba fuerte.

—¡Claro que volveré! Y, como lo haré, debes guardarme esto. —Sacó de su bolsillo su bien más preciado, la fotografía de sus padres, y se la entregó a Simón, quien con una sonrisa de oreja a oreja le prometió que se la guardaría con su vida si fuera necesario hasta que él volviera.

Así pues, los hombres y Ernest salieron por la puerta trasera de la iglesia en busca del abastecimiento necesario para alimentar a lo que el joven Müller ya consideraba una nueva familia.

Salieron dos de ellos en primer lugar, corriendo hasta la esquina que tenían que cruzar para poder llegar a los contenedores que ya tenían fichados. Cuando vieron que no había peligro, hicieron una señal al resto de sus compañeros —entre ellos, Ernest— para que los siguieran.

La adrenalina aumentaba por segundos, pues todos eran conscientes del riesgo que corrían saliendo de la iglesia, pero todos y cada uno de ellos estaban convencidos de que su misión en aquel momento era esa.

Pasaron una calle de alto riesgo; por allí siempre patrullaban un par de coches de la Gestapo y varios agentes a pie, por lo que se tenían que esconder en los portales que ya no tenían puerta, en las barricadas que habían montado algunos valientes que ya no estaban por allí o en los socavones del suelo que se habían creado por las bombas que algún país enemigo había soltado.

Ninguno de los hombres hablaba entre sí; necesitaban toda la concentración del mundo para no caer en las redes de alguna trampa o para no ser vistos. Se hablaban por señas, con los ojos; así, se ayudaban unos a otros a sobrepasar los obstáculos que se encontraban. El tiempo había hecho que la debilidad se apoderara de sus cuerpos y las fuerzas ya no eran las mismas que tenían antes de que todo sucediera.

Cuando cruzaron un callejón repleto de ropa ensangrentada, oyeron varios pasos a lo lejos, como si se tratara de un ejército entero. Aquella zona, tenía eco por los edificios destruidos y, aunque solo eran cuatro agentes patrullando a pie, para ellos, con el temor metido en cada hueso de su cuerpo, parecían más de cien oficiales de la Gestapo.

El primero de ellos que se dio cuenta alzó su mano señalando al resto que se pararan de inmediato. Todos se quedaron inmóviles, sudando, temblando. Los pasos sonaban cada vez más cerca.

Se pusieron la ropa ensangrentada que encontraron por el suelo; mucha de ella no les servía: vestidos de mujer, pantalones de niños… Se pusieron la ropa y, en ese callejón sin salida, se tiraron al suelo haciéndose pasar por víctimas de una pequeña masacre.

Los pasos se detuvieron. Los agentes de la Gestapo comenzaron a hablar y a reírse mientras ellos escuchaban la culata de sus armas tocar las paredes y el suelo. Los hombres que habían ido en busca de comida tenían los ojos cerrados y la respiración agitada intentando pausarla lo máximo posible para que nadie los descubriera. Entonces, Ernest, allí tirado con una ropa manchada de sangre que no era la suya, escuchó en su oído izquierdo una voz que ya había escuchado muchas veces antes.

—¿Me echabas de menos? —le dijo Libert. Pero Ernest, absolutamente inmerso en el pánico, no se inmutó ante su amigo.

La escena era tan usual por aquella zona de Berlín que los agentes de la Gestapo prosiguieron su camino casi sin percatarse de que en aquel callejón yacían varios cuerpos intentando parecer que estaban muertos. Pese a eso, se

quedaron varios minutos allí tumbados hasta que los pasos se disiparon y tuvieron la seguridad de que podían seguir el camino que habían emprendido.

—¿Dónde estabas? —preguntó a Libert susurrando cuando el resto de los hombres andaban un par de pasos por delante.

—Donde tú querías que estuviera, guardado en una parte de tu cerebro —le recriminó Libert mientras jugaba a una rayuela imaginaria.

Uno de los hombres se giró y vio a Ernest hacer un movimiento extraño con la mano, como si le estuviera atizando una colleja a un niño.

—Ernest, ¿todo bien? —le preguntó.

—Sí, sí, había un bicho revoloteando por aquí —se excusó.

Siguieron su camino y Ernest procuraba no mirar a Libert; no le apetecía que nadie le hiciera preguntas. Libert, mientras tanto, le iba contando una historia de las suyas, algo así como que se había encontrado una ballena voladora en medio de Berlín y que tuvo que cazarla para devolverla al mar. Continuaron varias calles hasta que dieron con el lugar al que siempre iban en busca de comida para la iglesia.

Se agacharon ante los restos de comida y empezaron a guardarse en los bolsillos y en un par de bolsas de tela que tenían para ello. Cuando ya cargaron lo suficiente, emprendieron el camino de vuelta. Algunos respiraban aliviados, sabiendo que la mitad del camino estaba hecha, y otros seguían rezando para que pudieran volver sanos y salvos y terminar su misión con una gran victoria, otro día más.

Mientras volvían del mismo modo, callados y haciéndose señas como si fueran ellos los militares, Libert cogió la mano de Ernest y lo paró en seco.

—Ernest, tenéis que correr a la iglesia. Algo malo está pasando allí.

—¿Qué? ¿Qué dices, Libert? Nadie sabe dónde estamos —dijo extrañado Ernest.

Continuó su camino y, cuando se quiso dar cuenta, Libert ya no estaba allí. Ernest se quedó extrañado porque Libert ni siquiera había estado allí con él; a veces le costaba asumir que tan solo era un producto de su mente y que, en el fondo, siempre estaba donde él estaba. Por más rápido que quisiera ir, no quería creerlo y tampoco sabía cómo decirle al resto de sus compañeros que intuía que algo malo estaba pasando. Tuvieron que esconderse varias veces de nuevo hasta que llegaron a la esquina de la que partieron y, entonces, lo vieron.

La iglesia de San Nicolás había sido asaltada por los nazis. Desde fuera se veían las llamas que había dentro a causa de las granadas que habían tirado. La puerta trasera seguía intacta, así que Ernest supuso que no habían dado con

ella. El resto de los hombres que había con él entraron en pánico, soltaron la comida y se fueron corriendo antes de ser vistos, pero Ernest no.

Entró por la puerta trasera de la iglesia y, con una vara de metal que cogió de uno de los atriles destrozados y a la que él mismo sacó filo y punta, se metió de lleno en el edificio que lo había mantenido con vida varios meses.

Solo entrar, escuchó gritos, llantos, golpes. Llegó hasta varios de sus compañeros que estaban malheridos en el suelo. Algunos lo reconocieron, otros no se atrevían a mirarlo por si era otro agente de la Gestapo. Los cogió como pudo y los llevó a un hueco que había antes de llegar a la zona principal. Uno de ellos le contó que se vieron sorprendidos por varios agentes de la Gestapo, que varios habían conseguido huir, pero que otros no tuvieron esa suerte. Ernest se levantó y, con las indicaciones que le habían dado sobre dónde estaban situados y cuántos había más o menos, se adentró en la zona, escondiéndose detrás del altar que siempre custodiaba el padre Bernhard.

Allí escondido, vio a tres agentes de la Gestapo, con sus pistolas apuntando a tres personas que tenían arrodilladas ante ellos. El resto de sus compañeros estaban agazapados en los extremos de la iglesia, con los ojos tapados, llorando desconsoladamente. Procuraron los adultos que los niños no fueran testigos de lo que allí iba a suceder. Mientras tanto, uno de los agentes, el oficial al mando, gritaba una y otra vez que guardaran silencio. La voz de aquel oficial le era particularmente conocida a Ernest. Era el oficial de la Gestapo que había visto algunos meses atrás: el general Ritcher.

Ritcher había encontrado la iglesia de San Nicolás por un soplo anónimo que había recibido y, con dos de sus agentes, entró sin mediar palabra, pegando tiros y lanzando granadas.

Delante del altar, tenía de rodillas a tres personas: la mujer y la hija que recientemente habían perdido a su padre y Bernhard. Delante de ellos, el general Ritcher y dos agentes apuntaban con una pistola a cada uno respectivamente.

—Señor Bernhard, ¿cuánto tiempo creía que podría esconderse de mí? —El padre Bernhard lo miraba fijamente, sin ningún temor, pero sin mediar palabra —. Está bien, veo que no tiene ganas de hablar. —Hizo una seña a uno de sus agentes y este disparó su pistola.

Ernest, desde la parte trasera del altar, vio como la esposa de aquel hombre al que habían enterrado poco tiempo antes fue disparada y asesinada delante de su propia hija, la cual gritó desconsoladamente, levantándose y corriendo a los brazos de su madre. Ritcher apretó en ese momento el gatillo, dejando a madre e hija juntas, tiradas en el suelo en un gran charco de sangre.

Ernest tragó saliva, cerró los ojos y le pidió a Libert que fuera en su ayuda, que necesitaba que lo ayudara. Pero Libert no llegaba. El padre Bernhard seguía en la misma posición, con la misma mirada fijada en el oficial que acababa de matar a la niña y sin mediar una sola palabra.

—¿Qué se siente, padre? —preguntó Ritcher mientras rodeaba a Bernhard y le acariciaba la cabeza con la pistola. Pero él seguía sin mediar palabra. El oficial le propinó un culatazo con la pistola en la cabeza y lo dejó tendido en el suelo. Levantó la mirada y la voz y se dirigió al resto de personas que seguían allí—:

»¡Vosotros, lacra infernal de este país, tenéis que estar bajo la tierra de esta iglesia!, ¡en las entrañas del infierno! Porque yo, el oficial al mando, Ritcher, juro a Adolf Hitler lealtad y valentía, como guía y canciller del Imperio alemán. Te juro a ti y a los superiores designados por ti, obediencia hasta la muerte con la ayuda de Dios.

Entonces, el padre Bernhard se levantó y se encaró al general Ritcher:

—Tú no tienes la ayuda de Dios. Esta es la casa del Señor y no tienes derecho a entrar aquí —le dijo mientras apretaba los dientes y los puños.

El oficial soltó una gran carcajada y, empujando al padre y tirándolo de nuevo al suelo, le apuntó con su pistola una vez más. De pronto, algo al fondo de la iglesia se cayó y un estruendo sonó. Ernest vio de lejos a Libert, tirando una de las imágenes que todavía quedaban intactas en una de las paredes. De inmediato, Ritcher mandó a sus dos agentes a mirar qué había pasado. En el momento en el que Ritcher se quedó solo apuntando la cabeza de Bernhard, Ernest salió con un absoluto sigilo de detrás del altar, portando aquella arma que había creado con sus propias manos.

Bernhard lo vio y se dispuso a distraer a Ritcher para que no se girara y no descubriera a Ernest. Le recitó varios versículos de la Biblia, le recordó que siempre encontraría misericordia en las manos del Señor. Le intentó explicar que su lealtad era hacia el mismismo diablo. Ernest consiguió llegar lo más cerca que pudo, cuando sin querer pisó el cáliz con el que el padre Bernhard oficiaba sus misas. Ritcher se dio la vuelta de inmediato y el padre se levantó y se abalanzó sobre él. Forcejearon en el suelo con la pistola. Los agentes escucharon el alboroto y volvieron corriendo, pero las personas que estaban en los laterales de la iglesia zafados por el miedo se abalanzaron sobre ellos y consiguieron reducirlos y dejarlos sin vida. De pronto, se oyó un disparo. El general Ritcher y el padre Bernhard yacían en el suelo cuando un charco de sangre comenzó a salir. Ernest se quedó estupefacto, al igual que todos los allí

presentes. Inmóviles, esperando a que el padre Bernhard se levantara cantando victoria; pero, para su desgracia, el oficial Ritcher apartó al padre de encima suyo. Murió en el acto.

Ernest comenzó a sentir un ardor en los ojos, vio a Libert a su lado, quien miraba al padre Bernhard con lágrimas en los ojos. El general Ritcher se levantó, ajustándose el uniforme y buscando su pistola; estaba en el suelo. Se dio la vuelta y vio a Ernest con la vara afilada hecha con el palo de un atril. Sonrió, le dijo unas palabras y Ernest le clavó la vara metálica justo en el corazón.

La visión comenzó a nublarse en los ojos de Ernest, cegado por la rabia y el dolor. No le reportó ninguna satisfacción matar al hombre que lo había dejado inconsciente meses atrás. Ernest solo era capaz de vez el horror que había entrado en su templo de alegría. El cuerpo de la madre y de la niña y a Bernhard. Se agachó a por su cuerpo, lo abrazó y le dio las gracias una y mil veces mientras Libert agarraba su hombro. Pasó así varios minutos cuando Libert se agachó con él.

—Ernest, debes irte de aquí. Vienen más. —El joven Müller seguía aferrado al cuerpo del que había sido su salvador por tanto tiempo. Pero empezó a oír gritos fuera y a ver cómo el resto de las personas que habían convivido con él huían ante el jaleo de fuera.

Se levantó, cerró los ojos de Bernhard y le besó la frente; pero, antes de irse, debía buscar a otra persona a la que no había visto. Buscó por todos los cuerpos que yacían tirados a Simón. Gritó su nombre cien veces, le pidió a Libert que lo encontrara. Se desesperó en medio de la iglesia donde lo habían encontrado a él... y entonces supo que Simón se habría escondido en la esquina donde él pasó sus primeras horas.

Lo encontró sentado contra la pared, agarrándose la tripa, de la cual no paraba de salir sangre. Simón enseguida lo vio y sonrió; sonrió de alegría y de alivio. Ernest corrió hacia él y tapó la hemorragia que le había provocado una bala.

—Simón, te sacaré de aquí. ¿Qué ha pasado? —dijo entre sollozos.

—Entraron unos lobos a la iglesia e intenté salvarlos a todos, como tú —dijo con el aliento entrecortado, luchando por seguir con vida mientras le dedicaba otra sonrisa más.

—Y los has derrotado a todos, Simón. Ya no están, se han ido. —Las lágrimas le impedían hablar con claridad. Cada vez salía más sangre del cuerpo de Simón.

—¿De verdad?

—Claro que sí, Simón. Eres un héroe.

—Te he guardado esto. Sabía que volverías a por nosotros. —Le sacó la fotografía de sus padres—. Ernest, estoy viendo a Libert. Está a tu lado. Ha vuelto. —Comenzó a toser sangre.

—Sí, está aquí. Ha venido a ayudarme.

—Dile que, cuando todo esto pase, nos espera un gran banquete con el pavo relleno de mi madre.

El cuerpo de Simón no logró resistir a la herida de bala que tenía en su vientre y falleció en los brazos de Ernest y de Libert. Gritó mirando a Jesús en la cruz, lloró y pegó fuerte en la pared. Libert lo cogió del brazo y se lo llevó consigo lejos de allí. El resto de los agentes de la Gestapo estaban a punto de entrar y ambos tenían que salir por la puerta trasera que todavía seguía intacta. Huyeron lo más lejos que pudieron de la iglesia que estaba siendo devastada como tantos hogares más a manos del nazismo.

Ernest corría con los ojos empañados en dolor y en rabia. Sentía una profunda desolación por no haber podido salvar a Simón y a Bernhard y, más aún, por dejar allí sus cuerpos sin poder darles el funeral digno que tantas veces habían dado ellos a otros. Ya lejos de allí, escuchó el estruendo de la destrucción de lo poco que quedaba de la iglesia de San Nicolás, del hogar que había albergado la mayor esperanza de muchos y el mejor consuelo de otros.

Se sintió de nuevo perdido en un mundo que no le correspondía. Ni siquiera Libert era ya un consuelo para tanto dolor. Pero su pequeño amigo continuaba a su lado, huyendo una vez más de otro lugar al que consideró su hogar.

La fotografía que cogía fuerte en sus manos seguía manchada por la mano de Simón. Aguantó hasta que su gran amigo Ernest lo encontró, porque Simón era esa clase de niño al que le había tocado ser mayor mucho antes de lo necesario; él jamás rompería una promesa, y mucho menos a Ernest, al que prometió que guardaría con su vida si era necesario la fotografía a la que tanto cariño tenía.

Durante esos meses en los que se hicieron inseparables, hablaron e imaginaron constantemente cómo serían sus vidas cuando la guerra terminara. Eso fue lo que les hizo encontrar alivio a medida que los días pasaban. Y de todo eso fue testigo el padre Bernhard. Aunque los dos siempre supieron que sus planes eran pura entelequia, lograron ser felices en una etapa en la que era casi imposible serlo.

Iridiscencia

Pasaban las semanas vagando por Berlín junto con Libert y encontrando cobijo en pequeños refugios que la gente había creado para huir del movimiento nazi. Ernest, ahogado en un profundo desazón que todavía le pesaba por dentro, decidió cambiar el rumbo de su vida. Dejó de huir.

Con el general Ritcher fuera de combate, la existencia de Ernest Müller se volvió de nuevo invisible para la Gestapo, y con la seguridad de que la familia Lerman estaba a salvo, decidió emprender un camino que jamás pensó que emprendería y que, por supuesto, nunca imaginó que lo llevaría hasta una de las batallas que cambiaría el mundo: la batalla de Pearl Harbor.

El ambiente en Alemania cada día estaba más caldeado. Italia y Japón seguían beligerantes en la guerra y sus rivales, los Aliados, compuestos por los Estados Unidos, Reino Unido, Francia y la Unión Soviética, tenían más y más ganas de victoria.

En cuanto a Alemania, el nacionalsocialismo quería imponer a toda costa sus dictados en cualquier faceta de la vida social y cotidiana del país. Hasta la publicidad y propaganda estaban bajo el yugo del régimen nazi; nada se escapaba de las manos del ministro de propaganda, Joseph Goebbels.

Ser diferente en la Alemania nazi no solo era un estigma que tenían en sus espaldas las minorías, sino que también era algo extremadamente peligroso. Para las personas como Ernest, personas que escuchaban una voz constante en su mente, había un programa especial de eutanasia con el que miles de ellos perdieron la vida.

El sistema educativo, que gozó de una buena reputación a ojos del mundo, tenía la predominancia del antisemitismo y el nacionalismo. Se adoctrinaron pequeños nazis en sus escuelas. Asignaturas como la Teoría Racial o la Prehistoria Teutónica aparecieron dentro de los libros de texto. No muy diferente fue la enseñanza en las universidades, donde se organizaban hogueras para quemar libros antialemanes y donde profesores brindados con el Premio Nobel tuvieron que exiliarse.

Pero, pese a todo, una de las peores cosas que surgió tras la toma de poder de Adolf Hitler fue el adoctrinamiento de la juventud alemana desde el NSDAP,

el partido nazi. Las Juventudes Hitlerianas crecían a una velocidad abrumadora. Se distribuían juguetes de manera gratuita para su captación y proliferaban las actividades familiares con base en el nazismo. En resumen, el régimen se metió de lleno en la mente y la cabeza de miles de alemanes.

Ernest no fue uno de ellos, y es que a veces una mente diferente a la del resto hace que el resto nunca llegue a saber de uno. Después de todas las atrocidades que había vivido, de observar muerte tras muerte y de sentir que su vida corría un peligro constante, Ernest Müller tomó la decisión de adentrarse en las filas nazis, con el único propósito de hacer desde dentro lo que no podía hacer desde fuera.

En uno de los refugios encontró a un joven de su edad que, teniendo el pensamiento nazi arraigado en lo más profundo de su ser, no tuvo el suficiente valor para demostrarlo en público, pues, paradójicamente, el amor de su vida era judía.

Lutz, como se llamaba el chico al que conoció, llevaba tiempo pensando en alistarse en el ejército alemán para combatir en la guerra y, tras mucho tiempo de reflexión, decidió hacerlo. Determinación que le contó al que creía que era su amigo, el joven Müller. Por tanto, ambos jóvenes emprendieron el camino más complicado de todos: alistarse en las Waffen-SS.

Las SS armadas eran el cuerpo de combate de élite, las escuadras de protección. Ya llevaban muchos años creadas; de hecho, se crearon con soldados parados tras la Primera Guerra Mundial. Pero, con el tiempo, pequeños delincuentes se unieron a las tropas en busca de un indulto. Tras el fracaso de la invasión a Polonia, a donde enviaron a muchos hombres con demasiada lealtad, pero sin ninguna preparación militar, Himmler, quien manejaba a este cuerpo militar, endureció exponencialmente el entrenamiento militar, haciendo que sus hombres fueran casi implacables.

Entrar en las SS no era nada sencillo, y mucho menos en ese momento. En el momento en el que un hombre se presentaba, debía entregar un historial limpio en los ficheros policiales, no poseer enfermedades hereditarias y tener un árbol genealógico puramente ario; por último, debían demostrar un comportamiento político impoluto por parte de sus padres. Cumpliendo esos requisitos, la comisión racial, compuesta por médicos, hacía a los aspirantes pruebas médicas. Valoraban el color de sus ojos, la forma de su cabeza, la constitución física, que debía ser buena y con una altura superior a 1,75 metros. Tras el reconocimiento físico, el aspirante debía someterse a una serie de preguntas. Con todo eso aprobado, se comenzaba la formación.

El problema vino cuando Lutz y Ernest no tenían ni siquiera algo que entregar, pero el nuevo conocido del joven Müller tenía muchos amigos en el

infierno y, como en todos los lados, pese a la terrible represión que se vivía en Berlín, consiguió todo lo necesario para poder ser candidatos a las pruebas que tenían que superar.

Lutz era un tipo curioso: se sentía nazi, amaba a una mujer judía y le gustaba demasiado beber alcohol. Tenía la absurda idea de que combatiendo en las filas del III Reich, conseguiría terminar la guerra antes y, así, podría fugarse con su amada, de la cual no sabía nada desde hacía casi un año. Se dio a la bebida por ese mismo motivo y deambuló como uno más, protegiéndose de lo que todos allí se protegían.

Llegó el día en el que ambos chicos se presentaron en las oficinas para comenzar su aventura dentro de este cuerpo militar.

Ernest fue acompañado por su leal amigo Libert, quien le pedía una y otra vez que no cometiera ese terrible error. Pero, al final, Libert no era más que un niño y Ernest ya había tomado la decisión.

Al entrar en aquel lugar plagado de señales esvásticas, ambos jóvenes fueron separados y cada uno entregó a su oficial al mando el historial necesario para cumplir esos requisitos indispensables. Lutz tenía claro que nadie se daría cuenta de que el historial era falso, pero Ernest estaba realmente asustado, porque sabía que, si se descubría la falsedad del documento, le esperaba una bala en la cabeza. Lo dejaron en una sala de espera mientras comprobaban la documentación que había llevado; Libert, mientras tanto se dispuso a tirar canicas contra él.

—Libert, para, por favor. Necesito concentrarme —rogó a su amigo.

—¿Para qué, Ernest? Estás cometiendo un grave error —le recriminó.

La puerta de la sala de espera se abrió y un oficial lo hizo pasar a la oficina. Allí vio de lejos a Lutz, hablando con otros oficiales, y a él le hicieron sentarse en una silla. Le hicieron muchas preguntas acerca del historial y eso le creó mucha inseguridad, dejando ver las gotas de sudor que le caían por la frente. Tras un buen rato de interrogatorio y con el papel aprendido de memoria, logró pasar a la segunda fase en la que un par de médicos lo esperaban.

Le midieron la cabeza, le miraron los ojos detenidamente, comprobaron que su altura era superior a lo permitido…, pero hubo algo que extrañó a los médicos y era la cantidad de cicatrices que tenía en su cuerpo a causa de la paliza que el general Ritcher le propinó.

—Señor Müller, ¿puede decir de dónde vienen tantos golpes? —preguntó uno de los médicos con su informe en la mano.

—Cosa de niños, doctor, cuando era pequeño tuve un pequeño accidente por hacer lo que no debía —su contestación fue segura, serena.

Los doctores dieron el visto bueno a Ernest y le pidieron que volviera al día

siguiente para comenzar su formación dentro de las filas de las Waffen-SS. A la salida de aquella interminable mañana, le esperaba Lutz, sonriente por haber conseguido también el visto bueno.

—Lo hemos conseguido —dijo saltando y sonriendo—. Y no solo eso, tengo resguardo para los dos esta noche.

—¿Dónde? —preguntó extrañado Ernest.

—En la casa de un viejo conocido que me he encontrado dentro. Le he dicho que venimos de otra ciudad y nos da alojamiento.

Ambos chicos se fueron a celebrarlo con más cadetes que habían pasado las pruebas. Por primera vez en mucho tiempo, Ernest no sintió el peligro a sus espaldas. Todos los que había en aquel bar compartían el mismo rumbo y eran aceptados por la sociedad. Así que, por una vez, dejó la mente en blanco y disfrutó de su nuevo papel que interpretar. Pasaron gran parte de la noche bebiendo, bailando, riendo y despidiéndose de la tranquilad, pues todos sabían que la formación y la entrada en la guerra serían, cuando menos, duras.

Decepcionado por la decisión que su amigo había tomado, Libert decidió alejarse de aquel bar sin que Ernest se diera cuenta.

Comenzó la formación. Lutz y Ernest recibieron un uniforme negro, pero sin insignias, ya que todavía no estaban admitidos del todo en la organización. La instrucción era tanto física como ideológica. Cada día el entrenamiento físico se endurecía, así como las prácticas de tiro y el manejo de las armas. Recibían clases sobre el régimen y los instruían en el antisemitismo y el nacionalsocialismo al que todos estaban sometidos.

Ernest vivió aquella formación junto con Lutz, pero realmente la vivió solo. Libert lo había dejado y él se lo tomaba como la instrucción que necesitaba para poder combatir no en la Segunda Guerra Mundial, sino a la Segunda Guerra Mundial.

Los meses pasaron y, con los meses, estos jóvenes se convirtieron en dos de los mejores de su promoción, adquiriendo el reconocimiento de sus superiores y del resto de compañeros, que los veían como auténticos héroes. El 9 de noviembre, coincidiendo con el aniversario del Putsch de Múnich, se convirtieron oficialmente en soldados y juraron fidelidad a Adolf Hitler. Ya eran miembros de pleno derecho de la Orden Negra.

Aunque lo normal era que los nuevos soldados se dedicaran durante al menos dos años al aprendizaje constante y a la ocupación civil, prestando un servicio obligatorio al Servicio Nacional del Trabajo, antes de ingresar en el ejército alemán, los dos amigos fueron elegidos para otra cosa totalmente

diferente. Algo que les cambiaría la vida por completo.

Dado su gran prestigio dentro de la formación y sus innegables cualidades como soldados, Lutz y Ernest fueron trasladados a una base militar. No era lo más común, pero es cierto que los altos cargos se ocupaban de las grandes promesas para que, posteriormente, pudieran enviarlos a las peores misiones. Para esta gente, aquello era una distinción, un honor, algo que gozaba de prestigio aunque, en el fondo, no fuera más que enviarlos a misiones casi suicidas.

El 22 de junio de 1941, Alemania y sus camaradas del Eje invadieron la Unión Soviética. La guerra cada vez avanzaba más rápido. Por aquel entonces, Finlandia necesitaba compensar todas las pérdidas territoriales que había sufrido tras la guerra de Invierno y se unió al Eje justo antes de la invasión. Los alemanes ya habían invadido los estados bálticos y, en septiembre de ese mismo año, Finlandia los ayudó a penetrar en San Petersburgo.

En octubre, las tropas alemanas avanzaban hacia Moscú; también invadieron Kiev. Los oficiales superiores de Lutz y Ernest tenían preparados para ellos una gran misión; y, si salían vivos de ella, todavía los esperaba algo mucho más grande. Las bajas de las tropas alemanas eran frecuentes y, pese a tener miles de soldados combatiendo por todo el mundo, las Waffen-SS querían siempre a los mejores liderando sus filas. Continuamente metían nuevos soldados, casi el noventa por ciento jóvenes, porque el cansancio de la guerra, a nivel físico y mental, deterioraba a una velocidad estremecedora a los que rompían filas en busca de la victoria para su país.

La misión se llamaría Operación Barbarroja. Bielorrusia, Kiev y los países bálticos ya habían sido ocupados por los alemanes, por lo que el Eje pasó a la siguiente fase; querían ocupar la cuenca industrial soviética de Rostov. La zona era estratégica para continuar la Segunda Guerra Mundial. La conquista de ese territorio supondría arrebatarle a la URSS sus reservas de acero, carbón, hierro, parte de las centrales hidroeléctricas y fábricas químicas. Si conseguían ese propósito, privarían a la URSS de esos recursos y, además, podrían bloquear el tráfico fluvial entre Rusia y el mar de Azov, las líneas férreas, etc., lo que llevaría al Ejército Rojo a surcar rutas más dificultosas.

Lutz y Ernest fueron llevados a Ucrania para comenzar la misión con el pelotón de ataque que llevaba varios meses preparando la ofensiva. Llegaron en el momento que la carretera entre Kharkov y Zaporozhe fue cortada por los alemanes.

Los dos jóvenes tuvieron la suerte de liderar un tanque de los más de trescientos que avanzaron por la zona, derrumbando y destrozando

indiscriminadamente todo lo que se encontraban a su alrededor. Ninguno de los dos era consciente de lo que suponía su estancia allí. Ambos eran tan inteligentes como para ir un paso por delante de los soldados enemigos y eso conllevaba que cientos de vidas se truncaran por el camino gracias a ellos. Ernest tenía clara su misión, pero sabía que tendría que pasar un tiempo antes de poder llevarla a cabo. Entrar en el ejército alemán no era más que el principio.

Los días se quedaron sin noche para ellos y es que, durante el tiempo que estuvieron en combate, dormir era un lujo que no se podían permitir. Los alemanes avanzaban rápidamente, consiguieron tomar el río Don y, con ello, Rostov. La misión de Lutz y Ernest había terminado, pero en la guerra nunca había fin.

Como soldados debían velar por el resto de los compañeros que allí había; muchos de los altos cargos fallecieron tras un contraataque que sufrió una de sus bases militares y Ernest y Lutz tomaron las riendas de uno de los pelotones. La conexión con Alemania era casi inexistente y sabían que deberían sobrevivir por sus propios medios sin esperar a que el III Reich fuera en su búsqueda y ayuda.

Lograron encontrar un subterfugio lo suficientemente seguro como para permanecer allí el tiempo suficiente sin correr riesgo. Se trataba de un búnker que había sido medio sepultado por una de los miles de bombas que cayeron en esa zona. Aunque la victoria era suya, muchos de los soldados emprendieron el camino de vuelta por sus propios medios al ver la impasividad con la que su nación velaba por ellos.

Fueron unos siete hombres los que consiguieron entrada en aquel lugar; muchos de ellos se quedaron fuera como auténticos héroes, otros ni siquiera llegaron a la trampilla. Lograron cerrar herméticamente ese espacio tan pequeño que al menos contaba con provisiones suficientes para una temporada y algún botiquín de primeros auxilios. Allí la mayoría estaban heridos, algunos de gravedad.

Con la formación especial que recibieron, tenían nociones básicas de medicina para hacer uso de ello cuando les fuera necesario. Ernest, que siempre fue un joven curioso, tenía retenido en la memoria cada capítulo de las clases que recibió, por lo que se hizo con el mando de las curas del resto de sus compañeros. Entablilló varias piernas con algunas maderas viejas que formaban las estanterías que guardaban la comida enlatada. Curó varios cortes de profundidad, que cosió meticulosamente mientras el soldado bebía sin parar el alcohol que también tenían. Uno de ellos había sido víctima de la metralla de una granada y tenía el ojo derecho totalmente destrozado; su dolor era tan

insoportable que los gritos ensordecían al resto de soldados.

De una de las clases que impartió el mismo médico que le hizo el reconocimiento, recordó que había una sustancia que se descubrió años antes de manera casual y que, con el comienzo de la Segunda Guerra Mundial, se le dio más credibilidad por la necesidad que se tenía de curar a los heridos. Se trataba de la penicilina. Afortunadamente, tenía varias dosis en el botiquín del búnker y, sin pensárselo dos veces, ante la extrema gravedad del soldado que había perdido un ojo fruto de la metralla, usó una de las dosis para mitigar la posible y probable infección que le acarrearía.

—Amigo, eres un genio, menos mal que estás aquí —dijo Lutz mientras le daba una palmada en la espalda.

Ernest se levantó tras la palmada a su amigo y se dirigió al resto de compañeros:

—Soldados, saldremos vivos de aquí, os doy mi palabra.

Todos allí tenían verdadero miedo, temían por sus vidas al sentirse tan solos; pero las palabras de Lutz los consolaron en la medida de lo posible. Casi todos los soldados de los que allí había no superaban la veintena, alguno era imberbe todavía.

Los días pasaron y la falta de comunicación preocupaba en exceso a todos. Desde dentro podían escuchar parte de lo que sucedía fuera y sabían que, hasta que no cesara el sonido de las armas, no podrían salir sin correr un gran riesgo.

Por desgracia, uno de los que tenía un corte profundo en la pierna sufrió una grave infección y la penicilina había sido usada casi en su totalidad para el soldado que perdió el ojo. Trataron de bajar la fiebre con las pocas cosas que tenían, pero los dolores y la temperatura le hicieron entrar en delirios constantes. Hablaba de su hermana pequeña, con la que siempre jugaba al escondite unos años antes de alistarse en el ejército alemán. Se llamaba Anna y, según lo que decía, tenían la mala costumbre de colarse en el cuarto de sus padres hasta que ellos llegaban para asustarla. El moribundo chico sonreía y lloraba a la vez; sus compañeros pensaban que eran delirios puros salidos de la fiebre, pero Ernest sabía que tan solo eran recuerdos, los recuerdos que a todos nos vienen cuando el cuerpo se está despidiendo de nosotros.

—Ernest, ¿le dirás a Anna que la quiero? —La respiración entrecortada, el miedo y el dolor le hacían difícil hablar.

—Sí, lo haré. No hables. Descansa. —Lo arropó con la manta.

El joven Müller estuvo toda la noche a su lado, pendiente de su evolución, pero todos allí sabían que era cuestión de tiempo que muriera. A las pocas horas de amanecer, sin saber cuánto tiempo había pasado allí dentro, murió. Ernest recordó la última vez que tuvo que sostener un cuerpo asesinado, le

dolió, le dolió en lo más profundo.

El resto de los soldados mejoraba, incluso el que perdió el ojo. La angustia aumentaba por momentos, pero todos procuraban calmarse; al fin y al cabo, solo se tenían los unos a los otros. Un día después de la muerte del soldado, la escotilla del búnker se abrió y, sin escuchar ya sonidos de guerra afuera, Lutz fue el primero en salir, con la esperanza de que más soldados alemanes los hubieran encontrado.

Todos allí dentro sintieron un profundo alivio, ¿quién podría ser si no? Pero, cuando el último soldado salió del búnker, Ernest Müller vio como el resto de sus compañeros habían sido apresados por soldados ingleses. Pese a ser apresados por los rivales, todos sintieron una especie de esperanza al ver la claridad de fuera. Mientras estaban dentro, la lluvia apagó varios fuegos y, con el sol de la mañana, se veía una iridiscencia que les hizo tener un halo de esperanza.

Todos fueron trasladados a un centro de reclutamiento que los Aliados tenían cerca allí. Fueron despojados de sus armas, de sus uniformes y de los pocos objetos personales que llevaban. La foto de Ernest se fue de su lado junto con su uniforme militar. Lutz comenzó a tener miedo, pensando que, en cuanto se cansaran de tenerlos allí, los fusilarían en un paredón. El resto de los soldados jóvenes incluso lloraban desconsolados pensando en lo poco que habían vivido y en lo mucho que les quedaba por vivir, porque, cuando la muerte se acerca, los pensamientos que más colman nuestros corazones son las cosas que nunca llegamos a hacer.

Varios sargentos del ejército inglés se pasaron en varias ocasiones por allí y, sin mediar palabra, los observaban cautelosamente, sin acercarse más de lo estrictamente necesario. La fama de los miembros de las Waffen-SS residía en ser hombres dedicados por y para matar, con un entrenamiento ejemplar en lo que a la batalla respecta. Era complicado pensar que aquellos jóvenes eran así, pero, en el fondo, su adiestramiento sí lo era.

Dos días después, un oficial al mando que tenía que velar por que los soldados alemanes no escaparan los informó de que se habían convertido en una moneda de cambio para los Aliados y que los usarían como rehenes para conseguir algo de Alemania. Todos los chicos sabían que no valdría de nada, porque morir en la batalla era su destino y su país no movería un solo dedo para liberarlos de las garras de sus enemigos.

Los alimentaban poco, pero lo hacían; los querían vivos. Así fue como el soldado que perdió el ojo, conocido por sus compañeros como Max, se quedó prendado de una de las enfermeras que pasaba cada día para observar la

evolución de su ojo. Nada más entrar allí, Max comenzaba a temblar de nerviosismo. La enfermera Anya era una joven que había sido destinada allí desde Rusia para prestar servicio militar. Su cometido era curar a los soldados que llegaban heridos y procurar que se recuperaran lo más rápido posible. Su papel no era curar a soldados enemigos, pero, dado que los querían vivos para negociar con Alemania, tuvo que resignarse a hacerlo, pese a que los alemanes habían asesinado a bastantes amigos suyos. Nunca entraba de buen humor, es más, desde un primer momento le dejó claro a todo el pelotón que sobrevivió que, si por ella fuera, los dejaría morir; pero eso no fue suficiente para que Max no viera en ella una belleza atroz por la que se enamoró de manera instantánea de la joven.

Los demás, sin mucho más que hacer allí presos, increpaban a su compañero, le decían que cómo podía ser tan estúpido, que, aunque fuera una mujer bella, era parte de los enemigos. Lutz, el más crítico de todos con Max, le recordaba una y otra vez que estaban allí con el único fin de que los Aliados pudieran chantajear al Eje con sus vidas y que, si por él fuera, la mataría con sus propias manos. Max no se tomó nada bien ese comentario y le propinó un puñetazo en la cara a su colega de batalla, lo que desencadenó una pelea entre ambos jóvenes que hizo saltar las alarmas.

Dos oficiales ingleses entraron y los separaron mientras se miraban extrañados. No era frecuente que los presos que tenían se pelearan entre sí, pero igualmente terminaron la pelea a base de porrazos. Naturalmente, Lutz tuvo que ser atendido porque el golpe que le propinó Max en la cara lo dejó algo magullado. En la sala en la que estaban entró otra de las enfermeras que tenían allí para atender a los heridos. Lutz, que tenía cuando quería una lengua viperina, se reía de su compañero:

—Maldito imbécil, lo has hecho para que entre Anya —le recriminaba riéndose.

—¡Cállate o...! —La puerta se abrió; era Anya.

—¿O qué, soldado? ¿Va a volver a pegar a su compañero? —era la primera vez que se dirigía a Max. Su cara empezó a enrojecer.

—No, yo… —Anya se acercó a él y le destapó el vendaje del ojo. Estaba sangrando.

—Voy a por gasas, le está sangrando el ojo de nuevo.

Los jóvenes, después de ver la cara roja de Max y la absurda pelea que había tenido con Lutz por eso, comenzaron a vacilarle. Todos veían la ilusión con la que miraba a Anya y en el fondo se alegraban, porque allí lo único que los mantenía vivos era una ilusión, fuera la que fuese, y la de Max era la enfermera Anya. Como hombres jóvenes que eran, comenzaron a soltar por la boca miles

de barbaridades con referencias al ámbito sexual que incomodaban bastante al pobre Max, pero todos comenzaron a reírse y a empujarse como colegas de batalla. No les quedaba más remedio que llevarse bien y entre todos le prometieron a su colega Max que harían lo posible por ayudarlo con la enfermera Anya. Lo tenían realmente difícil, porque la joven era de armas tomar y estaba bastante curtida sobre los hombres que querían cortejarla; no sería una misión fácil, pero para Max esa fue su gran misión.

Después de la cura del ojo de Max, Anya se disponía a salir por la puerta cuando Lutz, con ese aspecto sucio que tenía desde hacía semanas y ese aliento a alcohol que aún le perduraba del búnker, se dirigió a ella, demasiado cerca.

—Enfermera…, verá, es usted muy guapa y me gustaría saber si… —no pudo terminar la frase sin que Anya, sonriendo y mirándolo a los ojos, le diera un rodillazo en la entrepierna.

—¿Te queda claro así? —le preguntó agachándose para poder hablarle de cerca.

Abrió la puerta, cogió sus utensilios médicos y salió dando un portazo. Lutz, que estaba agachado intentando respirar después de la patada, le dijo a su amigo Max que lo tenía bastante difícil con ella. Todos comenzaron a reírse y se dispusieron a cenar la poca pero suficiente comida que les daban. Muchas veces era comida en mal estado y otras veces les daban solo tres platos para todos. La mayoría lo pasaron bastante mal, puesto que era la primera vez que se enfrentaban a una situación de necesidad; se habían alistado por amor a su país, pero en sus vidas cotidianas no pasaban hambre. Sin embargo, Ernest estaba más que acostumbrado a pasar necesidad desde que estalló la guerra. No era la primera vez que cedía a sus jóvenes compañeros parte de su almuerzo. Entre esos jóvenes, Ernest era considerado como un hombre sabio, un hombre generoso; le tenían casi por un líder, aunque ni él mismo se otorgaba esa potestad.

Pese a ser joven, era el mayor de allí junto con Lutz y, aunque este último también hacía las veces de líder, a Ernest le tenían una consideración bastante diferente. Él se preocupaba mucho por los jóvenes y ellos lo sabían, siempre tenía una palabra amable para ellos o un buen consejo para sus vidas el día que pudieran volver.

Los compañeros siempre le preguntaban por su vida, pero Ernest nunca contestaba y siempre evadía el tema con preguntas para ellos. Sabía perfectamente que, si hablaba, tendría que inventar una vida totalmente diferente a la real porque allí sí guardaban lealtad al Führer, aunque tan solo

fueran unos jóvenes alienados. De hecho, en muchas ocasiones, se limitaban a imaginar o a intentar adivinar quién era Ernest Müller. Llegaron a pensar que era el hijo de algún alto cargo para Hitler o que había llegado de un entrenamiento mucho más superior que cualquiera de ellos; alguno incluso llegó a pensar que era un familiar directo del mismísimo III Reich. Pese a sus esfuerzos por conocer más a sus compañeros, fue una batalla perdida para ellos, aunque no la única.

—¿Cómo tienes el ojo esta mañana? ¿Sientes dolor? —preguntó Anya.

—No, no. Estoy bien. No me duele —respondió Max.

—No te hagas el valiente, necesito conocer tus síntomas si quieres curarte —le dijo Anya mientras le inyectaba analgésicos.

—Es cierto, enfermera Anya, estoy bien y…, a decir verdad, con usted delante mucho mejor. —Tras decir esas palabras, el joven Max se quedó petrificado y con la mirada apartada de la joven.

—¿Está coqueteando conmigo? —le susurró al oído para que el resto de sus compañeros no se enteraran.

Pero Max no pudo responder, el miedo le paralizó el cuerpo y el habla, y se limitó a negar con la cabeza como un niño de cuatro años cuando lo han pillado haciendo una gamberrada y lo niega rotundamente, aunque su cara delate todo lo contrario. Anya sonrió, lo terminó de curar y se fue, no sin antes girar de nuevo la cabeza para mirar una vez más el rostro colorado de Max.

Lo consoló no haber recibido una patada en la entrepierna y se sintió afortunado por haber recibido una sonrisa de aquella joven que siempre entraba de mal humor. Max siempre había sido un chico algo tímido, tenía amigos, la mayoría hijos de los amigos de sus padres, pero siempre se sintió algo marginado por el resto. Él no era tan guapo ni tan fuerte como sus compañeros soldados. Se veía que era un chico con buenas intenciones y, en las conversaciones que tenían en el búnker sobre los temas sociales que albergaba la sociedad alemana en ese momento, nunca se llegaba a pronunciar del todo. Por ello, Ernest tenía la creencia de que Max era mucho más inteligente y noble que cualquier de los que allí había, pero que debía guardar las formas si no quería ser un marginado dentro del ejército. Los hombres destacaban por ser rudos y viriles, incluso en su intimidad. No dejaban ver sus vulnerabilidades y, a decir verdad, el miedo de muchos de los soldados alemanes no era otro que defraudar a su líder. Max se alistó un poco obligado porque su padre era médico militar y hubiera estado mal visto que su propio hijo no tomara el mismo camino que él o que el resto de sus hermanos, que también se habían batido en duelo con el enemigo.

El joven Max estaba algo angustiado por la pérdida de su ojo, sabía que, si

llegaba con vida a su casa, ya no serviría para el servicio militar y eso tendría una repercusión en su vida. Su padre, probablemente, le haría saber lo decepcionado que estaba y su rumbo cambiaría a satisfacer desde las oficinas al resto de superiores. Él no era un chico de batalla, pero prefería estar al frente de la guerra que resignado en una oficina toda su vida. Ernest lo tranquilizaba siempre que lo veía nervioso por ese tema. Le explicaba que, cuando llegaran de nuevo a Alemania, lo condecorarían y sería un militar reconocido en su casa y entre sus amigos, y que la pérdida del ojo quizá era una señal de que debía mirar la vida desde otra perspectiva. Max siempre escuchaba atentamente los consejos de su amigo.

Los jóvenes fueron de nuevo trasladados a otro lugar; esta vez, al menos, tenían un servicio cruzando la puerta algo más digno que lo que les habían dado anteriormente para satisfacer sus necesidades. Un oficial entró para darles algo de ropa más limpia. Los jóvenes, extrañados, no tenían muy claro cuál era el cometido de estar allí, pero se alegraban de que las condiciones mejorasen.

Desgraciadamente, tanta amabilidad solo significaba que los ingleses habían preparado una ofensiva con ellos como cabezas de turco. La idea era asaltar una zona habitada por alemanes y que ellos fueran el señuelo. Dejarían a la vista de los jóvenes, como si fuera algo fortuito, un mapa en el que se veía un refugio alemán a pocos kilómetros de allí. Cuando emprendieran el camino, los seguirían de cerca y, al acoger sus compañeros a estos jóvenes, entrarían sin previo aviso. Nadie más que los oficiales sabían sus intenciones, puesto que no podían correr el riesgo de que alguien cometiera un error y la misión se fuera al traste. Con ello en marcha, comenzaron a darles mejor comida y mejores condiciones, aunque el trato siempre era vejatorio.

Los jóvenes empezaron a confiarse y a relajarse, pensaban que quizá su país sí estaba respondiendo por ellos. A medida que pasaban los días, Anya era mucho más receptiva con Max, se mostraba más calmada con él e incluso llegó a aceptar una rosa que él hizo de papel para ella. Aunque no quisiera asumirlo, por ser él alemán y enemigo, se había enamorado de él. Pasaba a curarle el ojo mucho más de lo necesario, incluso lo hacía a escondidas para que el resto de las enfermeras no se percatase. Le llevaba algún manjar oculto entre su uniforme y lo miraba como quien mira al amor de su vida. En pocos días, los dos jóvenes habían creado un vínculo extremadamente fuerte y los únicos testigos eran sus compañeros de pelotón, que no solo se alegraban por ellos, sino que los ayudaban a verse a escondidas.

De hecho, en una ocasión, uno de ellos le pegó otro puñetazo a Lutz, bien merecido porque este no paraba de meterse con todos, únicamente para que Anya volviera. En esa ocasión, Lutz se lo tomó bien, aunque tuvo que reposar

unas horas. Max no solo se sentía completamente absorto por Anya, sino que sentía un profundo agradecimiento con sus compañeros de pelotón. Por primera vez en su vida, se sentía aceptado por la gente. Por desgracia, ese no era ni el momento ni el lugar para enamorarse de una mujer que pertenecía al bando enemigo.

La noche antes de que los jóvenes emprendieran el camino hacia la base donde estaban los alemanes, les metieron por la puerta el mapa, aquel mapa donde figuraba la localización exacta. Los jóvenes se pusieron tan contentos que comenzaron a gritar y saltar hasta el punto de que tuvieron que entrar a mandarlos callar. Todos estaban convencidos de que había sido Anya quien quería ayudar a su amado a escapar, incluso el propio Max lo pensaba. Ernest no lo tenía tan claro, había algo que no le cuadraba, pero decidió confiar en el instinto del resto de sus amigos y terminó por pensar que quizá sí hubiese sido Anya.

Los jóvenes, después de varios días estudiando el complejo, le pidieron a Max que llamara a Anya para que ella los ayudara y así lo hizo. Anya atendió su llamada y fue.

—Anya, mi amor, gracias por este regalo. En cuanto pueda, volveré a por ti —dijo mientras la besaba.

—¿Qué regalo? —preguntó extrañada pero feliz por aquel beso.

—El mapa. —Se lo enseñó.

—Tienes que ayudarnos a salir de aquí —interrumpió Lutz.

La joven estaba extrañada, no entendía nada de lo que estaba pasando, pero, en el momento en el que le pidieron ayuda para escapar, pensó que tal vez así podría vivir su historia de amor cuando la guerra terminara. Ella no tenía ni la menor idea de lo que sus superiores tenían planeado. Uno de los oficiales vio a Anya y a Max, y supo que esa sería su baza, que ella haría lo posible por ayudarlos a salir, y así fue.

Cuando llegó la madrugada, Anya salió del cuarto donde las enfermeras dormían y abrió la puerta de los soldados alemanes. Sin saberlo, un soldado, secuaz de los oficiales, la estaba siguiendo. La joven les dio varias indicaciones para salir del recinto sin ser vistos. Mientras ellos emprendían el camino, ella vigilaría para asegurarse de que su fuga se consumaría. Era la única que podría despistar a alguien que interrumpiera a los jóvenes. Eran varios los soldados que custodiaban y había guardia cada noche para evitar altercados nocturnos en la base militar inglesa.

Una vez lograron salir del recinto, un grupo de diez soldados ingleses los seguía a una distancia prudencial; no tardarían más de dos horas en llegar

donde sus compañeros alemanes estaban y los ingleses tenían que ir con mucha cautela para que no los descubrieran y pudieran completar su misión. Por otro lado, Anya, quien había sido el cebo sin saberlo y había ayudado a sus superiores a sentenciar la muerte de Max, fue apresada y llevaba a los calabozos. Cuando se percató de lo que había sucedido, intentó por todos los medios salir de aquel calabozo en busca de Max, pero todos sus esfuerzos fueron inútiles. Pataleó, gritó, lloró e incluso imploró. Nunca se perdonaría haber llevado al hombre del que se enamoró a la muerte.

Era la primera vez que se enamoraba y supo que sería para siempre. Ella no temía por su vida aunque sabía que había traicionado a su país. Ella solo temía la muerte de aquel chico que llegó a sus brazos en busca de alguien que lo quisiera.

Los jóvenes se sentían libres, habían conseguido salir del yugo de los enemigos y tenían todas sus expectativas puestas en llegar a aquella zona donde aguardaban soldados alemanes. Juntos serían más fuertes. Todos estaban deseando llegar y unir fuerzas para poder volver a Alemania. No tuvieron que recorrer tanto camino, puesto que estaban mucho más cerca de lo que creían. Ninguno miraba atrás, tenían todos sus sentidos puestos en llegar sanos y salvos, pues no dejaban de estar en territorio enemigo. Ernest se sentía como se sintió la vez que salió en búsqueda de comida para llevarla a la iglesia de San Nicolás. De pronto, sin esperarlo un solo segundo, apareció Libert.

—Ernest, es una trampa, no podéis entrar allí —dijo mientras corría con él.

—¿Cómo? —respondió asustado.

De pronto, los disparos empezaron a sonar. Estaban a diez metros de la puerta de entrada y sus amigos alemanes los habían reconocido y estaban abriendo las puertas. Diez soldados ingleses abrieron fuego contra ellos y contra los soldados alemanes que custodiaban la puerta. El fuego enemigo había comenzado su ofensiva. Dos de los compañeros de Ernest cayeron, el resto logró resguardarse en un montón de escombros cerca de la puerta. Los alemanes desde dentro les lanzaron varias pistolas; Max, Lutz y Ernest consiguieron coger un arma cada uno.

El fuego cruzado empezó a sonar. Los guardias de la puerta habían sido abatidos. Los que no pudieron conseguir un arma entraron en la zona alemana, pero las puertas comenzaron a cerrarse. Los tres chicos que disparaban y se zafaban de los disparos enemigos vieron como su única oportunidad de salir con vida de allí se cerraba.

—¡Era una emboscada! Tu novia Anya nos ha traicionado —dijo Lutz mientras apretaba el gatillo y mataba a un soldado inglés.

—¡Ella nunca haría eso! —la defendió Max.

Por otro lado, Libert le explicaba a Ernest lo que había ocurrido: que sus temores eran ciertos y que la joven enfermera había sido una víctima más de esta emboscada. Los soldados ingleses eran demasiados para los tres jóvenes a los que se les estaba terminando la munición y que habían sido sentenciados cuando las puertas se cerraron. Los ingleses avanzaban y el tiempo se les estaba agotando. La rabia se veía en la cara de todo aquel que era consciente de que no lograrían terminar la misión y entrar en la zona alemana para devastarlos a todos.

Ernest consiguió cambiar de lugar para tener otra visión y poder así salir vivo de aquella batalla casi perdida.

—Ernest, a dos metros, entre ti, Lutz y Max, hay una granada de mano sin activar; si consigues cogerla y tirarla, quizá tengáis una oportunidad de salir vivos de aquí.

—Es una locura, Libert. Me matarán. —Los disparos no cesaban.

Miró varias veces la granada de mano que su amigo le había indicado; en el fondo, sabía que no tendrían otra oportunidad de salir vivos de allí. Gritó a Lutz y se la mostró, no hacían falta las palabras en aquel momento para entenderse, pero Lutz, pese a ser un joven arrogante, no dejaría que Ernest fuera quien cogiera esa granada. Se giró hacia su compañero Max y le contó sus intenciones. Max lo abrazó y le dijo que lo cubriría todo lo que pudiera; Ernest, que lo estaba viendo todo, entendió perfectamente la situación y se dispuso a cubrir a su amigo.

Las balas caían sin cesar, el sonido era atronador. Lutz, con el arma en firme, disparó las únicas balas que le quedaban y saltó hacia la granada; en ese momento, Max y Ernest salieron con toda su munición, disparando y gritando con toda la rabia que se puede tener.

Lutz alcanzó la granada, quitó la anilla de seguridad con los dientes y la lanzó lo suficientemente fuerte como para que llegara a todos los soldados ingleses. Ernest, Libert y Max se escondieron detrás de los pocos escombros que los protegían desde que la emboscada comenzó. La granada explotó y los ingleses fueron abatidos en un abrir y cerrar los ojos. El polvo de la detonación impedía ver con claridad a Ernest. Ya no se escuchaban tiros ni balas ni gritos de odio. Cuando la claridad empezó a dejarse ver, vio como Max sostenía el cuerpo de Lutz, reventado por la metralla y alguna bala que había conseguido impactar en su cuerpo. La muerte fue instantánea.

Ambos chicos, junto con Libert, consiguieron entrar en zona alemana. Arrastraron como pudieron el cuerpo de Lutz y consiguieron ayuda para meterlo dentro. Ernest y Max se sentaron en el suelo exhaustos.

—Lo has conseguido —dijo Libert a Ernest.

—Sí… —Cubrió el cuello con sus manos.

—Debes hablar con Max.

Libert volvió a irse; seguía sintiendo la decepción de la decisión que Ernest había tomado tiempo atrás. Libert solo quería que su amigo se sintiera seguro y que lo estuviera. Comprendía hasta cierto punto su decisión, pero creía que había muchos más caminos para emprender que lo llevaran a una libertad absoluta. Ernest lo sabía y, por eso, no tenía palabras que decirle a Libert. Ya había sufrido bastante. Encontrarse consigo mismo era una misión para la que todavía no estaba preparado, pues no lograría salir victorioso de ella tras afrontarla.

Los alemanes los ayudaron a entrar en el pequeño edificio que habían tomado y, cuando llegó el alba, tras intentar descansar lo máximo posible, Ernest habló con Max.

—¿Cómo estás? —Se sentó a su lado.

—No sé qué pensar, Ernest… —Las lágrimas le empañaban la visión y la voz.

—Max, ¿la amas? —Él asintió—. Entonces, no dudes de ella.

Los jóvenes se reunieron con un sargento de la brigada especial del ejército alemán que manejaba aquella zona. Felicitó a ambos y les mostró todos sus respetos por todo lo que habían tenido que pasar. Les contó que era consciente de su situación porque un soldado se enteró de rebote, pero que por las circunstancias no había podido organizar una misión de rescate. Seguían en suelo enemigo y era muy complicado salir de allí. También les dijo que varios aviones estaban a punto de entrar en zona armada para rescatarlos y que apenas quedaban doce horas para que eso ocurriera. Fue entonces cuando Max despertó de esa especie de letargo que le había creado la situación y le confesó a su amigo Ernest que iba a ir a por Anya antes de que el avión partiera con sus amigos.

Ernest sabía que aquello era un suicidio, pero no podía dejar que su amigo Max fuera solo hasta allí. Tenía claro que Anya estaría arrestada o quizá muerta. Eran conscientes de que no podían decírselo al sargento al mando; Anya era el enemigo y jamás entendería el sentimiento de Max hacia ella y de ella hacia Max.

Emprendieron el camino que habían recorrido hasta llegar allí; esta vez armados, con munición de sobra y con un sentimiento totalmente contrario al que tenían, pues iban por amor.

Lograron llegar a la base inglesa; como habían salido curtidos de allí, sabían

exactamente los pasos que debían dar y los que no. Lograron burlar la seguridad que por las mañanas había en la zona sur de la base, por la que ellos mismos salieron horas antes. Escucharon los gritos de los oficiales por no haber conseguido completar la misión; cualquier derrota en una batalla pequeña podía cambiar el rumbo de la guerra. Redujeron a dos soldados ingleses y se pusieron su ropa. Con eso lograron traspasar varias zonas de seguridad hasta llegar a los calabozos, donde sospechaban que podía estar Anya o, más bien, donde tenían la esperanza de que estuviera.

—Anya —dijo Max susurrando con fuerza.

En la última celda vio un brazo salir de entre los barrotes, que hubiera reconocido en cualquier parte del mundo.

—Max, Max, has vuelto —dijo mientras lo acercaba a los barrotes y lo besaba.

—¿Cómo podría irme sin ti? Te dije que volvería —respondió.

—Max, lo siento, no sabía lo que iban a hacer. —Lloraba.

—Lo sé, amor mío, lo sé. —Acarició su cara.

Debían salir de allí lo antes posible; por mucho que tuvieran una buena tapadera, el resto de los soldados no tardarían en darse cuenta de que dos de sus compañeros estaban encerrados en el cuarto de las escobas, inconscientes y maniatados. Volaron la cerradura de un disparo y sacaron a Anya de allí. La única forma de salir de allí y llegar lo más rápido posible a suelo alemán era por la misma puerta que habían entrado. La trompeta de emergencia empezó a sonar y el tiempo corría a contracorriente para los tres. Anya los condujo hasta las cocinas, desde donde podían salir por una puerta hacia el patio trasero, que es el que debían traspasar para llegar hasta la puerta de salida y correr hacia suelo alemán. Consiguieron llegar a la cocina, pero allí se encontraron dos soldados. Las armas comenzaron a dispararse y los tres jóvenes se resguardaban entre los fogones que olían a aquella comida que ya habían probado.

Lograron abatirlos y continuar su camino. Recorrieron el patio corriendo, corriendo como si no hubiera un mañana mientras miles de balas impactaban con el hormigón que los hacía seguir de pie. Pudieron traspasar la puerta y llegar a suelo alemán.

Cuando abrieron las puertas para que pasaran, los aviones amigos ya habían llegado. Los soldados se metían con rapidez y con ello todo el arsenal que tenían que llevar consigo si querían mantenerse con vida. El oficial que dio la enhorabuena a Max y Ernest los esperaba a los pies del avión, agarrándose el sombrero militar para que el aire no se lo tirara. No entendía por qué venían desde fuera de la base con una mujer, pero no era momento de hacer preguntas y metió a los tres en el avión. Los ingleses, que perseguían a Max y Ernest,

comenzaron a soltar granadas desde fuera, pero los aviones ya habían puesto rumbo hacia otro lugar.

Desde el cielo vieron como el lugar que les había protegido tan poquito tiempo estaba siendo devastado y era inevitable pensar que quizá no hubieran llegado hasta el avión y ese hubiera sido su trágico final. Anya no paraba de abrazar a Max, llorando, sabiendo que a partir de ahora tendría que luchar por su vida y demostrar que no era una enemiga para Alemania, tan solo una mujer enamorada de un soldado que perdió su ojo combatiendo por los alemanes.

Ernest los miraba, intentando entender cómo entre tanta guerra podía surgir el amor. Se alegraba al saber que todavía existían buenos sentimientos en las personas, independientemente de sus ideas o de su cultura. Recordaba a Lutz y al amor de su vida, la judía por la que se metió en esta absurda guerra. Pero el pensamiento que más le asaltaba a la cabeza sin saber muy bien por qué era el de Agnes, Agnes Lerman.

Sintonía

El año se estaba terminando y, por aquel momento, Alemania ya había invadido gran parte de Europa. Los Estados Unidos se abstuvieron de la Segunda Guerra Mundial, considerándola, así, como la guerra europea, pero su papel en la historia fue relevante. Los campos de concentración que Estados Unidos usó para introducir a todos los ciudadanos estadounidenses de ascendencia nipona les hicieron firmar la guerra casi sin saberlo. El presidente Roosevelt usó hasta sus últimas fuerzas para alejarse de una de las situaciones más duras y complicadas que sacudieron a la raza humana, pero de esa guerra nadie en el mundo salió impune.

Max obtuvo la baja en la guerra por el problema de visión que le acarreó perder uno de sus ojos y, con esa baja, pudo alejarse de las filas nazis junto con Anya, con la que sirvió a la comunidad alemana todo lo que duró la guerra. Para él, fue una bendición; pero para Ernest, por mucho que se alegrase por él, fue volver a sentirse solo y perdido en el mundo.

La valía que el joven Müller había demostrado a lo largo de su paso por las Waffen-SS le hizo ser condecorado por el ejército alemán y ser destinado a una misión casi suicida. Sus superiores lo enviaron a una base militar con el fin de entorpecer desde dentro la salida de armamento de América. No era una misión sencilla y aunque en aquella base militar no existieran los fuegos cruzados ni los constantes estruendos de bombas, Ernest tenía que interpretar un duro y difícil papel: hacerse pasar por un norteamericano patriota dispuesto a servir a su país.

El 5 de diciembre de 1941, Ernest voló junto con dos superiores americanos con raíces arias a la base militar de Pearl Harbor. En hawaiano significa ‘puerto de perlas’, y eso es algo que pudo comprobar cuando pisó por primera vez el puerto natural que se hallaba en el interior de esa laguna costera de la isla de Oahu, en Hawái.

Llegó allí curtido con una deplorable lista de sucesos que lo habían llevado a tener una especie de anestesia emocional que jamás había padecido de esa manera. El propósito de alistarse en el ejército alemán seguía claro, pero, cuando le comunicaron que debía hacerse pasar por un hombre norteamericano

y patriota, decidió por un momento dejar de lado su razón interior y cumplir la misión con éxito para poder salir vivo de allí sin ser descubierto. Al fin y al cabo, solo tenía que sabotear de vez en cuando la exportación de armas.

Nada más llegar allí, fue recibido por varios soldados americanos que estaban esperando la llegada de más compatriotas. Al salir del avión, aquel hangar que tenía de fondo un olor marítimo lo transportó a sus paseos en barca con el tío Harry por el río Mosela y sintió algo de tranquilidad; cosa rara en él desde hacía bastante tiempo. Allí las personas tenían otro semblante, no había sentimiento de miedo, ni siquiera se apreciaba un atisbo de vulnerabilidad. Los soldados, sus familias, las enfermeras, los médicos e incluso algún que otro civil habían tomado Pearl Harbor como su hogar y a Ernest no le hizo falta más de una hora para darse cuenta de ello.

Enseguida lo llevaron a la oficina que custodiaba uno de los hangares donde aterrizó. Allí lo esperaba el teniente general Brooks junto con su compañero y amigo el mayor Sanders. Ambos tenían a cargo a casi toda la base militar que los Estados Unidos tenían en Hawái. Ernest se presentó ante ellos como el marine Smith, llegado de Madison, Wisconsin. El ejército alemán lo abasteció de toda la documentación necesaria para no tener que hablar demasiado. Él se había aprendido bien su papel, pero en aquella base la confianza entre ellos era latente y esa fue una de las circunstancias que más lo ayudaron a pasar desapercibido el poco tiempo que estuvo allí.

Le ofrecieron uniformes, ropa y un pequeño camarote en el que se hospedaban varios de los marines que habían llegado nuevos.

La vida allí le parecía sencilla. Debía mantener los buques de guerra al día, limpios. Tenía comida y bebida a su disposición a cualquier hora del día, siempre y cuando trabajase duro en sacarle brillo a la cubierta del barco donde fue destinado, el USS California BB-44, uno de los mayores acorazados de los que disponía el ejército americano. Cuando lo vio por primera vez, se sintió pequeño. Se encontraba ante un buque de guerra de gran tonelaje, blindado en cada capa y artillado con varios cañones de gran calibre. Era la viva imagen del poder naval de los Estados Unidos.

Aquel buque resguardaba cientos de marines de todas las jerarquías posibles, desde jóvenes en formación hasta el más alto mando. Negros y blancos que convivían en completa armonía, menos cuando alguno de ellos tenía la boca grande y quería hacer daño a su rival con alguna palabra racista. Para Ernest, fue bonito encontrar un poco de paz; su mente estaba cansada de lidiar con la realidad y, desde hacía tiempo, Libert solo llegaba para ayudarlo cuando se encontraba en apuros. Echaba de menos sus viajes casi astrales y la forma que tenía de levantar un pie del suelo. La guerra había creado entre él y Libert una

distancia lo suficientemente equidistante como para que le produjera vértigo verse sin su fiel amigo. Pese a eso, admitió la situación que tenía y, viendo cómo era allí la vida, decidió disfrutar todo lo posible.

—¡Formen filas! —se escuchó a lo lejos una voz carrasposa.

Todos los allí presentes, en la popa del imperial buque americano, formaron filas dejando caer cualquier objeto que tuvieran en la mano, desde fregonas hasta cigarrillos.

—¡Hoy han venido más marines a nuestro hogar! Den un paso adelante los nuevos —gritó erguido y sin pestañear una sola vez.

Así fue como el marine Smith se presentó ante el resto de sus compañeros junto con algún otro que había aterrizado horas antes que él. Fueron recibidos con su himno tradicional, del que se sentían profundamente orgullosos, la marca *Semper fidelis.* Tras las presentaciones, los marines se presentaron uno a uno a los nuevos, acogiéndolos no sin hacerles alguna que otra novata que el joven Müller encajó con humor y con alegría. Tenían la costumbre de gastar alguna broma pesada a los novatos, como meterlos en un *ring* de boxeo algo peculiar, en el que los vértices del cuadrilátero estaban formados por escobas que sujetaban los cabos del buque. Allí fue donde el marine Smith conoció a su compañero de camarote, el marine Thompson. Fue un duelo peliagudo, porque allí no se andaban con tonterías y los marines más veteranos apostaban grandes cantidades de dinero y objetos valiosos en cada asalto.

Después de aquella presentación, ambos marines novatos se fueron a su camarote a poner en orden sus pertenencias para poder así comenzar la jornada laboral de aquel viernes 5 de diciembre de 1941.

—Me llamo Mike, Mike Thompson. —Extendió su mano con una sonrisa.

—Soy James, James Smith —contestó estrechándole la mano.

—Menudo recibimiento, ¿verdad? —Sonrió—. La verdad es que no me esperaba menos de estos tipos. —Continuó colocando sus cosas.

—Sí, ha sido un buen recibimiento. ¿Conocías ya este sitio? —preguntó Ernest.

—Qué va, pero mi hermano mayor ya estuvo aquí y algo me había contado.

La sirena que los avisaba de la comida comenzó a sonar y ambos chicos fueron al comedor. Ernest o, mejor dicho, el marine Smith se quedó alucinado de las bandejas que tenían sus compañeros repletas de comida. Allí el hambre no era un problema y, durante mucho tiempo, su estómago se hizo tan pequeño que le costó comerse la cantidad de comida que le pusieron en su bandeja. La comida no duró mucho tiempo porque el trabajo era más importante que otra cosa y enseguida terminaron para ponerse a las labores del buque.

En un primer momento le ordenaron limpiar la cubierta del acorazado,

cubierta que dejó impoluta ante el asombro de sus compañeros, que solían hacerlo rápido y mal. Después lo enviaron a la cocina a ayudar a los cocineros para la cena. Más tarde tuvo que ir fuera del barco con los marines novatos a atender alguna explicación que debían saber antes de continuar allí. En ningún momento nadie sospechó de la tapadera de Ernest y eso lo tranquilizaba bastante para continuar. Se había hecho a la idea de que era un marine norteamericano y actuaba como tal. Se fijaba en las costumbres y maneras de sus compañeros, sus expresiones, sus gestos e incluso sus historias, y adaptaba alguna de ellas como le venía en gana para contar algo de su pasado creado.

El día se le pasó bastante rápido y, cuando se quiso dar cuenta, ya estaba en el camarote, cansado del día que había pasado, dispuesto a dormir.

—Psss, psss —le chistó el marine Thompson.

—¿Me dices a mí? —preguntó Ernest mientras asomaba la cabeza de la cama inferior en la que dormía. Era una litera.

—Sí, a ti.

—Dime.

—No puedo dormir, James, estoy inquieto —dijo su compañero mientras colgaba la mitad de su cuerpo para verlo.

—¿Por qué? Es tarde, tenemos que descansar.

—No sé, serán los nervios de estar aquí por primera vez.

—¿Nervios? —se extrañó.

—Claro, amigo, estar aquí es un sueño para mí.

Ernest estaba tan cansado que los ojos vencieron y, finalmente, se quedó dormido a final de la conversación. Su compañero Mike Thompson se dio media vuelta e intentó cerrar los ojos con la esperanza de dormir. Para Mike, su sueño era alistarse en la marina americana; había visto a su hermano mayor y a su padre alistarse y volver siempre a casa sanos y salvos después de cada misión. Era una familia perfecta, al menos para Mike, que siempre los tenía en mente. Para él era muy importante que su familia se sintiera orgullosa de él al ver que daba los mismos pasos que su padre y su hermano. Era la ilusión personificada, representaba el patriotismo americano; era la viva imagen de un joven ingenuo con ganas de comerse el mundo.

Al día siguiente, las tareas comenzaron desde muy temprana hora. La trompeta sonó a las cinco de la mañana. Mike y Ernest fueron juntos a la zona del buque donde debían presentarse nada más amanecer. Seguían siendo novatos y tenían que acatar todas las órdenes que les dieran sus superiores.

Aquel día, tenían la mañana para instruirse sobre los cañones que había en el acorazado. Casi fue una clase teórica, en la cual les explicaron que, tras muchos años, la distancia del disparo de un cañón había aumentado de manera

notable. Los cañones eran estriados y de mayor largo, disparando granadas explosivas de menor peso que, comparadas con las balas de metal, habían aumentado la distancia de combate. Les enseñaron los factores balísticos que no se podían medir, como la temperatura del aire, la presión barométrica, la humedad, la velocidad del viento o la dirección.

Aprendieron aquella mañana todo lo que les iban a enseñar sobre los cañones porque allí no había tiempo para explicaciones. Pese a estar en un lugar seguro, nunca se sabía con exactitud cuándo era el momento de usarlos.

De ahí pasaron por todas las zonas del buque que tenían que conocer por si el fuego enemigo atacaba. Aprendieron cómo tenían que actuar en caso de ataque o cómo debían priorizar si eso ocurría. Allí ningún marine se quedaba atrás si se podía evitar, es más, dar la vida por un compañero era tarea de todos. Ese tipo de cosas le gustaban a Ernest, quien llegaba de un mundo totalmente diferente, donde la vida humana no valía nada y donde tener un amigo era realmente complicado porque nunca sabías si ese amigo podía dispararte a bocajarro.

En un descanso de la formación, antes de la comida, se fue del buque con la excusa de querer ver la base militar y familiarizarse con el entorno. A nadie le pareció extraño, por lo que se fue a uno de los almacenes donde había visto al aterrizar que guardaban el armamento. Era su única opción para poder desviar parte de la mercancía a Alemania y que sus superiores vieran los resultados de su misión. Era probable que nunca se enteraran, pero no estaba seguro de si alguno de los que fue con él lo estaba vigilando o de si informaría al ejército alemán de sus victorias y fracasos.

Así fue como entró en el almacén, que estaba vacío, pues por esas horas tenían la comida los que regentaban los pilotos y soldados de mar y tierra. Era impresionante la cantidad de armamento que tenían en aquella base militar, se quedó sorprendido porque la mayoría estaba sin usar y seguía en las cajas de madera, dispuesto a abastecer en otros lugares. Allí no era necesario tener mucha munición a pie de calle, porque allí la guerra no había llegado.

Ernest era consciente de que los Estados Unidos no querían entrar en la Segunda Guerra Mundial, pero, por lo que había escuchado, el país no era un santo y también tenía responsabilidad en todo lo que ocurría.

Fue a la oficina interna donde tenían los albaranes de los envíos y se dispuso a cambiarlos y sellarlos cuando, de pronto, alguien entró en aquel lugar. Se escondió detrás de una de las mesas, escuchaba de fondo las voces, pero no lograba distinguir lo que decían. Unos segundos más tarde, el sonido de las voces se iba acercando y pudo dilucidar la voz de un hombre y una mujer riéndose. Se trataba de un marine y una enfermera que tenían una relación

encubierta y usaban aquel lugar como refugio para su romántica historia. Con suerte, al poco tiempo pudo irse de allí completando la misión que le habían encomendado; pero supo que no sería tan fácil como pensaba, porque no era el único que iba allí a hacer cosas que no debía hacer.

En la comida de los marines, su compañero Mike le contaba sin parar de hablar un solo segundo toda su vida, desde que nació hasta el momento en el que puso un pie en Pearl Harbor. Ernest lo escuchaba atentamente con cierta envidia, aunque sana, porque se daba cuenta de la diferencia abismal que había entre sus vidas casi con la misma edad, solo por el hecho de haber nacido en lugares diferentes. Después de que Mike contara su historia, varios chicos más de la mesa contaron la suya.

El marine Smith escuchaba atentamente a sus compañeros novatos. Quería entender la felicidad que desprendían al contar sus historias, pero se le hacía bastante complicado. Sus vidas eran totalmente diferentes, incluso ellos como personas también lo eran. Ernest siempre supo que no era igual que el resto de los chicos de su edad, pero aquel día lo entendió de una manera mucho más espiritual. En el fondo se alegraba de que eso fuera así.

Nunca le deseó mal a nadie; de hecho, siempre se alegraba de la felicidad ajena. No había pasado mucho tiempo desde que los conocía, pero ya comenzaba a apreciarlos. Él también contó algo de su vida, en realidad mentó a sus padres, pero con la historia algo cambiada. Les dijo que eran zapateros y que él se alistó en la marina estadounidense como un sueño, algo que ya había escuchado de varias bocas y sabía que era creíble; también les contó que sus padres seguían en Madison, aunque eso le costó bastante decirlo sin pensar que más que una ficción era un anhelo para él. Narró innumerables cosas, pero lo que dejó más atónitos a sus compañeros fue la historia que contó sobre su gran amigo Libert, quien era cojo y no podía alistarse con él… Les contó cómo asaltaron un barco de mercancías y casi los pillan, aunque para él fue un barco pirata; o cómo se toparon con una jauría de perros hambrientos en busca de comida, cuando en realidad eran aquellos lobos de esa aldea que olía a prado.

Consiguió dejar a todos boquiabiertos, porque ellos tenían una familia fascinante, una casa increíble y una vida de ensueño, pero el marine Smith tenía algo que ellos jamás tendrían: a Libert.

Después de la dura jornada de trabajo que dejó a los novatos exhaustos, fueron invitados a una pequeña fiesta que se organizaba en un bar de la isla, a los pies de la playa. Su jornada había terminado tan tarde que fueron de uniforme. Allí fueron recibidos por jóvenes guapas y alegres que, al llegar, les cubrían el cuello con un collar típico de Hawái. Allí se llama *lei*, que traducido era algo así como ‘guirnalda’ o ‘corona’. Era un símbolo de hospitalidad que

todos recibían al llegar.

La música, el alcohol, las risas, los abrazos..., todo sucedía alrededor de Ernest como si él no formara parte de esa fiesta. Sus compañeros bailaban y reían a carcajadas mientras se tomaban otro trago más y contaban anécdotas. Todos allí eran como hermanos.

—¿No te diviertes? —preguntó una cálida voz a sus espaldas.

Se giró, apartando el *lei* hawaiano que le habían puesto para poder ver con claridad. Una joven americana que había comenzado su andadura en Pearl Harbor como enfermera le estaba hablando a él y solo a él.

—Sí, claro que sí. —Sonrió.

—No tienes aspecto de estar disfrutando de la velada como tus compañeros. —Se sentó a su lado.

—Bueno, a decir verdad, lo disfruto de otra manera.

—Interesante, y ¿cómo lo disfrutas?, si puedo saberlo.

—Disfruto viendo a la gente disfrutar —dijo mientras bebía el último sorbo de su cuarta copa.

—Vaya, es un pensamiento realmente bonito, pero no lo llego a entender.

—De donde yo vengo, esto no es así. —Se levantó tan rápido que el alcohol hizo que se tambaleara y se sentara de nuevo.

—Marine, creo que es hora de dejar de beber. —Le quitó la copa de la mano y lo llevó a la orilla de la playa a despejarse—. ¿De dónde vienes tú? —preguntó la joven mientras Ernest tragaba saliva sabiendo que tendría que contar la historia inventada que contaba a todo el mundo.

—Wisconsin.

—¿Y allí las cosas no son iguales? —preguntó extrañada.

Ernest estaba embriagado, por el alcohol y por la tranquilidad que allí vivía, y cuando estaba a punto de contarle la verdad a aquella joven desconocida se levantó.

—Debo irme, mañana me espera un día duro.

—Está bien. Soy Sarah.

—Yo, James.

Caminó dando tumbos por la playa hasta que logró encontrar el camino de vuelta. No estaba seguro de si el alcohol le había afectado hasta el punto de sentirse completamente prendado por Sarah; pero tenía la sensación de tener paz a su lado. No entendía muy bien por qué desde que la miró a los ojos sentía una especie de vorágine en el estómago. Entonces vomitó, pero ni con esas se le pasaba la sensación que tenía.

Le costó llegar hasta el buque, pero los gritos de alguno de sus compañeros marines le hizo encontrar el camino. Mike ya estaba allí dormido cuando él

llegó. Se metió en la cama a las dos de la madrugada, pensando en Sarah y en la voz tan angelical que le había hecho darse la vuelta casi sin pensarlo.

Ernest Müller nunca había sentido nada parecido por nadie, ni siquiera por Agnes, a la que guardaba un cariño muy especial y que estaba de manera casi constante en su mente. Sarah había creado en él otra sensación. Esa sensación que se tiene cuando ves al amor de tu vida entre una multitud gigante y tú solo puedes continuar mirándola. Esa sensación que te recorre el cuerpo cuando en medio de la oscuridad aparece un destello de luz y, entonces, sientes una profunda tranquilidad que hace que no quieras marcharte nunca de ese lugar. Como cuando el mar está en calma y a lo lejos ves un atardecer que sabes que no se volverá a repetir jamás; porque la palabra «instante» es fugaz y, a veces, no somos conscientes de ello.

Ernest consiguió cerrar los ojos y dormir, pero en sus sueños aparecía aquella joven americana que unas pocas horas atrás le había asaltado en mitad de una fiesta y en mitad de su corazón. Fue amor a primera vista.

Aquel domingo, 7 de diciembre de 1941, el rumbo de la Segunda Guerra Mundial cambió por completo. No eran ni las ocho de la mañana cuando los primeros bombardeos sonaron en la base militar de Pearl Harbor. Días atrás, mientras los japoneses sonreían y respondían con evasivas a los diplomáticos americanos, tripulaciones aéreas comenzaban un entrenamiento implacable.

Seis portaaviones nipones, dos acorazados, dos cruceros, nueve destructores y tres submarinos navegaron con las estaciones inalámbricas silenciadas para no ser descubiertos y, aprovechándose de la paz que reinaba en el Pacífico central, tomaron posiciones frente a Oahu.

Las tripulaciones aéreas que contaban con bombarderos fueron destinadas a destruir la flota de acorazados estadounidenses; el resto atacaría aeropuertos, instalaciones militares y al resto del ejército.

A las seis de la mañana del domingo 7 de diciembre, despegaba el primer bombardero nipón; a los pocos minutos, cincuenta cazas, cincuenta bombarderos de picada y otros cincuenta horizontales junto con cuarenta torpederos interrumpían la calma del Pacífico en dirección a Pearl Harbor. Aproximadamente cuarenta minutos después, más de trescientos cincuenta aviones atacantes surcaban el cielo en la misma dirección.

A las siete y dos minutos de la mañana, una estación de radar del comando de intercepción de Oahu descubrió la presencia de aeroplanos volando al norte de la isla. Tardaron más de quince minutos en comunicarlo al pensar que se trataba de maniobras habituales de la aviación naval. A las siete y cincuenta y cinco, se observaron en el cielo aviones de procedencia desconocida y se escucharon los primeros bombardeos.

Más de veinte Aichi tipo 99 realizaron ataques bajos, mientras que veinte torpedos Nakajima 97 cruzaban la bahía y disparaban sus torpedos contras las naves ancladas. El acorazado US California BB-44 fue uno de ellos.

El caos se había apoderado del buque, Ernest y Mike se levantaron de un salto, algo desorientados. No entendían qué estaba pasando y allí todavía eran unos simples novatos. Por los pasillos del buque corrían todos los marines aún sin vestir hacia la cubierta del acorazado. Habían recibido un ataque sorpresa y Pearl Harbor estaba siendo devastada. Sin tiempo de ponerse ni los zapatos, Ernest y Mike subieron a toda prisa a la cubierta con el resto de sus compañeros. Los más veteranos tenían claras sus posiciones en caso de ataque, pero ellos solo tenían idea de lo que el día anterior les habían explicado. Se dirigieron a los cañones. Los disparos eran incesantes y la primera bomba que cayó en Wheeler Field a las ocho de la mañana se escuchó en toda la isla.

Apenas podían andar erguidos, el buque estaba siendo bombardeado y el movimiento les impedía moverse con facilidad. Al llegar a la puerta que daba salida a la cubierta, ambos jóvenes se pararon en seco. Una gran cantidad de marines estadounidenses habían sido brutalmente asesinados desde el aire por las fuerzas japoneses. La sangre y los gritos dejaron a Mike en *shock*, pero gracias a Ernest logró salir de ese estado que, aunque durara apenas treinta segundos, hizo que dieciséis compañeros más perdieran la vida.

Corrieron a los mandos de dos cañones situados a estribor del acorazado, el sonido de los aviones que apenas dejaban aire para respirar les hacían echarse las manos a los oídos una y otra vez. Mike no conseguía sostener los mandos del cañón adecuadamente, por lo que se puso a los mandos de una de las ametralladoras que regentaba esa zona. Ernest lanzó la primera granada contra uno de los nipones que parecía un ave en busca de una presa fácil. Acertó y aquel Nakajima 97 cayó empicado contra el mar antes de que produjera más horror en la base militar. Mike disparaba indistintamente, ocasionando algún desperfecto en el resto de los aviones y acertando a matar a alguno de los pilotos japoneses que habían decidido invadir aquel lugar. Muchos marines saltaron al agua asustados y con un ataque de pánico por lo que allí estaba sucediendo. A lo lejos se avistaban pilotos norteamericanos que corrían hacia los hangares donde tenían sus aviones. Muchos de ellos no lograron llegar y otros no tenían avión que pilotar. La defensa era casi inexistente, habían sido tomados por sorpresa y los cazas interceptores fueron destruidos en tierra. Pese a ello, varios lograron salir de la isla lo más rápido que pudieron y contraatacar a las fuerzas niponas. Cuatro aviones P-40 y dos P-26 lograron salir del campo Wheeler.

A su lado, el buque acorazado USS Arizona BB-39, tras recibir el impacto de

varias bombas de las cuales una detona dentro de un compartimento de munición provocando una gran explosión que derrumba la estructura, se hunde en el mar con todos los que estaban allí dentro. La explosión partió el barco en dos y más de mil cien personas murieron allí dentro.

Ernest y Mike ponían todas sus ganas en derribar al enemigo. Para Ernest, aquellas personas murieron por culpa de la guerra, aquello no tenía perdón de Dios y, para él, no eran sus enemigos. Por ello, usó todo lo que tuvo a su alrededor para intentar parar la mayor masacre que había vivido hasta entonces.

De pronto, el USS Oklahoma comenzó a hundirse. Tres torpedos impactaron sobre el buque, que se inclinó sobre su banda de babor y se hundió. Los marines lograron saltar al mar, pero los aviones dispararon sin piedad a los hombres que trataban de salvarse. Pearl Harbor dejó de sentirse segura y aquel día Estados Unidos decidió entrar en la Segunda Guerra Mundial. Se vivieron momentos terribles, uno de los mayores ataques perpetrados en la guerra, que dejó miles y miles de muertos a su alrededor. La isla fue devastada.

Sin obtener ningún resultado, Mike y Ernest decidieron echarse al mar y huir de aquel lugar. El fuego les impedía saltar desde donde estaban y tuvieron que cruzar al lado opuesto para poder salvarse. Sorteaban como podían los cuerpos de sus compañeros y los socavones que habían creado las bombas. El acorazado se estaba hundiendo por un par de torpedos que había recibido minutos antes. Lograron llegar a la barandilla de la cubierta cuando los disparos comenzaron a caer en ellos. Ambos chicos cayeron al mar con un disparo cada uno. Mike recibió un disparo en el brazo derecho y Ernest en la pierna. Bucearon todo lo que pudieron entre más disparos, sangre y cuerpos suspendidos en el agua. Bucearon más de minuto y medio entre toda esa barbarie hasta que juntos consiguieron coger el poco aire que quedaba fuera y llegaron nadando hasta el puerto. No eran los únicos que habían emprendido ese camino; su intención era llegar hasta los hangares y protegerse, pero las bombas no paraban de caer en la isla y Ernest no podía andar.

—¡A cubierto! —dijo el teniente coronel Brooks, quien había ido al frente del ataque a proteger a sus hombres.

Ernest, Mike y varios marines más se cubrieron tras el ala de un avión que había caído en la explanada que tenían que recorrer hasta llegar al hangar.

—Hay un avión escondido en la parte trasera del aeropuerto, todavía está a salvo. Es un avión de mercancías, pero podemos llegar hasta él. —La orden estaba clara.

Cuando se vieron seguros y el teniente coronel Brooks dio la orden, todos los

marines salieron corriendo hacia allí. Ernest iba del hombro de Mike, quien le sirvió de apoyo en esa travesía; pero las balas que caían desde el cielo eran demasiado numerosas. Cuatro marines más cayeron desplomados al suelo, atravesados por la munición japonesa. Tuvieron que resguardarse de nuevo en un vehículo que todavía no había sido destruido. Las balas estaban por toda la carrocería y los cristales habían dejado de existir. No tenía llaves, pero Mike logró hacer un puente para arrancar el coche, así Brooks, Mike y Ernest se montaron en lo que fue su vía de escapatoria. Mientras Mike conducía, Ernest se hizo un torniquete en la pierna y, junto con el teniente general Brooks, disparó sin cesar hacia los aviones que todavía seguían surcando la isla.

Llegaron al hangar y detrás, tal y como dijo el teniente general Brooks, se encontraba un avión de mercancías aún cubierto por la lona, intacto, esperando a ser pilotado. Sabían que tenían pocas opciones de salir vivos de allí, pero se aferraban tanto a la vida que les era imposible tirar la toalla. Cuando el avión estaba en marcha, dispuesto a ser pilotado, y los marines Mike Thompson y James Smith dentro, el teniente coronel Brooks les dio una última orden.

—Maten a esos cabrones, aunque sea con su vida. —Se bajó del avión.

—¡Teniente general!, ¿dónde va? —gritó Mike.

—A por mi hija. Es enfermera y se encuentra en el hospital. Debo ir a por ella.

—No nos iremos sin usted, Brooks —sentenció Ernest.

Entre tanto ruido de fondo, el marine Smith se temía algo tan profundo que solo puede ser explicado cuando dos personas conectan mágicamente. Y es que, al escuchar el primer estruendo de las bombas, los torpedos y las balas, solo podía pensar en una cosa: en ella, en Sarah. Era su oportunidad para ir a por ella y sacarla del hospital; había escuchado por la radio del vehículo que les salvó durante unos instantes que el hospital todavía conservaba alguna sala intacta y que la peor parte se la llevó la zona sur, dejando así la zona norte libre de metralla. Rezó fuerte para que Sarah no estuviera en la zona sur.

Si por algo se caracterizada Mike Thompson era por su valentía y su lealtad. Apenas habían pasado cuarenta y ocho horas desde que pusieron un pie en Pearl Harbor, pero James Smith se convirtió en su aliado y el teniente general Brooks era su superior, por lo que, bajo ningún concepto, iba a abandonarlos. Tenía miedo, el miedo razonable que una persona recién llegada debe tener, incluso el miedo lógico que una persona que acaba de alcanzar la mayoría de edad puede tener. Pero si algo había aprendido a lo largo de su escasa vida era que el miedo no nutre a los cobardes, sino a los valientes, y que es superando ese miedo como precisamente los valientes salen adelante.

Llegar al hospital de la base fue mucho más sencillo que salir del buque en el que estaban destinados antes de que se hundiera. Finalmente, lo lograron y, al llegar a la puerta de aquel edificio blanco que albergaba multitud de heridos, se dieron cuenta de que ellas también eran unas auténticas heroínas.

El hospital del ejército fue avasallado por víctimas de quemaduras extremas, de víctimas conmocionadas por la situación, soldados con más de una bala dentro de su cuerpo… La entrada sur tenía sus escaleras cubiertas de sangre y en los pasillos ya no cabía ningún herido más. Las enfermeras y los médicos eran la última baza para muchos de los soldados y marines que había en la isla y su dedicación contribuyó a disminuir en gran medida el índice de mortalidad entre los hombres que se ubicaban justo en la zona cero, en Pearl Harbor.

Mike y el teniente general Brooks avanzaron solos, dejando a Ernest acostado en una camilla; su estado empeoraba. La herida que le había producido la bala dificultaba su camino y no era más que un pequeño estorbo para los otros dos. Enseguida lo atendieron, pero operarlo de urgencia sería imposible, puesto que el quirófano había sido sepultado por una bomba; le tendrían que intervenir allí mismo, sin ninguna seguridad.

Había decenas de enfermeras, todas y cada una de ellas estaban en el único hospital que todavía seguía en pie. El teniente general Brooks le explicó a Mike cómo era su hija: mujer blanca, veintidós años, morena, ojos verdes, un metro sesenta y cinco de estatura y complexión delgada. Se separaron para que la búsqueda fuera más fructífera; el tiempo corría en su contra. El hospital podía ser destruido de un momento a otro.

Mike corrió entre los soldados heridos; a algunos todavía no le había dado tiempo a conocerlos. Los médicos estaban hasta arriba y las enfermeras parecían todas iguales, al menos en ese momento. Mike solo podía distinguir entre rubias y morenas y, para él, todas comenzaron a parecerse en exceso. La herida del brazo le sangraba cada vez más, sin bien es cierto que la bala salió de su cuerpo, la herida no había sido bien atendida por las circunstancias y la pérdida de sangre aumentaba. Se tambaleó en una de las mesillas donde habían podido colocar varios medicamentos, tirándolos al suelo y rompiendo varias ampollas de analgésicos, casi imprescindibles para el momento. Se desplomó al suelo.

Sin embargo, Brooks continuaba incesante su búsqueda. No veía por ningún lado a su hija. Las jóvenes compañeras no eran capaces de decirle nada. Allí ya no había cargos ni jerarquías; en el hospital no valían las estrellas bordadas ni las distinciones. Allí solo se priorizaba el estado de salud de las personas. Brooks se desesperó y gritó su nombre una y otra vez sin éxito. Su mujer murió cuando su hija solo era una niña y él había sido quien se había ocupado de ella

y de su educación. Rechazó la ayuda de su familia y se prometió sacar a su hija adelante igual que hubiera hecho su mujer si hubiera sido él quien falleciera. Hasta que su pequeña no tuvo edad suficiente, abandonó el ejército y se dedicó en exclusiva a ella. Había criado a una joven inteligente y brillante en su profesión; era buena, empática y tenía un corazón noble y bondadoso. Brooks no podía perder a otra mujer en su vida y, mucho menos, perdonarse a sí mismo el haberla enviado a Pearl Harbor junto con él.

Ernest recogió a su amigo Mike del suelo, al que encontró después de que le intervinieran la pierna de una manera rápida y chapucera, pero lo suficientemente eficaz como para poder continuar su misión un poco más. Cada vez entraban más víctimas y de extrema gravedad, así que el marine Smith cogió utensilios médicos, dos ampollas de analgésico y cosió el brazo de su amigo Mike.

—No sabía que eras médico —dijo Mike casi susurrando mientras se quejaba del dolor.

—Y no lo soy. —Apretó el hilo fuerte para terminar de coserlo.

—Marines, no encuentro a mi hija. No la encuentro —Brooks estaba desesperado.

—Teniente general, cálmese. Yo iré a por ella, dígame cómo es e iré a buscarla. Usted quédese con Mike hasta que pueda retomar la búsqueda.

—Toma, hijo. Siempre llevo una foto suya en la cartera.

Y la vio. Los mismos ojos, los mismos labios, la misma nariz y el mismo pelo. Sarah. Se quedó unos segundos mirando la foto. Ernest sintió un profundo alivio al saber que no sería la única persona preocupada en buscar a Sarah y que ahora tenía la excusa perfecta para encontrarla. Salió corriendo por los pasillos mientras el teniente general Brooks le suplicaba a lo lejos que la encontrase. Cada vez había más gente en aquel hospital y Ernest no podía moverse con toda la agilidad que le hubiera gustado tener. Él sí distinguía perfectamente a Sarah del resto de enfermeras que estaban allí. Ni en mil vidas hubiera podido olvidar la cara de la mujer que lo hizo girarse sin pensárselo dos veces. Buscó varias veces en los mismos lugares en los que su padre había buscado y entonces comprendió que Sarah no se encontraba allí. Bajó las escaleras lo más rápido que pudo en dirección al almacén y al quirófano. Las luces habían estallado, porque esa zona se encontraba en el límite de la zona norte y zona sur.

Los escombros seguían cayendo en la planta baja del hospital. El agua salía de las cañerías como si fuera una catarata. La puerta del almacén se había quedado atrancada por varias estanterías metálicas que habían vencido con los

impactos. Rompió el cristal de la puerta y logró quitar las estanterías de en medio. Allí no había nadie y prácticamente todo estaba destruido. Cogió varios medicamentos que creyó importantes y se los guardó en los pantalones. Su siguiente parada fue el quirófano, al que llegó en menos de medio segundo; aquí no tuvo que romper la puerta porque la puerta había desaparecido.

Escuchaba un ligero pitido de fondo, suponía que de algún aparato médico que había quedado hecho cenizas. Todo estaba oscuro, solo había una luz que parpadeaba cada cierto tiempo. Gritó su nombre, Sarah, varias veces.

—¡Estoy aquí! —se escuchó al fondo de la sala de operaciones.

Ernest apartó de un golpe varios muebles y escaló una pequeña montaña de escombros que habían sido producidos por un misil fallido que aún se encontraba allí sin detonar. Sarah estaba en el suelo, sujetando varias gasas llenas de sangre que tenía puestas en el pecho del médico cirujano. Había sido alcanzado por metralla y se estaba desangrando.

—Sarah, soy James. He venido a por ti. —Seguía apartando escombros a su alrededor.

—Se está desangrando —le dijo con lágrimas en los ojos, sin articular una sola palabra más.

—Sarah, vete, te necesitan arriba —el médico pudo decir esas últimas palabras antes de fallecer.

El marine James la cogió y la sacó de aquella esquina que le había servido de protección en el momento en el que el quirófano se vino abajo y lograron salir de la planta baja del hospital. De nuevo, comenzó otro ataque cerca de allí.

—¿Por qué has venido a buscarme? —Sarah hizo de apoyo para el marine Smith.

—Tu padre te está buscando.

—¿Mi padre? ¿Dónde está? —El alivio de su voz enterneció aún más a Ernest.

Seguían subiendo las escaleras cuando una bomba impactó con la zona sur del hospital. Los cristales saltaron como verdaderos puñales hacia la gente. Los trozos de hormigón armado sepultaron a muchos de ellos. Sarah y James se agacharon y retrocedieron ante el impacto. Varias zonas comenzaron a arder. Sarah gritó desconsoladamente. Su hospital, sus compañeras, su padre, absolutamente todo se estaba viendo devastado por el ataque a traición que perpetró Japón, declarando la guerra a los Estados Unidos de América.

Avanzaron con cautela, el techo se derrumbaba por zonas y el hospital ya no era un lugar seguro. Muchas de las víctimas pudieron ser trasladadas hacia otra

zona más segura de la isla junto con varios médicos y enfermeras. Hubo muchos que lograron salir con vida de allí. Ernest y Sarah no podían partir hasta que no encontraran a Mike y a Brooks. Llegaron hasta el lugar donde los había dejado un poco antes, pero todo había sido devastado por la bomba que azotó el hospital del ejército. Se escuchaban gritos de dolor, se veían cuerpo sin vida y se olía la pólvora.

De pronto, una mano sobresalió de los escombros: era Mike.

—¡Mike, Mike! —gritó el marine Smith mientras retiraba trozos de pared de encima de su compañero.

—James, de repente estalló una bomba. —Tosió. Tenía las piernas destrozadas y una herida profunda en el abdomen.

—No hables. ¿Dónde está Brooks?

Mike señaló antes de morir hacia la derecha. El teniente general Brooks estaba tendido en el suelo: había muerto súbitamente a causa de un cristal que le perforó el cuello. Sarah corrió hacia él, tapó su cuello y se abrazó a él, llorando desconsoladamente. Mientras tanto, Ernest cerró los ojos de su compañero Mike, cogió una bandera de los Estados Unidos y cubrió su cuerpo con ella.

Ernest cogió por los hombros a Sarah, quien no quería separarse de su padre. Le costó mucho que lo soltara, pero el sonido de fuera era tan fuerte que Sarah entró en *shock* y Ernest se la pudo llevar caminando hacia una de las salidas donde todavía había una ambulancia esperando por si salía alguna víctima más. Se montaron en ella y, con una decena de personas más, pusieron rumbo a lo alto de la isla, donde había un campamento que todavía no había sido devastado.

El ataque a Pearl Harbor tan solo duró apenas dos horas y provocó la muerte de más de dos mil cuatrocientos estadounidenses. Un día después de aquel ataque relámpago, el Congreso de los Estados Unidos declaró la guerra a Japón. Durante los siguientes años, Estados Unidos encerró a más de ciento veinte mil estadounidenses de origen japonés en campos de concentración, aunque ahora era público y parecer ser que era excusable.

Ernest vivió el horror que se desató por completo en Pearl Harbor. Vio a soldados muertos salir a flote del agua con una fina película de combustible y arder. Parecían antorchas humanas. Vio cientos de cuerpos tirados sin vida alrededor de toda la isla. Se iba fijando en las chapas con sus nombres y entendió que sus familiares jamás sabrían lo que les había pasado. Sarah y él fueron atendidos en el campamento militar médico que subsistió a ese terrible ataque. La ofensiva japonesa terminó, pero, a los que sobrevivieron, ese ataque los persiguió el resto de sus vidas, haciendo una sintonía en sus corazones.

Limerencia

—Eh, amigo, ¿cómo estás? —dijo Libert mientras Ernest entreabría los ojos.

—Libert, bien, no sé. Tengo una herida en la pierna. —Se tocó.

—Ya no, amigo. Vamos, levántate.

Se incorporó y se miró la pierna varias veces sin encontrar resquicio alguno de la herida de bala que lo dejó malherido en aquella base militar de la que ya no quedaba más que el recuerdo. Se acercó a un espejo que tenía enfrente de la camilla y observó su cara limpia, su pelo sedoso y su ropa bien puesta.

—¿Dónde estoy? ¿Qué ha pasado? —preguntó extrañado; lo último que recordaba era llegar a un campamento militar.

—No te preocupes por eso, nos vamos.

—¿Dónde?

—Ya lo verás.

Libert cogió la mano de Ernest y lo sacó de una habitación con olor a jazmín. Ambos salieron a un jardín repleto de flores de todos los colores, tipos y tamaños. Al final del jardín había una fuente. Su pila era ovalada y en el centro había una roca que parecía mármol. En lo alto de la roca se encontraba una estatua, la estatua de una mujer montada en un caballo alado tocando lo que parecía ser una flauta, de la que salía un chorro enorme de agua. El caballo pisaba a cuatro guerreros que representaban la envidia, la ruindad, la maldad y la ignorancia y, en la base de ese peñasco, cuatro númenes de río vertían agua desde sus ánforas. También había dos ancianos y dos ninfas. Veía delfines a su alrededor. La fuente era tan inmensa que se veía desde bien lejos.

—¿Dónde estamos? —preguntó de nuevo.

—En un lugar al que muchos quisieran venir.

Libert salió corriendo y rodeó la fuente. Ernest salió corriendo detrás de él, gritándole que parara y le explicara qué estaba pasando, pero Libert corría y corría sin parar. Nada le dolía, pero no paraba de pensar en Sarah y en dónde estaría. No sabía muy bien si aquello era una alucinación más o realmente estaba en aquel lugar. Cuando se quiso dar cuenta, entró en una especie de laberinto; seguía oliendo a jazmín.

Libert correteaba consciente de dónde estaba el principio y el fin de aquel

laberinto verde que custodiaba unos jardines inmensos y preciosos. Vacilaba de vez en cuando a Libert, se asomaba y se escondía, corría delante y detrás de él. Quería jugar, había pasado demasiado tiempo solo y Ernest sabía que había llegado la hora de prestarle más atención de la que le había prestado dadas las circunstancias.

—¡Libert!, ¡no corras más! —gritó de nuevo.

—Tienes que encontrar la salida. —Se reía mientras saltaba.

Ernest vio un pequeño agujero en una de las paredes del laberinto y, cuando Libert pasó por ellas, se tiró en plancha y lo atrapó. Ambos se rieron a carcajadas y caminaron hasta una pequeña plaza dentro del laberinto. Se sentaron en los bancos de piedra que había, a la sombra de un sauce llorón que gobernaba aquel lugar que olía a jazmín. Al borde de la plaza, un manzano les dio sus frutos para poder comer. Ernest dio el primer bocado y Libert ya casi se había terminado la manzana roja que había cogido para él.

—¿Tienes algo que contarme? —preguntó Libert.

—Pffff —suspiró—. Hay tantas cosas que contarte… —Agachó la cabeza recordando lo que había sufrido en Pearl Harbor.

—Bueno, en realidad ya sé todo lo que ha ocurrido, pero solo me interesa una cosa: Sarah.

—¡Oh!, es guapa, ¿verdad? —la pregunta era retórica—. Resulta que la noche que me habló sentí un cosquilleo especial en el estómago, ¿entiendes? Y, bueno, estuve a punto de contarle mi tapadera y la verdadera razón por la que me encontraba allí, pero menos mal que no lo hice; supongo que, de haberlo hecho, pensaría que yo era consciente del ataque de los japoneses…

»No sé, hay algo en ella especial, algo que me atrapa. Pero no creo que ella sienta lo mismo por mí; al fin y al cabo, no nos conocemos. Aunque, si te soy sincero, tengo la sensación de conocerla de toda la vida, como si no extrañara su presencia. ¡Al revés! La deseo constantemente. Cuando la vi tirada en el suelo cogiendo el cuerpo de su padre y llorando de ese modo, se me partió el corazón. Y es extraño para mí porque, después de todo lo que he visto en estos últimos años, casi no me afectan las cosas. Sin embargo, ver sufrir a Sarah sí me afecto, me afectó mucho, de hecho.

Ernest continuó hablando algunos minutos más mientras se comía la manzana, sin darse cuenta de que Libert había desaparecido, el cielo estaba oscureciendo y volvía a estar solo. Se giró hacia la izquierda y hacia la derecha. Lo llamó varias veces, buscó por la pequeña plaza del laberinto, miró detrás del sauce llorón e incluso en sus ramas. Debajo del banco… Libert se había ido otra vez.

La lluvia comenzó a caer de unas nubes tan oscuras que aquel lugar extraño que le había deparado su mente daba miedo. Se quedó estático, mirando al cielo, dejando que las gotas inundaran su boca. Necesitaba un respiro y pensaba que eso lo era, pero pronto empezaron los truenos, tan atronadores que sin viento las hojas que conformaban el laberinto sufrieron una sacudida casi tan grande como la suya. Se asustó, porque, desde que escuchó su primera bomba, cualquier sonido subido de decibelios le creaba una sensación horrible. Y, entonces, corrió. Salió de aquella plaza, esquivando los rayos que caían a sus espaldas. Corrió por un camino que lo llevó a otro camino y a otro más que lo llevó de nuevo a la plaza. Estaba totalmente perdido.

Gritaba el nombre de Libert esperando que su amigo fuera en su ayuda, pero estaba solo. Volvió a correr en la dirección contraria esperando que ese nuevo camino lo llevara a la salida, pero de nuevo dio con la plaza. Seguía perdido, totalmente perdido.

—¡Ernest! —lo escuchó de lejos.

Corrió en dirección a aquella voz que le sonaba tan familiar, pero cuando llegó a donde salía ese sonido no encontró a nadie.

—¡Ernest! —lo volvió a escuchar.

—¿Dónde estás? —gritó desorientado.

Tras un rayo vio a la persona que gritaba su nombre; no podía ser, pensó. Emprendió su marcha hacia esa silueta que vislumbraba al final de otro camino. «No puede ser», volvió a pensar. La silueta cada vez era más nítida, y sus ganas por llegar, cada vez más grandes y ansiosas. Al fondo, una mujer con mandil, el pelo rubio y seco; la lluvia parecía no afectarle. Se le pasaron tantas cosas por la cabeza que un dolor fuerte lo azotó en el lóbulo temporal. «No puede ser, no puede ser», pensaba mientras se acercaba a lo que ya no era una silueta.

—¡Sígueme! —Aquella mujer echó a correr mientras Ernest apenas lograba alcanzarla.

—¡Mamá! —gritaba y corría sin parar.

Al girar una esquina, la lluvia amainó y su madre estaba de espaldas, contemplando la fuente que había visto al principio, antes de entrar en ese laberinto lúgubre.

—¿Mamá? ¿Eres tú? —No se atrevía a acercarse. Los separaba un metro de distancia.

Ernest levantó su brazo y la mano y adelantó el pie derecho un paso. Estaba a punto de rozarle el hombro cuando, de pronto, otro rayo penetró en la tierra tan cerca de él que saltó a su derecha y se cubrió la cabeza con las dos manos.

Los truenos volvieron a sonar y la lluvia empezó a caer con mucha más fuerza que antes. Su madre echó a correr de nuevo, pero Ernest ya no logró alcanzarla. No pudo verle la cara por completo, pero era ella, estaba seguro de que era ella. De nuevo, una voz:

—¡Ernest! —aquella voz sonaba mucho más grave que la anterior.

Se levantó del suelo después de que la lluvia hiciera que se resbalara y se empapara la ropa tan bonita y elegante que llevaba puesta. Parecía el señor Smitch. Y volvió a correr, cada vez más rápido, cada vez se acercaba más a aquella voz. A lo lejos vislumbró otra silueta, era más alta y tenía otra ropa, pero estaba seguro: era Simón.

—¡Simón, no corras, por favor! —Jadeaba del cansancio. La silueta de aquel niño ya no tan niño cada vez la veía mejor, pero estaba de espaldas. El joven Müller tampoco se atrevía a acercarse; todo allí le daba verdadero pánico—. ¡Simón! —le nombró de nuevo, pero nadie contestaba—. ¡Simón! —volvió a nombrarle.

Aquel niño ya no tan niño se dio la vuelta y Ernest dio un paso hacia atrás.

Era Simón, estaba seguro de ello, pero no tenía cara. Los ojos, la nariz, la boca y las cejas habían desaparecido de su rostro.

—¿Simón? —preguntó asustado.

Aquel cuerpo sin cara comenzó a andar en dirección a Ernest, pero este se alejaba a la misma velocidad con la que el otro se acercaba. Al poco, se topó con una de las paredes del laberinto, no había más camino que recorrer. Le gritó a Simón que se detuviera, que no avanzara más. Se tapaba los ojos, los oídos y seguía gritando a Simón que, por favor, no se acercara más a él. Los truenos sonaban con mucha más intensidad. La lluvia se detuvo, pero un fuerte viento empezó a azotar al pobre joven que, sentado sobre sus piernas, con la cara cubierta por sus manos era incapaz de ver a Simón sin rostro. El viento cada vez era más fuerte. La arena de los caminos y las hojas caídas le impedían descubrirse la cara, aunque tampoco quería, pero sentía una curiosidad abrumadora por saber si aquel niño seguía de pie frente a él. Se destapó la cara y, entrecerrando los ojos para no dejar que la arenilla del camino volará hasta dentro de sus párpados, vio cuatro personas más sin rostro delante de él.

Todo se había convertido en una torturante pesadilla para él; reconocía los cuerpos, los gestos y las maneras, pero no tenían cara. Ernest era incapaz de mirar fijamente a ninguna de las personas que estaban delante de él. No sabía lo que querían ni por qué él estaba allí. Llamaba desconsoladamente a Libert en busca de una puerta que lo sacara de allí. Pero lo peor de todo fue asumir entre lágrimas que, en ese preciso momento, era incapaz de recordar ninguna de las caras de sus seres queridos. En ese instante tan penetrante para su mente se

veía absolutamente nulo como para poder crear él mismo las caras de las personas que lo estaban atormentando. No entendía por qué sus propios recuerdos lo martirizaban de esa manera.

Pasó el tiempo, no sabía cuánto, pero pasó. La tormenta se convirtió en un sol espléndido y volvió a quedarse solo, con el sonido de unos pocos pájaros que lo avisaron de que lo peor ya había pasado.

Le costó destaparse la cara, que la tenía enterrada entre sus rodillas. Apretó tan fuerte sus manos contra sus piernas para que hicieran de telón que, cuando quiso separarse de su propio cuerpo, le dolieron todos y cada uno de sus músculos.

Abrió los ojos y encontró un escenario totalmente diferente al anterior. El sol se había convertido en el emperador de aquel laberinto. Los pájaros piaban y volaban jugueteando con unas cuantas mariposas que en varias ocasiones rozaron su pelo. Las paredes del laberinto habían quedado cubiertas por miles de flores que desprendían un olor inigualable. Se levantó. Anduvo unos cien metros por un camino que lo llevó hasta otra forma de agua: dos fuentes pequeñas custodiaban una fuente más grande en forma de abanico. Podía ver a lo lejos la representación de Cupido portando el cuerno de la abundancia en sus manos. Se acercó con el único fin de beber un poco de agua y mojarse la cara para intentar despertar de aquella pesadilla. Se sentó en el borde de la piedra y observó atentamente aquella imagen. Tras unos segundos absorto en sus pensamientos, bajó la mirada hasta el agua cristalina que lo reflejaba. Se vio guapo, se vio cansado, pero respiró el aire fresco que corría hacia él. Bebió varias veces del agua que cogía con sus dos manos, se humedeció la cara y una voz lo obligó a meterse dentro de la fuente.

Justo detrás de la imagen de Cupido, escuchó una voz femenina que le pedía que fuera hasta allí. Sin pensarlo mucho, se remangó los pantalones tan elegantes que llevaba e introdujo sus pies descalzos en el agua. Estaba fría, pero no tardó en entrar en calor. Era Sarah.

—¿Sarah? ¿Qué haces aquí? —preguntó al tiempo que su sonrisa achinó sus ojos.

—Hace calor, James, ¿qué mejor momento que ahora? —Ella estaba completamente mojada.

—¿Dónde estamos? —Se acercó hasta ella.

—¿No te lo ha dicho Libert? Estamos en el laberinto más bonito del mundo.

—¿Conoces a Libert? No entiendo nada.

Sarah estalló en una carcajada algo siniestra y a la vez alentadora para Ernest y salió de la fuente. Él seguía sus pasos y emprendieron rumbo hacia

otro camino que todavía no había visto antes de que el sol saliera allí. Sarah empezó a contarle cómo había sido su infancia, lo feliz que había sido siempre al lado de sus padres y lo mucho que sufrió su madre cuando el teniente general Brooks y ella partieron hacia Pearl Harbor. Esa mujer tenía la facilidad de hacerle olvidar a Ernest demasiadas cosas; tantas que olvidó por completo indagar sobre su estancia allí o sobre la relación de Libert con Sarah. Así pasearon sin darse cuenta por todo el laberinto, ignorando haber encontrado la salida. Sarah continuó contándole miles de historias sobre ella y su familia. Sobre el gato que la acompañó durante doce años desde que era pequeña y al que perdió poco tiempo antes de que la guerra estallara. Quería tanto a ese gato que sintió un gran alivio cuando la dejó antes de ver tanto dolor. También le dijo que, aunque en los Estados Unidos no se veía ni la mitad de las cosas que Ernest tuvo que ver en Alemania, la familia Brooks siempre fue consciente de ellas por el cargo que ostentaba su padre. Sarah hablaba de su padre en presente, algo que desconcertó por completo al joven Müller, que no se atrevió ni a nombrarlo por si causaba un daño irreparable en la joven que lo hipnotizaba constantemente. Llegaron a otra plaza, mucho más pequeña que la anterior, que tenía en el centro una pérgola de piedra con unas vigas de madera que sujetaban una especie de hojas gigantes. Allí había sombra, y fueron.

Debajo de la pérgola, una mesa cuadrada con un mantel sujetaba dos platos, dos copas, una botella de vino, cubiertos para dos y una exquisita cena. Sarah saltó entusiasmada haciéndole saber a Ernest lo hambrienta que estaba; el joven ya no tenía ganas de hacerse más preguntas porque, cuando estaba con Sarah, el mundo era un lugar mucho más bonito para él.

Ernest Müller no había visto en su vida la comida que había en los platos: una especie de verdura troceada con una salsa blanca, carne tostada, unas galletas con chocolate… Sarah se reía mientras le contaba que esta era la comida que se comía en su país. Cuando dio el primer bocado, entendió que, si eso era un sueño o una pesadilla, todos sus sentidos estaban puestos en disfrutar de los exquisitos manjares que estaba probando por primera vez. El vino llenaba las copas antes de que se vaciaran y Sarah y Ernest disfrutaron de una velada lejos de la realidad, felices y mirándose como si nadie más existiera en el planeta Tierra. Sarah le confesó lo mucho que se sentía atraída por él desde el primer momento que lo vio y Ernest la cogió de la mano para decirle mirándola a los ojos lo ilusionado que estaba por haberla encontrado. Tras terminar la cena, entrelazaron los dedos de sus manos y se dispusieron a encontrar una salida para hacer real todas las cosas que habían planeado mientras cenaban. Llegaron a la salida, una salida que desprendía una luz tan

bonita que los cegaba y les era imposible ver más allá del laberinto. Se miraron una vez más y se fundieron en un beso. El beso. El beso que transportó a Ernest a una felicidad extrema. Con los ojos cerrados y agarrándola de la cintura dispuesto a no soltarla en lo que le restaba de vida, siguió besándola apasionadamente. Se abrazaron y se prometieron amor eterno en la salida de aquel laberinto que Ernest nunca olvidó.

La luz de fuera cada vez era más intensa, tanto que los sumergió dentro de toda esa claridad. Cuando abrió los ojos, Sarah ya no estaba y él había vuelto a la fuente de Cupido.

Una mano agarró fuerte su hombro derecho. Ernest no se giró, sabía que era Libert, pero estaba tan cansado a nivel emocional y psíquico que no pudo mover un solo pelo de su cabeza.

—¿Dónde estoy? —dijo mientras seguía observando su reflejo en el agua.

—En un lugar profundo de tu mente —contestó.

—¿Y qué hago aquí?

—Intentar sobrevivir.

Libert se sentó a su lado y callados contemplaron la fuente que unos momentos antes lo había llevado hasta los brazos de Sarah. Ernest le contó a Libert lo profundamente enamorado que estaba de aquella enfermera que el destino le había puesto en uno de los días más duros de toda su vida. Su pequeño amigo escuchaba atentamente al joven Müller, que no podía parar de hablar de Sarah. Se había convertido en el único pensamiento de su cerebro desde que la vio por primera vez y aquel beso que lo llevó a la cima de una montaña extensa de felicidad había sido su aliciente para querer buscarla el resto de su vida.

El joven Müller era un inexperto en el amor, nunca se había enamorado y, aunque su corazón noble le había hecho querer a muchas personas, lo que sentía por Sarah era totalmente diferente. Él no tenía las típicas mariposas en el estómago; lo que Ernest sentía por aquella bella joven se escapaba de la lógica humana. Hubiera combatido en mil batallas más si ella hubiera sido su triunfo final.

Tras aquel monólogo del que solo fue testigo Libert, el pequeño amigo se levantó y extendió su mano hacia Ernest.

—Es la hora, debemos irnos. —Su mano seguía extendida.

—¿Sabes salir de aquí? —Cogió la mano de Libert.

—Yo no, pero tú sí.

Escuchó un pitido simultáneo de fondo, todo estaba oscuro y sintió su cuerpo tumbado en una especie de superficie acolchada. Tenía algo en la boca y notaba algo molesto en su brazo. El dolor de cabeza le impedía pensar con claridad, pero poco a poco fue abriendo los ojos. La oscuridad empezaba a clarear. El techo era blanco y algo pegado a su nariz le molestaba. Allí no había nadie. Miró a su alrededor y vio un par de máquinas conectadas a su cuerpo; se estaba empezando a poner nervioso. Escuchó una puerta. Una señora lo miró a los ojos con una linterna y llamó a un señor que entró rápidamente.

—Soldado Smith, voy a quitarle este aparato de la boca. Deme un segundo. —Aquello fue muy desagradable para Ernest.

—Soy el doctor García, ¿cómo se encuentra?

—Me duele la cabeza… —Estaba mareado.

—Está bien, no se preocupe, le pondré un analgésico y en un rato hablamos. Está usted a salvo.

El doctor salió con la enfermera de la habitación del hospital, Ernest se incorporó como pudo porque el cuerpo le dolía por todas las zonas habidas y por haber. Siguió mirando a su alrededor desconcertado; hacía tan solo unos segundos estaba en aquel laberinto, con Libert, hablando de todas las cosas que haría con Sarah cuando lograra encontrar la salida e ir en su búsqueda.

Varias enfermeras pasaron a lo largo de la tarde a comprobar los monitores que lo rodeaban, la vía de su brazo, la forma de sus pupilas, pero allí nadie le daba respuestas por mucho que él preguntaba. Todas decían lo mismo: «El doctor García solucionará todas tus dudas».

Así pasó toda la tarde, tumbado en una cama de hospital sin tener ni idea de lo que había pasado, aunque, teniendo tanto tiempo para reflexionar, recordó que tras la aniquilación del hospital militar de Pearl Harbor consiguió llegar con Sarah a un campamento militar. Se lamentó al recordar a su amigo Mike y a todos los jóvenes que perdieron su vida allí. Tenía grabados en la retina los cientos de cuerpos que vio flotar entre los acorazados, los aviones estrellándose y las balas penetrando en el cuerpo de todas las personas que tuvieron el infortunio de estar en Pearl Harbor aquel 7 de diciembre de 1941. Empezó a ver con claridad, comenzó a entender que el laberinto era obra de Libert y que una vez más se lo había llevado antes de que su mente se colapsara por todo el dolor que existía en la realidad.

—Soldado Smith, como le he dicho antes, soy el doctor García, está usted en el hospital central de Hawái. No se preocupe, está usted a salvo.

—¿Y Sarah? Vino conmigo al campamento militar. —Su ausencia lo estresaba.

—Vayamos por partes, señor Smith.

—Ernest, llámeme Ernest. ¡Quiero decir James!

—Está bien, James. Llegó al hospital gravemente herido en una pierna, había perdido mucha sangre y tenía contusiones de gran calibre por su cuerpo. También tenía un traumatismo en la cabeza, consiguieron trasladarlo a este hospital con un hilo de vida.

—Pero ¿y Sarah? —volvió a preguntar.

—James, ¿qué es lo último que recuerda? —preguntó el médico mientras anotaba algo en su libreta.

Ernest tan solo podía recordar el laberinto, aquellas personas sin rostro, la tormenta, a Libert y el sol, la fuente de Cupido y Sarah.

—No lo tengo claro, el campamento militar, creo. No lo sé. ¿Dónde está Sarah? Es la hija del teniente general Brooks, vino conmigo en todo momento.

—Lo sé. Sarah no se encuentra en el hospital.

—¿Está bien? —preguntó asustado.

—Sí, tranquilícese, la señorita Brooks vino con algún corte y contusión, pero estaba fuera de peligro. Fue ella quien hizo todo lo posible para traerlo hasta aquí.

—¿Y dónde está?

—Verá, James…, cuando una persona tiene un traumatismo craneoencefálico y pierde tanta sangre, a veces el cuerpo humano, en un intento desesperado por sobrevivir, aletarga la mente durante algún tiempo. Se le llama estado de coma. Y usted ha estado en coma hasta hoy, que gracias a Dios ha despertado.

—Bien, y ¿qué me quiere decir con eso?

—Señor Smith, usted ha estado en coma más de tres años. Hoy es 14 de abril de 1944.

La cabeza le iba a estallar del dolor y de la información que el doctor García le acababa de dar. No fue capaz de pronunciar una sola palabra desde que supo que había estado dormido más de un año. Para él, su estancia en el laberinto ocupó apenas unas horas.

El tiempo se detuvo en seco. La habitación de aquel hospital que había sido su refugio durante tres años comenzó a dar vueltas incesantes a los ojos de Ernest. Tenía demasiadas preguntas, pero le daban auténtico pánico todas las respuestas. Lloró. Lloró desconsoladamente durante toda la noche. ¿Qué había ocurrido en ese tiempo? Demasiadas incógnitas.

Solo tenía una luz tenue con la que conseguía vislumbrar una ventana cerrada que le creaba una sensación de ahogo que lo hacía llorar aún más. No pronunció ninguna palabra, solo los pensamientos continuos que venían a su mente una y otra vez. Miraba al techo esperando que Libert volviera a por él,

rezando y deseando por que el laberinto fuera la realidad y aquel hospital una horrible pesadilla. Estaba vivo, pero aquella noche se le quitaron las ganas de vivir. Había perdido el tiempo, un año tras otro, trescientos sesenta y cinco días, ocho mil setecientas sesenta horas, quinientos veinticinco mil seiscientos minutos y treinta y un millones quinientos treinta y seis mil segundos, multiplicado por tres. La vida fuera del hospital continuaba. Las bombas habían seguido cayendo.

A la mañana siguiente consiguió que una enfermera le contara qué había ocurrido detrás de esas cuatro paredes y, entonces, supo que Alemania le declaró la guerra a los Estados Unidos y que los británicos bombardearon indiscriminadamente varias ciudades de Alemania. Supo entonces que el número de víctimas había ascendido cuantitativamente mientras él se encontraba en un estado de coma del que no podía salir, surcando los caminos de un laberinto una y otra vez. Pero, pese a eso, pese a saber que la guerra seguía y que él no había podido hacer nada durante tres años enteros, solo pensaba en Sarah, en su bienestar, en qué habría sido de ella y en si ella seguía pensando en él.

Recordaba el beso. Una y otra vez volvía a vivir el mágico momento que Libert creó para él durante su tiempo de letargo.

Estuvo aproximadamente una semana más en aquel hospital. El doctor García le comunicó que les había sido imposible contactar con algún familiar suyo, algo que a Ernest no le extrañó, puesto que no le quedaba nadie en este mundo que pudiera ir a visitarlo o a recogerlo. Por aquel entonces se había convertido en uno de los pocos supervivientes de la batalla más sanguinaria de la Segunda Guerra Mundial y, a ojos de la gente, era un héroe en puro estado. El ejército americano, sin hacer más preguntas de las necesarias, con la documentación destruida en la base militar, lo trasladó al lugar que él pidió encarecidamente. Alegaba una y otra vez que tenía que ir en busca de Sarah. El doctor García lo informó de que, durante su tiempo de estado comatoso, Sarah estuvo pagando todos los tratamientos necesarios, pues, tras estallar la guerra, al ejército americano le fue imposible pagarlos. Así, tenían una dirección postal desde donde se enviaban siempre los giros de dinero para el mantenimiento de Ernest.

Ernest se dirigía a un lugar del que casi nunca había oído hablar, un país al que nunca le dio importancia, pero, al parecer, un país que se quedó al margen de la guerra. Supo entonces que, si Sarah había elegido aquel lugar para vivir, sería el mejor del mundo: Portugal. Llegó a Oporto, la ciudad desde donde se hacían los envíos de dinero a nombre de Sarah.

Portugal era el principal proveedor de Alemania. Portugal exportaba

tungsteno y volframio, usado por la Alemania nazi para la fabricación de herramientas, balas, granadas de artillería y blindajes. Estados Unidos también se beneficiaba, en parte, del molibdeno. Portugal estuvo muy presionado por parte de los Aliados para que no vendiera sus productos a Alemania; de hecho, llegaron a comprar a Portugal cantidades mucho mayores de las necesarias para que el precio se elevase y disminuyera la entrega de esos materiales a Alemania. Pero los Estados Unidos no tenían ni idea de que Portugal pactó en secreto con Alemania el suministro de volframio a cambio de hierro, armamento y vagones de tren. Por aquel entonces, Portugal se encontraba en una dictadura con Antonio de Oliveira Salazar, quien llevó a este precioso país a una absoluta pobreza. Cuando Ernest llegó a Oporto, supo que el país no estaba en manos de una buena persona; no entendía el hecho de que, sin estar involucrados en aquella terrible guerra, hubiera tanta pobreza.

Con un trozo de papel en mano y una dirección apuntada, recorrió varios kilómetros de la ciudad de Oporto, que con sus grandes cuestas hacían que su paso fuera mucho más lento; es cierto que ya estaba recuperado, pero las fuerzas físicas no eran lo que le fallaban. Llegó a los pies de una torre bastante alta, allí la hacían llamar la Torre de los Clérigos; era uno de esos lugares que llaman la atención, la había visto ya a lo lejos, pero no se la imaginaba tan alta como pudo comprobar que era cuando estuvo cerca. Se fijó en un cartel que había en la fachada de la calle que salía por la derecha de aquella torre, era la calle que tenía en su papel, era allí. Las casas eran tan estrechas que le costaba decidir si llamar a la puerta de la derecha o de la izquierda; pero se decidió: llamó a la puerta de la derecha.

El corazón le palpitaba tan fuerte que parecía que iba a salir andando calle abajo y ahogarse en el río Duero. Le temblaban las piernas y no paraba de atusarse el pelo, como si eso fuera definitivo para que Sarah abriera o no la puerta. Llamó otra vez. Esta vez escuchó unos pasos que se acercaban a la puerta de entrada. Y, de pronto, se abrió.

—¿Qué desea?

—Mmmm… Busco a Sarah, me dieron esta dirección y…

—Sí, claro, pasa —lo interrumpió. Entró delante de aquel hombre—. Espera aquí, enseguida baja.

—Muchas gracias.

Se sentó en el salón de aquel hogar que olía a pan recién hecho y que desprendía un aroma a familia. No entendía muy bien por qué Sarah había decidido ir allí. Se levantó y observó un par de fotos en las que salían un niño y una niña. Pensó que quizá estaba cuidando de alguna persona mayor como enfermera o que simplemente estaba en casa de algún familiar portugués.

—¿James? —Sarah no daba crédito a lo que estaba viendo mientras Ernest se giraba con el corazón en un puño a mirar el fondo de unas empinadas escaleras.

El silencio se apoderó de aquel hogar y ambos se miraron sin pestañear un solo segundo, empañando sus ojos con unas lágrimas que apenas salían de todo lo que ya habían llorado anteriormente. Sarah se quedó inmóvil en lo alto de aquellas escaleras y Ernest se tuvo que apoyar en el sofá que los separaba. Sonrieron. Sonrieron mucho.

—Sarah —pudo emitir una palabra. Ella comenzó a bajar las escaleras, agarrándose a la barandilla con ánimo de sujetarse. La situación era desbordante.

Se sentaron en el mismo sofá rodilla con rodilla y se siguieron mirando ante los ojos del hombre que abrió la puerta de aquel hogar. Sarah le tocaba la cara porque no se creía que fuera él, no podía creer que hubiera salido del coma y que hubiera ido a buscarla, y él le cogía las manos y las apretaba jurándole sin decir una sola palabra que estaría a su lado lo que le restara de vida.

—¿Sarah? —dijo aquel hombre de la entrada.

—Sí, perdona. James, te presento a mi marido, Emilio.

Ernest pensó que el día que Sarah dejó de besarlo en aquel laberinto fue el puñal más mortífero para su corazón, hasta ese momento.

Emilio abrazó a Sarah, rodeó su cintura por detrás mientras ella le contaba que James era un viejo amigo que la ayudó a sobrevivir en el ataque de Pearl Harbor. Se sentaron en el salón y, con una taza de té, estuvieron contando a su marido la historia más horrible que una persona podría contar. Ella le contaba a Ernest que se casó con Emilio a los meses de abandonar Hawái, que tuvo dos preciosos hijos y que se dedicaba a cuidar de ellos mientras Emilio trabajaba como mano derecha del presidente de Portugal. Así hablaron durante horas hasta que la noche cayó y el matrimonio lo invitó a pasar la noche en su hogar.

Cenaron todos juntos, toda la familia, con los hijos de Sarah y Emilio que llegaron después de pasar la tarde en la escuela. Nunca tuvo que fingir tanto como aquella noche. El corazón se le partió en mil añicos mientras se metía otro bocado de carne en la boca viendo a la familia que él hubiera querido formar con su amor, con Sarah. Ella era buena madre, se notaba. Sus hijos la adoraban y ella les brindaba todo el amor y el cariño. Ernest ya había visto antes cómo entregaba toda esa bondad a los cientos de soldados que atendió. Recordó cómo la encontró el día que atravesó aquel hospital, con las manos al cuello de un médico luchando por salvarle la vida mientras la suya propia peligraba.

Los niños se acostaron tras la cena y Emilio tuvo que salir a organizar parte de su trabajo; el presidente había enviado a uno de sus hombres a su casa para llevarlo a su lugar de trabajo. Sarah y Ernest se quedaron fregando los platos y hablando.

—James, necesito que sepas que estuve varios meses esperando en Hawái a que te despertaras, pero…

—Sarah, no quiero que me expliques nada. Soy yo el que tengo algo que contarte antes de irme.

—¿El qué? —dijo mientras soltaba el trapo mirándolo con esa cara que deshacía al joven Müller.

—Sentémonos.

Volvieron al salón donde se vieron por primera vez después de más de un año. Hacía mucho tiempo que él no estaba en una casa sin una sola grieta o sin el sonido de fondo de unos cuantos bombardeos o disparos. Se sintió seguro; y es que cuando Sarah estaba cerca de él se sentía seguro. En primer lugar, le agradeció de todo corazón que cuidara de él mientras se encontraba en coma y que lo ayudara económicamente con su recuperación. Sarah le hizo saber que no fue ningún esfuerzo para ella y que era lo mínimo que podía hacer después de que él le salvara la vida e intentara salvársela a su padre. Ambos recordaron al teniente general Brooks con lágrimas en los ojos.

Ernest tomó la determinación de contarle a Sarah su verdadera identidad y la historia de por qué había llegado hasta allí. La amaba tanto que no concebía la idea de que ni siquiera lo llamara por su nombre real, que no supiera de dónde venía o que apenas conociera nada de él. Sarah lo escuchó atónita, pero completamente absorta. Ella tenía un sentimiento muy profundo por él aunque la vida tuviera otro destino marcado para ella. El miedo que el joven Müller tenía cuando comenzó a contarle la verdad sobre su vida se fue disipando a medida que la noche pasaba, porque Sarah tenía un corazón tan noble que, en vez de sentirse engañada, se sintió afortunada por ser ella y no otra mujer la que tuviera delante a aquel hombre tan valiente que había sufrido demasiado como para seguir vivo.

De lo que no le habló fue de esa parte tan oculta y secreta de su ser: Libert. Ese pequeño pero gran secreto que él quería guardar solo para sí mismo. Echaba de menos poder compartirlo con alguien, igual que hizo con Agnes en su día, pero creía que ya era demasiada información para Sarah.

Ambos sentían una profunda limerencia el uno por el otro y ambos sabían que, si Ernest no hubiera caído en coma, la vida sería muy diferente para ambos; pero desgraciadamente la vida no te deja elegir y te da los caminos que cree convenientes para ti. Porque, al final, la vida es una completa incógnita

que te pone delante a la persona adecuada en el momento equivocado. Sarah sabía que aquel soldado que fue a buscarla antes de que el quirófano que la resguardaba se derrumbara sería su amor de la guerra y el sentimiento jamás desaparecería, y Ernest tenía la convicción de que algún día, en algún lugar, volverían a encontrarse y entonces podrían vivir su amor frenéticamente sin preocuparse de nada más.

Sarah era feliz al lado de Emilio y se sentía bendecida por los dos hijos que ese matrimonio le había dado. Su hogar estaba en Oporto y Ernest, pese a no saber dónde ir para formar un hogar, sabía que Portugal no era un país en el que pudiera quedarse sabiendo que jamás podría tener a Sarah entre sus brazos.

Ambos se fueron a dormir con lágrimas en los ojos, lamentándose de lo mal que los había tratado la vida y de lo injusta que había sido al separarlos nada más encontrarse. A la mañana siguiente, Ernest salió por la puerta de aquel hogar sin despedirse, porque si algo no le gustaba eran las despedidas.

Fue calle abajo con una pequeña bolsa de enseres que Sarah le había preparado para que estuviera abastecido hasta que llegara al lugar donde se quedaría. Amanecía lentamente, cuando de pronto...

—¡Ernest! —aquella voz que lo volvía loco gritó por primera vez su nombre real. Se giró.

Sarah Brooks fue corriendo descalza a los brazos del hombre que tenía su corazón y lo besó. Lo besó tan apasionadamente que, de pronto, la calle se hizo laberinto y ellos mariposas.

Serendipia

Schopenhauer decía:

> El hombre es una criatura asquerosa. Desear la inmortalidad del hombre es desear la perpetuación de un gran error. ¿Cómo es posible que el hombre sea corrupto, torturador, asesino, que organice guerras y genocidios? Porque la inteligencia nos da la capacidad de hacer daño. Los animales no son crueles entre sí, pero el hombre sí, porque hay que ser inteligente para hacer daño.

Él tiene la creencia de que el mundo es un dolor constante, un sufrimiento sin finalidad ni sentido. Nuestra existencia reside entre el dolor y el hastío. Cuando queremos algo y no lo tenemos, el resultado es dolor y, cuando lo conseguimos y queremos otra cosa, volvemos a experimentar el sentimiento de dolor y, después de eso, cuando no deseamos nada, llegamos al hastío. Por ello, Schopenhauer consideró dos maneras de solucionar este problema: la primera es con la contemplación artística, puesto que al contemplar algo bello el deseo queda suspendido; la segunda opción es tener una vida ética, pues la ética vuelve al hombre sabio y comprende entonces que los demás son iguales a uno mismo y dejamos obsoleto al egoísmo.

Ernest se marchó de Oporto con el corazón lleno de heridas, heridas tan profundas que le costaba respirar, y es que sus ojos ya habían visto demasiado dolor. Poco después de su despedida con Sarah, Libert apareció de nuevo para hacer compañía a su amigo, quien estaba sumido en una gran tristeza que le impedía ver el mundo con claridad. Libert sabía que Ernest tenía un gran conflicto consigo mismo a la hora de gestionar el dolor y no se separó de él ni un solo segundo.

Acudió a la embajada alemana con su identificación real para que lo trasladaran de inmediato a Berlín. La vida era tan caótica que allí nadie reparaba en el pasado de sus soldados, tampoco se preocupaban por lo que habían pasado; simplemente se hacía una estadística de las víctimas y los supervivientes, como meros números.

Cuando pisó tierra firme en Berlín, le costó hacerse a la idea de que tendría

que volver a las filas de las Waffen-SS sin Lutz, solo. Porque, aunque siempre sintiera soledad, en ese momento la sentía más que nunca. Lo trasladaron de inmediato en uno de esos coches que, de seguro, había trasladado a más de un preso a algún campo de concentración. Su primera parada sería la base del ejército militar, pero a medida que cruzaba Berlín podía ver que la pobreza había aumentado; el desamparo se veía en casi toda la ciudad. Apenas había habitantes por las calles y Berlín tenía un constante olor a pólvora que pudo oler desde que bajó del avión. Él llegaba allí como otro héroe para Alemania que se había metido en una misión suicida y había salido ileso de ella, pero para el ejército alemán la salud mental de sus soldados era imprescindible y, por eso, lo primero que tuvo que hacer cuando llegó allí fue un examen psicológico para conocer su estado mental.

Tras felicitarlo y darle comida y aseo, lo llevaron al centro médico del ejército alemán. Ernest no lo conocía, ya que el anterior fue destruido por un misil. Había más de veinte soldados en la misma situación que él. Supervivientes de diferentes batallas, algunos más jóvenes y otros más viejos que tenían que pasar pruebas para volver a las filas del ejército nazi. Se palpaba en el ambiente el temor de volver, todos y cada uno de los soldados que estaban allí hacinados, mientras pasaban las pruebas, rezaban a Dios para que salieran negativas y no pudieran volver a las filas. Les hicieron pruebas sensoriales y auditivas. Los ponían al límite con sonidos de guerra constantes. La mayoría se echaban a llorar, otros gritaban y alguno que otro se desmayaba y perdía el conocimiento.

Ernest padecía esa anestesia emocional tan característica. Libert no se separaba de él y lo distraía cada vez que el sonido de alguna explosión sonaba ante sus oídos. Fue de los pocos que tuvo un reconocimiento favorable.

Así que lo trasladaron de nuevo a otra zona para poder ponerlo al día de los avances tácticos de Alemania frente a la guerra, de las batallas perdidas y ganadas…, de todo. Pero el joven Müller no tenía en su cabeza más que a la bella mujer que tuvo que dejar atrás en aquel país que odiaba nombrar. El día pasó rápido, tan rápido que apenas se dio cuenta de que ya era noche; lo consolaba pensar que, al menos, tendría una cama en la que dormir.

Entró en una habitación llena de literas para los soldados que aún podían combatir. La habitación había sido reformada unos años atrás, antes servía para los experimentos nazis de los doctores. Al final, esos experimentos los pusieron en práctica en los campos de concentración. Ernest escuchó hablar sobre alguno de ellos y lo atemorizaba pensar que él pudiera ser paciente de esos hombres que se hacían llamar doctores. Metido en la cama, sacó la fotografía de sus padres, la fotografía que siempre llevó consigo, pero que con el paso del

tiempo olvidaba observar. Libert, a su lado, le decía lo bonito de la imagen. No podía dormir y, dando vueltas en la cama mientras sus compañeros ya soñaban, se dio cuenta de que en el suelo, junto a la pared, había un pequeño agujero. Rascó con los dedos y quitó una parte de la pared que estaba estratégicamente puesta para ocultar una cosa. Le costó alcanzar el objeto que había en ese hueco, pero finalmente lo consiguió.

—¿Qué es eso? —preguntó interesado Libert.

—No lo sé, tiene mucho polvo, parece un cuaderno.

—¡Ábrelo! —Libert se entusiasmó cual niño.

Retiró el polvo con la mano y soplaba de vez en cuando para poder ver lo que el paso del tiempo había ocultado. Mientras lo hacía, pensó en la persona que lo escondió y el motivo por el que lo hizo. Allí todos escondían secretos porque decir la verdad era un gran desafío para mantenerse con vida.

Cuando estaba a punto de abrir el cuaderno y ver lo que había en su interior, escuchó unas voces fuera de la habitación. Todos los soldados se sobresaltaron y se despertaron. Encendieron la luz y se quedaron atentos a los gritos que escuchaban fuera. Uno de ellos decidió abrir la puerta.

El sonido de los gritos era más fuerte. Uno de los soldados que no pasó las pruebas se había colado en el departamento de los que sí las habían pasado, gritando como un loco, insultando a los guardias que custodiaban el sitio y amenazándolos con una granada. Los guardias lo apuntaban con sus pistolas, pero no se atrevían a disparar porque la granada podría provocar la muerte de todos ellos. El pasillo se llenó de gente en cuestión de segundos. El miedo a una nueva explosión volvió a inundar sus vidas.

—¡Malditos bastardos! ¡Vosotros me habéis convertido en lo que soy! —dijo aquel hombre con la granada en la mano.

—¡Deme la granada y no saldrá herido de aquí! —gritó uno de los guardias que, alertado por los gritos, vino por detrás.

—¿Herido? —Soltó una carcajada—. Me han herido tantas veces que he perdido la cuenta, maldito estúpido. ¿Qué miráis vosotros? ¿Es que acaso a vosotros no os afecta la gente que se está muriendo ahí fuera? —dijo mientras se dirigía a Ernest y a sus compañeros de habitación—. La única manera de que esto termine es que la raza humana se extinga. Somos unos asesinos. ¡Todos lo somos! —Cada vez estaba más nervioso.

Uno de los guardias fue de inmediato a llamar a un superior; la situación se estaba descontrolando y no había salida posible para que sobrevivieran en caso de que aquel hombre hiciera estallar la granada. Los insultos continuaron y el hombre estaba convencido de que la mejor manera de parar esa guerra era que todos los hombres del planeta murieran. Ernest, que cogía de la mano a Libert,

entendía perfectamente lo que aquel hombre estaba diciendo y sabía que una bala en su pecho no era la solución.

—¿Cómo te llamas? —Adelantó a los guardias.

—¡A ti que te importa! —gritó.

—Yo soy Ernest, y estoy totalmente de acuerdo con lo que estás diciendo, pero…

El hombre lo interrumpió:

—Pero ¡¿qué?! —Alzó la granada.

—Pero nosotros, los que estamos aquí, podemos hacer que eso cambie. Podemos intentar que la guerra se acabe.

—¿Matando a nuestros enemigos? —Volvió a reírse.

—No, matando nuestro dolor y nuestro odio, intentando combatir para salvar vidas y no asesinarlas.

Uno de los guardias a los que había adelantado lo empujó para atrás y lo apuntó con el arma mientras le gritaba que se callara. El resto de los soldados empezaron a increpar a los guardias. Todos le daban la razón al hombre que portaba la granada y, entre todos, redujeron a los guardias. El superior llegó y se encontró una batalla campal entre sus propios soldados, pegó dos tiros al aire, pero los hombres seguían envueltos en una pelea donde los puñetazos volaban como las balas en una batalla. Ernest se apartó y volvió a entrar en la habitación con Libert.

—Tenemos que irnos de aquí, en cualquier momento activará la granada.

—Lo sé, Libert. Saldremos por esa ventana —dijo mientras cogía aquel cuaderno que acababa de encontrar.

Se subieron a la cama superior de una de las literas y abrieron la ventana pequeña que dejaba entrar un poco el aire. Primero salió Libert y después Ernest, uno de los compañeros de habitación lo vio y fue corriendo hacia la misma salida para poner su vida a salvo. Ernest no se percató de que uno de sus compañeros corría tras él cuando de pronto escucharon una explosión dentro de aquel lugar. La onda expansiva les llegó y los dos hombres cayeron al suelo mientras veían arder el lugar donde minutos antes estaban. Se miraron y se ayudaron el uno al otro a levantarse, corriendo de nuevo hacia un lugar seguro.

Llegaron a un parque que apenas tenía árboles y los pocos árboles que tenía habían sido destruidos por el tiempo; solo quedaba tierra por todos los lados. Extenuados, se sentaron a los pies de un tronco lo suficientemente gordo como para sujetar a los dos.

—Me llamo Dominik. —Extendió su mano a la par que intentaba respirar.

—Yo, Ernest. Un placer. —Ambos cogían aliento.

Ambos hombres se dispusieron a descansar, pero dormir era un lujo que no se podían permitir. El parque estaba desierto, pero nunca se sabía si de pronto ibas a tener que echar a correr entre tanta tierra. Dominik le contó a Ernest que fue destinado a la batalla de El Alamein, en Egipto. Lucharon contra los británicos. El Tercer Reich quería conquistar el canal de Suez y Egipto, que estaba a manos de los británicos, y así poder apoyar a las tropas alemanas que marchaban hacia el Cáucaso. Le contó lo duro que fue para él comenzar esa batalla, porque nunca antes había combatido en algo igual. Los planes no salieron como ellos esperaban, pues los británicos eran mucho más poderosos. En julio de 1942, en El Alamein, la ofensiva germana fracasó por completo; tuvieron que construir un campo de minas de más de ocho kilómetros de ancho para poder hacer frente al poder que tenían los ingleses. Se les agotaron los suministros, los tanques se quedaron sin combustible, todo gracias a Hitler, que olvidó a sus hombres allí. Finalmente, tuvieron que retirarse la gran mayoría de las tropas alemanas e italianas. Dominik le relataba con todo lujo de detalles lo horrible que fue asesinar con sus propias manos a tantas personas para poder volver a casa sano y salvo y cuidar de su madre enferma; pero, cuando pudo volver, su madre desgraciadamente había fallecido y ya no le quedaba nada. Ernest escuchó atentamente y, aunque era bastante reservado para contar sus tragedias, igualó su historia con la batalla de Pearl Harbor, algo que para Dominik era toda una heroicidad, al saber que se trataba de una misión muy complicada, y más, adentrándose en territorio enemigo prácticamente solo. Ernest evadió el tema de haber estado tantos años en coma; Dominik no preguntó por los años posteriores, así que tampoco le fue muy difícil obviarlo.

Pasaron allí la noche, pero a la mañana siguiente tenían que poner rumbo al cuartel de las Waffen-SS para explicar lo sucedido. Sabían que difícilmente podrían huir de su destino y ninguno de los dos tenía ganas de emprender una huida a ciegas. Al presentarse en el cuartel y decir sus nombres, ambos chicos fueron arrestados y llevados a los calabozos de la central. Ninguno de los dos sabía qué estaba ocurriendo, pero allí era mejor no preguntar y atenerse a las órdenes que les marcaban. Los pusieron en la misma celda y Libert, que en todo momento siguió al lado de su amigo, le preguntaba una y otra vez qué estaba pasando, pero Ernest, temeroso de que Dominik pensara que estaba loco, no le contestaba. Al cabo de un rato, el compañero que pudo sobrevivir a la granada se quedó dormido y Ernest decidió hablar con Libert para que, de una vez por todas, se callara.

—Libert, ¿cuántas veces te he dicho que no me hables cuando haya gente presente? —dijo enfadado.

—Es que no entiendo por qué estamos aquí, Ernest, huele a gato encerrado.

—No pasa nada, Libert, ahora nos lo dirán. Estarán comprobando cosas.

Escucharon una puerta abrirse al fondo de las celdas. Eran dos oficiales que se aposentaron justo delante de la celda donde Dominik y Ernest habían sido encerrados.

—¡Levántense! —ordenó uno de ellos. Dominik se levantó de un salto y Ernest se acercó a la puerta de la celda.

Les pusieron los grilletes muy apretados mientras ambos soldados se quejaban y los llevaron al despacho del comandante que había pegado dos tiros al aire el día anterior. Los arrodillaron en el suelo y cogiéndolos del pelo, levantaron sus cabezas para que miraran al comandante.

—Quiero respuestas, soldados. ¿Qué ocurrió ayer? —dijo mientras se paseaba con las manos en sus espaldas delante de ellos.

—Un hombre vino con una granada dando gritos. Todos salimos al pasillo, intentamos que parara, pero al final todo se descontroló.

—Sí, eso lo vi. Vi como ustedes dos huían del lugar después de desembocar aquella pelea.

—Mi comandante, nosotros no desembocamos la pelea. Intentamos pararla —dijo Ernest, a quien le molestaba de vez en cuando el cuaderno que había metido en sus pantalones por la parte de detrás.

—Quiero un culpable, o uno, o los dos. Llévenselos —dijo mirando a sus oficiales.

Ambos chicos fueron trasladados de nuevo a sus celdas ante su asombro por lo que estaba ocurriendo. Dominik pensaba que quizá huir fue una locura porque el castigo iba a ser mucho peor que salir por los aires con una granada. Ernest, sin embargo, tenía fe en que todo se solucionaría.

La vida humana no tenía ningún valor para aquella gente y ambos sabían que necesitaban a algún culpable que torturar y con el que entretenerse. Pasaron la noche en la celda, apenas les dieron un trozo de pan y un poco de agua para que ninguno desfalleciera.

A la mañana siguiente, Ernest fue llevado solo a la misma habitación que el día anterior y lo pusieron del mismo modo frente al comandante. Estuvo allí más de dos horas explicando a su superior lo que había ocurrido y que ninguno de los dos había sido responsable de lo sucedido. Le contó con pelos y señales desde que escucharon las voces hasta que terminaron a los pies de un árbol de un parque cercano. Ernest sabía por la forma en la que el comandante se dirigía a él que, al huir, pensaron que ellos provocaron aquella situación, pero no perdía la esperanza, después de que ambos soldados estuvieron en dos de las

peores batallas de la Segunda Guerra Mundial, de que su palabra tuviera valor. Finalmente, el comandante volvió a llamar a sus oficiales para que lo devolvieran a la celda y trajeran a Dominik. Se cruzaron en los pasillos, con los grilletes puestos.

—Solo quieren un responsable, Ernest —dijo Libert mientras jugueteaba con una piedra del suelo.

—Lo sé, pero nosotros no hemos sido. ¿Qué más podía contarle? —contestó angustiado Ernest.

—¿Crees que Dominik dirá lo mismo que tú? —Su tono era condescendiente.

—¡Claro que sí, Libert! ¡No hay otra verdad! Necesito descansar. —Con el ceño fruncido se tumbó en el banco que había en la parte derecha de la celda y cerró los ojos con ánimo de no pensar más.

Al cabo de tres horas, uno de los oficiales entró en la celda dando gritos. Dominik no había vuelto y, al girar la cara, vio que Libert tampoco estaba. Le gritaba tanto y tan rápido que no lograba entender qué le decía.

Lo volvieron a llevar frente al comandante, quien, sentado en su butaca de terciopelo verde y bordada con la esvástica, lo esperaba impaciente. Ernest no entendía nada de lo que estaba ocurriendo y se temía lo peor por Dominik, le extrañaba mucho que todavía no hubiera vuelto y no haberlo visto por ningún lado.

—Ernest Müller, queda arrestado por intento de rebelión y alta traición al Führer. —Se levantó mientras pronunciaba aquellas palabras que le hicieron tragar saliva a Ernest.

—¿Qué? ¡Se está equivocando, comandante! —gritó mientras los oficiales lo levantaban.

—Será internado en un sanatorio mental hasta nueva orden. Dé gracias a que no termina usted con un tiro entre las cejas.

—¡Mi comandante!, ¡no entiendo nada! —Los oficiales lo sacaban de la habitación.

Ernest fue llevado a una furgoneta maloliente con más hombres que tenían claros problemas mentales. Uno de ellos se daba de cabezazos contra la ventanilla de la furgoneta y otro no paraba de moverse repetitivamente de adelante hacia atrás.

Dominik sabía que no tendría más remedio que acusar a Ernest de haber provocado ese altercado si quería seguir viviendo. La guerra lo hizo un ser mucho más frío y, aunque no le deseaba nada malo a su compañero de huida, él prefería seguir combatiendo en la guerra que acabar con un disparo en la frente. Por ello, le contó al comandante que lo había visto hablando con alguien en la celda mientras estaba dormido, pero no había nadie y que tenía la

seguridad de que Ernest no era una persona equilibrada. Le dejó claro que en ningún momento fue violento y que simplemente desencadenó la pelea. En el fondo, Dominik tenía la esperanza de que solo lo encerraran y lo dejaran con vida.

La psiquiatría en la Alemania nazi era una auténtica locura, y nunca mejor dicho, porque la psiquiatría no hizo más que establecer sus criterios éticos propios. Durante la Segunda Guerra Mundial, más de trescientos cincuenta mil enfermos mentales eran esterilizados en Alemania sin ningún tipo de consentimiento ni tratamiento psicológico adecuado. Los que carecían de tanta suerte eran gaseados por equipos de exterminio. Y los que eran encerrados como animales morían en las instituciones psiquiátricas de infecciones o tratamientos inadecuados; muchos otros, de hambre.

Ernest era consciente de que la palabra «desequilibrado» era más que suficiente para que lo encerraran de por vida y que todo esfuerzo por desmentir lo que Dominik atestiguó ante el comandante era inútil. Lo cierto es que Ernest siempre supo que Libert era un producto de su imaginación, pero también es verdad que con el paso del tiempo su compañía fue lo mejor que le pudo pasar y terminó personificándolo hasta el punto de verlo como algo normal. En aquel momento, se le vino a la mente su tío Harry y el trágico final que le deparó la vida; pensó que quizá ese final también sería el mejor para él.

No opuso resistencia y no alegó nada más de lo que ya hizo ante el hombre que lo enviaría a los peores años de su vida. Si una cosa había aprendido a lo largo de su vida era que hay batallas que no se pueden ganar y, si se pudiera ganar la guerra, muchas veces sería perdiendo la paz. Los dos oficiales lo metieron de nuevo en los calabozos hasta que la documentación oportuna para un inminente internamiento estuviera disponible para que el acto se tramitara. Por suerte o por desgracia, su primera parada como enfermo mental en la Alemania nazi durante la Segunda Guerra Mundial fue en un hospital militar a las afueras de Berlín, en Beelitz-Heilstätten.

En un principio, este hospital se destinó para los enfermos de tuberculosis; era un lugar inmenso, tan inmenso como terrorífico. Durante la Primera Guerra Mundial se militarizó y, en el año 1916, un cabo austriaco que fue herido en la batalla de Somme se convertiría en Adolf Hitler. Años después, llegados a la Segunda Guerra Mundial, el hospital siguió sirviendo para militares que necesitaran cuidados. Ernest fue enviado allí en un primer momento.

Las cuatro columnas que presidían la entrada de aquel lúgubre edificio sostenían una energía inexplicable para cualquier ser humano que traspasaba la barrera entre el mundo real y el hospital. La mayoría de ellos sabían que, una vez entraran ahí dentro, su salida era prácticamente improbable; pese a ello,

contaba con los mejores médicos y las mejores enfermeras de toda Alemania. Los oficiales que llevaron a Ernest hasta el hospital no tuvieron ningún tipo de reparo en burlarse de él durante todo el camino, haciendo parecer que había alguien más dentro del coche con ellos o que veían fantasmas por la carretera mientras iban de camino. Ernest, que tenía sentado al lado a Libert, no quiso apartar su mirada de la ventanilla y veía moverse las gotas por el cristal a medida que la velocidad aumentaba. Estaba tristemente decepcionado con Dominik, pero también se sentía enfurecido con Libert por el simple hecho de existir.

Lo que antes era su salvavidas, finalmente, se convirtió en su mayor condena y, aunque lo quería con todas sus fuerzas, quiso rechazarlo. No siempre se puede aceptar la locura. No siempre se puede asumir el hecho de que el mundo es muy diferente a ti o a como tú lo ves. Ernest había hecho toda su vida un ejercicio de fe, de fe con él y para el mundo, pero, después de tantas muertes, de tanto dolor, de tantos fracasos y tantas pérdidas, lo único que le quedaba era Libert; y fue Libert quien consiguió que lo terminaran descubriendo. El pequeño le hablaba una y otra vez, le decía que no se preocupase porque la vida no siempre nos dice «no», a veces solo nos dice que tengamos paciencia. Pese a todos sus intentos por consolar a su amigo, este no quiso ni siquiera mirarlo a los ojos.

Lo que Ernest no sabía es que ignorar a Libert era ignorar su propia libertad.

La puerta del vehículo se abrió y un guardia que custodiaba el hospital de día y de noche lo agarró del brazo hasta llevarlo delante del director del Beelitz-Heilstätten, a quien le gustaba recibir a todos sus pacientes personalmente, el doctor Schneider.

A sus cincuenta y cinco años llevaba más de veinte años de profesión, se había especializado en cirugía y se había convertido en el médico con más reputación de toda Alemania. Guardaba una estrecha relación con Hitler; de hecho, se podría decir que tenían una buena amistad. El gran dictador hacía visitas frecuentes para que su amigo le hiciera revisiones periódicas y tenía mucha confianza en él a nivel profesional y personal. Los días que el Führer tenía consulta con el doctor Schneider, no había ni una sola persona en el hospital que no lo supiera. La limpieza de las instalaciones era mucho más profunda, los médicos guardaban sus mejores batas para la ocasión y las enfermeras iban más aseadas que nunca. Por otro lado, los enfermos de tuberculosis eran encerrados en una sala aparte, en la zona más apartada del despacho del doctor Schneider, bajo petición de Hitler. El día que el dictador iba, el sitio se volvía aún más sombrío y los relojes se paraban en seco.

—Soy el doctor Schneider, bienvenido —dijo mientras le tendía la mano.

Ernest lo miró fijamente a los ojos, repasó cada detalle de su cara y se quedó callado mientras hacía una mueca con la boca. No tenía ninguna gana de saludar al hombre que consentiría todas las barbaridades que sufriría allí dentro.

—Está bien, poco a poco. Pasemos —dijo con una sonrisa mientras se ajustaba las gafas.

El doctor Schneider entró en el complejo, mientras que Ernest era llevado a la fuerza por los oficiales a cargo de su internamiento. Una vez dentro, dos celadores suplantaron el papel de los oficiales y, apretándolo con más fuerza aún, si cabe, lo llevaron por toda el ala oeste del complejo, siguiendo al director del centro.

Este, un hombre alto, bien parecido y de excelentes modales, decidió acompañar a la visita guiada de Ernest; le explicó detalladamente dónde se encontraban el comedor, las zonas de aseo, las zonas de descanso, las habitaciones de los pacientes, el quirófano, la sala de juntas, su despacho… Quería tranquilizar a Ernest. En un momento dado, se giró para ver si el joven Müller estaba atendiendo a sus indicaciones e hizo que los celadores lo soltaran alegando que Ernest no era un peligro para nadie. En ese momento, el joven Müller se frotó los brazos para intentar que los dedos de los celadores no quedaran marcados en su piel y miró al doctor Schneider con cierto agradecimiento y recelo. Nunca se había fiado de un médico y mucho menos de aquel hospital; por supuesto, en ningún caso por el motivo que lo querían encerrar. Así fue como siguieron paseando por varias zonas del hospital, le enseñó los jardines, donde había varios soldados disfrutando de la luz solar, pero que, desgraciadamente, no estaban en las mejores condiciones. Por último, pasaron a su despacho, los dos solos.

—Bien, señor Müller, dado el colapso que tenemos en el hospital, yo seré su médico. No soy psiquiatra, pero atenderé las indicaciones de un colega de profesión que estará encantado de ayudarme. —Sacó un dosier y comenzó a anotar cosas.

—¿Sabe usted por qué está aquí? —primera pregunta después de anotar sus datos.

Ernest lo miró del mismo modo que en la entrada y optó por no decir una sola palabra. Sabía que, dijera lo que dijera, el doctor Schneider encontraría una patología oculta o algún síntoma de locura en sus palabras.

—Señor Müller, está aquí para recibir ayuda de especialistas, ¿de acuerdo? No debe tener miedo. —Se volvió a ajustar las gafas mientras dejaba el bolígrafo en la mesa.

Ernest siguió callado, mirándolo fijamente y creando cierta inquietud al

doctor. Tras varias preguntas más y sin ningún resultado como respuesta, el doctor Schneider acompañó a Ernest a su habitación. Le sorprendió encontrar un cuarto individual, con una cama decente, un escritorio y una silla, un retrete y un lavabo con un espejo justo encima de él. Al lado de la cama, una ventana con rejas. La habitación le gustaba, pero el lugar en el que estaba no. De todos modos, el día había sido largo y el cansancio le había minado la moral. El doctor Schneider lo informó de que en una media hora vendría una enfermera a avisarlo de la cena y que, mientras tanto, se acomodara. Ernest no llevaba consigo más que aquel cuaderno que encontró oculto en una pared y su ropa la tuvo que colgar para ponerse el pijama de paciente que todos allí llevaban con la identificación oportuna.

Se desvistió y se puso el pijama, que al menos estaba limpio, y guardó debajo del colchón el cuaderno que tanto lo intrigaba y que todavía no había podido abrir. Se sentó en la silla y apoyó los codos en el escritorio mientras miraba por la ventana otro edificio que estaba a unos trescientos metros del suyo. Se levantó, usó el retrete un segundo y la puerta sonó. La enfermera lo acompañó hasta el comedor, donde unos ochenta o noventa pacientes estaban allí. Todos militares y todos con alguna historia que contar. El ambiente allí era mucho más relajado, todos tenían heridas abiertas, algunas piernas cortadas, otros la cabeza vendada y alguno tenía que ir con la ayuda de alguna enfermera para sostenerse en pie. Se puso al final de la fila que habían hecho los primeros en llegar para recoger su comida, cogió la bandeja de una estantería gigante que había en la entrada y se dispuso a esperar. Todos allí tenían algún compañero con el que sentarse a cenar o incluso algún amigo que ya conocían de antes. Ernest miró de un lado a otro, pero no encontraba ninguna cara conocida; realmente nunca se preocupó de observar mucho las caras de sus compañeros porque nunca sabía si, cuando parpadeara, el compañero iba a estar muerto. Lo que le resultó curioso es que todos allí estaban extremadamente delgados, casi raquíticos, pero pronto lo entendió, cuando su bandeja solo se llenó de un cuenco de agua con un trozo pequeño de patata al fondo.

Cayó rendido en la cama, el cansancio era demasiado intenso como para seguir despierto mucho tiempo más y era la primera vez en mucho tiempo que tenía una cama decente en la que descansar. Ni siquiera recordó el cuaderno escondido debajo del colchón.

La mente de Ernest nunca descansaba y soñó durante toda la noche con Sarah. Nada de lo que veía en sus sueños era un recuerdo, todo era el magnífico resultado de una mente soñadora. Se veía con ella paseando a orillas del río que lo vio crecer, incluso disfrutando una armoniosa comida con sus

padres. Sarah fue la protagonista de una larga noche de sueños, tan fue así que, cuando sonó la bocina a las siete de la mañana para que los pacientes despertaran, se enfadó.

No sabía muy bien qué tenía que hacer, si esperar a que alguien fuera a por él o si salir de la habitación y llevarse la paliza de algún residente, así que optó por quedarse tumbado unos minutos más mirando al techo y estirándose. Todavía había partes de su cuerpo que le dolían, quizá por heridas mal curadas. Libert estaba sentado a los pies de su cama, mirándolo constantemente, pero sin pronunciar una sola palabra. La cara del pequeño reflejó una insondable tristeza que Ernest decidió ignorar una vez más, igual que había hecho en todo momento desde que Dominik desveló su secreto.

La puerta se abrió fuertemente y un celador entró gritando.

—¿No has oído la bocina? ¡Levanta, imbécil! —Lo destapó y se fue.

Ernest se levantó aprisa, se puso los zapatos y salió al pasillo, donde el resto de los pacientes iban en filas hacia el comedor para tomar algo de desayuno. Las mañanas eran complicadas porque pasaban varias horas hasta que les daban la medicación a cada uno para los dolores, y los gritos y los llantos hacían eco en el comedor. El desayuno era casi tan horrible como la cena, un vaso de leche que más bien era agua blanca y un pedazo de pan del tamaño de su dedo pulgar.

Al terminar el desayuno, un celador fue a por Ernest y lo llevó al despacho del doctor Scheneider.

—Buenos días, señor Müller, ¿ha descansado? —preguntó mientras se sentaba en su butaca tras la mesa. Ernest no contestó—. Señor Müller, hay dos opciones de hacer esto —suspiró al decirlo—: por las buenas o por las malas. Usted está aquí de manera extraordinaria, puesto que su sitio es un sanatorio mental, pese a eso, le atenderemos aquí, pero no tenemos tiempo como usted ha podido comprobar para insistir en que haga las cosas por las buenas. Por lo tanto, voy a volver a preguntárselo una vez más: ¿sabe usted por qué está aquí? —destapó el bolígrafo y se dispuso a escribir.

—No —respondió Ernest mientras lo miraba fijamente.

—La información que tengo es que usted habla con alguien que no existe, ¿no es cierto?

—No. —Siguió mirándolo.

—Está bien. ¿Ha padecido dolores de cabeza, pesadillas o algo que le impidiera hacer las cosas de manera habitual?

—No.

—¿Fue duro para usted su estancia en la base militar de Pearl Harbor? —Levantó la mirada.

—No —respondió al mismo tiempo que tragaba saliva y mordía su mandíbula.

—Bueno, con la información que tengo de hoy es suficiente. Le voy a recetar unas pastillas y verá cómo se siente mucho mejor.

El celador lo cogió del brazo y se lo llevó a otra sala donde una enfermera lo esperaba para darle dos pastillas. Se las metió en la boca y, con la ayuda de un vaso de agua, tragó. Después de eso le dijeron que podía pasearse por los jardines, ya que no necesitaba ninguna atención sanitaria adicional. Le ordenaron no alterar la vida cotidiana del hospital y le dijeron que, si provocaba algún tipo de altercado, no serían tan amables como hasta ahora habían sido.

Salió por la puerta trasera que daba al enorme jardín que había entre los edificios que comprendían el complejo de Beelitz-Heilstätten. Los pocos pacientes que paseaban a esa hora era los que mejor movilidad tenían. Alguno hacía ejercicio con ayuda de los bancos o los árboles, otros jugaban al ajedrez en un par de mesas que había y algún otro leía un libro admitido por el partido nazi. Los libros fueron los primeros en caer cuando Hitler llegó al poder.

—Eres nuevo, ¿verdad? —le dijo una voz a sus espaldas.

Ernest se giró de inmediato y vio a un hombre mayor que él y mucho más bajito agarrarse con una muleta desgastada para compensar el peso de su cuerpo ante la pérdida de su pierna izquierda. Tenía la cabeza rapada y llena de puntos y estaba bastante demacrado.

—Sí, soy nuevo. Llegué ayer. —Sonrió.

—Me llamo Hubert. Un placer. —Extendió su mano ante la atónita mirada de Ernest—. ¿Ocurre algo? —preguntó Hubert extrañado por esa mirada.

—No, no. Mmm…, te llamas igual que mi padre. Soy Ernest. —Le estrechó la mano.

Ambos caminaron unos metros más hasta que llegaron a una mesa de ajedrez y se sentaron a ambos lados. El viento fresco corría.

—Bueno, Ernest, y ¿qué te trae por aquí? —Movió el primer peón.

—Es una larga historia, y ¿a ti? —Movió el suyo.

—Bueno, digamos que salí mal parado de la guerra y debo recuperarme. —Tosió y volvió a mover.

—Como todos aquí, supongo. —Movió de nuevo Ernest.

Tuvieron una agradable partida de ajedrez que acabó con la victoria de Humbert, aunque se le resistió bastante el jaque mate tan deseado para este hombre. Humbert llevaba más de dos meses en el hospital. Ya estaba mayor para combatir en la guerra, pero su testarudez lo llevó a no cesar en sus intentos de que Alemania saliera impune de esa masacre. Era alemán, muy

alemán, seguidor del partido nazi y fiel a los principios que promulgó Adolf Hitler años atrás. Había pertenecido al partido fervientemente antes de alistarse en el ejército y tenía un profundo odio por los judíos. Creía que eran el mayor problema del mundo y que su exterminio era lo mínimo que ellos podían hacer por la humanidad. Era soltero, sin familia, aunque con muchos amigos con los que siempre tenía planes que hacer, la mayoría murieron combatiendo y los que quedaron con vida tuvieron tantas secuelas que no volvió a saber nada de ellos.

Conocía perfectamente el hospital, puesto que no era la primera vez que era paciente de allí. La falta de comida la justificaba siempre que podía alegando que Hitler siempre tenía una razón de peso para hacer las cosas. Siempre suavizaba las cosas en favor del nazismo; de hecho, en su espalda tenía tatuada una gran esvástica que asomaba por el cuello de la camisa. Ernest no le dio mucha importancia; al fin y al cabo, allí dentro todos eran pacientes, pero suponía que, cuando se enterase de que su diagnóstico era mental, las partidas de ajedrez se terminarían.

Por la tarde tuvo que asistir de nuevo a la consulta de la enfermera para que le diera las mismas pastillas que por la mañana, tanto ella como el celador lo miraban fijamente hasta que se las tragaba, pero Ernest era bastante más listo que ellos y ni las pastillas de por la mañana ni las de por la tarde se las tragó. Las dejó en un hueco entre su muela y su carillo y al abrir la boca no se notaba ni un atisbo del fármaco. Él no iba a permitir bajo ninguna circunstancia que le trataran de un problema inexistente porque, existiera o no Libert, no hacía ningún daño a nadie y creía que a nadie le debía de importar si hablaba o no solo.

Al llegar a su cuarto, lavarse la cara y usar de nuevo el retrete, se acordó de aquel cuaderno que había cogido prestado de algún soldado que quería evitar que se lo arrebataran de las manos. Lo sacó cuidadosamente para no hacer ruido con el somier, que estaba bastante desgastado y los muelles chirriaban constantemente. Se tumbó en la cama y se cubrió la cabeza con la sábana por si entraba alguien, poder esconderlo sin levantar ninguna sospecha. Se había vuelto a ensuciar y había bastantes hojas dobladas, por lo que, con su mano, retiró la porquería de la portada y se dispuso a abrirlo.

Uno de los grandes problemas de la mente de Ernest es que desechaba muchas cosas de su memoria y ya le había jugado alguna mala pasada en varias ocasiones, pero en aquella ocasión, cuando abrió el cuaderno y leyó las primeras líneas escritas en la primera página, entendió que su memoria no había olvidado aquel cuaderno, sino que lo guardó en secreto hasta el punto de que ni él mismo supiera dónde estaba. Recordó la puerta de Berlín y al hombre

harapiento que le relató varias frases sin sentido, pero cargadas de razón. Recordó que ese cuaderno lo hacía libre y sin censuras y también recordó que el día que lo buscó no lo volvió a encontrar.

Su cara se iluminó como se ilumina el cielo cuando el sol sale tras la tormenta: era su cuaderno, sus pensamientos e inquietudes. Fue la serendipia la que lo llevó hasta ello y ello hasta él.

Nihilismo

La bocina sonó, oprimiendo al silencio en todo el recinto de Beelitz-Heilstätten. Muchos de los hombres que residían allí temían ese infernal sonido y alguno lo deseaba fervientemente para no ser un solitario pensador. Cada uno llevaba la agonía a su manera.

Ernest había estado hasta altas horas de la madrugada leyéndose, sorprendido por el cambio tan drástico que habían dado sus propios pensamientos. Añoraba la sensación de sentirse seguro y libre en el mundo, quizá también añoraba un resquicio de felicidad. Pronto escondió de nuevo el cuaderno como quien esconde un tesoro en lo más profundo del océano. Saltó de la cama y abrió la puerta antes de que algún celador malhumorado entrara gritando de buena mañana. A veces pensaba que más que un hospital era una especie de cárcel, pero resignarse era lo único que podía hacer en aquella situación si no quería acabar en una fosa común siendo un número más de aquella guerra tan horrible.

Hubert lo buscó por el comedor para sentarse juntos y disfrutar del pobre desayuno que cada mañana los esperaba. Hubert tenía que ir algún día a revisarse la herida de la cabeza, que tenía una pinta algo fea, para que curase con normalidad. Ernest, sin embargo, solo tenía que volver al lado de la enfermera que le brindaba esas maravillosas pastillas que era obligado a tomar.

Tras la cura de Hubert y la toma de pastillas de Ernest, se encontraron de nuevo en el jardín, con el fin de disfrutar de otra partida de ajedrez. Al fin y al cabo, no podían hacer mucho más allí y, en aquel momento, el joven Müller apreciaba más la tranquilidad y la paz que otra cosa.

—Bien, Ernest, ¿preparado para fracasar en otra partida? —Colocaba las fichas mientras esbozaba una sonrisa.

—Ya lo veremos, Hubert. Todo es ponerse. —Sonrió por primera vez en mucho tiempo.

Ernest se frotó las manos para hacer que entraran en calor y movió la primera ficha. Recordaba de mala manera la primera vez que jugó al ajedrez. Fue en Cochem, en una de las tantas visitas que hacía a su tío Harry después de que este contara su gran secreto y recibiera el rechazo de su familia. El tío

Harry siempre le decía en cada partida que jugar al ajedrez no solo era mover fichas de un lado hacia otro con el fin de realizar un jaque mate; pensaba que el ajedrez era un baile entre los ojos y la mente, entre las manos y tu oponente. Igualmente, siempre le contaba la leyenda del ajedrez, la cual contaba que Carlomagno, en su cuarenta aniversario, organizó una fiesta en la que retó a un soldado franco a una partida de ajedrez. El soldado se llamaba Garín y tenía fama de ser el mejor jugador del reino. Carlomagno ofreció para esa partida un ajedrez tan bello, tan elegante y embaucador que dejó a todos atónitos; necesitó a ocho personas para transportarlo debido a su gran peso y cuidado. El ajedrez estaba tallado con diamantes y zafiros, los destellos de las piedras preciosas cegaban a todos los que contemplaron aquella partida.

La leyenda contaba que el ajedrez estaba encantado y que había magia en él; quien ganara la partida en ese tablero, tenía la potestad de desear la muerte de cualquier persona. Se dice que los momentos previos a la partida, Carlomagno se dirigió a los asistentes y les dijo:

—Propongo una apuesta. Si tú me ganas, Garín, te donaré los territorios que tengo en mi poder, desde los Pirineos hasta Aquisgrán y, además, te brindaré la mano de mi hija mayor. Pero, si tu pierdes, serás degollado en mi reino.

Todos se quedaron perplejos y con cierta incredulidad al conocer el amor que Carlomagno tenía por su reino y sus hijas. La partida comenzó entre un fuerte barullo y un halo de magia que cubría a todos los presentes. Los asistentes aseguraron que tanto Garín como Carlomagno parecían poseídos por una fuerza sobrenatural que hacía temblar sus cuerpos y creaba en ellos una mirada que solo desataba odio.

Después de una hora de partida, con Garín notablemente desolado y cansado, Carlomagno se levantó de su asiento cogiendo el tablero de ajedrez y volcándolo al suelo con total rectitud. Las piezas rodaron por el suelo chocando con los pies de los asistentes, que no entendían nada de lo que allí estaba ocurriendo. Tras esa situación, se desató una batalla y el ajedrez fue a parar a manos de los monjes de Montglane, quienes lo custodiaron con su vida durante siglos.

Ernest creía a pies juntillas la leyenda porque, siempre que jugaba con su tío Harry, notaba en él una competitividad fuera de lo normal. Conocía a su tío perfectamente y, pese a eso, una partida de ajedrez lo transformaba en el momento que tocaba el tablero. Quizá por eso el ajedrez le gustaba y lo perturbaba al mismo tiempo, creyendo que los dos oponentes de una partida eran embrujados con el halo de magia que desde esa leyenda existía.

Había algo en Hubert que lo intrigaba de una manera exponencial, y es que estaba seguro de que debajo de esa herida en la cabeza, tras esa pierna que

perdió y ahondando debajo del tatuaje que portaba la señal del nazismo, se encontraba una persona no tan ruda como aparentaba ser. Observar siempre fue una de sus mejores cualidades y le gustaba observar al hombre que lo retaba a una partida tras otra.

En la tercera partida, después de hora y media de juego, Hubert comenzó a sentirse indispuesto, se le veía mala cara y el sudor caía por su frente sin parar. Su cara comenzó a empalidecer y los movimientos de la partida se volvieron lentos y torpes. Aguantó todo lo que pudo en ese estado hasta que se mareó y cayó al suelo desplomado.

Varios soldados se acercaron a socorrerlo mientras algún otro corría a llamar a los médicos para que lo atendieran. Ernest enseguida se agachó en su ayuda y, con los conocimientos sanitarios que había aprendido años atrás, supo que la herida de su cabeza estaba infectada. Temía que la infección pudiera llegarle a la sangre y crearle una septicemia porque, de ser así, la esperanza de vida de Hubert se reducía considerablemente.

Con rapidez llegaron los celadores y algún médico, quienes cogieron al soldado sin pierna en volandas y lo trasladaron de urgencia a una camilla para valorar su estado. Ernest le dijo al médico que la herida de su cabeza se había infectado y, aunque quiso acompañarlo hasta la sala del médico, no le fue permitido y se tuvo que quedar en el jardín como un mero espectador de lo que acababa de ocurrir.

Procuraba no encariñarse con nadie, todos los soldados sabían que su mejor amigo podía caer en cualquier batalla, pero del mismo modo todos necesitaban a un ser humano con el que hablar. Ernest a lo largo de la guerra fue perdiendo a todos y era consciente de la posibilidad de que Hubert fuera el próximo, pero aun así tenía la esperanza de que los médicos le hicieran caso y atajaran el problema de raíz. Pasó la mañana entera sin tener noticias de él y tampoco se atrevía a preguntar por si recibía alguna reprimenda.

La hora de la comida llegó y alguno de los soldados que se preocuparon por el estado de salud de Hubert se sentaron en la misma mesa que Ernest. Le contaron que Hubert siempre andaba solitario por el hospital y que con la única persona con la que había entablado relación era con él. Que prácticamente nunca estaba de buen humor y que, por mucho que intentaron acercarse a él, les fue imposible. Ernest no entendía muy bien por qué había sido él el único que había conseguido acercarse al soldado mayor, pero le tranquilizó saber que se tenían el uno al otro. La comida fue interrumpida por una enfermera que avisó a Ernest de que tenía que pasar consulta con el doctor Schneider.

—Le felicito, señor Müller —dijo el doctor mientras cerraba la puerta a sus

espaldas—. Siéntese.

—Su compañero efectivamente tenía una grave infección en la herida de la cabeza, era subcutánea, por lo que las enfermeras no la vieron. Gracias a usted, se le ha administrado el tratamiento adecuado para su pronta recuperación.

—Me alegro —dijo Ernest mirándolo con cierto recelo.

—Bien, ya que está usted aquí, continuaremos con lo nuestro. —Rebuscó entre varias carpetas hasta que sacó la que llevaba su nombre y apellidos.

—¿Sigue usted sin reconocer que ha mantenido conversaciones con una persona inexistente? —Destapó de nuevo el bolígrafo.

—Sí, señor, lo sigo negando.

—¿Ha notado algún tipo de mejoría tras tomarse las pastillas?

—Sí, mucha. Duermo estupendamente desde entonces.

El teléfono sonó y la conversación se vio interrumpida por aquella llamada. Ernest miraba a su alrededor y veía la imagen de Hitler por todos lados, algún jarrón decorativo bastante antiguo y una estantería que rozaba el techo llena de libros. Mientras el doctor Schneider atendía la llamada, Ernest logró percibir la idea de que Hitler iba a ir a consulta con el director del hospital. Lo notaba en el nerviosismo instantáneo que Schneider mostró y sus contestaciones con monosílabos y un tono de voz mucho más suave y pausado de lo que tenía con él. Se preguntó si vería al Führer o lo encerrarían en una sala con una camisa de fuerza para no ser una amenaza.

El doctor colgó el teléfono, lo informó de que la consulta había terminado y le pidió que saliera y se dirigiera a la zona de enfermeras para visitar a Hubert.

No tenía muy claro por qué a él le dejaba hacer una visita a un compañero, pero, como de costumbre, prefería no hacer preguntas y fue en busca de Hubert. Cuando llegó, una enfermera le estaba administrando una ampolla de penicilina, algo que no le sorprendió, ya que sabía que ese era el tratamiento adecuado para su diagnóstico. Hubert estaba dormido y la enfermera le preguntó con aires de grandeza a qué se debía su estancia allí, a lo que Ernest contestó que había sido el director del centro quien lo había enviado a comprobar cómo estaba su compañero de hospital. La enfermera lo miró con mala cara, tiró la jeringuilla a la basura, sacudió sus manos y se fue.

—La puerta se queda abierta —dijo la mujer mientras se iba murmurando.

Hubert tenía mala cara y, pese a estar dormido, los temblores febriles eran obvios. Ernest subió la manta que le cubría hasta su cuello y le observó la herida: la infección ya era notablemente visible. Suponía que lo que le dijo el doctor Schneider no era más que una excusa barata, porque allí a ningún médico le importaba ninguno de los soldados que estaban allí.

Cogió una silla y se sentó a su lado mientras observaba el triste habitáculo

insalubre donde lo habían metido. En la esquina superior izquierda, goteaba agua mezclada con algo que tornaba el color en marrón, había un cubo en el suelo que impedía que se mojara. La camilla estaba totalmente oxidada y la manta desprendía un olor bastante desagradable. Las condiciones del hospital eran bastante paupérrimas, pero era eso o nada.

Hubert entreabrió los ojos soltando un pequeño quejido de dolor y Ernest le tocó el brazo para que supiera que estaba allí.

—¿Qué ha pasado? —logró decir entre suspiros mientras se tocaba la cabeza. Le dolía.

—Te has desmayado, pero ya te están atendiendo.

—¿Quién ha ganado? —preguntó.

—Tú, has ganado tú —contestó Ernest mientras sonreía.

—Ya me parecía a mí… —Los ojos se le cerraban.

Ernest lo dejó descansar y salió de la habitación entornando la puerta para que el sonido de fuera no lo molestara. Quería haberle contado que creía que Hitler iba a visitar el hospital, pero no era el momento de hacerlo; se tenía que recuperar.

Tocaba la hora de la ducha, era el peor momento para él. Todos los soldados debían acudir a la zona de limpieza corporal desnudos, hiciera frío o no. En grupos de diez personas se tenían que poner en una zona llena de azulejos rotos, que a la mayoría le creaban cortes en las plantas de los pies. Les daban una pastilla de jabón para todos, por lo cual se la iban pasando unos a otros para frotarse, y los celadores los enchufaban con una manguera de agua helada para que se enjabonaran. Cualquiera hubiera pensado que aquello era inhumano, pero lo cierto es que el simple hecho de poder ducharse era un lujo que muy pocos se podían permitir. Debido a las bajas temperaturas del agua y la falta de tela para secarse, Ernest cogió frío y con el paso de los días terminó teniendo una buena pulmonía.

Al principio solo tosía, a veces tenía como escalofríos mientras leía su cuaderno, pero con el paso de los días la fiebre lo atacó y su malestar iba de mal en peor. El doctor Schneider enseguida lo trató. Hitler ya había ido a su consulta personal y el ambiente estaba más relajado por allí. Ante la falta de camas para los soldados más graves, el doctor dejó que Ernest pasara su pulmonía en la habitación; tiempo que aprovechó para coger su cuaderno y ponerse a escribir de nuevo.

Las noches eran las peores, porque la fiebre atacaba de improvisto y no había nadie para atenderlo. Se vio con alucinaciones, como ver a Sarah entrar por la puerta o el cuerpo del padre Bernhart tendido en el suelo con una bala en su cuerpo.

Lo pasó francamente mal durante esos días, pero finalmente se recuperó y pudo volver a salir. La corta enfermedad le había hecho adelgazar bastante y con ello se le fueron las pocas fuerzas físicas que tenía. Se miraba al espejo y observaba cómo sus pómulos sobresalían y los ojos se engrandecieron.

Cuando salió por primera vez después de sus días de reposo, Hubert lo buscó en el comedor.

—Esta juventud… no aguanta nada —le dijo mientras le daba un pequeño toque con el codo.

—¿Cómo te encuentras? —preguntó Ernest.

—Mucho mejor, no hay quien me pare, amigo. —Cogió su bandeja.

La palabra «amigo» le alegró en cierta medida, aunque bien sabía que encontrar un amigo de verdad era complicado, pero desde aquel momento le cogió un cariño especial y ese cariño fue recíproco. Se pasaban las tardes jugando al ajedrez y contándose historias de batallas perdidas, de amores y desamores. Así fue como ambos hombres se fueron conociendo cada vez más y como se intercambiaron ciertos secretos de guerra que nunca se habían atrevido a decir.

Ernest siguió fingiendo que ingería adecuadamente las pastillas y el doctor Schneider no logró sacarle una sola palabra de aquella persona con la que hablaba, pero lo tenía totalmente controlado y sabía que no daría ningún problema dentro del hospital, así que, con un trato de favor, le dejaba más manga ancha que al resto.

Los meses pasaron y llegó esa maravillosa época del año que, cuando empezó la guerra, todo el mundo empezó a detestar. Era diciembre de 1945 y, aunque allí nadie tenía mucho espíritu navideño, el doctor Schneider sufragaba algún gasto más de comida para que no fuera tan triste aquella época. Para la gran mayoría de soldados residentes, no había nada que celebrar. Muchos habían perdido a su familia, sus mujeres y sus hijos. Otros no sabían si seguían vivos. Esa época del año en la que todo el mundo quería estar con sus seres queridos se convertía en una tortura emocional.

El 30 de diciembre de 1945, en aquel hospital ocurrió algo que cambió el sistema del centro. Alguien murió y, desde aquel momento, nada volvió a ser lo mismo. El día anterior al suceso, Hubert le pidió a Ernest un favor: que, en el caso de que algo le ocurriera, le guardara un objeto de extremado valor para él y lo enterrara muy lejos de Alemania para que nadie lo encontrara. Ernest, que ya lo consideraba un buen amigo, le prometió que así sería y no hizo más preguntas.

La nieve cubrió por completo el hospital y parte del tejado se vino abajo, dejando entrar un helador viento y gran parte de nieve. Varios celadores y

pacientes en buen estado hicieron lo posible por tapar el agujero del tejado. No podían recibir ayuda, puesto que las carreteras estaban totalmente cubiertas de nieve y el complejo se encontraba muy a las afueras de la ciudad; las líneas se cortaron a causa del temporal y , durante dos días, el hospital se quedó completamente aislado del mundo exterior. De hecho, el doctor Schneider no pudo salir para encontrarse con su mujer y sus hijos y disfrutar del último día del año juntos. Todos los años asistían a la fiesta de Nochevieja que realizaba Hitler en la Cancillería del Reich. La gente hablaba mucho sobre aquel lugar. Hitler, en el año treinta y ocho, encargó a Albert Speer, un arquitecto de afamada reputación, la construcción del Palacio de la Nueva Cancillería del Reich. El arquitecto debía mantener el Palacio Borsig del siglo XIX que yacía dentro del lugar, allí fue donde estableció el cuartel para la Primera División de las Waffen-SS, lugar que Ernest jamás llegó a pisar por las misiones que tuvo que cubrir. En ese mismo lugar se contaba que Hitler había ordenado construir el Führerbunker, un búnker subterráneo.

La mañana de aquel 31 de diciembre, los pacientes se despertaron con un olor tan apetecible que corrían escaleras abajo buscando el mejor pedazo de bizcocho, ya que sabían que no habría para todos y solo los primeros en bajar tendrían esa suerte. Los empujones empezaron a aparecer ya arriba de la escalera; muchos rodaban peldaño abajo y otros saltaban los escalones de tres en tres. Era paradójico el modo en el que un simple olor podía sacar los peores deseos entre hombres.

Por los altavoces donde los deleitaban con la bocina espantosa cada mañana, sonaba la música clásica que el nazismo admitía. Porque la música tenía cierta notoriedad para los afiliados al partido nacionalsocialista. En ese momento sonaba Wagner. Ernest iba de los últimos, totalmente aplastado entre la multitud que cada vez empujaba con más fuerza para llegar cuanto antes al comedor. En mitad de las escaleras se creó un efecto dominó y muchos pacientes cayeron al suelo creándose alguna contusión, pero nada grave.

Cuando Ernest logró entrar en el comedor, el bizcocho se había terminado y tan solo pudo tomar una taza pequeña de café que, aunque no era mucho, le supo a gloria. Mientras eso ocurría, su amigo Hubert se sentó a su lado con una sonrisa de oreja a oreja y, mirando de un lado hacia otro hasta comprobar que nadie los miraba, sacó la mitad de su porción de bizcocho de su camisa y se la puso en las manos a Ernest por debajo de la mesa. El joven esbozó una buena sonrisa a su compañero y se metió el trozo de bizcocho corriendo en la boca mientras se tapaba y veía a su compañero reírse. Se habían convertido en un equipo y Hubert no iba a permitir que su camarada se quedara sin ese manjar que solo daban una vez al año.

Los contusionados fueron atendidos con un poco más de tacto por ser la fecha que era y, después de las medicaciones, el doctor Schneider reunió a todos los pacientes y al personal en la sala principal para decir su discurso de fin de año.

Se ajustó el atril, puso su discurso en papel encima y comenzó:

—Estimados soldados y compañeros de profesión, voy a leer parte de un discurso que nuestro gran dictador dio el 10 de abril de 1923:

> Mis queridos compatriotas, hombres y mujeres alemanes:
>
> En la Biblia está escrito: «Lo que no es ni caliente ni frío lo quiero escupir de mi boca». Esta frase del gran Nazareno ha conservado hasta el día de hoy su honda validez. El que quiera deambular por el dorado camino del medio debe renunciar a la consecución de grandes y máximas metas. Hasta el día de hoy, los términos medios y lo tibio también han seguido siendo la maldición de Alemania. La situación de nuestra patria, según la condición geográfica, una de las más desfavorables en Europa, fue comprendida en realidad por primera vez por el pequeño estado prusiano, odiado, un rival en sentido espiritual y material para todos los pueblos circundantes. Le quedó reservado a este pequeño estado modelo llegar a ser el adalid del pensamiento alemán hasta aquella unión de los troncos alemanes que, en el fondo, a pesar de dos guerras ganadas aún no era una unión.
>
> »Queridos hermanos, muchos años después de estas palabras, nuestro Führer ha conseguido que Alemania avance muchos puestos en el mundo y, gracias a él, ustedes tienen un propósito en la vida. Todos los aquí presentes habéis sobrevivido al enemigo y, por ello, Dios os ha otorgado con el beneficio de la vida y la sabiduría. Hoy más que nunca, el último día de 1944, en nombre de Adolf Hitler, quiero agradeceros vuestra fidelidad y lealtad a Alemania, nuestro país. ¡*Heil* Hitler!

Todos allí extendieron sus manos haciendo el saludo nazi hacia el doctor Schneider, quien hacía el mismo gesto mientras todos saludaban al Führer.

Ernest levantó la mano del mismo modo para pasar desapercibido, pero repudiaba enormemente las palabras que el director acababa de recitar a todo el complejo. Después de eso, todos volvieron a sus quehaceres, y Ernest y Hubert jugaron una partida de ajedrez.

—Ha sido un buen discurso, ¿verdad? —dijo Hubert emocionado.

—Bueno…, sí… —dijo Ernest mientras levantaba la ceja.

—¿No estás de acuerdo?

—Yo pienso de otro modo, Hubert.

—¿Cómo piensas?

—Yo no creo en un ser superior, me refiero a un humano…

—¿Como Hitler?

—Sí…, es decir —titubeaba—, creo que al final todos respiramos por la misma nariz y terminaremos del mismo modo. No sé, creo que todos somos iguales.

—¿Iguales? —Soltó una carcajada—. Me estás diciendo que yo soy igual que un judío.

—Pues sí, Hubert, eres exactamente igual. —Movió su alfil.

—¡Qué despropósito, Ernest! Eso es un insulto.

—Piénsalo, Hubert, ¿qué sentido tiene la vida? Es decir, ¿qué sentido le damos a la vida? ¿El hecho de que por ser alemanes somos más importantes que el resto del mundo? O ¿es que las creencias religiosas son lo suficientemente importantes como para asesinarnos los unos a los otros? No tiene ningún sentido.

—Pero… —quiso interrumpir.

—Piénsalo, de verdad. Un día nos dijeron que la raza aria debía predominar en todo el mundo y nos metieron en una guerra sin comerlo ni beberlo, sin preguntarnos qué queríamos hacer o, ¡peor!, obligándonos a querer lo mismo que todos. En el fondo somos como un rebaño de ovejas que sigue un sinsentido. Hay países en los que la gente no se mata, simplemente se respeta, tenga una creencia u otra. ¿No preferirías vivir en un lugar donde no exista el odio? Porque yo sí.

Al terminar aquella conversación, que más bien fue un monólogo de Ernest que necesitaba soltar desde hacía mucho tiempo, Hubert se quedó reflexionando las palabras de su amigo. No compartía sus ideas porque él creía en la supremacía de la raza aria, pero algo en él se dispuso a meditar las palabras del joven soldado que había aparecido en su vida cuando menos lo esperaba. Se preguntó a sí mismo si sería capaz de matar a Ernest por el simple hecho de ser judío y, en el fondo, sabía que no, no lo haría, porque la amistad prevalecía ante cualquier cosa. Sin embargo, en ningún momento le dijo a Ernest que había pensado cada una de las palabras que había intercambiado con él. Decidió pasar la tarde jugando al ajedrez hasta que llegaran las doce de la noche y celebraran, en la medida de lo posible, el año nuevo.

Después de la cena, los celadores indicaron a los pacientes que tenían una media hora para ir a sus habitaciones hasta que volvieran a reunirse en la sala principal para celebrar todos juntos la llegada del nuevo año, de 1945. Mientras Ernest estaba en su habitación y escribía de nuevo en su cuaderno, Hubert interrumpió su escritura y se adentró sin que nadie lo viera. Sacó una

botella de vino de debajo de su camisa y se la enseñó a Ernest, quien, llevándose las manos a la cabeza, pero alegre, le dijo a su amigo lo intrépido que había sido. Hubert solo quería celebrar de algún modo aquella noche con su camarada.

Apenas tardaron en beberse toda la botella, cuando la bocina volvió a sonar y todos los pacientes y el personal sanitario del Beelitz-Heilstätten bajaron de nuevo.

Entre risas y tambaleándose por las escaleras a causa de los efectos del vino, los amigos se imaginaban al doctor Schneider cayéndose por esas mismas escaleras en busca de un pequeño pedazo de bizcocho. Hacían burla mientras Hubert lo imitaba imaginándose la caída y Ernest se partía de risa. El joven Müller no recordaba la última vez que se reía tanto con alguien y, por un momento, tuvo la sensación de que todo lo malo que había ocurrido ya no importaba, que lo importante era ser feliz uno mismo, independientemente de las cosas que ocurrieran a su alrededor. Era una decisión difícil, pero se vio fuerte para tomarla en ese momento.

Cuando por fin llegaron al salón principal, todos los pacientes y el personal del complejo estaban allí, a la espera de que el reloj que presidía la sala marcara las doce de la noche. No fue solo uno de los pacientes que había allí el que lloraba desconsoladamente mientras algún compañero intentaba consolarlo, ni tampoco fue solo uno el que se sentó en una silla con la mirada perdida en el suelo sin ganas de festejar nada. Pero para Ernest y Hubert nada de eso importaba; tan solo se alegraban de estar vivos y de haberse conocido, a pesar de las circunstancias.

A lo lejos de la sala principal, mientras seguía riendo con su amigo, Ernest creyó ver a Libert escondido detrás de una columna, pero rápidamente se frotó los ojos para dejar de verlo. Lamentablemente, no dio resultados y, cada vez que volvía a mirar, Libert estaba más y más cerca de él. Lo estaba pasando tan bien con su amigo que no quería que nada ni nadie lo estropease por nada del mundo, pero sus esfuerzos por ignorarlo fueron en vano, porque Libert consiguió llegar hasta él entre la multitud y, posado frente a él, con los ojos empañados en lágrimas, le pidió encarecidamente que no lo ignorase ni un minuto más, pues ya no podía soportar el hecho de parecer invisible para él y debía contarle algo, algo que iba a ocurrir esa misma noche.

Ernest lo miró fijamente, mientras que Hubert lo zarandeaba viendo como su amigo se había quedado embobado mirando hacia abajo, como si alguien estuviera delante de él. Lo nombraba una y otra vez mientras meneaba su cuerpo a punto de caerse con la única pierna que lo sostenía, pero Ernest no podía evitar seguir mirando a Libert, con los ojos empañados del mismo modo

que su pequeño amigo. Ambos se echaban de menos, pero Ernest estaba cansado de ocultar esa parte tan suya que no debía desvelar.

—No puedo…, perdóname… —La primera lágrima rebasó hasta sus mejillas mientras seguía mirando a Libert.

—¿De qué hablas, camarada? —Se reía Hubert sin saber qué ocurría.

—Lo siento, de verdad. —Ernest seguía teniendo su mirada fija en su pequeño amigo mientras este no decía una sola palabra.

—¿Con quién hablas, amigo? ¿Qué pasa? —La primera campanada sonó. Ernest seguía inmóvil viendo como Libert se alejaba entre la gente.

Ernest miró a Hubert con los ojos llenos de lágrimas, cansado de tanto silencio ante tanto que decir y, cuando la última campanada sonó, se lo dijo. Por fin, se lo dijo:

—Hablo con Libert, mi amigo Libert.

Hubert frunció el ceño sin entender nada y, cuando la mayoría de los pacientes aplaudían por el año 1945 que acababa de entrar y que ninguno sabía que significaría el fin de la Segunda Guerra Mundial, dio un paso hacia detrás, marcando la distancia con Ernest. Este, que temía profundamente el rechazo de su amigo Hubert, adelantó un paso, pero el viejo soldado levantó su mano para que parase y se dio la media vuelta. Ernest se quedó estático en aquel salón presidencial en el que una nueva era acababa de entrar en la vida de todos.

Miró a un lado buscando a Libert, pero ya no estaba; miró hacia el otro buscando a Hubert, pero tampoco estaba.

Hubert se fue de allí, decepcionado con su amigo, decepcionado con todo lo que él creía, contrariado por lo que acababa de descubrir: su amigo Ernest estaba loco y hablaba con alguien que no existía. Así fue como se sentó en el último escalón de la escalera que minutos antes había bajado entre risas con su camarada y, meditabundo, se apoyó en la barandilla dispuesto a pensar o a no pensar.

De pronto, escuchó al doctor Schneider a lo lejos con uno de los celadores con peor carácter de todo el centro y se escondió entre las cortinas de uno de los ventanales que había a su lado.

—Vamos a empezar el experimento con Ernest Müller, el soldado que vino con un diagnóstico de locura. Sospecho que no se está tomando la medicación y es hora de pasar al plan B. Esta misma noche, mientras duerma, mojas este paño con un poco de este líquido y, cuando esté profundamente dormido, me lo haces saber y voy a administrarle personalmente el fármaco que he seleccionado.

El celador se guardó el paño y el bote que el director del centro le había

dado y el doctor Schneider se quedó mirando al infinito mientras se ajustaba las gafas y se encendía su pipa de fumar. Hubert, que siempre actuaba con el corazón y con las entrañas, salió de entre las cortinas que lo habían cubierto durante toda la conversación y, antes de que Schneider pudiera darse la vuelta, lo empujó escaleras abajo. Se golpeó tan fuerte la cabeza que la muerte fue instantánea. Hubert cogió de nuevo su muleta y corrió sorteando el cuerpo ya fallecido del doctor para reunirse con el resto de los compañeros que todavía estaban en la sala principal, intentando que nadie lo echara de menos el tiempo suficiente. Pero Ernest vio como entraba de nuevo en la sala bastante inquieto.

—Ha ocurrido algo, Ernest —escuchó la voz de Libert en su espalda. Pero cuando se giró ya no había nadie.

Un segundo después, fuera de la sala presidencial escucharon un tremendo grito de una de las enfermeras, que había encontrado el cuerpo sin vida del director del centro. Todos los allí presentes, tanto pacientes como médicos, enfermeras y celadores, corrieron hasta que se formó un círculo alrededor del cuerpo. Varios médicos lo pusieron en posición para realizarle una maniobra de reanimación, pero todos sus intentos fueron inútiles. Estaba muerto. En un principio todos pensaron que fue un accidente, pero uno de los médicos dejó claro que, a juzgar por los golpes, la caída había sido violenta. Alguien había asesinado al doctor Schneider.

Rápidamente, los guardias que custodiaban la sala mandaron a todos los pacientes a sus correspondientes cuartos, incluso a las enfermeras las enviaron lejos de la escena del crimen. Estaban incomunicados y se había cometido un asesinato.

Ernest entró en su habitación enfurecido, pegando patadas a todo lo que pillaba por delante; le dio un puñetazo tan fuerte al cristal que lo hizo mil añicos. Sacó su cuaderno escondido y se puso a escribir para soltar todo lo que tenía dentro. Estaba tan dolido por la reacción de su amigo que la muerte del doctor Schneider no le preocupó ni un solo segundo. Creyó que Hubert era diferente, pensaba que realmente tenían una amistad, sobre todo ahora que se necesitaban más que nunca.

Los celadores pasaron habitación por habitación ordenando a todos los pacientes a no salir de sus cuartos en ninguna circunstancia si no querían recibir un fuerte castigo. Ernest estuvo toda la noche escribiendo sin parar mientras apretaba los dientes y lloraba. No soportaba más la idea de que otra persona a la que apreciaba se fuera de su lado, y esta vez por Libert. Esta vez no lo culpaba, porque fue él quien tomó la decisión de contar a Hubert su secreto, pero seguía enfadado con el pequeño por existir y por complicarle tanto la vida durante tantos años.

A la mañana siguiente, la bocina sonó como cada mañana, pero ninguno fue al comedor porque la Gestapo había logrado llegar hasta allí y había abierto una investigación para descubrir quién era el asesino del doctor Schneider. Interrogaron a todos los soldados heridos y a todo el personal sanitario. Ernest no vio en toda la mañana a Hubert y le extrañó porque todos fueron llevados a los mismos lugares en todo momento.

Llegó el momento del interrogatorio de Ernest.

—Ernest Müller, paciente número 1710, ¿motivo de su ingreso? —Estaba bastante cabreado.

—Control tras un estado de coma prolongado —mintió; no sabe por qué mintió, pero lo hizo.

—¿Dónde estaba en el momento en que el doctor Schneider fue arrojado por las escaleras?

—En el salón principal con el resto de mis compañeros.

—¿Vio algo sospechoso en alguno de ellos?

—No, señor —volvió a mentir.

Salió de la habitación con un nudo en la garganta. En cualquier momento sabrían que mintió y que el motivo de su ingreso no fue ese y todos pensarían que fue él quien empujó al director por las escaleras. Salió inquieto y se dirigió al jardín, retiró la nieve de uno de los bancos de piedra helados y se sentó. De vez en cuando encogía las piernas y soplaba calor entre sus manos. De pronto, una carpeta le cayó en las piernas, se levantó rápidamente dejándola caer al suelo y se giró para ver quién era. Estaba realmente asustado por todo lo que estaba ocurriendo y por un momento pensó que ya lo habían descubierto.

—¡Hubert! —Sus ojos denotaban toda la alegría que era incapaz de expresar. Hubert lo miraba fijamente sin pronunciar una sola palabra—. ¿Qué es esto? —Recogió la carpeta rápidamente antes de que nadie la viera.

Aquella carpeta contenía el dosier y todos los apuntes y anotaciones que el doctor Schneider tenía de él. Hubert sabía que la única persona que conocía el problema de Ernest, aparte de él, era el director del centro; porque la comunicación allí brillaba por su ausencia y tenía claro que ni el resto de los médicos ni las enfermeras sabían el motivo de darle esas pastillas. Al fin y al cabo, todos experimentaban con todo tipo de medicamentos. Pero pasó por alto aquel celador de mal humor.

—Pero… —Hubert lo interrumpió.

—Así nadie sabrá cuál es tu problema porque, de ser así, acabarás muerto.

—No sé qué decir…

—No quiero que digas nada. Soy yo el que tiene que contarte mi secreto. Siéntate.

El joven Müller se sentó y dejó asiento a su camarada para que le contara de qué se trataba ese secreto; no tenían mucho tiempo, así que fue breve y conciso cuando se lo dijo.

—Yo empujé al doctor Schneider.

—¿¡Qué!? —Se levantó de un salto poniéndose frente a él.

—Chsss, ¡no grites! —Lo cogió de la pechera y lo volvió a sentar.

—¿Cómo se te ocurre hacer eso, Hubert? ¿Estás loco? —le recriminó.

—No, el loco eres tú, amigo, y por eso Schneider iba a experimentar contigo mientras dormías.

—¿Cómo? —expresó sorpresa.

Un guardia los vio y fue corriendo hacia ellos entre la nieve para meterlos de nuevo en el edificio. Ernest se metió la carpeta en la parte trasera de sus pantalones y ambos amigos entraron y se reunieron con el resto en la sala principal mientras esperaban las órdenes de la Gestapo.

Pasaron todo el día allí, con más interrogatorios y más salidas. Cuando parecía que ya todo había terminado, dos guardias fueron con sus pistolas en alto a arrestar a uno de los médicos compañeros del doctor Schneider. Al parecer, llevaban años enfrentados y compitiendo continuamente. Todo el personal sanitario le dijo a la policía que era el único que tenía motivos para verlo muerto, porque, de ser así, este médico pasaría a ser el nuevo director del hospital Beelitz Heilstätten. Cuando ambos amigos vieron esa escena, se quedaron bastante aliviados y, la verdad, no se sentían culpables por aquel pobre médico que iba a ser fusilado por un crimen que no había cometido, porque era bastante cruel con sus pacientes y a los que necesitaban más ayuda les hacía verdaderas barbaridades.

Una vez sucedido eso, el hospital volvió a hacerse de noche y todos fueron a dormir. Cuando ya se iban a despedir ambos amigos en los pasillos, Ernest llamó a Hubert y con todas las ganas del mundo le dio un fuerte abrazo, de esos abrazos que te llegan hasta el alma, y recordó que nunca antes había abrazado así a ningún amigo real. Hubert se quedó estático y, aunque se pudo ver su media sonrisa en la cara, lo apartó de inmediato y le dijo que esperaba que, ya que estaba loco, al menos no fuera maricón. Ernest le sonrió y ambos amigos se fueron a dormir una noche más, sin tener la más mínima idea de que al día siguiente el sustituto del doctor Schneider llegaría a primera hora.

Ese hombre, que había sido seleccionado por el mismo Hitler para seguir con el mantenimiento del hospital, tenía un apodo: el Ángel de la Muerte.

Arcángel

Dicen que la lealtad es el bien más preciado de un ser humano y, cuando a un ser humano se le otorga la maravillosa cualidad de ser amigo, la lealtad es una cualidad que va intrínseca en dicha aptitud.

Ernest había visto la lealtad de miles de personas a un hombre que decía ser un líder, a un hombre que prometió un mundo mejor y una Alemania infinita, y él no entendía cómo se podía otorgar una lealtad tan extrema y extremista a alguien que construyó su fama gracias a la violencia, a la intolerancia y al odio más profundo. De hecho, durante algún tiempo detestó la palabra «lealtad» porque no consideraba que se usara para nada bueno. Encontrar a Hubert le hizo ver las cosas de un modo totalmente diferente, y es que sintió esa cualidad desde la cima de una amistad pura y sincera. Se había quitado un peso de encima al contarle a su amigo el mayor secreto que jamás guardó y, pese a que por unos momentos se arrepintió, finalmente supo que esa sinceridad lo llevó a que el resultado fuera mucho mejor: la lealtad de un amigo.

Por otro lado, Hubert se sentía contrariado. Todos sus principios y todo en lo que él creía se vio desbaratado una vez que Ernest pisó fuerte en su vida. Y no solo porque la soledad se hiciera su mejor amiga y establecer una relación de amistad con alguien en tiempos de guerra se le hacía imposible, sino porque la esvástica que le asomaba por el cuello de su camisa comenzó a perder volumen en sus pensamientos. Razonar y encontrar a un nihilista como Ernest fue el punto de inflexión que él necesitaba para darse cuenta de que lo que existe no es ni la mitad de lo que vemos. Le costaba asimilar la idea de que había asesinado sin escrúpulos al doctor Schneider, pero lo que más le costaba asimilar era que su camarada, su amigo, su pierna derecha…, tenía otro amigo al que conocía mucho antes que a él. El hecho de tener que compartirlo se le hacía más duro que saber que Ernest tenía un punto de locura entre tanta razón.

El hospital dio un giro de ciento ochenta grados desde que sucedió el asesinato y, aunque condenaron a su supuesto asesino, la entrada del nuevo director de Beelitz-Heilstätten cambió el rumbo de todas las personas que aguardaban su recuperación en el mayor complejo hospitalario militar que vio

y ha visto Berlín.

Esa mañana, con la llegada del nuevo director, los pacientes debían ponerse en fila en la puerta del complejo, a los pies de las cuatro columnas que tanto atemorizaron a Ernest cuando llegó. El personal sanitario denotaba un especial nerviosismo por la llegada del nuevo director, cosa que hizo que la ansiedad de los pacientes incrementase cuantitativamente. Nadie sabía el nombre de aquel nuevo doctor, ni cuál era su especialidad ni por qué le temían tanto sus propios compañeros. Hubert escuchó por los pasillos que lo llamaban el Ángel de la Muerte; unos decían que su apodo venía por la compasión que demostraba con los enfermos, otros decían que se trataba del mismísimo diablo y otros no escuchaban las habladurías y creían que si Hitler lo había elegido para ese puesto era porque sería el mejor en ostentarlo.

Muertos de frío en el exterior del hospital y con policías de la Gestapo custodiando el lugar, un coche negro totalmente impecable y con un sonido espectacularmente placentero se adentró en el camino que llevaba hasta el hospital. Los guardias y los policías se formaron rápidamente, como si el mismismo Führer estuviera a punto de bajar de ese vehículo. Cuando el coche finalmente paró a los pies de las cuatro columnas, delante de todas las personas que allí estaban, un guardia novato, repleto de miedo por cada poro de su piel, se acercó a abrir la puerta al nuevo director.

Sacó su pie derecho procurando no mancharse con el barro que había dejado la nieve de días atrás y, con su maletín de cuero negro en la mano, salió. Su aspecto limpio y pulcro tranquilizó a muchos de los pacientes que estaban en vilo por su llegada. Con su pelo perfectamente recortado y su bigote retocado casi a diario, se ajustó su largo abrigo, respiró profundo el aire puro que allí se respiraba y sonrió mientras miraba a todos y cada uno de ellos.

—Buenos días a todos. Me llamo Josef, Josef Mengele y seré vuestro nuevo director.

Dicho eso y bajo la atónita mirada de todos sus compañeros de profesión, se adentró en el hospital sorteando a algunos pacientes que, tiritando de frío, no se apartaron a tiempo para crearle un pasillo humano recogiendo su nueva dirección. Cada uno entró en fila tras el director, quien se fue de inmediato a su despacho.

La mañana continuó de forma regular, excepto para Ernest, que tras la pérdida de su dosier no recibió medicación aquel día y, dado el gran cambio que sufrió el centro, nadie se dio cuenta. El ambiente estaba caldeado y los pacientes no paraban de cuchichear en las esquinas sobre el nuevo doctor Mengele, pero solo uno de ellos sabía su verdadera identidad y de dónde venía. Así fue como, tras la comida, todos los pacientes se juntaron en la sala principal

dispuestos a descansar, cuando el soldado más viejo que allí había, con sesenta y ocho años y cobijado en aquel hospital, contó al resto de sus compañeros que el doctor Mengele había prestado servicio durante muchos años en Auschwitz. El veterano de guerra relató a sus amigos cómo él mismo, que estuvo allí destinado por algún tiempo, había visto como envió a más de doscientas mujeres embarazadas a la cámara de gas porque no quería más bebés en la zona. Contó como a un judío que perdió la mano haciendo trabajos forzosos en el campo de concentración le injertó la pata de un perro para probar si funcionaba y que, finalmente, el judío murió entre terribles sufrimientos. Las historias eran numerosas y, a medida que las contaba, muchos de ellos caían en la cuenta de que ya habían oído hablar de él y que sus técnicas en medicina eran bastante comentadas dentro del ejército alemán. Hubert y Ernest se lamentaban cada vez que contaba una historia tan horrible sobre un ser humano que cayó en las manos de Mengele, pero otros muchos pacientes lo veían, cuando menos, razonable, ya que las personas que estaban allí metidas eran el enemigo y no solo eso: eran seres vivos que no merecían vivir ni un segundo más. Pese a eso, la mayoría tenía un especial temor, pensando que en algún momento pudiera experimentar con ellos.

El día pasó con curiosa normalidad y no se volvió a ver a Mengele desde su entrada. El nuevo director estuvo todo el día revisando uno a uno los expedientes de sus pacientes antes de entrevistarse con ellos. Este hombre o este ángel de la muerte era tan inteligente como meticuloso, si se caracterizaba por algo, aparte de por su extrema crueldad y falta de escrúpulos, era por ser tenaz y astuto. Había experimentado en Auschwitz con tantas vidas que conocía todas las tretas de sus pacientes con tal de no ser los siguientes. Uno de sus experimentos más famosos, de los que más bocas recorrieron dentro y fuera del campo de concentración, fue aquel que hacía con gemelos; porque este hombre tenía una especial debilidad por ellos. Cogía a dos gemelos y a uno de ellos le contagiaba el tifus para, a su posterior muerte, inyectar cloroformo al gemelo sano y comparar ambas muertes. Pero las historias de sus experimentos no terminaban ahí. Inyectaba una mezcla de químicos en los ojos de los reclusos con ojos marrones con el fin de convertirlos en azules y así mantener a la raza aria vigente. Hacía operaciones sin anestesia, amputando extremidades o extrayendo órganos. La genética era su mayor ambición y con el tiempo se creyó un dios para hacer y deshacer a su antojo.

La voz se corrió y todos los pacientes temían el momento de su entrevista personal con el doctor Mengele; los que más entraron en pánico fueron aquellos con miembros amputados, como Hubert, por si tenía la genial idea de injertarles la pata de una gallina o les amputara la otra extremidad para

experimentar con ellos. Otros tantos estaban tranquilos porque aseguraban que el doctor Mengele procedía así en el campo de concentración para avanzar en la medicina, siempre con judíos o gitanos; que nunca se le ocurriría hacerlo con alemanes y, mucho menos, con soldados que se habían batido en duelo por su patria.

El caso es que, a la mañana siguiente, tras un día entero de especulaciones e hipótesis varias, las entrevistas comenzaron desde bien temprano. A muchos no les dio tiempo ni de desayunar cuando sus nombres ya se escuchaban por los altavoces del hospital. Las entrevistas duraban unos veinte minutos y la mayoría de los soldados salían tranquilos y sonrientes. El miedo empezó a desaparecer del hospital y todos contaban lo mismo: lo amable y cortés que era el doctor Mengele.

Llegó el turno de Hubert, quien al oír su nombre por megafonía miró a su camarada para que lo tranquilizara. Ernest lo cogió de los hombros y le dijo que todo iría bien, que él era un héroe para este país y que, pasara lo que pasara, él estaría siempre al pie de cañón con él. La verdad es que el joven Müller estuvo bastante inquieto desde que su amigo entró, estaba claro que el Ángel de la Muerte parecía no tener intención de experimentar fuera de Auschwitz, pero había algo que no lo convencía del todo; en ese momento hubiera deseado que Libert estuviera con él y lo tranquilizara en la medida de lo posible como él había hecho con Hubert, pero desgraciadamente había conseguido tras largos días de indiferencia que Libert desapareciera por completo de su vida. A veces le daba miedo hasta pensarlo porque sabía que de un momento a otro podría aparecer en su búsqueda, pero por otro lado no quería que le causara más problemas.

Estaba contrariado. Cuando Hubert salió de su entrevista personal, se dirigió rápidamente a Ernest, al que llevó a su zona de ajedrez sin contestar a ninguna de sus preguntas y pidiéndole que guardara silencio.

—¿Qué ocurre, Hubert? Me estás asustando —le dijo mientras ambos se sentaban.

—Escúchame, Ernest. Este tío es implacable. Lo sé, estoy seguro de ello porque me he encontrado a muchos como él. —Se le notaba preocupado.

—¿Qué me quieres decir con eso? —No entendía nada.

—¿Cómo que qué quiero decir con eso? Que tu dosier no consta en su fichero, imbécil, y verá que falta.

—No lo había pensado… —Ernest agachó la cabeza cuando Hubert sacó varios papeles del trozo de pantalón que le sobraba en su pierna derecha.

—He cogido esto, son papeles oficiales del centro. Solo tenemos que escribir un diagnóstico nuevo, meterlo en la carpeta que robé y volver a dejarla.

—Hubert, no sé qué haría sin ti… —Ernest estaba sumamente agradecido. Lo abrazó.

—¡Escúchame, imbécil! —Lo apartó de un manotazo—. Mengele no va a salir de su despacho en todo el día y, al parecer, va a dormir en el sofá de dentro y mañana es tu entrevista. Tenemos que idear un plan.

—¿Un plan? Eso es una misión suicida —levantó la voz.

—Chssss, ¡baja la voz! —Le tapó la boca—. ¿Se te ocurre algo mejor?

Los dos amigos volvieron de nuevo al interior del edificio. Ernest estaba desesperado intentando encontrar un plan mejor para él, pero en el fondo sabía que la única salida que había era la que Hubert ya había planeado. Si el doctor Mengele se enteraba de que faltaba un dosier, iba a ir a por Ernest hasta que averiguara por qué faltaba el dosier y qué había dentro de él que fuera tan importante como para desaparecer.

Las entrevistas personales pasaban una a una sin que Mengele saliera ni un solo segundo de su despacho. Ernest y Hubert vigilaron constantemente la salida y entrada de pacientes, la de celadores y enfermeras e incluso la de algún compañero médico que tuvo que ir a acatar las órdenes del nuevo director. Tan solo salió una vez de su despacho para ir al aseo que tenía justo al lado y tardó menos de un minuto en regresar. Los dos se quedaron atónitos, pensando que era una especie de ser sobrenatural que no necesitaba comer ni miccionar ni descansar.

El plan de Hubert era descabellado y casi suicida, como bien decía Ernest, pero era la única alternativa para que el joven Müller no terminara con dos fusibles en la cabeza. Durante toda la tarde y tras muchos planes que tambaleaban sin cesar, a Ernest se le ocurrió uno que podía funcionar. Susurrando para que nadie lo escuchará, le contó a Hubert su idea. Era sencillo, una hora después de que todos los pacientes se metieran en sus dormitorios para conciliar el sueño y el personal sanitario comprobara que todo estaba en orden, el hospital se quedaría en silencio y vacío, por lo que Hubert debía ponerse a gritar como un loco diciendo lo mucho que le dolía la cabeza, incluso hacer que convulsionaba, que para eso cogió del comedor un poco de puré de patata restante para hacerlo más creíble. Cuando en ese momento el personal del hospital fuera y viera la gravedad del asunto, avisarían de inmediato al director del centro para que les diera indicaciones; por lo tanto, saldría de su despacho y, en ese momento, Ernest se colaría para dejar el dosier perfectamente colocado en sus archivos y así nadie sospecharía. Después, cuando Ernest volviera corriendo al cuarto de Hubert, este diría que ya se encontraba bastante mejor y, entonces, Mengele volvería a su despacho, el

personal a su zona y el resto de los pacientes a sus habitaciones.

—¿Puré de patata? —preguntó Hubert con cierta curiosidad.

—Bueno, es para las convulsiones —contestó Ernest.

—Tú no has visto a muchos hombres convulsionar, ¿no? —Se empezó a reír —. Bueno, el plan me parece estupendo, pero, Ernest, tienes que ser muy rápido. Si alguien te pillara, estamos los dos muertos.

—Lo sé, confía en mí. Preocúpate de hacer bien tu papel.

No era la primera vez que Ernest participaba en algo de tan algo riesgo, y es cierto que, en muchas de esas ocasiones previas a esta, estuvo acompañado por personas que a día de hoy siguen en su memoria de una manera muy especial; pero llevar a cabo esta misión casi suicida con Hubert le hacía sentir una seguridad mucho más grande. Junto con Libert, era la única persona a la que confiaría su vida si fuera necesario, porque, aun no confiándosela, su camarada ya hizo lo imposible por mantenerlo a salvo y eso era algo que Ernest jamás olvidaría.

Estudiaron exhaustivamente los pros y contras de aquel plan, sabían que el desorden que había provocado la muerte del doctor Schneider y la llegada del nuevo director, el doctor Mengele, era uno de los pros que tenían a su favor. El hospital estaba comenzando a ponerse en marcha bajo la mano del Ángel de la Muerte y acostumbrarse a una nueva dirección llevaría un tiempo. El contra más grande que tenían y que les perjudicaba notablemente era la astucia que este nuevo personaje tenía, pues su inteligencia podía jugarles alguna mala pasada.

Hubert tenía claro que las cosas que se hacen con valor y seguridad tienen un éxito casi garantizado. Siempre hay que contabilizar el factor sorpresa, pero la actitud ayuda mucho a que las cosas salgan como uno quiere.

Tras poner encima de la mesa todas las cartas que debían jugar, ayudándose de su preciado ajedrez, ordenaron cada movimiento usando el jaque mate al rey como una victoria contra el doctor Mengele; lo tenían todo claro. Cenaron sin comentar nada más, allí las paredes a veces escuchaban y no querían que ningún cabo suelto les alterara su objetivo.

Llegado el momento, a las diez en punto de la noche, todos los pacientes formaron filas para entrar en sus dormitorios; la vigilancia había aumentado bajo la orden del nuevo director y no había opción a que ninguno de ellos no cumpliera con las expectativas y órdenes impuestas desde su llegada. Ninguno de los pacientes podría salir en la noche, norma que ya había anteriormente, pero con el aliciente nuevo de que, de hacerlo, el castigo sería superlativo por incumplir las normas nocturnas del centro. Así pues, Hubert y Ernest entraron

en sus respectivas habitaciones con el plan mantenido en mente, sin olvidarse de un solo detalle. Hubert se sentó en la cama y masajeando su pierna para tenerla lo más relajada posible, repasó con los ojos cerrados uno a uno los pasos que seguir y, sobre todo, la forma en la que tendría que interpretar su papel. Por el contrario, Ernest se sentó en la silla, sacó su cuaderno escondido debajo del colchón y aprovechó para evadirse de la próxima misión escribiendo una vez más. Escribir se había convertido en un bonito hábito para él y, en aquella situación, era casi una adicción de la que no podía separarse por las noches.

A las diez y cuarto de la noche, todos los pacientes ya estaban en sus cuartos, dispuestos a descansar una noche más. Los pasos de los celadores, de las enfermeras y de algún guardia todavía se escuchaban a esa hora en los pasillos del centro.

Hasta las once en punto, todo el personal debía velar por el cumplimiento de las normas, menos las enfermeras, que debían dejar la medicación hecha para el día siguiente, sin ningún fallo, ordenar consultas, mantener quirófanos, etc. Pero, llegada esa hora, los guardias se bajaban a la planta baja y el personal sanitario se disponía a descansar para rendir de una manera adecuada al día siguiente.

Los dos amigos quedaron en que a las once y media, para dar margen de error, empezaría la fiesta. Sabían que Mengele se echaba en el sofá sobre las doce, por lo que, en el momento de comenzar la interpretación digna de premio de Hubert, seguiría despierto. Hubert, sentado aun en la cama, rezó con todas sus fuerzas para que el plan saliera como esperaban, alegando que lo hacía por la seguridad e integridad de su buen amigo Ernest; este último cerró su cuaderno y lo guardó en el mismo sitio de siempre, se puso sus zapatos desgastados y esperó a escuchar los gritos de Hubert.

El silencio hacía un rato que invadía todo el hospital Beelitz-Heilstätten, tan solo se oía el viento de fuera y a unos cuantos murciélagos sobrevolar el edificio. Ambos camaradas respiraron profundo, muy profundo, cuando vieron que la hora pactada había llegado. Ernest cerró los ojos y siguió respirando profundamente cuando cinco segundos más tarde escuchó el primer grito de ayuda. Abrió los ojos y como platos se quedaron mirando a la puerta de entrada y salida de su cuarto, la respiración se agitó, el nerviosismo comenzó a introducirse en su cuerpo. No escuchaba nada, no escuchaba a nadie salir de sus habitaciones ni a ningún celador correr hacia donde venía el grito. Se acercó a la puerta para poner la oreja en la madera desgastada y con sus manos posadas en la misma, escuchó el segundo grito de ayuda. Quieto, estático, sin mover un solo músculo de su cuerpo, siguió esperando. Nada ni nadie.

Los murciélagos fueron los únicos que, al parecer, escucharon a Hubert gritar.

Así gritó un par de veces más, extrañado Hubert porque nadie fuera hasta él, se desesperó pensando lo insignificante que era, que ni gritando desconsoladamente creaba algún tipo de preocupación en las personas que lo acompañaban en su ingreso.

Extrañado por la apatía de todos, Ernest decidió poner una mano en el picaporte para abrir la puerta y ver cómo estaba el pasillo o indagar por qué nadie acudía a la llamada de socorro fingida de su amigo Hubert. Cuando muy lentamente, giró el picaporte y entreabrió muy sutilmente la puerta, escuchó los primeros pasos corriendo. Alguien ya había picado el anzuelo. Hubert también lo escuchó y en ese momento sus gritos aumentaron de intensidad y velocidad. La palabra «ayuda» la repitió mucho más seguida y con un tono mucho más alto; ya había captado la atención de alguien allí fuera. Ernest miraba por la rendija que había conseguido abrir en la puerta cómo cuatro celadores y dos enfermeras fueron corriendo hacia la zona donde se encontraba la habitación de Hubert. Alertados por el jaleo de fuera, unos segundos más tarde, todos los pacientes habían salido de sus cuartos, movidos por la curiosidad.

—¡Ayuda! —volvió a gritar Hubert mientras, ya tendido en el suelo, tenía un ojo abierto y otro cerrado para cuando llegaran los celadores y enfermeras.

La puerta se abrió de golpe y el personal sanitario enseguida se tiró al suelo para saber qué estaba ocurriendo. Tras varias preguntas, Hubert, con un aspecto pálido y mareado les decía balbuceando que le dolía mucho la cabeza. Una de las enfermeras fue corriendo a avisar a uno de los médicos que se quedaba esa noche de guardia en el hospital, mientras que el resto de sus compañeros comprobaban el pulso a Hubert, ya que no tenían ni la menor idea de qué hacer en esos casos sin las indicaciones previas de un médico.

Pronto llegó el médico que estaba de guardia y fue entonces cuando Hubert se puso a convulsionar de manera exagerada, tan excesiva que aprovechó su excelente interpretación de hombre convulsionando para soltar algún que otro guantazo al médico y a los celadores. Convulsionaba de tal modo aquel soldado especialmente delgado que ni los celadores ni las enfermeras ni el médico ponían sostenerlo. Cuando empezó a echar una especie de espuma blanca por la boca, que afortunadamente no fue puré de patata, el médico de guardia, asustado por la situación, pero más asustado por las reprimendas de su nuevo director si no lograba manejar la situación, ordenó a uno de los celadores que corriera al despacho del doctor Mengele y lo avisara. El celador, que asintió

con la cabeza, echó a correr en dirección al despacho del director, empujando a los pacientes que se habían aglomerado en la puerta de Hubert, mirando atónitos aquella situación. Ernest aprovechó todo el revuelo y la salida de todos o casi todos los pacientes para ir hasta el *hall* del despacho de Mengele y esconderse detrás de una de las estanterías llenas de libros de medicina que allí había.

Escondido allí desde hacía un rato, escuchó cómo unas pisadas fuertes y contundentes de alguien que venía corriendo se acercaban cada vez más. Respiró profundo, se pegó fuertemente al mueble que lo escondía y vio pasar al celador a toda prisa hacia el despacho de Mengele. Aguardó unos segundos cuando vio al celador y a Mengele salir corriendo del despacho en dirección a Hubert; cuando estuvo seguro de que no lo verían, entró en el despacho cerrando la puerta tal y como se la había encontrado.

Al entrar, se dio cuenta de que todo el despacho estaba cambiado, que ya no era igual desde que Josef Mengele había entrado. Ni la mesa, ni las lámparas, ni las estanterías, ni las cajoneras; ya nada era igual a como él lo conocía de las consultas que pasaba con el doctor Schneider. La búsqueda de los dosieres e historiales médicos de los pacientes se complicaría algo más.

Abrió varios cajones a toda prisa, encontrando algunos vacíos y otros llenos de material de oficina que no quería encontrar. Buscó en el escritorio del despacho algo que lo llevara hasta los historiales. El despacho no era tan grande, pero se veía incapaz de encontrarlo. Rebuscó en las estanterías por si los había escondido en un lugar secreto, pero no dio con ellos. Miraba el reloj y veía los minutos y segundos pasar y la angustia y ansiedad comenzaron a apoderarse de él.

Oía de lejos el murmullo del resto de compañeros y a los celadores gritarles que se fueran todos a sus dormitorios sin éxito alguno. De pronto, después de pasar varias veces por delante, se percató de que la mesa tampoco era la misma que tenía Schneider en su dirección y vio una cajonera lo suficientemente honda como para guardar allí los historiales médicos de sus pacientes, pero había un problema: estaba cerrada con llave.

Intentó abrir el cajón a la fuerza, intentó meter el abrecartas que tenía encima de la mesa para abrir la cerradura, pero no podía permitir que nada delatara su intrusión allí.

—Pss, psss... —alguien le chistaba; del susto terminó en el suelo.

Se levanto rápidamente y vio sentado en el sofá del despacho a la persona que siempre acudía a él cuando más lo necesitaba: Libert. Se llevó la mano al pecho para intentar parar la velocidad de sus latidos, que a punto estaba de darle un infarto, y respiró profundo.

—Está cerrada con llave, ¡maldita sea! —dijo mientras apretaba fuerte los dientes

—Mira debajo de la lámpara —dijo Libert mientras saltaba en el sofá, divirtiéndose de lo mucho que botaba.

Ernest corrió a levantar la lámpara que su pequeño pero gran amigo le había indicado y allí estaba la llave. Abrió el cajón y cientos de dosieres aparecieron allí, ordenados alfabéticamente con una pulcritud asombrosa.

A, b, c, d… Miraba lo más rápido que podía el apellido de sus compañeros, algunos historiales eran muy grandes y le costaba pasar al siguiente. J, k, l…, m. Por fin vio la letra eme. Martell, Martz, Mendelssohn, Meyer, Mohren, Morgestern, Mueller, Muhlfeld… Ahí, ahí debía meterlo. Sacó de sus pantalones el historial que había creado con su amigo para que pasaran por alto el real y lo introdujo justo donde debía. Cerró el cajón, echó la llave y volvió a dejarla debajo de la lámpara donde la había encontrado.

—Date prisa, te van a terminar pillando —le dijo Libert.

Ernest asintió con la cabeza y abrió la puerta lo más despacio que pudo para que la madera no chirriara y nadie se diera cuenta de que estaba allí. Salió y cerró con el mismo sigilo. Libert corrió a su lado por los pasillos del hospital hasta que se metió en la aglomeración de pacientes a la puerta de Hubert.

Mengele puso a su amigo en posición lateral para evitar que se ahogara con sus propias secreciones dignas de las convulsiones que padecía, mientras que los celadores lo sostenían para que no se cayera. Ernest vio a Mengele auscultar a su compañero con una cara de extrañeza absoluta al comprobar que todo andaba bien dentro de su compañero. En un momento de despiste, cuando Mengele se giró a su maletín a coger algo, Hubert vio a Ernest en la puerta, quien le hizo una señal de que todo había salido según lo previsto y comenzó a abrir los ojos y a intentar hablar.

—Doctor… —dijo algo desorientado—, ¿qué ha pasado? —preguntó mientras le agarraba el brazo.

—¿Cómo se encuentra? Ha estado convulsionando —respondió Mengele mientras lo tumbaba boca arriba y le colocaba la almohada en la cabeza.

—Bien, no sé qué ha ocurrido, no recuerdo nada. Pero estoy mejor. —Ya tenía los ojos abiertos por completo y otro semblante totalmente diferente en su rostro.

—Está bien, tumbémosle en la cama —se dirigió el director a sus empleados.

Le tumbaron entre todos en la cama, lo arroparon y Mengele lo volvió a auscultar una vez más, comprobó sus pupilas y le tomó el pulso dos veces. Hubert le insistía en que ya se encontraba mejor, pero al doctor Josef Mengele

le gustaba comprobar varias veces las cosas antes de emitir un diagnóstico. Mientras eso ocurría, los celadores se llevaron al resto de pacientes a sus habitaciones, quienes, habiendo alimentado su curiosidad, volvían uno a uno, incluido Ernest, que, acompañado por Libert, se metió en su habitación.

El doctor Mengele le dijo a Hubert que parecía que todo estaba en orden, pero que igualmente le gustaría hacerle pruebas al día siguiente para comprobar que su estado de salud era el correcto y averiguar de dónde venía ese dolor de cabeza con convulsiones. Pese a que Hubert le dijera varias veces que ya estaba bien, el doctor insistió y le terminó diciendo que al día siguiente mandaría a un celador a buscarlo para realizarle las pruebas oportunas. Finalmente, salió de allí y, deseándole una pronta recuperación, cerró la puerta.

Hubert se limpió con la sábana maloliente la espuma que le quedaba alrededor de la boca, se estiró como si acabara de correr una maratón entera, puso sus brazos en la cabeza y se comenzó a reír él solo mientras le daba gracias a Dios por escuchar su petición.

Era un hombre al que le gustaba cumplir sus misiones, y no solo cumplirlas, sino salir victorioso de ellas. Tras unos momentos de risa silenciosa, se dio media vuelta, abrazó la almohada que se deshacía cada vez que la tocaba y se dispuso a dormir como un niño al que acaban de regalar su juguete favorito y se dispone a seguir viéndolo en sueños.

Ernest, nada más entrar en su cuarto, se lavó un poco la cara, se miró frente al espejo y sonrió. Libert se sentó en la cama esperando a que su amigo se sentara con él y pudieran hablar. Cuando Ernest se giró y lo vio allí sentado, moviendo los pies en el aire al no llegar al suelo, se enterneció y se sentó a su lado.

—Libert, yo… —comenzó a decir, cuando se vio interrumpido por un gigante abrazo de su amigo— lo siento, lo siento mucho —le dijo mientras lo abrazaba aún más fuerte.

Ernest le explicó a Libert lo enfadado que estaba consigo mismo por haberlo tratado de esa manera tan despreciable después de todo lo que este pequeño había hecho por él, pero también le explicó que se sentía angustiado a veces con su presencia, porque sabía que no era algo normal y sus temores sobre que alguien lo descubriera se hicieron realidad. Libert le dijo que lo entendía perfectamente y que por eso había desaparecido tanto tiempo de su vida, pero lo echaba de menos y, cuando vio que podía estar en apuros, corrió en su ayuda porque él jamás dejaría que a Ernest le ocurriera nada malo.

Aprovecharon aquella noche para ponerse al día. Libert le contó que se había ido de viaje esa temporada al norte de Noruega y que había estado

surcando los fiordos en un barco pesquero. Ernest le contó todo lo que había pasado, el doctor Schneider, Hubert, el ajedrez, el frío, el hambre… Libert escuchó atentamente a Ernest las historias que le contaba sobre aquel lugar, a veces le daba miedo y a veces se moría de risa con todo lo que su amigo le contaba sobre Hubert. Libert no pudo evitar trasladarle su alegría por haber encontrado a un nuevo amigo que realmente merecía la pena y que se había jugado la vida por ayudarlo. Le dijo que le gustaría conocerlo algún día y Ernest, entusiasmado, le contestó que en cuanto fuera posible los presentaría.

También le enseñó el cuaderno y, mientras Libert lo leía, Ernest se quedó dormido.

Cuando comprobó que todos los pacientes estaban dentro de sus habitaciones y el personal sanitario del centro estaba más tranquilo, Josef Mengele, tras una larga conversación con el médico de guardia —no muy amigable, ya que le recriminó no saber actuar en aquella situación que no requería su atención—, volvió a su despacho.

Dejó su maletín perfectamente colocado al borde del mueble que sujetaba varias fotografías suyas, la mayoría con Adolf Hitler, y se sentó en su sofá para disponerse a dormir y conciliar el sueño después de aquel altercado. Sentado y mientras se desabrochaba los cordones de los zapatos, vio algo que le resultó particularmente extraño. Con el ceño fruncido, se volvió a atar los cordones y se levantó en dirección a su escritorio que todavía tenía la luz encendida. Dio la vuelta y se posicionó justo enfrente, entre la butaca y la mesa. Posó sus manos en el borde del escritorio y repasó visualmente la posición de todos los objetos que tenía encima.

La máquina de escribir estaba en la esquina superior izquierda, colocada justo detrás de varios folios perfectamente colocados encima de la mesa. Al lado de la máquina de escribir, la perforadora situada a dos centímetros del borde de la mesa y, a su lado, el calendario que estaba a cinco centímetros de distancia. Todo perfectamente controlado. En la esquina superior derecha, el teléfono sin una mota de polvo y, a su lado, en sentido diagonal, la lámpara verde que iluminaba el escritorio. Pero había algo, un objeto específico, que captó toda su atención, porque Josef Mengele siempre colocaba sus objetos de oficina en la misma posición, a la misma distancia y con la misma rectitud en todos los despachos que había ocupado desde que podía llamarse doctor.

De ese modo, cogió su abrecartas que no estaba colocado del mismo modo que él lo había dejado y supo que alguien más había estado en su despacho en el momento en el que fue a atender a Hubert. Lo colocó del modo que a él le gustaba, sonrió, se atusó el bigote y se dispuso a dormir.

Catarsis

El primer día que Libert apareció en forma de niño en el pensamiento de Ernest, sucedió algo que jamás podría olvidar en lo que le restase de vida. Si bien desde hacía tiempo el cerebro de Ernest había creado en su núcleo una voz que le permitía reencontrarse con lo más profundo de su ser, su alma, aquel día fue el primero que aquella voz desencadenó la compañía de un niño.

Ernest subía las escaleras de su casa, cargado con varias cajas de zapatos que sus padres le habían encargado llevar. Las escaleras eran tan estrechas que se chocaba una y otra vez con las paredes, haciendo que las cajas se cayeran a medida que avanzaba. Ese día no había sido un buen día para la familia Müller y Ernest llegó a su casa algo enfadado por la situación económica de su familia. Las ventas habían bajado y los zapatos se amontonaban durante meses en el almacén de la tienda. Refunfuñó mientras subía, abrió la puerta de su casa empujándola con el pie y dejó las cajas en el suelo, colocadas, pero sin ánimo de moverlas más.

Se sentó en la silla de la cocina que siempre lo esperaba tras una dura jornada, se sirvió un vaso de agua del grifo, se encendió un cigarrillo que había encontrado tirado por el suelo y se dispuso a leer un libro que su tío Harry le regaló por algún cumpleaños que le costaba recordar. Cada vez que intentaba leer mentalmente alguna frase, algo le impedía concentrarse con total pulcritud. A veces pensaba que tenía demasiadas cosas en la cabeza como para poder sentarse a leer con tranquilidad, pero lo cierto es que esa voz que tanto intentaba ignorar quería salir como un volcán en erupción.

Le hacía confundir palabras, a veces las mezclaba y, otras, las letras de la página que estaba leyendo empezaban a deslizarse por el folio. Por más que se frotaba los ojos y se decía a sí mismo una y otra vez que se tranquilizara, la voz cada vez tenía más y más fuerza y, a medida que pasaban los segundos, se le hacía casi imposible ignorarla.

Cerró el libro, enfadado y angustiado, se levantó al grifo de la cocina y se mojó la cara, el cuello y las muñecas. Bebió agua mientras paseaba por la cocina inquieto, con un ligero susurro en sus oídos y, finalmente, se volvió a sentar. Abrió el libro de nuevo, por la misma página por la que las letras se

deslizaban como quien se desliza por la nieve cuando recorre una larga cuesta y sintió que algo o alguien correteaba por detrás de él. Se levantó sobresaltado, miró hacia todos los lados y no vio a nadie. Agarró su cabeza mientras posaba los codos en la mesa, volvió a frotarse los ojos, volvió a beber agua, pero sus constantes vitales habían aumentado hasta un punto en el que nunca antes lo habían hecho. Empezó a sudar.

De nuevo volvió a notar la presencia de alguien más en la cocina de su casa. Llamó a sus padres pensando que serían ellos, pero allí no había nadie. Estaba tan inquieto y asustado que por un momento su cuerpo se paralizó. Cerró el libro, siguió fumando y, entonces, lo oyó:

—Psss, ¡aquí debajo! —una voz salía de debajo de la mesa en la que estaba sentado. Ernest no daba ni quería dar crédito de lo que estaba escuchando. Muchas veces antes había escuchado esa voz, pero jamás se había dirigido a él personalmente. Temeroso, retiró la silla con sus piernas, respiró profundo y se agachó—. ¡Bu! —aquel niño salido de la nada le asustó.

Ernest se cayó de la silla del susto y se arrastró marcha atrás hasta llegar a la pared. Debajo de la mesa de su cocina había un niño pequeño y Ernest no tenía ni la menor idea de cómo había llegado hasta allí. El pequeño salió de la cocina y, correteando delante de los ojos atónitos del joven Müller, se puso a cantar una canción.

Ernest Müller lo miraba como si de un fantasma se tratase, aunque, a decir verdad, para él era algo muy parecido. Pasaron varios minutos mientras el niño seguía correteando alegre y feliz por la cocina de Ernest, como si hubiera salido de una jaula que lo tuvo apresado durante años, mientras que el joven Müller seguía perplejo ante la llegada de un ser tan pequeño, pero que desprendía demasiada grandeza para una mente cuerda.

Recordó mientras tanto a su tío Harry, todas las historias que le contaba, la manera que tenía de ver la vida, lo que esa forma de verla lo llevó a hacer. Pensó en sus padres, en cómo contarles lo que estaba ocurriendo, en cómo explicarles que un niño pequeño se había colado en su casa sin saber por dónde ni cómo. Al cabo de un rato, exhausto de tanto corretear por la pequeña cocina que había visto a Ernest descansar en sus días más duros, se sentó enfrente de él, con las piernas cruzadas y tambaleando el cuerpo mientras le sonreía. Ernest seguía asustado.

—Hola, Ernest. —Seguía moviéndose de adelante hacia atrás.

—Hola… —Ernest no sabía muy bien qué hacer.

—¿Por qué tienes miedo? —preguntó el niño.

—¿Quién eres? ¿Cómo has entrado aquí?

—Ernest, soy yo. Te he hablado durante mucho tiempo y hoy por fin me has

dejado salir.

—¿Salir?, ¿de dónde? —La cara de Ernest era todo un poema.

—De tu cabeza. ¿De dónde va a ser? —el niño se lo explicaba como si Ernest fuera tonto.

—No entiendo nada, no… No sé quién eres ni lo que quieres.

Entonces el niño se levantó, se sentó en una silla de la cocina e invitó a Ernest a que hiciera lo mismo. Así fue como el pequeño le explicó detalladamente de dónde había salido y por qué estaba allí. Él sabía que todo lo que le estaba contando el niño era verdad, pero le costaba asumir el hecho de que esa voz que interrumpía constantemente sus pensamientos hubiera salido de su mente en forma de niño pequeño. Sentía como que una parte de su cerebro se había extrapolado a la más absoluta realidad; en el fondo, se sentía aliviado y el temor del principio desaparecía a medida que la conversación avanzaba.

Al cabo de un rato y perdiendo la noción del tiempo, el matrimonio Müller llegó a su hogar dispuesto a descansar y sin hacer mucho ruido, pensando que su hijo ya estaría en la cama. Sin embargo, vieron desde la puerta de la cocina a Ernest hablar a una silla vacía. Su padre quiso entrar para averiguar qué estaba pasando allí, pero su madre lo frenó y los dos observaron cómo su hijo hablaba de una manera que jamás le habían escuchado antes. Estaba feliz, estaba tranquilo, se notaba la serenidad por cada poro de su piel.

Tanto él como ella entendieron perfectamente la situación, porque para su suerte o su desgracia ya lo habían vivido anteriormente con Harry. Tal era el amor que tenían por su hijo Ernest que decidieron dar un paso atrás y dejar que él y solo él conociera a esa voz interior que llevaba mucho tiempo intentando salir; porque a veces, cuando una persona se reencuentra consigo misma, la gente que te ama deja que compartas esa maravillosa cualidad en soledad. No hay mayor fortuna que compartirse uno mismo, en silencio, en secreto y con total discreción.

Así fue como Ernest lo bautizó con el nombre de Libert, haciendo honor a lo que ello conllevaba y significaba. En ese momento, le entregó la potestad de seguirlo allá donde fuera y de ser libre, libre de elegir el camino que quisiera recorrer de su mano. Aquel día le entregó la llave maestra para convertirse en alguien y dejar de ser algo.

La bocina sonó con ese ruido tan estrepitoso que se tornaba en odioso a medida que los días pasaban. Ernest se levantó aquella mañana tranquilo, con una sonrisa de oreja a oreja, pensando que sus problemas se habían solucionado la noche anterior, pero lo que el joven Müller no sabía era que sus problemas solo habían comenzado.

Como un día más en la rutina del Beelitz-Heilstätten, bajó al comedor hambriento y deseando llevarse a la boca lo poco que les servían. La verdad es que con el paso del tiempo había perdido bastante peso y, aunque su estómago cada vez era más pequeño, el hambre nunca lo dejó tranquilo. Vio la normalidad de todos sus compañeros y del personal sanitario y pensó en lo afortunado que era por haber recibido de la vida a manos de su amigo Hubert la posibilidad de ser otra persona. Pero, mientras recogía el vaso medio vacío y el pedazo de pan con moho, se dio cuenta de que Hubert todavía no había bajado y le pareció extraño, ya que, conociéndolo como lo conocía, esperaba que fuera el primero en esperarlo para comentar la jugada de la noche anterior y reírse juntos del follón que habían montado.

Cuando terminaron y continuaron la mañana con sus curas y sus tratamientos, se acercó a una de las enfermeras y le preguntó por su amigo y camarada Hubert. La enfermera, que como de costumbre no tenía un buen día, le envío al jardín a que arreglara un par de cosas que se habían roto y ni siquiera le contestó a su pregunta. Sus sospechas de que algo no cuadraba aumentaban por instantes. Se dirigió al jardín a cumplir con la orden que la enfermera le había dado y, cuando nadie lo miraba, se fue a la parte trasera del edificio, justo a la ventana del segundo piso que daba a la habitación de Hubert. Escaló por una de las enredaderas que tapaban la oscuridad de la fachada y se colgó de los barrotes de la ventana de su amigo. Haciendo fuerza logró ver que la habitación estaba vacía, la cama sin hacer y la muleta de Hubert apoyada en el escritorio que tenía al lado de la cama, donde siempre la dejaba para tenerla a mano cuando despertara.

Tenía claro que algo extraño estaba pasando y algo le decía que no sería nada bueno. Escuchó a alguien venir hacia donde estaba y se descolgó rápidamente de los barrotes de la ventana de Hubert. La enfermera que lo había enviado a hacer aquel trabajo lo estaba buscando para comprobar que había atendido a sus órdenes, por lo que volvió de nuevo a arreglar lo que le habían mandado.

Tenía que idear un plan para averiguar dónde estaba Hubert y, sobre todo, qué le estaban haciendo. Libert llegó en el momento oportuno para ayudar a su gran amigo a idear un plan. Lo tenían bastante complicado porque ninguno de los que allí trabajaban iban a soltar prenda de lo que le ocurría o dejaba de ocurrir a ningún interno y paciente. Ambos llegaron a la conclusión de que después del espectáculo de la noche anterior, dado que Hubert había tenido supuestos problemas de salud, le estarían haciendo pruebas o, quién sabe, algún experimento lamentable de los que todo el mundo hablaba desde la llegada de Josef Mengele. Sabían que había una zona del hospital a la que se

llevaban a los pacientes que necesitaban algún tipo de prueba en particular y que era una zona totalmente abrupta, puesto que, desde la llegada del nuevo director del complejo, habían puesto seguridad en esa zona específica. Alguno de los pacientes ya había visitado aquel lugar, pero a su vuelta con el resto de los compañeros no dijeron una sola palabra sobre lo que les hicieron allí dentro.

Libert y Ernest, teniendo claro que Hubert no podía estar en otro lugar, pensaron que la única manera de llegar hasta allí era que Ernest hiciera algo similar a lo que su camarada había hecho la noche anterior por él. Como en su nuevo expediente figuraba el estado comatoso, no sería difícil engañar a los médicos para que le hicieran algún tipo de prueba y comprobar que todo se encontraba en orden. Ernest tenía la tranquilidad de que no encontrarían nada por muchas pruebas que les hicieran a Hubert y a él, pero, como en aquel lugar nunca se podía estar tranquilo del todo, comenzó a poner en práctica su plan.

Llegada la tarde, unas horas antes de que la cena se sirviera, Ernest se dirigió a uno de los celadores que velaban por que las órdenes estrictas del nuevo director se cumplieran y le dijo que durante todo el día se había encontrado muy mal. Aquejaba un fuerte dolor de cabeza y escalofríos. El celador, que lo miraba como si fuera un pordiosero, lo ignoró por completo, contestándole de muy malas maneras que se preparara para la próxima cena; por lo que se fue a una de las enfermeras que estaban en la consulta con la misma historia.

—Disculpe, enfermera…, me encuentro muy mal… —Hizo que se mareaba.

—Siéntese. —Aquella mujer ni se inmutó ante su casi caída al suelo.

Ernest se sentó, débil y sin fuerzas, pero sin crear ninguna respuesta deseada en la enfermera. Ella le tomó el pulso y le puso un termómetro con tanta apatía que Ernest se dio cuenta de que esa no era la manera hasta llegar a la zona inaccesible del hospital. Cuando la enfermera se giró para coger el fonendoscopio, Ernest, bajo la señal de Libert de poder hacerlo, se tiró al suelo haciendo como que se había desmayado y aguantó la respiración durante un largo minuto para que el pulso se desestabilizara. La enfermera corrió hasta él cuando escuchó el golpe con el suelo que le había provocado una pequeña brecha en la frente y llamó a gritos a uno de los médicos que andaba cerca de su consulta. Le dieron tortas en la cara sin ningún resultado y, viendo que su pulso se había desestabilizado de un momento a otro, lo pusieron en una camilla y se lo llevaron corriendo a esa zona donde él tanto quería entrar y sus compañeros tanto querían evitar.

Tardaron alrededor de tres minutos en recorrer todo el edificio hasta llegar a esa zona que abrieron los mismos guardias que la custodiaban. A su lado, uno

de los médicos que siempre estaba por allí le hablaba sin parar con el fin de que se despertara, pero Ernest hizo una interpretación tan magistral como su camarada la noche anterior. Llegaron a una habitación mucho más oscura de lo que era la suya y le pusieron una especie de mascarilla en la cara que le daba aire cada vez que una de las enfermeras apretaba una especie de bolsa. Ernest tuvo que hacer verdaderos esfuerzos para que no lo descubrieran porque el aire que le estaban insuflando lo estaba medio ahogando y le entraron unas enormes ganas de toser. Poco a poco comenzó a abrir los ojos para que dejaran de darle tanto aire y, como si no pudiera articular casi ninguna palabra, se volvió a quejar de un fuerte dolor de cabeza. El médico envió a la enfermera a llamar a Josef Mengele y él se quedó apuntando algo en un folio para que el director del centro lo viera al llegar; así pues, se quedó solo en la habitación.

Cuando tuvo la seguridad de que nadie más estaba allí excepto Libert, que lo había acompañado sentado en la camilla durante todo ese largo recorrido, se incorporó para inspeccionar la zona. La habitación era sombría y muy húmeda, se oían incesantes las cañerías y un goteo perturbador. La puerta tenía una pequeña ranura por la que entraba el sonido de las ratas al correr por los pasillos de aquel lugar tan siniestro.

—¿Has visto a Hubert en algún momento? —preguntó a Libert.

—No, no he visto nada. Muchas habitaciones y unas puertas muy grandes al final del pasillo —contestó.

—¿Has visto si ponía algo en la puerta?

—Mmm… —titubeó—. Sala de… No recuerdo bien. Ponía sala de algo.

—Está bien. Voy a salir de aquí e inspeccionaré este sitio que huele tan mal. —Hizo una mueca de asco.

Se acercó a la puerta, pero se dio cuenta de que ni siquiera tenía picaporte para poder salir o entrar. Solo se podía acceder al exterior a través de esa puerta y esa puerta solo se podía abrir con llave. La ranura era demasiado estrecha como para sacar la mano e intentar averiguar si el picaporte quizá estaba por fuera. Oyó unos pasos ir rápido hacia la habitación donde estaba, así que volvió rápido a la camilla, se tumbó y, ya despierto, se llevó la mano derecha a la cabeza dejando la izquierda colgada de la camilla. Escuchó como daban dos vueltas de cerradura a la puerta para entrar y varias voces diferentes.

Entró el médico que lo había acompañado hasta allí, una enfermera y Josef Mengele, quien había sido avisado anteriormente ante el desvanecimiento de Ernest Müller. Se acercó a él y al verlo despierto le preguntó cuáles eran los síntomas que tenía. Uno por uno se los fue enumerando, inventándose algunos nuevos que no había dicho antes para agravar la situación. Josef Mengele venía

con el historial médico de Ernest en la mano y delante de él se dispuso a revisarlo. Cuando Ernest levantó la mirada y vio la carpeta que él mismo había dejado la noche anterior entre todos sus archivos y expedientes, volvió a quejarse del dolor de cabeza con más fuerza. Mengele dejó la carpeta y lo examinó físicamente para comprobar cómo estaba el joven que se había desmayado minutos antes.

Ante la ausencia de conclusiones relevantes para los padecimientos de Ernest Müller, el doctor Mengele ordenó a sus empleados sanitarios que lo mantuvieran vigilado toda la noche, dadas las horas, y que a la mañana siguiente le comenzaría a hacer alguna prueba que otra para averiguar la razón de su fuerte dolor de cabeza y desvanecimiento, dado que un tiempo atrás el joven Müller había estado en coma. Josef Mengele se marchó y detrás de él el resto de los sanitarios que habían atendido al joven.

Aquella noche no cenó por orden expresa de Mengele, quien dijo que quería que su estómago estuviera vacío durante más de doce horas para poder practicarle las pruebas necesarias. Sus tripas rugían como si un león de la selva fuera a cazar a su próxima presa, pero de nada le servía pensar en comida; tampoco la cena que habría comido en otra situación hubiera aliviado sus ganas por comer, pero seguramente hubiera hecho lo suficiente para que sus tripas dejaran de sonar de ese modo.

Por más que intentó encontrar una salida para poder indagar sobre aquel lugar junto con Libert, no fueron capaces ninguno de los dos de encontrarla. Pensaron que a la mañana siguiente lo trasladarían a otro lugar para realizarse esas pruebas de las que habló el doctor Mengele.

Casi sin darse cuenta, cerró los ojos y se quedó profundamente dormido. Ernest no soñaba mucho, soñaba mucho más despierto, pero cuando lo hacía, cuando la vigilia se disipaba y entraba en la fase REM de sus sueños, sus miedos y deseos más profundos se apoderaban de él.

Sigmund Freud, aquel médico neurólogo austriaco de origen judío que se proclamó padre del psicoanálisis, descubrió que las emociones enterradas en la jurisdicción del subconsciente se elevan a la superficie consciente durante los sueños. También creía que, dentro de ese descubrimiento, recordar pequeños fragmentos de los sueños ayudaba a las personas a destapar emociones y recuerdos. A Ernest, las pocas veces que recordaba lo que había soñado, le costaba mucho distinguir qué era real y qué no. De hecho, durante una larga temporada de su vida, reflexionó mucho sobre si los sueños no eran reales. Pensaba que quizá el mundo estaba equivocado y lo que creíamos sueños era la realidad y viceversa. Es un tema que lo llegaba a perturbar, pero procuraba no pensarlo en exceso.

A altas horas de la noche, el sonido de un fuerte golpe lo despertó sobresaltado. Miró a su alrededor intentando encontrar en la oscuridad la cara de Libert, pero estaba solo y tan solo encontró la luz por aquella fina rendija de la puerta.

El fuerte viento del exterior dejaba pasar un silbido chirriante que recorría toda la sala prohibida, un sonido que se juntaba con las penetrantes gotas de agua que caían a la misma velocidad, con la misma intensidad y al mismo tiempo que cuando entró por primera vez simulando su enfermedad. A Ernest, una extraña sensación le recorrió todo el cuerpo.

Se levantó entre tinieblas a intentar avistar algo por la rendija y, levantando un poco la solapa que cubría casi la mitad de la ranura, vio sombras correr de un lado a otro, pero no se escuchaba nada más que los sonidos con los que el edificio le deleitaba. Era escalofriante, hasta tal punto que dudó de lo que sus ojos estaban viendo.

Otro fuerte golpe más. Ernest se asustó de nuevo y dio dos pasos hacia atrás. Las sombras que recorrían el pasillo se pararon justo enfrente de su puerta. La poca claridad que entraba por ese pequeño atisbo se disipó. Volvió a dar dos pasos hacia atrás, hasta que notó la camilla de hierro oxidado. Se quedó inmóvil, conteniendo la respiración, intentando, como muchas veces antes había intentado, ser invisible. Dos vueltas a la cerradura de la puerta fueron suficientes como para darse cuenta de que algo o alguien la estaba abriendo. No sabía qué pensar, quizá fuera la enfermera que tenía que vigilar su estado durante toda la noche o quizá era Mengele; quién sabía. Solo tenía una cosa clara: fuera quien fuese le creaba una sensación tan siniestra como el lugar en el que estaba.

La puerta comenzó a abrirse lentamente, dejando que la luz tenue del pasillo comenzara a ofrecerle claridad. Se asomó desde su sitio, pero detrás de aquella puerta abriéndose no se encontraba nadie, absolutamente nadie. ¿Qué estaba pasando?, pensó. ¿Quién podría querer que saliera a esas horas de la noche sin que nadie se diera cuenta? Todo carecía de sentido para él, pero se armó de valor y traspasó la puerta hacia el pasillo. En ningún momento olvidó el plan que había urdido con Libert para encontrar el paradero de su camarada y ninguna sombra haría que tirara la toalla. El viento hacía que las ramas de los árboles de fuera golpearan contra los barrotes que custodiaban las ventanas, impidiendo que escuchara con normalidad los sonidos de algún ser humano.

El pasillo era terriblemente lúgubre, parecía una prisión de alta seguridad. Todas las puertas tenían la misma forma y el mismo color, y todas y cada una de ellas se veían carcomidas por el tiempo. Las ratas salían de lugares insospechados y las paredes se habían quedado tan obsoletas que las grietas

dejaban pasar agua, moho y sustancias viscosas que ni siquiera pudo saber de qué se trataba. Las pocas luces que dejaban ver el suelo parpadeaban sin parar y apenas podía discernir de la placa que había encima de las dos puertas enormes que aguardaban algo que aún no sabía que cambiaría su vida para siempre. Se acercaba con tiempo, intentando que nadie lo oyera, pero sin dejar de mirar a sus espaldas y de pensar que la puerta no pudo abrirse sola. Quería pensar que era Libert el que había tejido su puesta en escena para conseguir llegar hasta Hubert, pero continuaba con esa escalofriante sensación que no le permitía dejar de estar alerta.

Otro golpe más, esta vez más fuerte. Saltó hacia una de las paredes, el miedo comenzaba a jugarle malas pasadas. El sonido venía de sus espaldas o quizá de delante, no estaba seguro, pero el golpe contra la puerta de la izquierda al sobresaltarse lo hizo sentarse en el suelo y respirar profundo. El agua seguía goteando y sonando. Detrás de aquella puerta en la que se posaba, había alguien; pudo escuchar cómo se acercaba hasta él. La rendija se abrió y con tiento se asomó por ella, pero no conseguía ver nada con nitidez. De pronto, un deflagrador grito de mujer sonó a través de la rendija que él intentaba mirar, la puerta comenzó a recibir golpes que la hacían temblar y, en ese momento, todas y cada una de las ocho puertas que había en ese siniestro pasillo comenzaron a vibrar con los impactos que provenían de su interior.

Ernest se levantó lo más rápido que pudo y cruzó aquel pasillo que empezó a sonar como la mismísima guerra que lo dejó en coma. Impactos de hierro, gritos ensordecedores y el parpadeo de una luz que no quería que viera. Entonces lo vio, consiguió ver lo que ponía en aquella placa que custodiaba las dos grandes puertas hacia aquel lugar al que nunca debió entrar: «Sala de experimentos». Cruzó. Cruzó dejando atrás un pasillo diabólico que consiguió que se asustara como nunca antes lo había hecho.

—Libert —susurró una vez—. Libert —la segunda.

Pero nadie le contestaba. Todo estaba oscuro, no veía absolutamente nada, pero seguía escuchando los golpes del pasillo desde aquella sala. El olor era tan pestilente que tuvo que zafarse de él con su brazo. Olía a putrefacto, a algo en estado de descomposición, era horrible y su miedo hacía que el olor penetrara por sus fosas nasales quedándose estáticamente en su cerebro. Buscó alrededor de las puertas algún interruptor que pudiera darle algo de luz. Hacía calor, muchísimo calor, sentía como si no hubiera ningún tipo de ventilación en aquella sala. Siguió buscando, tropezándose con cosas que apenas hacían ruido, pero que le costaba apartar con el pie. Lo único que conseguía escuchar era el revoloteo de alguna mosca que se acercaba a él en busca de un latido, de una

respiración.

Lo encontró. El interruptor. Lo pulsó y una luz comenzó a parpadear hasta que se activó por completo. Apoyó sus dos manos contra la pared y expulsó todo el aire que retenía para no ahogarse con aquel pestilente olor que apenas lo dejaba respirar. Se dio la vuelta pensando que lo que allí vería no podía ser peor que lo que sus ojos habían visto en el pasillo, algo tan fantasmagórico que todavía tenía el miedo en el cuerpo. Quizá si Libert hubiera estado allí con él lo hubiera podido avisar de que darse la vuelta era lo peor que podía hacer en su vida. Quizá si Libert hubiera estado allí lo hubiera retenido antes de entrar en la sala de experimentos. Quizá y solo quizá, si Libert le hubiera acompañado tras salir de su camilla, le podría haber impedido continuar la búsqueda de Hubert. Pero Libert no estaba allí y Ernest se dio la vuelta.

Si hubiera tenido la opción de elegir entre ver y no ver aquello que tenía a sus espaldas, es probable que hubiera elegido no verlo, pero, si esa misma opción se la dan sabiendo que su camarada Hubert estaba justo detrás de él, hubiera elegido una y mil veces verlo. Sus ojos se abrieron como platos, su pulso se aceleró, sus latidos iban a mil por hora y tragó saliva más veces de las que un humano normal pudiera contar. Ernest decidió darse la vuelta, con todas las consecuencias.

Durante una fracción de segundo recordó aquella terrible batalla que había vivido unos años atrás, recordó el caer de los cuerpos por la borda de los acorazados mientras millares de balas caían sobre ellos. Recordó la manera en la que los cuerpos flotaban en el agua prendidos en combustible. También recordó a Sarah y esa manera tan única que solo ella sabía tener cuando le hablaba. Recordó el horror que vivió en la base naval estadounidense que le dio y le quitó tanto. Como si de fotogramas se tratara, revivió su vida desde el principio hasta el preciso instante que acababa de empezar.

Tuvo tanto miedo cuando se dio la vuelta y vio aquella imagen que por un segundo se le pasó por la cabeza irse corriendo de allí, pero su lealtad ante Hubert tenía mucho más peso y poder que su miedo; él nunca hubiera dejado a ningún soldado atrás y mucho menos a él.

Avanzó lento, mirando a su alrededor mientras sus ojos se empañaban en lágrimas. Apartaba con los pies aquellas cosas que tanto le costaba, con mucho más cuidado de lo que lo hacía antes. Retiraba con sus manos las moscas que se acercaban a él como si fuera un forastero en medio del desierto. Al fondo, Hubert, tendido en una camilla extraña, con varios aparatos alrededor de él.

—Hubert, amigo, estoy aquí. —Agitó su cuerpo, pero Hubert no respondía.

Temía lo peor, así que con muchísimo cuidado acercó sus dedos hasta el cuello para comprobar si seguía teniendo pulso. Afortunadamente lo tenía,

estaba vivo. Hubert tenía en la cabeza algo parecido a una esfera con varias puntas que casi tocaban su cabeza; parecía un utensilio de tortura más que un utensilio médico. Estaba cubierto por una fina sábana de color blanco que le cubría hasta el pecho. Ernest observó en profundidad todo lo que allí había. En la pared del fondo había una estantería vertical llena de objetos ensangrentados que jamás había visto en su vida. Por el suelo, varios cuerpos sin vida de bebés; calculó que algunos no tenían ni tres meses de vida. La sangre de no se sabía bien quién se escurría hasta un desagüe que había debajo de la camilla en la que estaba postrado Hubert. En la esquina de la derecha había varios animales decapitados, algunos sin patas y otros con las vísceras por fuera. Pero lo que más le impresionó sin ninguna duda era la forma que la sábana que cubría a su camarada hacía de su cuerpo. Había algo extraño e inquietante porque la forma de su cuerpo estaba completa, absolutamente completa.

Lentamente, comenzó a bajar la sábana que cubría a su amigo, dudaba de si hacerlo o no, pero necesitaba saber por qué y cómo era posible que su amigo Hubert tuviera la forma de dos piernas debajo de esa delgada sábana que lo tapaba. Volvió a escuchar otro fuerte golpe, pero pensó que serían las ramas de los árboles que chocaban una y otra vez con el edificio por el fuerte viento que había en el exterior. Cuando bajó la sábana hasta su cadera, volvió a agitar a su amigo para que se despertara, pero Hubert estaba totalmente sedado. Miró a su alrededor de nuevo, con las lágrimas en los ojos, esperando que Libert apareciera de un momento a otro y lo obligara a irse de allí, pero, por mucho margen de tiempo que le dio, allí no apareció nadie.

Bajó la sábana por completo y retrocedió. Se llevó las manos a la boca intentando no gritar de rabia; luego, se las llevó a su cabeza y se giró contra la pared intentando contener las ganas de llorar y la cólera que azotaba su mente y su cuerpo. Hubert había sido objeto de un experimento y Josef Mengele había injertado en la pierna que perdió la pata de un perro. Vio perfectamente cómo desde el muñón de su pierna salía una pata de animal casi en necrosis, con insectos en su interior. Esa imagen hubiera enloquecido a cualquiera.

Las guerras, las ideologías extremistas, el fanatismo irreal y el puro histrionismo de muchos habían convertido el pensamiento humano en una decadente virtud que pocos mantenían después de todo. Era el todo o la nada. Acatar órdenes o morir en el intento de rebatirlas. La maldad humana había tornado en normalidad y allí nadie o casi nadie se planteaba hasta qué punto el hombre podía ejercer como un dios. Josef Mengele no solo se había convertido en un arcángel; su mente tenía la premisa de hacer y deshacer a su antojo sin cumplir ninguna normal moral, sin atender a la ética del mundo, ni tan siquiera

a la lógica terrenal.

Hubert había sido una víctima más de la locura infame de este ser que se hacía llamar doctor y ese peso cayó sobre Ernest como si una montaña de arena lo hubiera sepultado al mirar a su camarada en esas condiciones. Sintió la culpa en lo más profundo de su corazón, pensando y creyendo que la situación por la que Hubert estaba pasando no era más que el resultado colateral de intentar salvarlo a toda costa, costara lo que costase, y realmente fue así. Recordó el pequeño objeto envuelto que le dio, ese algo que no sabía lo que era ni lo que significaba ni por qué debía hacerlo desaparecer si él no pudiera llegar a hacerlo.

Hubert seguía inconsciente y, por más esfuerzos que su amigo hiciese para despertarlo, su estado era crítico. Revisando la habitación, encontró el historial de su amigo y cientos de apuntes recientes que Mengele había hecho para que el injerto animal fuera fructífero. Entendió pues por qué los cuerpos de varios bebés yacían muertos en el suelo de aquella sala. El arcángel creía que la sangre de un recién nacido o de un bebé que no llegase al año de edad tenía poderes curativos y sustancias bioquímicas capaces de regenerar el cuerpo a una velocidad pasmosa.

El joven Müller apenas podía mirar a su alrededor sin sentir que su corazón se iba parando poco a poco. Demasiado dolor para una habitación tan pequeña.

—¡Despierta! —Alguien lo meneó. Era Libert.

Tardó un rato en abrir los ojos. Ernest se había quedado profundamente dormido. Lo último que recordaba es estar en la sala de experimentos cogiendo la mano de Hubert con la intención de no separarse de él hasta que volviera en sí. No entendía al despertar cómo había llegado de nuevo hasta la habitación donde lo habían dejado horas antes. Libert le dio la respuesta: estaba soñando.

Fue tan real... Para él había sido pisar la realidad y le costó asumir que no lo era. Seguía recordando el sonido, el olor, el miedo, la desesperación, a Hubert, los bebés… Había sido un sueño tan real que seguía teniendo el mismo sentimiento despierto que dormido.

La noche pasó más rápido de lo que imaginaba y la bocina se escuchó también en aquella zona apartada del resto del hospital. ¿Cuán grande era su miedo por Hubert para soñar eso? Era la pregunta que le rondaba en la cabeza desde que Libert lo tranquilizó al contarle que solo había sido un sueño o, más bien, una horrible pesadilla. Algo dentro de él sabía que, por mucho que la irrealidad formara parte de lo que vio en su más profundo subconsciente, la realidad no sería muy diferente de lo que ya había visto. A lo largo de su vida solo había tenido la certeza de que su intuición lo había llevado mucho más lejos que su raciocinio, y eso nadie se lo podría quitar jamás.

Estaba muerto de hambre y de sed, pero allí nadie fue a darle el desayuno, probablemente, por la misma razón por la que no le dieron de cenar la noche anterior. Josef Mengele lo necesitaba en ayuno completo para poder practicarle las pruebas que él consideraba pertinentes. Esperó durante unos tres cuartos de hora hasta que escuchó los primeros movimientos en esa zona. Notó cómo abrían varias puertas a su lado, en ese pasillo que todavía lo pensaba como en sus sueños, y sacaban a gente. Muchos iban en completo silencio y otros se resistían hasta el punto de golpearse la cabeza contra las paredes.

Finalmente, le tocó a él ser el siguiente. La desconfianza ante lo que le pudiera ocurrir era infinita, pero el motivo por el cual estaba allí dentro, tan apartado del resto de sus compañeros, era Hubert y no se iba a ir de allí hasta que lo viera y supiera qué había pasado.

Abrieron la puerta de su habitación y, despidiéndose de Libert con la mirada, acompañó al personal sanitario a cargo de su caso a traspasar las dos puertas que la noche anterior ya traspasó. «Sala de experimentos», la misma placa, las mismas letras. Pero la sala era completamente diferente, tanto así que dentro de aquellas dos puertas había más puertas que dividían varios sectores. Esa sala era mucho más grande de lo que él pensaba y probablemente todas las personas que había escuchado salir estaban ahí; pero lo que más esperaba es que Hubert no estuviera mucho más lejos.

La incertidumbre era lo que más lo acongojaba, el no tener la seguridad de que su camarada estuviese ahí, aunque se hubiera jugado el cuello o, más bien, se lo jugó pensando que así era. Tampoco ayudaba el temor de ser víctima de las manos del arcángel o víctima del olvido para muchos de los que habían pasado por su vida. A esas alturas de su vida, la existencia y presencia de Hubert se había convertido en un clavo ardiendo para él y no estaba dispuesto a renunciar a la persona que apostó su vida con tal de salvarlo. Esos detalles no los olvidaría en la vida.

De las ocho habitaciones que había dentro de aquella gran sala, todas estaban cerradas bajo llave y tan solo se veía el número que las nombraba de alguna manera. A Ernest lo metieron en la sala número siete. Aquella sala estaba mucho más limpia que la anterior y mucho más limpia que cualquier reservado de esa zona apartada del Beelitz-Heilstätten. Como de costumbre, había una camilla, una estantería llena de botes cargados de líquidos, algún enchufe pelado y una máquina realmente extraña.

De la extraña máquina salían varios cables conectados a algo que parecían fusibles. Ernest no supo describirlo, puesto que jamás había visto algo similar; de hecho, parecía una caja de electricidad más que otra cosa, pero lo que tenía claro era que no lo habían metido en la sala que controlaba la electricidad del

complejo.

No había pasado mucho tiempo cuando Josef Mengele entró por la puerta, carpeta en mano, anotando cosas desde bien temprano.

—Ernest Müller, ¿cómo se encuentra? —preguntó sin levantar la mirada de sus anotaciones.

—Bien, señor. Me encuentro mejor —contestó Ernest no sin cierto recelo.

—Por lo que veo en su historial… —se guiaba con el dedo—, usted estuvo en coma mucho tiempo a causa de la batalla de Pearl Harbor. ¿Es así?

—Así es, señor, las heridas, los golpes en la cabeza… No recuerdo mucho al respecto.

—¿Había tenido algún episodio más como el de anteayer? ¿Dolores de cabeza? ¿Mareos? ¿Convulsiones? —Su mirada seguía pegada a la carpeta.

—No, no. Es la primera vez que me sucede algo semejante.

Josef Mengele guardó silencio mientras siguió anotando bastantes cosas en su carpeta. Ernest se sentía inseguro sabiendo que su historial era falso y, por mucho que el real se hubiera destruido, sabía que engañar al doctor Mengele no iba a ser sencillo. Josef Mengele le estuvo explicando el motivo por el cual su cuerpo había reaccionado de ese modo y, mientras Ernest asentía a todo lo que el doctor le iba diciendo y explicando, le tranquilizaba el hecho de que en ningún momento sospechara de él o le hiciera alguna pregunta que pudiera delatarlo. Pese a eso, las pruebas médicas iban a suceder y sabía que, cuando se diera la ocasión, quedaría al descubierto. Se le agotaba el tiempo para encontrar a Hubert.

Dos celadores del centro entraron en la sala ante la llamada del director y, tras tumbarse Ernest en la camilla por su propia voluntad, le comenzaron a poner una serie de dispositivos alrededor de la cabeza. Mengele, quien observaba minuciosamente el procedimiento llevado a cabo, le inyectó en la vena algo que no tuvo la decencia de explicarle qué era, pero, a juzgar por lo que sintió Ernest en aquel momento, seguramente fuera algún tipo de sedante, ya que lo dejó medio dormido.

Ernest comenzó a sentir un profundo sueño cuando Mengele le inyectó aquel líquido que salió de uno de los botes pequeños que había en la estantería de la sala número seis. Hubiera querido salir corriendo de allí, pero sabía que no podía hacerlo y, en todo momento, tenía en mente que su misión allí era sacar sano y salvo a Hubert, costara lo que costase. Los dispositivos que le pusieron alrededor de la cabeza comenzaron a proporcionarle unas mínimas descargas que apenas sentía, mientras que la máquina a la que iban enchufados sonaba como si de una máquina de escribir se tratara. De vez en cuando notaba alguna descarga un poco más fuerte que las anteriores, pero, por lo general, no sintió

ningún tipo de dolor.

La prueba duró aproximadamente una hora y media, pero a Ernest se le pasó tan rápido que, cuando se quiso dar cuenta, se despertó solo en la sala número seis. Notaba un ligero hormigueo en cuello y cabeza y un pequeño temblor de ojos, pero nada grave ni relevante. Cuando el efecto de lo que le inyectó se pasó, se levantó apoyándose en la camilla; se mareó un poco cuando se levantó. Fue a la puerta, otra puerta sin picaporte que solo se abría con llave, e intentó salir, pero estaba cerrada. Golpeó sin fuerzas un par de veces la puerta, pero nadie parecía estar fuera de allí. No sabía ni qué hora era ni cuánto tiempo había pasado.

Se volvió a sentar en la camilla y pronto sintió la presencia de alguien más en la sala: Libert.

—¿Cómo te encuentras? —preguntó su pequeño pero a la vez gran amigo.

—Un poco desorientado, la verdad… —Se tocaba la cabeza.

—Bueno, no ha sido para tanto. ¿Has averiguado algo de Hubert? —preguntó de nuevo.

—No, no he podido, no sé bien cómo hacerlo. Las puertas solo se abren con llave y aquí no veo nada para poder abrirla en la noche.

—Mmmm… —Libert se quedó pensando—. ¿Has mirado si hay alguna conexión con el resto de las salas?

Ernest no tuvo ocasión de contestar porque, de pronto, la puerta se abrió en cuestión de segundos con una enfermera que portaba algo de comida y unas cuantas pastillas que obligó a Ernest a tomarse. Esta vez no pudo burlar la ingestión de aquellas grageas, no tenía fuerzas para guardarlas debajo de la lengua o escondidas detrás de una muela. Comió cada miga y pedazo de lo que le habían traído. Llevaba más de veinticuatro horas sin comer y su estómago no había parado de rugir. Nunca se acostumbraba del todo a pasar hambre, aunque muchas veces se le olvidaba hasta comer, tenía una anatomía que consumía demasiada energía para lo poco que se alimentaba.

Libert se había ido ante la llegada de la enfermera y Ernest se quedó pensando en aquello que le preguntó sobre si las salas estaban conectadas unas con otras. Mientras comía lentamente para engañar a su cerebro y pensar que estaba deglutiendo más cantidad de la real, observaba la sala número seis. Sentado en la camilla, miraba a la puerta, sus bisagras, las paredes, las máquinas…, pero no veía nada por lo que pudiera interpretar que había conexión entre las salas de la sala de experimentos.

Se tumbó un rato con las manos en la cabeza y, cuando dejó de escuchar movimiento fuera, sacó de sus pantalones el cuaderno que no había soltado desde que lo encontró y, sacando además un bolígrafo de su zapato, se dispuso

a escribir todo lo que no había podido plasmar en su cuaderno dadas las circunstancias. Escribir le hacía libre y para él no había mejor medicina que esa. Le gustaba relajarse mientras lo hacía y, aunque en aquel momento le costó más que en otras ocasiones por los sedantes que aun circulaban por su torrente sanguíneo, escribió incesante. Para él, era como una catarsis.

Empezó a escuchar una voz a lo lejos, como si detrás de las paredes hubiera alguien. Dejó la pluma y el cuaderno y se acercó lentamente a la pared, procurando no hacer ningún ruido y pegó su oreja al frío hormigón. De nuevo, escuchó el balbuceo de lo que parecía la voz de un hombre. Dio tres golpes en la pared, esperando que alguien le devolviera esos golpes, pero no obtuvo ningún resultado. Volvió a dar tres golpes, pero nada. Cuando despegó la oreja de la pared, volvió a escuchar la voz de un hombre, el sonido parecía que salía de la pared, pero sabía que el hormigón no dejaría que el sonido sonara tan claro, por lo que buscó algún hueco, algún agujero o algo que hubiera en la pared por donde se escapara el sonido.

Miró por todos los lados sin encontrar nada a lo que agarrarse. Se estaba desesperando. Tenía que haber algo que dejara salir el sonido, pero no lo encontraba.

—¡Mira detrás de la estantería! —dijo Libert mientras estaba a sus espaldas.

Rápidamente fue donde su pequeño amigo le dijo y, con mucho cuidado, retiró la estantería donde estaban aposentados los botes pequeños. Se cayeron dos al suelo, pero pudo retirarla lo suficiente para encontrar una rendija de metal muy pequeña, casi rozando el suelo.

—¿Hola? —dijo Ernest tumbándose en el suelo.

Ahora lo escuchaba con mucha más claridad que antes, el balbuceo de aquel hombre no articulaba ninguna palabra, pero Ernest estaba totalmente seguro: era Hubert.

—Hubert, soy yo, Ernest —dijo mientras sonreía. Lo había encontrado.

Hubert seguía sin articular palabra, pero reaccionaba ante la voz de Ernest con el mismo balbuceo que antes, pero mucho más sonoro y con más fuerza.

La puerta se abrió de golpe y un celador pilló de improvisto a Ernest con la estantería retirada, un par de botes en el suelo y hablándole a una rendija. Lo cogió del pelo y lo levantó como quien levanta una pluma y lo estampó contra la puerta. Cogió de la camilla su cuaderno y su pluma y, pese a la resistencia que opuso Ernest para que le devolviera lo que era suyo, tan solo consiguió una paliza por parte del celador.

Le dejo semiinconsciente en el suelo, mientras que Libert intentaba defenderlo sin ningún fruto. Por fin había encontrado a Hubert, pero no entendía por qué no era capaz de hablar y solo soltaba por la boca lo que

parecían onomatopeyas. Algo le tenía que estar pasando a Hubert para que no fuera capaz de contestar a Ernest. El joven Müller lo tenía muy claro; había encontrado el paradero de Hubert, pero ahora le faltaba sacarlo de allí, pasase lo que pasase y poniendo en riesgo su vida si fuera necesario, al igual que Hubert hizo por él.

Con la consciencia totalmente perdida por la paliza que le habían dado, se quedó tirado en el suelo de la sala número seis, al lado de Libert, que no se separó ni un solo segundo de él.

Telos

Las estaciones anuales habían pasado a una velocidad casi irrisoria porque dentro de aquel lugar las horas, los minutos y los segundos tan solo eran palabras que nadie sabía pronunciar.

El verano había llegado y, con él, un ligero calor que no se podía comparar con el estado constante de ansiedad que Ernest Müller había padecido desde que pisó el hospital por primera vez. Parecía que la guerra se había quedado en un segundo plano desde que fue internado en el Beelitz-Heilstätten, pero nada más lejos de la realidad: la Segunda Guerra Mundial había continuado con o sin él. Las únicas informaciones que tenían venían de varias radios que algún empleado sanitario tenía escondida para conocer el estado del mundo y, sobre todo, de Alemania.

Ya habían escuchado que los Estados Unidos cargaron de una forma histórica contra Japón. Harry S. Truman, el presidente de los Estados Unidos por aquel entonces, arremetió contra el imperio nipón por primera vez el 6 de agosto de 1945; tras seis meses de intensos bombardeos, el arma nuclear Little Boy colisionó contra Hiroshima aquel lunes que ningún japonés es capaz de olvidar y de verbalizar.

El comienzo de la destrucción de Japón solo trajo consigo el rechazo absoluto hacia el poder nuclear. Aquel día que nadie quiere recordar, miles de personas murieron y otras miles y miles quedaron marcadas de por vida. Los Estados Unidos dijeron que avisaron en repetidas ocasiones del ataque que iban a perpetrar, como si el avisar de un hecho tal cruel y ruin despojase de sus actos la maldad más absoluta y los convirtiera en amigos de la paz. La realidad es que, durante el ataque a Hiroshima, el avión Enola Gay, el cual cargaba la bomba atómica, contenía en su interior mucho más que eso. Doce pastillas de cianuro había en su interior para que, en caso de que la misión no saliera como esperaban, los militares a bordo se suicidaran; de hecho, solo tres de los doce tripulantes sabían el propósito de la misión. Pero, por desgracia para el mundo entero, el Enola Gay cumplió su misión y la bomba se lanzó en paracaídas, explotando a quinientos ochenta metros del suelo. La muerte de más de sesenta mil personas fue instantánea, como si su vida no fuera más que un tachón en

medio de un fino papel.

Aquel 6 de agosto de 1945, la bomba atómica de Hiroshima demostró una vez más la superioridad estadounidense frente a la Unión Soviética. Lamentablemente, aquel cruel, ruin y rastrero ataque no fue el único que los japoneses tuvieron que vivir. Tan solo tres días después, el 9 de agosto de 1945, los Estados Unidos volvieron a lanzar una bomba atómica, esta vez, en Nagasaki.

La geografía de Nagasaki distaba mucho de la de Hiroshima, seguramente por la cantidad de montañas que albergaban a sus ciudadanos. La segunda bomba atómica se arrojó a cierta distancia del centro de la ciudad, por lo que el peor daño fue para el valle de Urakami y algún coletazo en el centro de Nagasaki. Pese a eso, más del veintidós por ciento de los edificios se consumieron entre las llamas. Quizá las bajas fueron menores que en Hiroshima, tal vez el número de muertos fue menor, pero el segundo golpe dolió tanto como el primero o más.

Fat Man, llamaron a la segunda bomba. «Qué tristeza ponerle nombre a una construcción humana destructiva», pensó Ernest cuando escuchó en una radio cualquiera la noticia de ambas bombas. Pero esa bomba con nombre la portaba el Bockscar, que, de una manera muy similar al Enola Gay, dejó caer la bomba sobre la ciudad de Nagasaki. Seis kilos y cuatrocientos gramos de Plutonio que explotaron a unos cuatrocientos setenta metros del suelo. Fat Man, con veintiún kilotones, generó temperaturas de casi cuatro mil grados centígrados y vientos de más de mil kilómetros por hora.

Todo el mundo estaba expectante por el contraataque o la rendición de Japón. Algunos pensaban que Japón jamás se rendiría y que lucharía hasta el final con tal de que los Estados Unidos pagaran por los dos peores ataques de toda la historia. Otros tenían claro que el imperio nipón no podía dar más de sí después de esos ataques.

Ernest, que usualmente escribía en su cuaderno las cosas que oía por radiofrecuencia, tenía una teoría acerca de todo lo que estaba ocurriendo. Él pensaba que, si el humano era capaz de construir artefactos, misiles, bombas o armas aun sabiendo lo que estas cosas podían hacer, los humanos éramos capaces de cualquier cosa con tal de encontrar el fin que buscamos. No era la primera vez que veía en los rasgos humanos una absoluta maldad acompañada de esa sed de poder, pero los dos ataques más terribles de la historia le hicieron replantearse que estaba en nuestra propia mano la continuidad del ser humano sobre la tierra y eso era un poder que no debía pertenecernos a nosotros.

Creía que, si a un niño le enseñabas de pequeño un tirachinas y cómo poner una piedra sobre su goma elástica para propulsarla sobre algo o alguien, ese

niño algún día tendría el mismo conocimiento sobre una pistola. Como decía Pitágoras: «Educad a los niños y no será necesario castigar a los hombres». Ernest nunca se planteó el hecho de ser padre, pero lo que sí se planteaba era que, si en algún momento de su vida tuviera la potestad de enseñar a un niño, jamás le haría entender lo que es la guerra o lo que conlleva, jamás le hablaría de la maldad ni de las creencias ni de política. Ernest tenía muy claro que, si en algún momento de su vida era él quien debía guiar a un niño por el largo sendero de la vida, nunca, bajo ninguna circunstancia, le inculcaría valores o principios que pudieran perjudicar al ser humano.

Lo cierto es que lo más cerca que estuvo de conducir a un crío fue con Simón y, por desgracia, la vida, el destino o el universo no le permitió hacerlo.

Dolorido y magullado, se despertó lentamente tras la paliza que lo había dejado inconsciente en la sala número seis. Notó que la ropa había sido despojada de su piel y se encontraba totalmente desnudo, atado a una camilla sin poder mover un solo músculo de su piel.

Mientras había perdido la noción, lo trasladaron a otra sala que ni siquiera podía reconocer, lo habían desnudado y le habían quitado su bien más preciado, su cuaderno. Todavía le dolía demasiado el cuerpo como para intentar liberarse de las correas que lo mantenían sujeto a una camilla que desprendía un olor realmente fétido. Miraba a su alrededor intentando encontrar en Libert un consuelo o quizá una solución, pero Libert no se encontraba allí con él. Por un momento pensó que tal vez estaba maquinando algún tipo de plan para sacarlo de allí, pero luego pensó que Libert no era más que un niño atrapado en su propia cabeza.

Temía por lo que le podía haber pasado a Hubert gracias a su visita inesperada, pero también temía por lo que le podía pasar a él a partir de ese momento. No tenía claro cuánto tiempo había pasado desde que le pegaron golpe tras golpe hasta dejarlo KO, ni podía recordar con claridad en qué momento lo pillaron hablándole a una rendija. Cuando tuvo unas pocas fuerzas más, intentó con todas sus ganas romper las correas de las manos, con el único resultado de magullar aún más sus muñecas y desprenderse la sangre que más que nunca necesitaba. Todos sus esfuerzos eran inútiles y sabía que gritar pidiendo auxilio sería en vano.

«¿Qué hubiera hecho el teniente coronel Brooks en mi situación?», pensó. Se le vino a la mente el padre de Sarah porque no solo fue un hombre de honor, también fue un hombre de valor. Por más que intentaba pensar, su cabeza no estaba preparada para idear un plan de escape, ni siquiera estaba preparada para pensar con claridad.

Josef Mengele entró en la sala nueva donde habían trasladado a Ernest

leyendo algo incesantemente. Él apenas podía ver lo que estaba haciendo porque la correa que le cruzaba por el pecho le impedía incorporarse, pero no le hizo falta ver nada porque pronto lo empezó a escuchar.

—«Agnes me trajo esa comida tan deliciosa mientras le contaba quién era Libert para mí», «Libert me llevó a un barco pirata», «Mi pequeño pero gran amigo había venido a salvarme»… —Mengele le leyó una frase tras otra de su preciado cuaderno, en el que Libert era el protagonista.

Con la cabeza totalmente pegada a la camilla, apretando sus dientes hasta casi romperlos, sus ojos dejaban caer lágrimas que hacían que sus ojos sintieran el escozor de la desesperación. Ernest sabía que el final había llegado y que ya nada podía hacer para encubrir su verdad más absoluta: Libert. En ese momento, entre las lágrimas más horribles que jamás había derramado por su rostro, tuvo la suficiente lucidez como para garantizarse a él mismo que Josef Mengele no pasaría por alto la existencia de Libert.

—¿Creía usted, señor Müller, que podría engañarme? —Cerró el cuaderno mientras sonreía. Ernest no contestó una sola palabra, intentando aguantar sus lágrimas para no darle ese gusto al arcángel que todos temían—. Al encontrar esto, he de reconocerle que por un momento pensé que se trataba de un hermano pequeño, quizá algún huérfano judío…, pero uno de los celadores me ha explicado con detalle lo último que el doctor Schneider le ordenó y, entonces, he caído en la cuenta de lo curiosamente sospechosa que fue su muerte. Quién sabe, ¿no? —Se acercó mientras hablaba hasta mirarlo a los ojos mientras le sujetaba la cara.

Ernest fijó su mirada en él, con sus ojos inyectados en sangre de la impotencia, mientras intentaba que le soltase la cara moviendo la cabeza, pero nada podía hacer mientras siguiera atado a esa camilla. Le escupió, le escupió en la cara aun a sabiendas de que era lo peor que podría a hacer; pero solo consiguió que Josef Mengele se limpiara y se riera a carcajadas jurándole que Libert desaparecería muy pronto de su vida.

Salió de aquella sala del mismo modo que entró, leyendo párrafos de lo que Ernest había plasmado en su cuaderno. Ernest le gritó, lo insultó y zarandeó todo lo que pudo la camilla, pero daba igual, no podía salir de allí y nadie, absolutamente nadie, podía ayudarlo.

Lloró, lloró como un niño, lloró como nunca, y la rabia que tenía en su interior se convirtió en lágrimas que le ardían en la piel. Libert, por fin, le cogió la mano y lloró con él en aquella sala que supondría el fin de su amistad. Se subió a la camilla y con mucho cuidado se tumbó a su lado abrazándolo. Ambos sabían que Josef Mengele, de una manera u otra, conseguiría alejarlos a una velocidad inquietante y ninguno de los dos estaba preparado para perderse

en el limbo sin el otro.

Habían pasado tanto juntos que el simple hecho de imaginar que no volverían a verse les dolía tanto que eran incapaces de articular una sola palabra de consuelo para el otro. Libert, por un momento, temió que Ernest actuara de la misma manera que al entrar en aquel hospital militar, enfadándose con él por existir, pero pronto descubrió que lo único que sentía su amigo era una profunda desazón.

Los golpes, el dolor, la impotencia, las correas, el hedor, la situación y todo lo que se concentraba en aquella sala sin número dejaron a Ernest dormido entre lágrimas. Ni su cuerpo ni su mente podían más. Ernest Müller había tocado fondo, un fondo oscuro, un fondo profundo. Ya no podía soportar más.

Unos gritos sonaron y resonaron en todo el hospital. Ernest se despertó alertado por ellos. Los gritos eran tan repetidos y seguidos que no le dio tiempo ni de comprender que era su amigo Hubert quien los soltaba desde su más profundo dolor. Pero tampoco necesitó mucho tiempo para reconocer los alaridos de su amigo.

Intentó con todas sus fuerzas soltarse de las correas, gritó el nombre de Hubert tantas veces como pudo, gritó a Josef Mengele y nombró al mismísimo Hitler en sus insultos, pero Hubert no paraba de gritar y el corazón de Ernest le impedía respirar normal.

De pronto, la puerta de aquella sala sin número se abrió con una agresividad que asustó al joven Müller. Un médico y dos celadores cogieron su camilla y lo llevaron aprisa a otro lugar donde los gritos de dolor de Hubert cada vez estaban más cerca.

—¿Dónde me lleváis? ¿Qué estáis haciendo con Hubert? —Nunca había hablado con tanta cólera a nadie.

Ninguno de los allí presentes tuvo la decencia de mirarlo a la cara, tan solo corrían con la camilla sin mirar atrás. Ernest gritaba, forcejeaba en la cama como si hubiera perdido totalmente la cabeza, como si se tratase de un paciente psiquiátrico en pleno brote psicótico. Ahora más que nunca, Ernest Müller había perdido el norte.

Llegaron a otra sala, la sala número nueve. Hubert estaba en otra camilla, rodeado de varias enfermeras, de varios celadores y del director del Beelitz-Heilstätten, Josef Mengele. Ernest apenas podía ver lo que le estaban haciendo, pero sí veía chispas salir del cuerpo de Hubert y un reguero de sangre caer al suelo.

—¡Soltadlo! —gritó Ernest—. ¡Parad! —volvió a gritar mientras se seguía revolviendo en la camilla sin ningún resultado.

Volvió a actuar como un completo desequilibrado, los gritos cada vez eran

mayores, las heridas de sus muñecas crecían a cada golpe que se daba él mismo. Quizá no actuaba como un completo desequilibrado, quizá tanto vivido había conseguido desequilibrarlo por completo. A su lado estaba Libert, intentando calmarlo, procurando sujetarle las muñecas para que no se hiciera más daño. Lloraba desconsolado sin encontrar la manera de que Ernest parase, estaba completamente desesperado; ni siquiera su gran amigo se giraba a mirar que estaba allí con él.

Los celadores le sujetaron la cabeza con fuerza, Ernest se resistía, pero ellos eran más y más fuertes. Una de las enfermeras que rodeaba la camilla de Hubert se giró y, cuando tuvo la ocasión perfecta gracias a sus compañeros sanitarios, introdujo en la boca de Ernest un trozo de tela arrugado. Pese a eso, Ernest no paró de gritar aunque el sonido fuera mucho más tenue. Las venas de su cuello y de su cabeza iban a estallar en mil añicos. Su rostro se tornó en un color rojo rubí. En sus ojos ya no se percibía aquel azul que hipnotizaba a tantos…

—Tu amigo Hubert se está portando realmente bien —dijo Mengele mientras se quitaba los guantes y la mascarilla para acercarse a Ernest.

Hubert ya no gritaba ni lloraba ni imploraba y Ernest no alcanzaba a ver qué le habían hecho y qué le estaba pasando. Miró fijamente a Mengele e intentó decir algo que no se entendía por tener en la boca ese sucio trapo que le habían puesto.

—¿Qué dices? No te entiendo —dijo Mengele poniéndose la mano en la oreja y riéndose a carcajadas con el resto de inhumanos que había allí. Acercó su mano a la boca de Ernest y le quitó el mugriento trapo.

—¡Eres un hijo de puta! ¿Qué le estás haciendo a mi amigo? —Volvió a ponerle el trapo de malas maneras.

—Verás, a lo largo de mi carrera médica he salvado muchas vidas y… estoy cansado ya de hacer siempre lo mismo. Por lo tanto… —se quitó la bata—, quiero ver si soy capaz de devolverle la pierna a tu amigo. —Se atusó el pelo.

Ernest, que ya no podía hablar, gritó de nuevo recordando aquel extraño sueño que había tenido unas noches atrás. Volvió a llorar y volvió a gritar y volvió a agitar su cuerpo en la camilla. La situación era realmente crítica. Giró su cabeza hacia Libert y con sus gritos tras ese trapo le pidió sin pronunciar una sola palabra que lo sacase de allí. Libert vio en sus ojos la desesperación más absoluta y eso le creó tanto miedo que dio un paso atrás atemorizado por el rostro de su amigo Ernest y desapareció.

Ernest gritó aún más. Su estado era tan alterado que le inyectaron algún tipo de sedante hasta que sus intentos porque alguien lo escuchara se desvanecieron. No se durmió por completo, pero lo adormilaron lo suficiente

para que la sala número nueve fuera un lugar silencioso y tranquilo. Josef Mengele estaba dispuesto a usar con él la terapia de electrochoque que tanto se había usado en la Primera Guerra Mundial con los pacientes que padecían psiconeurosis. Se sabía toda la historia del electrochoque y, aunque la había usado en Auschwitz, nunca la había puesto en práctica con un paciente que tenía alucinaciones constantes.

Era la primera vez que usaba relajantes musculares y anestesia para este tipo de terapia, porque las veces que lo había hecho había sido de la manera más agresiva que se podía hacer; quería ser el primer médico del mundo que tratara de una manera más humanitaria este tipo de técnica para ganarse el respeto y reconocimiento médico mundial. Probablemente, no fuera el único médico con tan pocos escrúpulos y quizá por parte de sus iguales hubiera obtenido ese reconocimiento médico; pero es preferible pensar que, a tenor de la razón humana y moral, absolutamente nadie hubiera secundado sus experimentos.

Le colocaron dos electrodos al costado de la cabeza, sobre el cuero cabelludo. Taparon su boca con una cinta para que el trapo mugriento no saliera disparado ante la descarga. Apenas podía emitir un ligero sonido con la garganta, que no se sabía muy bien si era por la anestesia o por la situación en sí. Le habían suministrado la dosis justa para enterarse de lo que le iba a ocurrir, pero sin molestar el procedimiento.

Activaron la primera señal y una ligera corriente eléctrica comenzó a atravesar su cerebro. Los ojos de Ernest se voltearon y el color blanco de su esclerótica comenzó a ser visible. Su boca rilaba y eso a Josef Mengele no le parecía suficiente para detener ese tratamiento.

—Suba la potencia —ordenó al celador mientras observaba fijamente la reacción corporal de su paciente.

La corriente eléctrica era más fuerte, el cuerpo de Ernest empezó a convulsionar en la cama y su cabeza se agitaba de un lado a otro como si se le fuera a despegar del cuello. Las enfermeras sujetaron sus hombros para que el temblor no le hiciera daño, pero el doctor Mengele les ordenó que se apartaran. Quería ver cuál era el resultado real de la potencia que había subido.

—¡Ernest! ¡Ernest! —El joven Müller escuchó su nombre a lo lejos, como si alguien lo estuviera nombrando con todas sus fuerzas a un kilómetro de él.

Pronto dejó de escuchar esa voz. La corriente eléctrica que estaba pasando por su cerebro le creó una crisis epiléptica y rápidamente tuvieron que cortar la señal antes de que terminaran con su vida en la primera sesión. Las enfermeras y los celadores se pusieron en marcha para desatarlo y ponerlo en una posición segura; sin embargo, Josef Mengele salió de la sala número nueve anotando en el historial de Ernest la repercusión anatómica de la primera sesión de

electrochoque, aunque lo que más le importaba era, pasadas unas horas, el resultado neurológico y mental del mismo.

Ernest se quedó despierto con la cabeza casi colgando de la camilla y con los ojos abiertos como platos mientras observaba a su amigo Hubert a su lado. Seguía atado, pero habían dejado suelta la correa del pecho por si a lo largo de las horas posteriores le costase respirar a causa de las descargas eléctricas que había sufrido.

Escuchaba un constante pitido, muy sutil pero persistente. En otra situación lo hubiera desquiciado, pero sus pensamientos no se ponían en orden y él tan solo observaba a Hubert. Su rostro comenzó a enrojecer, pero no por la cólera, sino porque su cabeza cada vez colgaba más de la camilla y él era incapaz de subirla solo.

Cualquiera que lo hubiera visto en esa situación hubiera jurado que estaba muerto. Otros se hubieran apostado todas sus pertenencias asegurando que se trataba de un loco absorto en sus pensamientos.

—¿Ernest? —Notó la suavidad en su mano, pero no se movió un milímetro —. Ernest, ¿estás bien? —Seguía sin moverse y sin pestañear. Una sombra comenzó a aparecer delante de sus ojos interrumpiendo la visión que tenía de Hubert, pero él seguía sin pestañear y sin mover sus ojos de dirección—. Soy yo, Libert. Háblame.

Ernest había entrado en una especie de trance que le impedía mover un solo músculo de su cuerpo, ni sus ojos, ni su boca por la que escurría saliva.

Libert intentó levantarle la cabeza y ponerlo recto en la camilla, pero no podía con él. Lo intentó por todos los modos, subido a la camilla y tirando desde arriba, empujando su cabeza desde abajo con su espalda, tirando de su brazo hacia el lado contrario, pero Ernest seguía en trance.

—Ernest, por favor, reacciona —Libert seguía tirando mientras lloraba viendo a su amigo en ese estado—. No me dejes, por favor, ¡reacciona! — Zarandeaba su cuerpo, pero Ernest seguía sin moverse.

Agotado de intentar con todas sus fuerzas que su mejor amigo reaccionara, se sentó apoyando su espalda en la fina pata que sujetaba la camilla de su amigo y, con las piernas encogidas, sumergió su cabeza entre sus rodillas y lloró desconsoladamente. Ernest lo tenía a tan solo veinte centímetros de su cara, pero seguía siendo incapaz de fijar su mirada en otro punto que no fuera Hubert.

Entre lo poco que podía acertar a pensar, Sarah era la persona que más ocupaba su pensamiento y rememoraba una y otra vez el beso del laberinto que nunca existió y el beso de Oporto que nunca terminó para él. Sus recuerdos parecían salidos de una película rota, con interferencias, como si las imágenes

no conectaran unas con otras y, de pronto, la película de Sarah saltase a la de sus padres, a su tío Harry... Agnes también aparecía e incluso el señor Ritcher. Fotograma a fotograma, una película de su vida se mostraba frente a sus ojos abiertos como platos, con Hubert de fondo y una banda sonora de lágrimas que Libert ponía.

Una lágrima salió de su ojo izquierdo en dirección a su frente; creo que es lo único que supo pronunciar en silencio. El pitido no paraba y tenía la sensación de que su cabeza había sido prendida en una hoguera de lo que le ardía. Los músculos de su cuerpo se habían entumecido hasta tal punto que era incapaz de abrir la palma de su mano, que se había agarrotado como si estuviera sujetando un vaso de cristal. Los dedos de los pies formaban un extraño puente con los tendones totalmente visibles.

Ernest había sido víctima de un intento de despojarlo de su propio yo.

Hubiera deseado con todas sus fuerzas volver a aquel laberinto cargado de fuentes imperiales al lado de Sarah, aunque las caras sin rostro lo hubieran perseguido por unos caminos sin final; pero tal era su estado que desear se había convertido en una absoluta utopía.

Libert levantó la cabeza y, cerrando los ojos, se dispuso a creer que el trance de Ernest lo llevaría a una especie de iluminación espiritual, como si fuera un chamán. Y se concentró, todo lo que pudo y más, para que eso sucediera. En ese momento era el pequeño pero gran amigo de Ernest quien tenía la llave para hacerle ver que su trance lo ayudaría a encontrar otro tipo de conocimiento, conectándose a un nivel mucho más profundo con él mismo, con su propia espiritualidad, que desde hacía años había dejado aparcada. En ese momento en el que su cuerpo se había quedado inerte y el dolor había pasado a un segundo plano, quería que Ernest se encontrara con algo etéreo, con su alma y su esencia.

Si quizá hubiera aguantado unos minutos más, es probable que lo hubiera conseguido, pero en ese instante Hubert se despertó.

Tan solo tenía las manos atadas a la camilla y una especie de máscara en la cara por la que de vez en cuando entraba aire, un aire más limpio del que se respiraba fuera. Y se asustó, se asustó terriblemente cuando se vio prisionero de las manos de Mengele; apenas podía recordar lo que había sucedido desde el momento en el que traspasó las puertas de la sala de experimentos, pero había padecido durante mucho tiempo el síndrome del miembro fantasma y, al despertarse, no lo sintió.

Se miró las piernas, las dos. Las miraba como si un ser superior hubiera entrado en esa sala a darle la pierna que perdió en la guerra, pero por más que intentaba pensar que había sido Dios, sabía de sobra que había sido el

mismísimo demonio quien se había tomado la libertad de devolverle algo que ya no necesitaba.

La parte superior de la pierna amputada tenía un color tan oscuro que le costó diferenciar si se trataba de algo real o no. Se le había gangrenado a una velocidad mucho mayor de lo que el doctor Mengele imaginaba; y, aunque el injerto de la pierna, una pierna mucho más delgada que la suya, pareciera exitoso, no tenía movilidad alguna.

Ernest veía la imagen como otro fotograma más, como otra imagen intrusa en su cerebro. Seguía sin reaccionar. Libert, interrumpido por la desesperación de Hubert, se levantó de inmediato y volvió a menear a Ernest para que volviera en sí.

—¡Hubert ha despertado! —Lo movía de un lado a otro—. ¡Ernest, por favor!

Pestañeó una vez, la primera vez desde que la corriente eléctrica había pasado por su cerebro como un tsunami. Miró a Libert y vio su sonrisa de alivio al ver que reaccionaba de nuevo. Pronto giró su mirada hacia Hubert, quien todavía no había tenido tiempo de darse cuenta de que su camarada se encontraba en la camilla de al lado, completamente absorto en una imagen fija.

Con la ayuda de Libert, levantó poco a poco su cabeza para apoyarla en la camilla y, con la correa de la mano derecha un poco suelta, logró liberarse de esa mano. Estaba mareado y seguía oyendo ese infernal pitido en su cabeza; pero ver a Hubert vivo le había hecho sacar fuerzas de donde ya no las tenía. Fue soltando una a una las correas de sus extremidades y, apoyando casi todo su peso en Libert mientras se tropezaba una y otra vez por el agarrotamiento de sus músculos, llegó hasta Hubert y le quitó la máscara.

—Ernest, amigo, no sabes cuánto me alegro de verte —dijo Hubert inquieto.

—¿Qué ha pasado? ¿Por qué estás tú aquí? —preguntaba desorientado.

—Tenemos que irnos —Ernest apenas podía modular su voz.

Le quitó las correas que a él también lo ataban y lo incorporó con la poca fuerza que tenía. Hubert apretaba fuerte sus dientes para no gritar de dolor. Su pierna desprendía un olor bastante desagradable y el dolor cada vez era mayor, la gangrena estaba infectada y aunque Ernest no reparó ni un solo momento en su pierna, sabía que, si se quedaban allí más tiempo, ninguno de los dos saldría con vida de allí.

Apenas puso Hubert un pie en el suelo, ambos amigos cayeron a plomo, ninguno de los dos podía hacerse cargo del otro ni de ellos mismos. Libert animaba sin cesar a su amigo para que continuara, recordándole el mundo tan maravilloso que los esperaba ahí fuera y él le aseguraba que haría todo lo posible por que eso se cumpliera.

—¿Con quién hablas? ¿Es Libert? —preguntó Hubert.

—Sí, está aquí —contestó mientras se tocaba la cabeza y cerraba los ojos.

—Dile que nos saque de aquí —casi exigió su camarada ante la desesperación.

—Lo intenta. Vamos, levántate —dijo mientras ponía una mano en el suelo para hacer hincapié y levantarse el primero.

Tras mucho esfuerzo continuado, ambos amigos lograron ponerse en pie. Fueron hacia la puerta, que, como siempre, estaba cerrada con llave; no había ninguna manera de salir. Ernest miraba hacia todos los lados en busca de otra rendija que le permitiera encontrar un punto de salida de la sala número nueve. Tiró todas las máquinas y las estanterías pegadas a la pared e incluso miró por el suelo en busca de alguna trampilla que diera al típico sótano abandonado. Pero la sala era totalmente hermética y allí no había ninguna salida más que la puerta cerrada.

Hubert se apoyó en la pared y dejó caer su cuerpo para sentarse en el suelo. La fiebre le vino de golpe y le era imposible dar un paso más. Ernest se puso a su lado e hizo exactamente lo mismo. Ni podían salir de allí ni tenían las suficientes fuerzas para intentarlo.

—¿Cómo has llegado hasta aquí? —le preguntó Hubert.

—Interpretando el mismo papel que tú —contestó.

—No te lo crees ni tú. —Sonrió mientras tosía—. ¿Has vuelto a jugar al ajedrez? —siguió.

—Sí, he jugado varias veces con las enfermeras —dijo con ironía y ambos rieron.

La fiebre aumentaba por momentos en el cuerpo de Hubert a medida que el tiempo pasaba. No tenían claro cuánto tiempo tardarían en entrar y verlos allí a los dos, pero les daba exactamente igual. La realidad es que llevaban más de doce horas solos porque, poco tiempo después de la intervención de ambos, las radios de toda Alemania dieron la noticia de la rendición de Japón y, con ella, la noticia de que meses antes Hitler se había suicidado. Algún periódico alemán se atrevió a contar días después de su muerte la realidad, pero Stalin se había encargado de desmentirlo y de ocultárselo a gran parte del mundo. Adolf Hitler se suicidó el 30 de abril de ese mismo año; los rusos estaban demasiado cerca de Berlín y, tras el asesinato de Mussolini, tomó la determinación de no caer en manos enemigas. En ese momento, Goebbels, quien sucedió al Führer, intentó negociar con la URSS, pero todo intento se convirtió en un absoluto fracaso y dejó este mundo de la misma manera en la que lo hizo Hitler. El día 7 de mayo, el último presidente de la Alemania nazi, Karl Dönitz, se rindió ante los americanos.

Alemania ya estaba fuera de combate y el único país que quedaba por destruir era Japón. Tras los acontecimientos de Hiroshima y Nagasaki, antes de que la aviación americana volviera a bombardear el imperio nipón, el 15 de agosto, el emperador japonés Hirohito anunció públicamente su rendición, día en el que Ernest y Hubert se reencontraron.

El Beelitz-Heilstätten se había convertido en un centro de clausura donde las noticias no llegaban a tiempo, pero esta noticia sobre la rendición de Japón puso en vilo a todos los que allí habitaban, tanto pacientes como sanitarios. La inseguridad inundó a toda Alemania y a media parte del mundo. ¿Sería verdad que la Segunda Guerra Mundial había terminado? De tal importancia fue aquella noticia que todos los pacientes que residían en esa zona prohibida para el resto fueron prácticamente olvidados. Menos por Josef Mengele.

El hospital iba a sufrir una redada por parte de las tropas estadounidenses y rusas, con el fin de apresar a todos los militares que habían formado parte de la mayor contienda bélica que jamás haya existido. Apenas tenían cuatro horas para reubicar a los soldados. Muchos de ellos escaparon del hospital, al menos los que estaban en condiciones de hacerlo, y se exiliaron a otros países. Alguno que otro asaltó las medicinas hasta perder la vida y los más exhaustos decidieron continuar pasara lo que pasase.

Ernest y Hubert todavía no eran conscientes de lo que estaba sucediendo. El pánico se había apoderado de la gente y Josef Mengele era la menor de sus preocupaciones, pero, para ellos, el arcángel seguía siendo su peor pesadilla.

Mengele irrumpió en la habitación de los dos amigos con el celador y, sin mediar palabra con ellos, ordenó a su empleado coger a Hubert para que él pudiera llevar a Ernest medio andando y salir del hospital por la parte trasera donde dos furgonetas de soldados nazis los esperaban para trasladarlos a otro lugar. Mengele decidió sacar a aquellos dos amigos bajo el pretexto de ser héroes de guerra y salvaguardar su integridad, pero la realidad fue que eran los dos elegidos para continuar con sus experimentos.

Arrebol

Se dice que el dolor es provocado por una estimulación de las terminaciones nerviosas sensitivas. Un síntoma. El dolor tiene grados de clasificación: agudo, grave, crónico, moderado, severo, leve, intermitente…

En teoría, el dolor depende de un daño físico, por el que los receptores de la zona afectada envían una señal al cerebro y se siente el dolor. Pero ¿qué ocurre cuando una persona es víctima de la amputación de un miembro y sigue sintiendo dolor en esa zona que ya no existe? Muchas fueron las veces que Hubert antes de que le injertaran la pierna se quejaba de dolor en una pierna que no era.

El dolor físico, el dolor de una quemadura, de un golpe, de una rotura o incluso de una herida de bala no tiene ni punto de comparación con el dolor emocional, con ese dolor que no se ve, que no se palpa, que no se puede explicar, pero se siente. Esa herida abierta y supurante que nadie es capaz de ver. Esa herida abierta que tanto tarda en cicatrizar. Esa herida que escondes como si fuera el mayor tesoro de tu vida, como si porque alguien la viera pudiera meter el dedo en la llaga y hacerla sangrar aún más.

El agotamiento emocional, aquel estado al que nadie quiere llegar y al que muchos les cuesta asumir que ya han llegado. Una sobrecarga de esfuerzo inescrutable que llega después de un largo y lento proceso de fuerza y valentía. El final de los valientes. El final de las personas que han sido víctimas recurrentes. El final de un corazón cansado y el principio de un corazón por resurgir.

Nadie es inmune al dolor, absolutamente nadie. El sufrimiento forma parte del ciclo de la vida y, por eso, los humanos debemos aprender que el dolor no es más que un síntoma, un instante que, por mucho que se alargue, se irá. El dolor solo lo admiten los que creen.

Las dos furgonetas de los alemanes nazis que intentaban escapar de un implacable final estaba repleta de soldados que por primera vez sintieron el miedo de ser repudiados por el mundo. El nazismo pendía de un hilo y todo lo que habían sembrado a lo largo de los años se iba a volver contra ellos.

El 27 de enero de ese mismo año, la fábrica de la muerte que tenía sus

cimientos en Auschwitz liberó a más de siete mil presos del holocausto gracias a las tropas soviéticas. Muchos de los dirigentes que había allí metidos exclusivamente para enviar a cientos de ellos a las cámaras de gas fueron apresados y arrestados para ser condenados por crímenes de guerra. Muchos médicos y enfermeras lograron escapar, algún militar consiguió evadir a las tropas de la salvación y muchos de los presos, que ya no confiaban en nada ni en nadie, decidieron irse por su propio pie. El nazismo se había hundido con la muerte de Hitler y el paso mundial que se dio al finalizar la guerra fue la gota que colmó el vaso para los pocos o muchos que quedaban.

En un principio iban a ser trasladados al centro de eutanasia de Hadamar, un hospital psiquiátrico, pero desde que las autoridades nazis incluyeron dentro de ese edificio el programa Aktion T4, en el que se asesinaba en masa a aquellas personas que no eran consideradas como dignas de vivir —en su gran mayoría, discapacitados mentales y físicos—, Hadamar no tardaría en ser devastado por los estadounidenses. Su plan secreto del programa Aktion T4 fue ejecutado, tras comprobar su eficacia en este centro psiquiátrico, en varios campos de concentración a lo largo de Alemania y Austria.

Lo cierto es que el bando victorioso de la Segunda Guerra Mundial tendría mucho trabajo para capturar a todos los implicados en los miles de asesinatos indiscriminados que se produjeron en esas fechas. Por ello, aunque ningún lugar fuera del todo seguro, finalmente fueron trasladados los dos furgones al castillo de Sonnenstein.

Al sureste de Dresde, sobre el río Elba en Pirna, el castillo de Sonnenstein se usó en 1811 como psiquiátrico. Por aquellos tiempos, alcanzó una formidable reputación por el reconocimiento que se dio a sus tratamientos absolutamente morales con sus pacientes, pero la suerte de estos cambió cuando los nazis llegaron a sus puertas.

Cinco años antes, en 1940, el castillo que habían acogido los nazis tenía una parte dedicada a la eutanasia involuntaria, exterminando así a más de trece mil personas con trastornos mentales y discapacidades. En el verano de 1941, más de un millar de presos que llegaban de diferentes campos de concentración fueron asesinados.

Como ya se sabe, los nazis querían preservar la supremacía de la raza aria y cualquier niño que naciera con algún tipo de discapacidad o trastorno mental debía ser entregado a las autoridades para su tratamiento en centros psiquiátricos. Al tiempo, la familia recibía una carta en la que figuraba el fallecimiento de su hijo, probablemente a causa de una enfermedad crónica. La mayoría de las familias no hacían preguntas porque ni siquiera sabían la triste y cruel realidad, y las que se atrevían a hacerlas recibían una visita de la

Gestapo.

Tardaron aproximadamente tres horas y media en llegar hasta allí. Los furgones no tenían ventanas, pero, por la luna frontal, Ernest veía como Alemania había sido absolutamente sepultada a lo largo del tiempo. El paso de la guerra había dejado huella en el paisaje.

Hubert cada vez estaba peor, pero no podían hacer nada al respecto. Josef Mengele mostraba un especial y altruista interés por aquellos dos hombres que habían caído terriblemente en sus manos. Atendió a Hubert durante todo el trayecto, prometiéndole que, en cuanto llegaran a su lugar de destino, haría todo lo posible por mantener esa pierna y bajar la fiebre. Era demasiado siniestro ver al diablo vestido de ángel. Ernest apenas podía mirarlo a la cara sin desear que su furgón volcase y muriera.

Josef Mengele había elegido este lugar junto con los demás soldados nazis que fueron en su búsqueda porque allí se encontraba un buen amigo suyo, Horst Schumann. Este hombre, médico, teniente superior de las Fuerzas Aéreas y Sturmbannführer de las SS, fue nombrado director de la clínica Sonnenstein en el verano de 1940. Previamente, bajo la confianza de Viktor Brack, jefe de la oficina de la Aktion T4, participó en el proyecto liderándolo unos meses antes de convertirse en director en Pirna, la clínica de eutanasia de Grafeneck, en Wurtemberg.

Schumann formó parte de las comisiones de médicos que tenían como labor seleccionar a presos incapacitados para trabajar en los campos de concentración de Auschwitz, Buchenwald, Flossenburg, Dachau, Grob-Rosen, Mauthausen, Neuengamme y Niederhangen. Estuvo la mayor parte del tiempo en Auschwitz, donde trasladó a muchos presos a su clínica de Sonnenstein; de ahí que se llevara la mayor parte de su equipo sanitario desde este campo de concentración.

Era un nombre inteligente, apuesto y entrenado para guardar bien el secreto de lo que ocurría realmente tras aquellas paredes. Sonnenstein, de momento, era un lugar seguro.

Las puertas del centro fueron abiertas por dos guardias de la Gestapo que custodiaban hasta el último recoveco del lugar. Todos entraron con prisas porque, pese a ser un sitio seguro, nunca se sabía si el enemigo estaría observando desde los árboles que rodeaban el sitio o el río que sujetaba sus cimientos. El lugar era especialmente grande y bastante más cuidado que el hospital del que llegaban. Ningún sitio era lo suficientemente higiénico para llamarse hospital o centro, pero había que reconocer que el mantenimiento de la clínica Sonnenstein era mucho más exhaustivo que el del hospital Beelitz-Heilstätten.

Hubert solo pudo cruzar la puerta de entrada, pues sus fuerzas se minaron por completo y cayó desplomado al suelo. Josef Mengele y Horst Schumann lo cogieron con intención de trasladarlo a otro lugar para ponerle los medicamentos oportunos, pero Ernest se puso en medio de su camino y les exigió ir con él en todo momento. Dado que no era el momento de discutir, ambos doctores cedieron a su pretensión y los cuatro hombres fueron a una sala especializada en curas.

Mientras Ernest estaba sentado en la silla, con un fuerte dolor de cabeza e intentando desentumecer sus músculos por completo, Mengele y Schumann se dispusieron a inyectarle antibiótico y analgésicos. Revisaron la pierna en profundidad y llegaron a la conclusión de que su cuerpo había rechazado el injerto. No hacía falta que hablaran más de la cuenta para que Ernest entendiera que su amigo Hubert todavía les servía con vida. Lo cierto es que, tras una gangrena de ese calibre, las pocas fuerzas que le quedaban, la falta de alimento que había y todas las circunstancias que lo rodeaban, Hubert había sobrevivido a todo y esa condición humana no iban a dejarla pasar bajo ningún concepto. Una de las preguntas que más se hacía Mengele era la siguiente: ¿hasta qué punto aguanta el cuerpo humano el dolor físico?

Pronto Hubert se quedó dormido por los fármacos que le habían administrado. Ernest se quedó con él en todo momento, pero dos guardias custodiaban el interior de la sala. A Hubert le bajó poco a poco la fiebre y pronto despertó para comer lo que les habían servido. El aspecto era asqueroso y probablemente estuviera en mal estado, pero la comida era un lujo que no podían desperdiciar y ellos sabían que, por poca que se llevaran a la boca, la necesitaban ahora más que nunca para que su cuerpo no cediese ante la falta de nutrientes y el cansancio.

Era innegable el hecho de que la falta de ciertas sustancias en el organismo los hacía sentirse débiles, el dolor aumentaba y mentalmente también los afectaba.

A Ernest Müller lo habían preparado física y mentalmente en los entrenamientos de las Waffen-SS, y le sirvió de mucho, pero no lo advirtieron del efecto rebote que tenía la falta de fuerza física y mental. La terapia de electrochoque le había abierto una puerta a su mente que había tenido sellada casi toda su vida, aquel portal que deja paso a la negatividad y al agotamiento.

No podía evitar pensar en todo lo que le había sucedido desde que la Segunda Guerra Mundial comenzó de una manera tan devastadora. No tenía muy claro si se trataba de un pensamiento normal, dado el cansancio mental que tenía, o era fruto de las descargas que había padecido durante tantos

minutos. Aún tenía algún ligero mareo y sus pensamientos y recuerdos eran algo confusos. La mente de Ernest siempre fue un paso por delante de la de cualquier mortal, pero la única tranquilidad que tenía era que la tenía bajo su control y, desde el momento en el que cayó en manos de Mengele, ese control se había ido disipando poco a poco. Ahora su mayor misión era mantenerse en pie, pasase lo que pasase, y no dejar que nada ni nadie le perturbara su preciado cerebro.

El olor a quemado inundaba la mayor parte del castillo de Sonnenstein, puesto que había una zona reservada y exclusiva en la que una cámara de gas y un horno crematorio otorgaban la potestad de la vida a quienes la manejaban. Por allí habían pasado cientos y miles de personas inocentes a las que una sola idea como era el nazismo les truncó sus sueños, su destino y su vida. La zona estaba lo suficientemente alejada como para que el humo que se creaba y el olor a cenizas pasara desapercibido. Los que llevaban allí varios años se habían acostumbrado tanto al olor que eran capaces de reconocer cualquiera antes que ese, pero los que por primera vez pisaban aquel siniestro lugar no tenían la fortuna de no oler el horror que se desataba constantemente. Hubert y Ernest sabían de qué se trataba, la vida les había dejado claro a lo largo de los años que ese olor solo podía significar una cosa.

—¿Cómo te encuentras? —preguntó Ernest mientras se sentaba al lado de su amigo.

—Mejor, pero el dolor es insoportable… —Se tocaba la pierna injertada.

—Creo que van a extirparte esa cosa que te han puesto… —se lamentó Ernest.

—Ya, lo prefiero. No aguanto verme con dos piernas, estoy horrible —sentenció.

—¿Cómo es posible que te tomes todo con tanto humor? —Miró sus ojos veteranos fijamente mientras formulaba la pregunta.

—Querido camarada, mi difunta madre siempre me decía que la mejor medicina para todo es el humor y que, gracias a eso, la mente vive y convive más tranquila. ¿Acaso crees que esta es tu única vida? Porque yo creo que no, amigo, y te aseguro que no quiero pasar a mi siguiente vida con tristeza ni con cara de pocos amigos. Cuando me vaya a mi siguiente vida, quiero entrar con alegría, porque nada de lo que venga será peor que esto.

Ernest lo escuchaba atentamente, impresionado por la madurez emocional de un hombre que no podía tener ganas de seguir luchando, pero entendía tanto su manera de pensar que se le hacía mucho más fácil comprender su pensamiento. Le recordaba mucho a su tío Harry y esa manera que tenía de vivir y ver la vida. Nadie que no hubiera estado en su situación podía juzgar su

humor; seguramente, la mayoría de las personas lo tacharían de cínico o de frívolo, pero, cuando la barbarie, el terror y la muerte te pisan los talones día tras día durante tanto tiempo, tienes dos opciones: o correr rápido y sin mirar atrás esperando que algún día tropieces y todo eso te alcance, o pararte y caminar junto a todo ello esperando que, el día que llegue tu hora, el miedo no sea un sentimiento que te acompañe en tus últimos minutos de vida. Hubert tenía claro que, cuando su hora llegara, se iría en paz y Ernest empezaba a pensar exactamente lo mismo.

Josef Mengele irrumpió en la habitación de los dos amigos dispuesto a llevarse a Hubert para intervenirlo lo más rápido posible. El centro Sonnenstein contaba con un gran número de médicos totalmente cualificados para ayudarlo en la intervención. Así, Horst Schumann podría hacerse cargo del tratamiento psiquiátrico de Ernest.

Hubert salió en silla de ruedas del cuarto despidiéndose de su amigo como mejor sabía, con una sonrisa. La entrada de Ernest Müller en su vida había supuesto un cambio estratosférico en su manera de ser. Hubert se había convertido en un hombre nuevo, liberado de todo prejuicio, y su humanidad aumentaba por segundos. Muchas veces el ser que tienes dentro solo sale a la luz cuando te rodeas de las personas correctas, porque todas las personas tenemos en nuestra alma la bondad y la maldad; es cosa nuestra sacar una u otra.

Ernest se despidió del mismo modo, rezando para que su amigo saliera vivo de aquella operación que, dado su estado físico, era peligrosa y arriesgada. Se quedó allí sentado, con ganas de coger su pluma y su cuaderno y ponerse a escribir hasta que llegara su turno, pero lamentablemente Mengele no le devolvió sus pertenencias y no le quedó otro remedio que esperar paciente a que llegara su momento.

—¿Cómo te encuentras? —Esa voz tan suya...

—Libert, ¡cuánto me alegro de verte! Bien, y ¿tú? —Se alegró mucho.

—Bueno, estoy algo confuso y no me encuentro del todo bien, pero no te preocupes. —Libert se sentó al lado de Ernest, estaba bastante cansado.

—No te preocupes, pequeño amigo, todo saldrá bien. —Lo rodeó con su brazo.

El director del hospital Horst Schumann entró en la habitación cuando la conversación estaba sucediendo y pudo ver con sus propios ojos cómo Ernest hablaba y gesticulaba solo. No dijo nada al respecto, puesto que los antecedentes psiquiátricos ya estaban en su mano gracias a su compañero de profesión, el doctor Mengele.

Amablemente, Schumann le pidió a Ernest que lo acompañara por su propio

pie, sin intermediar fuerza o coacción y el joven Müller atendió resignado a su petición, conociendo que obedecer sus órdenes sería lo más sensato en esos momentos. Recorrieron un largo pasillo hasta que una enfermera les abrió la sala donde se iba a producir su tratamiento psiquiátrico, allí pudo ver la misma máquina con la que Mengele le proporcionó varias descargas eléctricas. Respiró hondo, miró a Libert, que lo siguió por ese largo pasillo, y le sonrió.

Se tumbó en la camilla sin ningún tipo de resistencia, pero, pese a ello, sus extremidades se vieron aprisionadas por correas, suponía que estar sujeto era mejor para él antes de que le administraran la corriente eléctrica. Le costaba mantener en el pensamiento la manera que Hubert tenía de ver su vida, pero la tranquilidad de tener a Libert a su lado y el alivio de saber que su camarada estaba con vida lo hicieron relajarse.

Prepararon su cabeza para la terapia rodeando con electrodos su piel, aunque esta vez había alguno más que la primera. Se relajó, esperando que la enfermera le administrara el sedante o el relajante muscular.

—¿Preparados? —preguntó Schumann a sus empleados.

—Espere un momento. ¿Y la anestesia? —preguntó preocupado Ernest.

—Activen la máquina.

—¡Espere!, ¡no! —gritó.

No sirvió de nada que Ernest intentara parar aquel macabro método que Schumann quería poner en práctica con él. La primera vez que lo sometieron involuntariamente a ello, al menos, no tenía su plena consciencia y el dolor de la electricidad pasando por su cerebro fue llevable; pero esto... esto no era nada igual.

El cuerpo de Ernest comenzó a convulsionar mucho más fuerte que la primera vez, las descargas fueron mucho más rápidas y extensas en el tiempo y apenas le daba a tiempo a sobreponerse de una cuando la otra ya estaba activándose. Horst Schumann apenas le daba tiempo para quejarse. Se mordió varias veces la lengua de las convulsiones e incluso se atragantó varias veces con su propia sangre. El humo salía de los electrodos, mientras que Ernest Müller perdía la conciencia, segundo tras segundo.

Aquello fue una plena tortura, no un tratamiento eficaz. Mengele introdujo la sedación en su primer tratamiento, pero el doctor Schumann no quería perder el tiempo en intentar que el paciente estuviera confortable; de hecho, le daba igual lo que pudiera suponer en él: tan solo quería ver resultados.

Después de los treinta minutos más largos para el cerebro de Ernest Müller, comenzaron a quitarle los electrodos de su cabeza. Estaba despierto, pero sus ojos volvían a estar en blanco y no podía ver nada. Tampoco podía escuchar, y hablar era una cosa que ya no sabía ni lo que significaba. El cerebro de Ernest

Müller se quedó en blanco. En aquel momento, su cerebro se había convertido en *tabula rasa,* la famosa tablilla en blanco que se creó en el corazón de Grecia intentando explicar lo innato.

Es imposible entender con exactitud lo que estaba ocurriendo dentro de su cráneo. Cualquier neurólogo hubiera pagado millones por abrirlo en canal en aquel momento y diseccionar hasta la última membrana de su corteza cerebral. Si alguien lo hubiera abierto en ese momento, de seguro habría chispas conectando y desconectando cada parte de su cerebro.

¿Podía Ernest pensar?

Las neuronas tienen la propiedad de producir y conducir corriente eléctrica por la cual se crea un sistema de comunicación electroquímico. Las neuronas establecen circuitos eléctricos que hacen posible el pensamiento humano. Y no solo eso: esa electricidad que se crea dentro de nuestro cráneo hace posible la memoria, el lenguaje, el comportamiento, el tacto o el olfato. Si constantemente nuestro cerebro chispea imparable, ¿qué ocurre cuando la corriente eléctrica llega desde fuera y el cerebro se sobrecarga?

Ya estando solo en la habitación, su mirada perdida y su cuerpo inerte evidenciaban el resultado de esa corriente eléctrica externa que había llegado hasta lo más profundo de su cerebelo.

Hubert seguía en la mesa de operaciones cuando el doctor Schumann llegó tras su intervención con Ernest para controlar lo que el doctor Mengele estaba poniendo en práctica. Apenas había comenzado la cirugía cuando él llegó; nada tenía que ver una intervención con otra. La de Hubert era mucho más complicada y preocupante: la pierna que le habían injertado había sido rechazada por su cuerpo, lo que le había provocado una gangrena bastante importante con la consiguiente infección por la falta de métodos. Nunca es aconsejable operar cuando existe una infección corporal, pero estos dos médicos se saltaban alegremente el reglamento médico siempre que les parecía necesario. Y lo peor no era la infección o que la pierna de Hubert hubiera que amputarla desde más arriba incluso; lo peor era la pretensión de Mengele y Schumann: Hubert estaba allí como experimento para saber cuánto dolor era capaz de soportar el ser humano.

Así, le sedaron lo justo y necesario para que no diera guerra y se dejara atar sin ningún altercado de por medio, pero la operación la pasaría íntegra sin anestesia. Los primeros minutos de preparación fueron los instantes en los que Hubert estaba adormilado, pero en el momento en el que empezaron a inyectarle diferentes sustancias en el centro de la gangrena todo cambió.

Le ataron el cuerpo de tal manera que no podía mover un solo músculo. Tanto los dos doctores como las enfermeras estaban totalmente equipados para

resistir física y mentalmente la operación que les llevaría horas. Cuando introdujo el bisturí por primera vez en la zona gangrenada, Hubert apenas notó un ligero pinchazo, pero, a medida que el corte era más y más profundo, aquel veterano comenzó a sentir un profundo e inigualable dolor.

La operación duró alrededor de tres horas y media, casi cuatro. En varios momentos se desmayó del dolor y de la pérdida de sangre, que apenas se suplía con otra diferente. Los gritos se oyeron en prácticamente todo Sonnenstein; todos podían oírlos menos Ernest, él no.

Hubert vomitó varias veces, intentó zafarse de lo que le hacía, se movía para impedir la intervención, gritaba, lloraba, pedía que lo asesinaran allí mismo…, pero de nada sirvió. La operación se finalizó con éxito, lograron extirparle el miembro podrido y arreglar la gangrena que se le había creado. Hubert perdió el conocimiento por completo media hora antes de terminar. Le inyectaron *a posteriori* tanto fármaco para su pronta recuperación que lo dejaron totalmente KO, drogado, sin fuerzas y con mucho dolor.

Ambos médicos salieron de sus intervenciones tan contentos que se fueron a celebrar su éxito. Ambos pacientes habían salido con vida y ahora solo cabía esperar los resultados pertinentes para poder hacer las valoraciones oportunas. Para ellos era un rotundo éxito el simple hecho de que sus pacientes hubieran aguantado el tratamiento, principalmente en el caso de Hubert, ya que era un experimento que se había puesto en práctica en varios campos de concentración, pero nunca de ese modo.

Mengele ya había exterminado a miles de niños por su pura satisfacción y con el fin de limpiar la raza; esto tan solo era un pequeño eslabón más de su terrible trayectoria profesional.

Hubert fue el primero en despertar de la espantosa cirugía a la que lo habían sometido. Los dolores habían llegado a un punto que descansar y dormir se le hacía imposible. Schumann trajo consigo a su personal médico de confianza, de los cuales la gran mayoría ya habían trabajado con Mengele previamente, en ambos casos en el campo de concentración de Auschwitz. Pese a ello, no siempre contaban con todos para los casos de experimentación, por ello escogieron a una enfermera para las labores posteriores a los dos tratamientos, la cual debía encargarse de la medicación, valoración y atención de ambos soldados.

Era joven y guapa, muy guapa. Había dedicado su vida a la enfermería como un sueño que cumplir. Tenía la esperanza de ayudar en todo lo posible a las personas que lo necesitaran, independientemente de su raza, sexo o religión; para esta enfermera el ser humano predominaba ante cualquier cosa, pero eso era algo que nunca decía en alto por si su vida se ponía en peligro. Trabajó en

Auschwitz desde que era tan solo una niña y aprendió muy rápido las labores que tenía que desempeñar. Estudió, practicó y siguió estudiando cada caso como si fuera el primero. Nunca hablaba demasiado y, cuando lo hacía, era para aceptar las órdenes de sus superiores. Estar en aquel campo de concentración se le hizo muy duro, puesto que las cosas que allí vivió era imposible que algún día las pudiera borrar.

Durante su estancia en Polonia, salvó a más de dos mil niños de morir y a más de mil doscientas mujeres de asfixiarse en las cámaras de gas; junto con una ginecóloga, practicó innumerables abortos antes de que los nazis se enteraran y las asesinaran vilmente. Tuvo que sacar a escondidas multitud de bebés no nacidos y enterrarlos para que nadie supiera lo que estaban haciendo. Muchos de los que salvó le deben la vida y jamás olvidarán ni su cara ni su nombre. Esta enfermera fue lo mejor que pudo llegar a las vidas de Hubert y Ernest. Por primera vez en mucho tiempo, el destino había brindado a Ernest el poder de la bondad.

Cuando la enfermera entró en la sala donde tenían a Hubert, este se retorcía de dolor mientras sudaba sin parar a causa de la fiebre. La operación había sido exitosa, pero la recuperación sería mucho peor que aquellas horas de insufrible sufrimiento. Se presentó rápidamente y le explicó lo que iba a hacer en cada momento; para esta enfermera lo más importante era transmitir paz a sus pacientes, ninguno se fiaba de nadie que tuviera una bata blanca y ella lo entendía.

Le puso varios paños húmedos en la frente mientras acariciaba su cara y le contaba que todo iría bien. Le inyectó varios fármacos para controlar su estado, penicilina, morfina y pronostil. Sabía que cualquier infección podía causarle la muerte y ya era bastante milagro que siguiera con vida después de leer todo lo que le habían hecho. Intentó bajar la fiebre mientras los medicamentos hacían efecto e intentó hablar con él desesperadamente para que Hubert pensara en otra cosa y pudiera distraerlo del dolor. Ella estaba muy cansada de ver a gente sufrir, pero pasase lo que pasase siempre tendería su mano a quien más lo necesitaba.

—Hubert, mírame. —Le torcía la cara hacia ella—. Todo saldrá bien, ¿de acuerdo? Conmigo estás a salvo. —Le sonrió.

Hubert la miraba como si estuviera viendo un ángel caído del cielo, como si fuera una musa, una diosa o semidiosa llegada desde el cielo para él. El dolor era tan intenso que no podía hablar y tan solo abría la boca para emitir quejido tras quejido. La enfermera no lo soltó ni un solo segundo, ofreciéndole no solo cuidados médicos, sino también cariño y comprensión, algo que Hubert no había tenido desde hacía lustros. Finalmente, consiguió que, tras la

administración de los medicamentos y su tacto tan humano, se calmara y se relajara.

Cuando eso ocurrió, pudo curarle con mucho cuidado la herida de la pierna. El aspecto era feo, muy feo, pero ella ya había bailado en peores salas y sabía perfectamente lo que tenía que hacer. La cura le llevó bastante tiempo, hubiera querido hablar con él mientras lo hacía; conocer su historia, sus orígenes, los motivos…, pero se quedó dormido.

Cuando terminó, apuntó en el historial que tenía a los pies de su cama todo lo que había sucedido, el tiempo de respuesta de los medicamentos, el aspecto de la herida y el comportamiento del paciente. Cada vez que tenía que hacer eso, deseaba con todas sus fuerzas emitir en el informe que todo era resultado de las barbaridades a las que los sometían. Su padre murió en Auschwitz sirviendo a su país mientras su madre se consumía por la pérdida de su marido. Su padre contrajo tifus y fue imposible hacer nada al respecto o quizá sí; su doctor fue Josef Mengele y, al poco tiempo de contraer la enfermedad por ser cercano con los presos, murió.

Ella le tenía una especial inquina a Mengele, pues siempre sospechó que no hizo lo pertinente para que su padre se curara y a ella la apartaron del caso para no crear conflicto de intereses. Pese a ello, nunca dejó de tratar con el mismo cariño a todos los presos que vivieron allí los peores años de sus vidas y a los que no lograron sobrevivir también.

Schumann entró en la habitación en aquel momento en el que la enfermera anotaba pudorosamente cada paso que había dado.

—Señorita, ¿cómo ha ido? —preguntó.

—Bien, señor, le he administrado los fármacos oportunos. Está todo aquí apuntado. —Dejó el informe y quiso irse.

—Espere. —Schumann la cogió del brazo y la frenó.

—Dígame, señor. —Se giró intentando poner una gran sonrisa.

—Está hoy especialmente guapa, señorita. —Acarició su cara.

La enfermera bajó la mirada y esbozó una media sonrisa forzada; no era la primera vez que Horst Schumann se le insinuaba y, aunque había salido airosa de cada ocasión, tenía miedo de que la próxima vez la suerte la abandonara. El doctor Mengele entró en aquel momento y pudo soltarse sin levantar sospechas de su rechazo hacia Schumann. Salió de la habitación mientras ambos médicos leían el informe y comprobaban el estado de Hubert. Recorrió el pasillo hasta que llegó a la puerta de la habitación de Ernest. Se apoyó en la pared con los ojos empañados en lágrimas, con el dolor y la rabia que necesitaba sacar y que no podía. Para ella, el mejor pensamiento cuando cosas desagradables le sucedían era pensar que estaba haciendo un bien común, que ayudaba a las

personas pese a todo y que, gracias a ella, Auschwitz fue un lugar menos malo. Cuando el campo de concentración fue asaltado por las tropas y todo se fue a pique, sintió un profundo alivio. Ella logró salir con el resto de su equipo y afincarse en Sonnenstein; a veces, tenía la sensación de que, aunque hizo todo lo posible por sus pacientes, debía entregarse a las autoridades por haber sido partícipe del mantenimiento de aquel infierno. Su corazón era tan puro y noble que arriesgó su vida cada día por los demás.

Tocó la puerta dos veces, por si el paciente al que aún no conocía se encontraba indispuesto o no visible. Había escuchado algo sobre su caso, pero no sabía con exactitud qué le ocurría y qué le habían hecho. Esperó pacientemente la respuesta de su paciente, pero, al no encontrarla tras insistir varias veces, abrió la puerta despacio, pensando que, si estaba dormido, no quería despertarlo.

Allí lo vio, tumbado en la cama, con los ojos abiertos como platos, la boca semiabierta y las manos colgando por la camilla. El corazón de la enfermera se paró en seco. Su cuerpo se quedó petrificado. Su respiración se aceleró. Sus manos temblaron. Era Ernest Müller.

La conexión entre dos personas es una dimensión impresionante. Se le llama química emocional a aquella que se da cuando dos personas se encuentran y un halo invisible las cubre por el resto de la vida. Se dice que, cuando dos personas se interconectan en un plano espiritual, lo terrenal se vuelve incorpóreo y nada importa más que los sentimientos que se crean recíprocamente. En algún lugar del mundo, siempre va a existir aquella persona con la que te una algo por el resto de la vida, lo difícil es encontrarlo; pero cuando ocurre, cuando lo encuentras, absolutamente nada ni nadie será capaz de hacer que olvides a esa persona.

Cerró la puerta vertiginosamente y, con la mano en el picaporte, se quedó unos segundos mirando hacia la puerta con lágrimas en los ojos. Lo que había visto en aquella habitación, lo que sus ojos habían captado, era algo que jamás esperó encontrar en Sonnenstein. Respiró profundamente, tragó saliva varias veces y se retiró con la mano las lágrimas que escurrían por sus mejillas haciendo que su piel se volviera un territorio realmente hostil. Se giró, pero algo le impedía dar un paso hacia delante, como si su espalda se hubiera quedado pegada a aquella puerta que deseó no haber abierto nunca. Su mente comenzó a escupir recuerdos, recuerdos de hacía años, momentos que nunca olvidó, pero que apenas recordaba. La vida había pasado demasiado deprisa para una niña de diecisiete años que encontró a un muchacho perdido en medio de una guerra. Los años habían dejado obsoletos el recuerdo de un joven al que alimentó cuando sus fuerzas se vieron minadas. Los días habían sido

testigos de lo cruel que puede ser el mundo con las personas que son diferentes a los demás.

Agnes Lerman había invertido todos esos años en cuidar y proteger a personas como él, porque, gracias a Ernest Müller, aquella niña le dio sentido a su vida y a su futuro. Allí estaba, a los pies de la camilla que contenía un cuerpo inmóvil y muchos recuerdos, a los pies de un paciente que hubiera deseado no tratar jamás.

La tarde caía en la ciudad de Pirna. Aquel día, el cielo estaba totalmente despejado y el atardecer entraba por la ventana de la habitación como si fuera un arcoíris intentando iluminar el camino de aquellos amigos que se volvieron a encontrar. Se produjo un arrebol fascinante que Agnes pudo observar ininterrumpidamente, sentada al lado de su amigo Ernest Müller mientras este aún no se había dado cuenta de que la joven que le salvó la vida una vez había vuelto para salvársela dos.

Le cogió la mano y se la apretó fuerte, lo miraba y sonreía emocionada pensando que quizá la vida no había sido tan mala al reencontrarla con él. Acarició su cara y vio que la guerra había dejado huella en su hermoso rostro. Los años habían pasado por Ernest y lo cierto es que envejeció demasiado rápido, pero a Agnes no le extrañaba, porque la cara de Ernest siempre fue un espejo de su alma aunque ni tan siquiera él lo supiera. Leyó detenidamente su historial para comprender el motivo de aquel encuentro. Nada de lo que leía le sorprendía porque ella fue la primera persona a la que Ernest le confió su secreto más preciado, a Libert.

Leer el nombre de aquel amigo de Ernest al que nunca logró ver hizo que le recorriera un escalofrío por todo el cuerpo. Fueron muchas las veces que, metida en el campo de concentración cuando tuvo que acompañar a su padre, deseó tener a un Libert en su vida con el que poder contar y al que poder relatar las miserias que allí dentro estaba viviendo. «Bendito Libert», pensó. Ella sabía que lo único que había mantenido con vida a Ernest todos estos años había sido Libert. Porque Libert lograba que lo peor del mundo se convirtiera en una aventura por descubrir.

Agnes todavía no conocía el alcance del estado de Ernest Müller y, aunque su mayor anhelo era que estuviera bien, por desgracia llegó tarde.

Reminiscencia

Cuando Agnes Lerman tuvo que poner rumbo hacia Auschwitz, estaba segura de que las cosas allí dentro no eran tan horribles como la gente contaba; creía que solo se trataba de rumores de algún que otro hombre desesperado por tratar de aplacar a Alemania.

Subida en el coche oficial de su padre, ya llegados a Polonia, no veía mucha diferencia de su país con este y es que, al fin y al cabo, cuando cruzas la frontera de cualquier lugar, la mayor disimilitud que se puede encontrar es en la gente, en sus maneras, en su cultura, en su pensamiento. Desde la ventana de aquel coche oficial tan solo veía la misma miseria que había en Alemania. Ya llegados al punto en el que el cartel más siniestro que jamás vieron sus ojos los avisaba de que estaban en el mayor campo de concentración, el que décadas después todo el mundo conoció, empezó a entender que esos rumores que tanto escuchaba tal vez tenían algo de verdad.

Sus diecisiete años le impedían ver con claridad lo que allí dentro se ocultaba y su padre no tuvo el valor para explicarle lo que allí dentro sucedía sin sentirse el hombre más miserable del mundo. Él solo buscaba el bienestar de su familia, a cualquier precio, lo que nunca llegó a pensar era que el precio que todos pagarían sería demasiado alto. Agnes Lerman creció demasiado rápido y pronto se convirtió en toda una mujer con las expectativas muy altas. Si bien es cierto que al principio cumplía órdenes, de esas órdenes a las que no te puedes negar, no tardó mucho tiempo en encontrar consuelo en una médica que le abrió los ojos cuando los tenía más cerrados que nunca; porque a veces, cuando la realidad es demasiado cruda, apretamos fuerte los ojos para no darnos cuenta de que esa crudeza es absolutamente real. Así fue como la pequeña Agnes Lerman se adentró en una constante batalla por ayudar sin ser descubierta y eso es una pena que siempre llevará consigo. La pena de convertirse en una heroína clandestina con el corazón hecho pedazos por todas aquellas personas a las que no le pudo brindar el derecho a la vida.

Josef Mengele fue su instructor, su mentor y su guía los primeros meses en Auschwitz. Todo ello envuelto en un halo de estricto rigor médico que traspasaba los límites de la moralidad prácticamente a diario. Aprendió mucho

de él, muchísimo, porque Josef Mengele eran un gran médico, aunque con muy poco corazón; ella fue lo suficientemente inteligente como para aprender de él lo estrictamente necesario sin dejar a un lado sus principios y valores. También le enseñó algo a nivel personal y fue a no convertirse jamás en el ser que él era. Se convirtió en su mano derecha y así fue como en la sombra concedió a muchos y a muchas la dignidad de irse de este mundo como un ser humano y no como un animal. También salvó la vida de miles de mujeres y de cientos de niños e incluso puso su vida en riesgo en varias ocasiones cuando su mentor se percataba de que sus órdenes no estaban siendo cumplidas, pero, para suerte de Agnes, la vida tan frenética de aquel campo de concentración que hoy no es más que polvo y recuerdos no le permitía centrarse en averiguar quién le saboteaba la mayoría de sus atroces experimentos.

Perder a su padre fue un duro golpe para ella, porque aquel militar nazi con el corazón en la humanidad era su hombro en el que llorar cuando la situación la sobrepasaba. Su padre siempre tenía palabras de aliento para ella y la empujaba a convertirse en mejor persona de lo que ya era; él la animaba a crear una historia diferente para los muchos que allí dentro yacían sin nombre. Por eso, Agnes Lerman creó un sistema precioso en el que cada número que un niño tenía en su piel se convertía en un alfabeto mágico que tan solo ellos entendían. Esa fue una de las muchas cosas horribles que Agnes convirtió en bonitas. Las mujeres nunca olvidarán el cariño con el que esta enfermera trató sus problemas, ni cómo ella daba la cara cada vez que había un altercado entre los presos o cómo les daba medicamentos a escondidas cuando no podían soportar más el dolor.

La vida no fue fácil para ella durante esa temporada. Al fallecer su padre, su madre se vio envuelta en una vorágine de desolación que no pudo soportar; se terminó suicidando en su habitación, con la foto de su marido en el pecho y con una sonrisa en la cara, esperando reencontrarse con el hombre al que tanto amó y que tan feliz la hizo. Agnes lamentó mucho su segunda pérdida, pero humanamente sintió un profundo alivio al saber que sus dos padres se encontraban de nuevo juntos, lejos de todas las atrocidades que tenían que ver día tras día y hora tras hora. Ella tenía el corazón tan amplio que sentía ese tipo de amor por sus padres en el que se prefiere que ellos se vayan antes de que sigan sufriendo, porque, si egoístamente hubiera pensado de otro modo, haberlos retenido en aquel triste lugar tan solo hubiera acrecentado ese terrible sufrimiento que padecían continuamente. Del mismo modo, ella siempre supo que su mentor, Horst Schumman, fue el causante de tanto dolor a su padre después de contraer el tifus. Mil veces se le pasaba por la cabeza coger una jeringuilla con cualquier sustancia mortal para el ser humano y asesinarlo sin

que nadie se diera cuenta. Sabía que haría un bien a la humanidad, pero también conocía sus limitaciones y nunca hubiera podido soportar ser la persona que se tomó la libertad de quitarle el bien más preciado a otro ser humano, la vida.

El 27 de enero de 1945, cuando las tropas soviéticas alcanzaron el campo de exterminio de Auschwitz, las cámaras de gas habían sido desmanteladas tiempo antes previendo su llegada. Allí encontraron dos mil ochocientos diecinueve supervivientes, de los cuales la inmensa mayoría agonizaba. Pese a eso, encontraron trescientos cuarenta y ocho mil ochocientos veinte trajes de hombre y ochocientos treinta y seis mil doscientos cincuenta y cinco vestidos de mujer. El hedor a muerte persistía en el ambiente. Por aquel entonces, Agnes Lerman huyó junto con Horst Schumman lejos de allí, con el resto del equipo que Schumman eligió para llevárselos a otro lugar aterrador. Ella intentó por todos los medios que todos los que no habían podido huir se quedaran en las mejores condiciones, pero el ambiente era tan tenso que apenas pudo hacer algo por una veintena de ellos. Pensó en quedarse a cuidarlos y en afrontar su final de la mejor manera posible, pero algo le decía muy dentro de su pensamiento que su camino no podía ni debía terminar allí, que había algo hermoso esperándola allí fuera, que no se rindiera… y por ello puso rumbo con el equipo médico fugado de Auschwitz hacia Sonnenstein.

Aquella noche, después de encontrar a Ernest Müller sumido en un profundo trance mental, Agnes Lerman estuvo en vela, asumiendo todo lo que acababa de suceder. Para ella, Ernest fue mucho más que un chico solitario al que alimentó durante menos de lo que le hubiera gustado. Ernest fue el primer chico al que miró de una manera diferente, al que sintió de una manera diferente. Nunca llegó a comprobar si lo que sentía por él era amor o amistad, pero le daba igual porque lo que él le hacía sentir no tenía nombre ni definición. Muchas veces pensó en él y, a decir verdad, lo daba por muerto. Esos tiempos no estaban hechos para personas como Ernest y ella lo sabía. La sorpresa fue tan grata que, pese a verlo en ese estado, se alegraba con todas sus fuerzas de que siguiera con vida. Auschwitz empezó a disiparse de sus recuerdos, poniendo su objetivo en algo mucho más importante para ella: Ernest Müller.

Nadie mejor que ella conocía las intenciones de Mengele y Schumman y nadie mejor que ella podría aliviar el impacto que tendría sobre Ernest, pero la tarea no era fácil, era mucho más complicada de lo que se podía imaginar. La vida ya le había puesto en un camino de piedras totalmente descalza y había resistido cada herida abierta de sus pies; ahora el camino se había alargado, pero el final de aquella ruta era lo único que quería conseguir: sacar a aquel

chico hambriento que conoció años atrás sano y salvo.

Pronto amaneció y su jornada empezaba muy temprano. Se colocó correctamente su uniforme, desayunó con sus compañeros algo rápido y comenzó su trabajo y su plan.

—Señorita Lerman, acuda a la revisión del paciente Hubert —dijo Mengele con aquel tono soberbio mientras se la cruzaba por el pasillo.

—Ahora mismo, señor. Que tenga un buen día. —A Agnes le costaba ser agradable.

Hubert había pasado mala noche. La infección le estaba creando una fiebre altísima que no lograban bajar del todo y los dolores se hacían insoportables incluso para Agnes, que tenía que ver a un hombre sufrir por la ambición errónea de otro. Nada más llegar a la habitación, Hubert le suplicó que le diera algo para el dolor y ella, sin autorización de sus superiores, que habían ordenado una dosis mínima para seguir estudiando la resistencia humana al dolor, aumentó la dosis todo lo que pudo para que, al menos, ese día no sufriera lo que estaba sufriendo.

—Usted no es como ellos —le dijo Hubert mientras su cuerpo rilaba sin cesar y su frente se llenaba de sudor a causa de la fiebre.

—Todo irá bien, ¿de acuerdo? En unos minutos empezarás a sentirte mejor —contestó Agnes mientras le inyectaba la tercera dosis.

—Sé reconocer un alma pura en cuanto la veo. —Sonrió y cerró los ojos. Ella también sonrió—. ¿Puedo hacerle una pregunta, señorita?

—Claro.

—¿Cómo está mi camarada Ernest Müller? Vinimos juntos y no sé nada de él. Por favor, tan solo dígame cómo está.

—¿Usted conoce a Ernest Müller? —Los ojos de Agnes se iluminaron.

La puerta de la habitación se abrió y el doctor Schumman entró a comprobar el estado de Hubert para poder hacer sus anotaciones matutinas que tan meticulosamente hacía. Le preguntó a Agnes cómo había pasado la noche el paciente y le preguntó la dosis exacta que le acababa de administrar. La enfermera de alma pura le mintió, contándole lo que ella tenía como orden mientras miraba a Hubert y le guiñaba un ojo. Aquella visita solo era la primera del día; por la tarde debería volver a administrarle la segunda toma de su tratamiento, por lo que, a la llegada de Schumman, salió por la puerta en dirección a la habitación de Ernest.

Estaba nerviosa, sabía por otra enfermera que ya había respondido a alguna pregunta y que había salido del trance a altas horas de la madrugada. Se atusó el pelo, se colocó el uniforme y se miró en el espejo del baño para comprobar que, aunque los años habían pasado por su rostro, seguía con el mismo brillo

que cuando lo conoció. Estaba tan ilusionada por volver a hablar con Ernest… Tenía tantas cosas que contarle y tantas preguntas que hacerle que no veía el momento de volver a mirarse con esas miradas que tan solo ellos dos podían entender. Justo delante de la puerta cerrada, puso la mano en el picaporte, miró hacia ambos lados del pasillo para comprobar que nadie los molestaría y entró.

Allí estaba Ernest, sentado a un lateral de la cama, con los pies en el suelo y mirando hacia la pared. Cuando ella entró, ni se inmutó y su mirada seguía fija en la pared.

—Ernest —la ilusión de su voz se hizo tangible. Él no contestó, ni la miró—. Ernest, ¿cómo estás? —preguntó desde la puerta, ni siquiera se atrevía a acercarse de los nervios.

—Me duele la cabeza —contestó él mientras seguía mirando fijamente a la pared.

—Espera, te daré algo para el dolor. —Sacó una pastilla de su bolsillo. Se acercó a la mesa para servirle un vaso de agua que ya había preparado la tarde anterior para él, lo cogió y, agachándose a sus pies para darle la pastilla, se volvieron a mirar después de tanto tiempo. Sin embargo, algo había cambiado —. Ernest, soy yo, Agnes. —Le cogió las manos.

Él la miró, miró sus ojos, miró tanto sus ojos que ella no comprendía qué estaba ocurriendo. Habían pasado muchos años desde que sus miradas se cruzaron por última vez, pero hubiera reconocido sus ojos en cualquier lugar del mundo entre millones de personas. Sin embargo, algo había cambiado, ya no la miraba igual, ella ya no lo sentía del mismo modo. Agarró fuerte sus manos y volvió a decirle que era Agnes, Agnes Lerman; temía que la hubiera olvidado.

—No sé quién eres. —Soltó sus manos y volvió a mirar fijamente a la pared.

—Ernest, soy yo, Agnes Lerman. Estuviste en el sótano de mi casa hace muchos años. Tienes que acordarte, venga. Hablábamos de Libert, ¿recuerdas? —escupió todas aquellas frases sin pensárselo ni un segundo; queriendo y sin poder.

—¿Libert? No sé… Me duele la cabeza. —Se tumbó en la cama después de tomarse la pastilla que le había dado.

Agnes se levantó del suelo con el corazón en un puño, con la respiración entrecortada y los ojos a punto de estallar de tantas ganas que tenía de llorar. Se quedó medio minuto ahí de pie, paralizada con los labios temblorosos, intentando no derramar ni una sola lágrima. Ernest se daba media vuelta y se tumbaba mirando hacia la otra pared, dándole la espalda a la mujer que le salvó la vida. Agnes se dio media vuelta y salió de la habitación; corrió hasta el

baño y se derrumbó por completo. ¿Sería verdad que Ernest la había olvidado? ¿Sería real que él nunca pensó tanto en ella como ella en él? Fueron muchas las preguntas que asaltaron su cabeza como si se tratara de un bombardeo.

La memoria es algo especialmente complicado. La capacidad que el cerebro nos brinda para retener información y recuperarla voluntariamente se ve expuesta durante toda nuestra vida a las inclemencias que puedan desarrollarse a lo largo de nuestros días. Porque no solo depende de que nuestra fisiología cerebral funcione correctamente, sino de la multitud de factores ambientales que terminan atañendo a esta capacidad. La memoria nos permite recordar ideas, palabras, olores, sensaciones, conceptos y estímulos, pero es imposible localizar la memoria en un punto concreto del cerebro; se convierte en algo intangible, se vuelve invisible cuando queremos encontrarla, se desvanece.

Quizá por eso se vea afectada por muchos más factores de los que podamos llegar a imaginar. Cuántas veces hemos intentado recordar algo tan simple como dónde hemos colocado las llaves de casa y nos ha sido imposible recordarlo voluntariamente. Cuántas veces hemos olido un perfume por la calle e *ipso facto* se ha colocado una cara en nuestro pensar. Cuántas veces hemos querido olvidar algo con todas nuestras fuerzas y nos ha sido imposible, hasta tal punto que por el simple hecho de querer olvidar lo hemos recordado con más fuerza. ¿Realmente la memoria es algo voluntario?

Ernest Müller tenía un cerebro brillante, tan brillante que dos de los supuestos mejores médicos que existían en la Alemania nazi querían investigarlo a toda costa, a cualquier precio. Si se hubiera podido desgranar su cerebro en una mesa sin interrumpir su función cerebral, de seguro, se hubieran descubierto muchas de las cosas por las que aún la gente sigue padeciendo. Pero, como todo en esta vida, la cualidad de ser brillante, la cualidad de ser fuerte, la cualidad de tener algo más allá de lo normal, no te exime de que algún día en algún momento todo se desvanezca, igual que la memoria cuando la quieren encontrar. La terapia de electrochoque había debilitado el bien más preciado de Ernest: su cabeza. La amnesia había inundado su memoria hasta tal punto que Agnes se convirtió en una desconocida, pero no fue la única.

—Enfermera Lerman, acuda a la habitación dieciocho urgentemente —sonó por megafonía.

La habitación dieciocho era la de Hubert y nunca solían llamar por megafonía a no ser que fuera algo de urgencia. Agnes corrió todo lo que pudo hasta allí, pensando que Hubert era el único que le podía contar qué había sucedido con Ernest, qué había sido de él todos estos años… Solo quería saber y Hubert era el único que podía despejar sus dudas. Cuando llegó a la

habitación encontró a Mengele y a Schumman atendiendo a Hubert, que había perdido casi todas sus constantes y estaba a punto de perder más que eso. Le inyectaron todo tipo de fármacos para ayudarlo a sobrevivir e incluso la misma Agnes tuvo que practicarle la reanimación cardiopulmonar. Lo cierto es que todos los allí presentes sabían que Hubert había aguantado lo humanamente imposible y que no sería de extrañar que en cualquier momento perdiera la vida a causa de todo lo que le habían hecho. La infección no desaparecía y él cada vez tenía menos fuerzas aun habiéndose alimentado mejor que nunca; por aquel entonces ya tenía una septicemia y ni siquiera los avances médicos de la época eran suficientes.

Consiguieron estabilizarlo, pero su vida pendía de un hilo; si moría de una sepsis, no sería el primero en fallecer a causa de esta enfermedad silenciosa. La tardanza en su tratamiento y las barbaridades a las que se vio expuesto lo pusieron en el paredón de fusilamiento para ser otro soldado más que contraía la septicemia. Mengele había llegado hasta el punto al que quería llegar, una de sus mayores ambiciones era llevar a un humano al límite, casi matarlo para devolverle a la vida, y Schumman tampoco obviaba el hecho de que, si conseguían curarlo por completo, habría muchos avances médicos que otorgarse y muchas maneras de torturar a una persona sin necesidad de asesinarlo.

Agnes se quedó con él más de tres horas, después de que consiguieran estabilizarlo por completo. Hubert estuvo dormido la mayor parte del tiempo, pero de vez en cuando hablaba dormido; muchas de las cosas que decía eran imposibles de entender, pero otras tantas se escuchaban con total claridad y, en su mayoría, el nombre de Ernest estaba presente. Agnes escuchó atentamente aquellas frases sueltas: en general, quiso decir algo así como que querían arrebatarle a Libert y que, sin él, Ernest no sabría vivir. Lo que escuchó de la boca del único hombre que podía darle respuestas la hizo pensar.

Ernest estaba allí y estaba recibiendo ese tratamiento por la existencia de Libert y bien es cierto que, médicamente hablando, el joven Müller podía padecer algún tipo de esquizofrenia que lo llevaba a ver y a oír a alguien que no existía, pero fue entonces cuando Agnes pensó: «Si consiguen curarlo, ¿Ernest volverá a ser el mismo?». Ella siempre le había tenido un cariño especial a Libert, e incluso se lo imaginaba, le puso una cara, un cuerpo, una ropa y una voz; eso es algo que compartía con Hubert, pero que todavía no sabía.

Antes de actuar e intentar que Ernest estuviera sano y salvo, necesitaba respuestas. Se acercó lentamente al cuerpo de Hubert, que ardía como si hubiera estado expuesto al fuego durante horas y lo meneó intentando que se

despertara. Hubert o, más bien, su estado se resistía, pero finalmente se despertó.

—Hubert, soy Agnes, ¿cómo se encuentra? —preguntó mientras le ponía un trapo mojado en la frente.

—¿Qué ha pasado? —preguntó desorientado.

—Ha habido una complicación, pero ya está todo solucionado —contestó Agnes y prosiguió—: Necesito saber algo. —Hubert le hizo un gesto para que continuara—. Necesito saber qué ha pasado con Ernest —fue clara.

—¿Conoces a mi camarada Ernest? —preguntó Hubert extrañado.

—Sí, desde hace muchos años, lo ayudé en un momento de necesidad. Necesito saber qué está pasando con él. No me reconoce y está totalmente ido. Lo están tratando con electroconvulsiones.

—He intentado evitarlo por todos los medios, pero… no puedo hacer nada más por él. Intenté que nadie lo supiera, pero Mengele sabe de la existencia de su amigo Libert, un amigo imaginario —aclaró—, y quiere deshacerse de él.

—Sé quién es Libert —respondió Agnes.

—Tú… ¿tú eres aquella niña que lo ayudó hace muchos años? —preguntó mientras se incorporaba para verla mejor.

—Sí, ¿sabes quién soy? —preguntó emocionada, a punto de llorar.

—Ernest habla mucho de ti. —Cogió su mano.

Ambos estuvieron poco más tiempo hablando antes de que se tuviera que ir, los dos sabían que Ernest necesitaba a Libert y que la terapia de electrochoque podía ser efectiva en un paciente con su historial. Pensaron qué hacer para ayudarlo, pero la realidad era que Agnes estaba sola en esto, ya que Hubert no podría ayudarla de ningún modo. Hablando, Hubert le comentó a Agnes la existencia de un cuaderno, un cuaderno que Mengele le quitó y donde anotaba todo lo que iba sucediendo. La enfermera Lerman no se lo pensó dos veces; tenía claro que debía hacerse con ese cuaderno para conocer todo lo que no vivió con Ernest. El joven Müller era un libro abierto para él, pero las cosas habían cambiado y ella se había perdido demasiadas cosas de él como para poder urdir un plan que fuera cien por cien efectivo.

Tanto Agnes como Hubert tuvieron una conexión profunda gracias a Ernest. Porque eso es lo que conseguía Ernest con las personas: creaba magia por donde pasaba.

El día pasaba demasiado rápido y, aunque Agnes ya estaba acostumbrada a que las horas y los días se convirtieran en meros espectadores de un tiempo tan difícil, desde que vio la cara de Ernest por primera vez después de tantos años, las manecillas del reloj giraban a una velocidad espasmódica.

Pronto tendría que entrar a la segunda terapia electroconvulsiva de Ernest.

Había sido ella la elegida por su superior y no podía negarse a entrar en aquella sala sin levantar sospechas de la cruel realidad. Por un lado, quería estar presente, por si tuviera que sabotear algo, pero por otro lado se veía incapaz de ver a Ernest sufrir más de lo que sabía que ya había sufrido. Sabía que no la reconocería y eso la mataba aún más por dentro. Agnes Lerman nunca hubiera imaginado llegar al final de la Segunda Guerra Mundial y volver a ver a Ernest Müller con vida, pero lo que no podía ni tan siquiera concebir es que llegara un momento de su vida en el que aquel chico al que cobijó no la recordara.

Al entrar en la sala donde iban a practicarle la terapia, leyó de reojo el procedimiento que habían dado al resto de personal, porque ella solo tenía que estar allí por si algo saliera mal. Su cara representó el horror que estaba a punto de sufrir Ernest y que ya había sufrido en la anterior; iban a traspasar descargas por su cerebro sin aplicarle ninguna anestesia. Cerró los ojos y respiró profundo. A su lado había otra enfermera, que no era de muchas palabras y, por supuesto, de pocos amigos. El bote de anestesia estaba en la vitrina que tenía a sus espaldas, pero no podría cogerlo delante de ella sin tener que dar explicaciones. Los celadores y el resto del equipo estaban a punto de llegar.

—Disculpa, Margaret, creo que alguien te llama desde fuera —dijo Agnes mientras señalaba al pasillo.

—¿A mí? No he oído nada —respondió con cara de sorpresa.

—Sí, Margaret han dicho. Te llamas Margaret, ¿no? —Las manecillas pasaban más deprisa.

La enfermera se acercó a la puerta y, sin dejar salir su cuerpo de la habitación, asomó la cabeza para ver si veía a alguien. Agnes, sin pensárselo dos veces, cogió corriendo la anestesia y la jeringuilla y se las guardó en el bolsillo sin que nadie la viera. Su compañera se giró y, con un gesto de condescendencia, se puso a preparar la camilla para el paciente que tenía que llegar. La primera parte había sido mucho más sencilla de lo que pensaba, pero administrarle el sedante a Ernest para que no sufriera tanto como había sufrido la vez anterior era prácticamente imposible. Pese a eso, Agnes Lerman tenía preparada la dosis para él. Es lo único que podría hacer por su amigo, dado que interrumpir el tratamiento sería un suicidio y descubriría su relación con Ernest, lo que los llevaría a ambos a una muerte segura.

Seguía viendo cómo las manecillas del reloj pasaban segundo a segundo, pero como si la velocidad hubiera acelerado, casi tanto como su pulso. Apenas tuvo tiempo de pensar en algo cuando el doctor Mengele y Schumman llegaron con Ernest. Al entrar, les dieron las indicaciones oportunas a sus empleados y

se dispusieron a poner los electrodos alrededor de la cabeza de Ernest. Agnes, impaciente por que algún milagro ocurriera, lo miraba fijamente a los ojos mientras le ataba las correas, pero Ernest, con la mirada de nuevo perdida en la nada, deleitaba al techo con su bonito mirar.

En un momento dado, en el que ambos médicos se giraron a comprobar una cosa y el resto de los compañeros sanitarios comprobaban la máquina, quiso introducirle la aguja en la vena, escondiendo la jeringuilla en la manga de su camisa, pero ese intento se vio frustrado. No había nada que ella pudiera hacer. Se alejó de la camilla y desde una segunda fila que ella misma creó para no ser partícipe de aquel horrible espectáculo, la manivela que dejaba pasar la corriente fue activada.

La primera vez que Agnes fue testigo presencial de las masacres que se producían dentro de las cámaras de gas, el doctor Schumman la engañó vilmente para llevarla hasta allí. La condujo hasta las cámaras con el pretexto de que en esas naves se bañaba a las personas que se metían para desinfectarlas de posibles enfermedades. Aquella fue la primera vez que Schumman puso a prueba la entereza de Agnes. Olvidar aquel día era una misión perdida para ella. La puerta de aquella nave se abrió y alrededor de setenta presos fueron pasando, uno a uno, desnudos. Hombres, mujeres, ancianos y niños. Algunos asustados por entrar en aquel lugar y otros, como los niños, contentos de entrar a ducharse.

Cuando cerraron la puerta, una pequeña ventana redonda dejaba ver parte de lo que había allí dentro; todas las personas que entraban se aglutinaban de tal modo que apenas se veía el interior. Agnes estaba fuera, con su libreta en la mano para anotar todo lo que Schumman le iba indicando para su aprendizaje como enfermera. Los soldados que custodiaban aquel horror giraron las llaves que dejaban entrar el veneno que aniquilaría a todos los que estaban dentro; algunas veces era cianuro, otras, monóxido de carbono y, en la mayoría de las ocasiones, ambos gases juntos. Esos gases provocaban la muerte por asfixia mientras todos los que estaban dentro sufrían espasmos y convulsiones alrededor de veinticinco minutos. Durante esos veinticinco minutos, la gente comenzaba a orinar y a defecar, expulsaban fluidos mientras la cámara les daba muerte. Cuando Agnes quiso darse cuenta de lo que estaba ocurriendo, ya era demasiado tarde. Escuchaba los gritos desde donde estaba, las mujeres presas del pánico, los niños asustados y llenos de dolor y los hombres imploraban a Dios que alguien los sacara de allí. No pudo hacer más que mantenerse quieta, aguantando las lágrimas, sabiendo que las setenta personas que había allí dentro iban a morir entre terribles sufrimientos. Schumman no le quitaba ojo de encima, pero Agnes, que sabía que aquello era una prueba de fuego para

ella, se mantuvo fría ante la imagen más dolorosa que había vivido en toda su vida.

Muchos de los presos que habían entrado en aquella cámara de gas habían sido atendidos por ella. Recordaba en especial a un niño que, asustado por haberse cortado en un dedo, acudió a ella en silencio para que nadie le hiciera más daño. Cuando una persona vive eso, automáticamente dejas de ser el mismo para convertirte en lo que no quieres ser y, así, sobrevivir.

Ernest convulsionaba hasta el punto de que varias correas se soltaron y las dos enfermeras tuvieron que agarrarlo con fuerza para que no se cayera de la camilla. Los ojos volvieron a ponerse de ese modo tan espantoso, su boca escupía espuma pese a tener una mordaza para que no se mordiera la lengua, que fue lo único que Agnes logró poner sin que nadie se percatara hasta que ya empezó el tratamiento. Agnes recordó la primera prueba de fuego de Schumman porque fue en ese momento cuando entendió que la imagen más dura que habían visto sus ojos era la que tenía delante. Es cierto que, a lo largo de su andadura en Auschwitz, había visto cosas que no le desearía ni al peor de sus enemigos, pero, cuando algo injusto, doloroso y terrible le ocurre a alguien a quien quieres con todo tu ser, el dolor se triplica.

El cuerpo de Ernest se quedó tendido de nuevo en la camilla, totalmente inerte, con los brazos colgando, la cara manchada de su propia saliva y los ojos en blanco. Aquella sesión había terminado. Agnes se ocupó cuando todos se fueron de arroparlo y de posicionar su cuerpo correctamente y se quedó con él un rato hasta comprobar que todo estaba bien.

Mientras estaba sentada a su lado, quería pensar que Ernest estaba en ese estado de trance porque Libert se lo había llevado lejos para que no sintiera ese dolor tan profundo. Y ya no solo físico, sino también emocional. Querían arrebatarle una parte de su ser, querían arrancarle de sus entrañas lo único que lo había mantenido con vida durante tantos años. Deseaba que, cuando se despertara, le contara que una vez más lo había llevado a ese barco pirata.

La noche comenzó a caer y Agnes tenía que terminar su turno para que nadie se diera cuenta de que había invertido demasiado tiempo en Ernest Müller. Mientras andaba en dirección al despacho de Schumman y de Mengele, a quienes no les quedó más remedio que compartirlo, dadas las circunstancias, ambos médicos salieron de allí para ir a cenar y le pidieron a Agnes que dejara los informes encima de la mesa para verlos con detenimiento a la mañana siguiente. Había sido un día muy duro y ambos doctores se acostarían después de la cena. Así obró Agnes, entró en el despacho y dejó los informes encima de la mesa, pero hubo algo que la retuvo allí, justo enfrente del escritorio que presidía el despacho: un cuaderno; un cuaderno que no había visto antes en las

manos de Schumman, por lo que solo podía significar que lo trajo Mengele cuando llegó a Sonnenstein.

Comprobó que nadie estuviera merodeando por los pasillos, cerró la puerta del despacho con sigilo y abrió el cuaderno con la esperanza de que fuera aquel que Hubert le había dicho. Así fue, tenía el cuaderno de Ernest en sus manos. Se lo guardó en el uniforme y puso otro cuaderno parecido en su lugar para no levantar sospechas por si esa misma noche alguno de los doctores se pasaba por allí. Sabía que solo tenía esa noche para leérselo entero y, para su sorpresa, el cuaderno era bastante más amplio de lo que pensaba.

Cenó lo más rápido que pudo y, alegando a sus compañeros que el día había sido largo y se encontraba especialmente cansada, se fue a su habitación para invertir cada segundo en leer qué le había ocurrido a Ernest todo este tiempo. No sabía si lo que leería le gustaría; también se planteó si realmente tenía derecho a leerlo, quizá a Ernest no le agradaría. Pese a todos los pensamientos enrevesados que se pasaron por su cabeza mientras iba de camino a su habitación, aquella noche se leyó detenidamente cada página, cada frase e incluso miraba con detenimiento los garabatos que había dibujados en alguna hoja. En la última página, la foto de los padres de Ernest, seguía igual que como ella la recordaba.

El alba asomó por su ventana y, sin dormir ni un solo minuto, se puso su uniforme y se volvió a ir a trabajar con la información que había memorizado durante toda la noche. Hubo cosas que le gustó leer, cosas de ella, pero, en su gran mayoría, lamentó mucho leer tanto sufrimiento y tanta desesperación. Le consolaba saber que Libert no lo había dejado solo en ningún momento y que, gracias a ello y a escribir, esos años de ausencia habían sido más llevaderos.

A primera hora tuvo que ir a la habitación de Hubert. Esa mañana estaba mucho mejor, los medicamentos habían hecho efecto y se encontraba realmente bien en comparación con los días anteriores. Desayunó dos veces; en otras circunstancias no le hubieran permitido repetir, pero, dado que era objeto de estudio, pudo hacerlo.

—Querida Agnes, ¿cómo está Ernest? —preguntó mientras terminaba de desayunar.

—Mal, Hubert, está mal. No he podido hacer nada por él —se lamentó.

—Ven, siéntate. —Dio dos palmaditas en la cama.

—Ernest es un chico fuerte, ha soportado cosas peores. Verás cómo al final todo se soluciona. He estado pensando esta noche y esto no es lo peor que le ha sucedido. —Sonreía a Agnes en un intento de tranquilizarla.

—Lo sé, pero esto es algo mucho más grave. Pueden trastocarle demasiado el cerebro y que su cuerpo no lo soporte. —Resopló.

Ninguno de los dos tenía la respuesta para ponerle solución a la situación de Ernest y, aunque Hubert intentara tranquilizar a Agnes, era el primero que tenía una excesiva preocupación por su camarada, al que no había visto desde que entraron en aquel siniestro lugar. El día se desarrolló con normalidad; a Ernest no le tocaba tratamiento y, por más intentos que hizo Agnes por que la recordarse, todo fue inútil.

Retentividad

Platón, aquel filósofo que puso los puntos sobre las íes en varias cuestiones que aún nos cuesta asumir, decía que obtener conocimiento consiste en recordar lo que el alma ya sabía cuando habitaba en el mundo de las ideas, antes de caer al mundo sensible y quedar atrapada en el cuerpo. Creía que, a pesar de que el hombre vea, oiga y sienta, no podemos considerarlo conocimiento, pues no podemos garantizar su certeza, porque los hombres no sienten del mismo modo y lo que para uno es caliente, para otro, es tibio. Por ello, recurre a la alegoría del carro alado, en la que cuenta que el alma está formada por un caballo blanco, otro negro y un auriga. El caballo blanco representa la parte sensible, y el negro, la pasional; se localizan en el pecho y en el vientre, respectivamente. Por otro lado, el auriga, que es la parte racional, se encuentra en la cabeza. Es misión del auriga que ese carro alado no se desvanezca.

Platón creía que los conocimientos no se pueden explicar a partir de la experiencia meramente empírica y por ello defendía la visión innatista, que dice que, cuando conocemos una verdad, en realidad no estamos aprendiendo algo nuevo, sino que nuestra alma recuerda una verdad que ya conoció. El alma simplemente recuerda algo que conoció cuando vivía en el mundo de las ideas.

Ernest, en los momentos de mayor lucidez, sabía que algo en su interior estaba cambiando, que su mente no tenía la misma claridad que siempre y que incluso su cuerpo respondía de una manera diferente ante los estímulos ambientales. Sentía que algo dentro de sí mismo se había perdido por un camino que ni siquiera recordaba, como si le hubieran arrancado parte de su alma y se la hubieran entregado a otra persona, sin posibilidad de recuperarla. Notaba que se estaba perdiendo a sí mismo. Conocía la exactitud de sus sentimientos, pero lo que no sabía era el porqué de ese sentir.

Comía sin ganas y la mayor parte del tiempo se levantaba a dar vueltas sobre el mismo escaso recorrido de su habitación. A veces notaba como una presencia a su lado, que iba y venía sin pedir permiso y que le creaba una sensación de angustia muy grande. Por momentos, entre el dolor de cabeza y la ansiedad que estaba empezando a padecer, creía que se estaba volviendo loco.

Apenas recordaba ciertas cosas y las que recordaba estaban borrosas en su mente. Le venían imágenes confusas de un laberinto, un barco y una aldea, pero era incapaz de verse a sí mismo en todas esas imágenes tan estrambóticas.

Oyó que la puerta se abría y se dio la vuelta de inmediato, esperando que quizá la persona que entrara por ahí fuera alguien conocido, quizá Hubert, al que sí recordaba, pero le costaba saber por qué.

—Hola, Ernest, ¿cómo te encuentras? —dijo Agnes mientras dejaba unas toallas en la estantería de la habitación.

—Bien, me duele un poco la cabeza, pero estoy bien.

—Debes ir a la ducha, es necesario que te laves. —Agnes se resignó ante su olvido.

Los dos conocidos tan desconocidos en aquel momento se dirigieron a la zona reservada para las duchas de los pacientes. Solían ducharles en grupo y de la peor de las maneras, pero, bajo la orden de sus superiores, Agnes debería acompañarlo a ducharse para anotar cada movimiento de su cuerpo, cada palabra que dijera, y para comprobar que su estado físico no se había visto alterado por la terapia de electrochoque. Ernest se desnudó mientras Agnes miraba para otro lado; sentía la necesidad de girarse y mirarlo, pero aquello no ocurrió. Extendió su mano para entregarle una pastilla de jabón pequeña y dura, tan dura que le costó tiempo hacer espuma. Hacía mucho tiempo que no podía lavarse de aquella manera y, aunque no recordaba bien por qué, quiso disfrutarlo. El agua comenzó a caer y el vapor del agua caliente que le sentó tan bien inundó el baño.

—¿Estás bien, Ernest? —preguntó Agnes ante tanto silencio.

—Sí, estoy bien —contestó mientras escupía el agua de su boca.

—¿Puedo hacerte una pregunta? —dijo Ernest.

—Claro.

—Tengo la sensación de que hay algo que se me escapa, no sé explicarme, como si recordara cosas que es imposible haber vivido. ¿Es parte de lo que me están haciendo?

—¿A qué cosas te refieres?

—Es una locura… No sé si contártelo, ni siquiera sé quién eres.

—Puedes confiar en mí. —Al decir esas palabras, Ernest asomó la cabeza y la miró.

—Recuerdo haber estado en un barco pirata —soltó una carcajada—, pero sé que eso es imposible.

—¿Por qué es imposible? —preguntó Agnes.

—Porque los barcos piratas no existen o, bueno, existieron, pero yo nunca he estado en uno de ellos.

Agnes se apoyó en la pared, recordando la historia del barco pirata que él mismo le contó cuando se cobijaba en su sótano y se llevaba un pedazo de comida a la boca. Sus ojos se empañaban por momentos; sabía que no podía contarle a Ernest la verdad sin crearle una confusión terrible que podría llevarlo a una absoluta pérdida de la noción del tiempo, una absoluta locura que sería irreparable. Ella tan solo podía ayudarlo a encontrar la verdad de su interior, pero no podía contarle algo que, para él, ya no existía o, al menos, ya no recordaba.

—No te preocupes, quizá la terapia te confunda. —Resopló.

Cuando terminó de ducharse, Agnes le entregó toallas para que secara su cuerpo y no cogiera frío; era importante que Ernest estuviera en perfecto estado para continuar con su tratamiento. De nuevo, lo acompañó a su habitación y, mientras andaban por el pasillo de vuelta, Ernest se paró en seco con un gesto de total extrañeza en su cara.

—¿Qué ocurre? —Agnes retrocedió y lo cogió del brazo.

—No sé, he notado que había alguien más aquí.

Continuaron el camino hacia la habitación y, cuando lo dejó allí, tranquilo y sereno, Agnes se dirigió a la habitación de Hubert. Le contó lo que había pasado, ilusionada, esperanzada al ver que había cosas que su mente aún no había olvidado, aunque no supiera dónde encuadrarlas. Hubert la escuchó atentamente y no vio más que a una niña deseando que su mejor amigo volviera a su casa a jugar. Fue ahí cuando entendió la realidad de su relación. Se conmovió y pensó que, pasara lo que pasara, haría todo lo posible, al menos, por que Ernest recordara a Agnes.

Eran tiempos difíciles. Sonnenstein era un lugar seguro para los alemanes retirados, pero las tropas soviéticas y estadounidenses ya sabían de su paradero y sería cuestión de tiempo que llegaran allí y arrasaran con lo que había. Nadie iba a preguntarles quién había sido bueno y quién había sido malo, y ya no solo porque no les importase, sino porque, de un modo u otro, todos los que allí estaban habían participado activa o pasivamente en la mayor contienda bélica que jamás ha existido.

Todos los que allí estaban, incluso los que más podían conocer la situación exterior, eran totalmente ajenos a que les quedaba poco, muy poco tiempo allí. Por eso, tanto Schumman como Mengele siguieron su camino médico antes de ponerse a salvo.

Schumman llamó a Agnes a su despacho para que les contara los avances en Ernest; ella aprovechó esa visita para devolver el cuaderno en perfecto estado sin levantar ninguna sospecha, pero devolvió el cuaderno sin la fotografía de los padres de Ernest, que dejó debajo de su almohada en el momento en el que

lo dejó tras la ducha.

Ambos médicos le hicieron un interrogatorio a la pobre enfermera que se había visto obligada a sentir el peor de los dolores: la indiferencia de un ser querido. Les comentó todo lo que había visto en Ernest, intentando que nunca más le volvieran a hacer una terapia de ese estilo. Les dijo que había perdido la memoria casi por completo y que él mismo se había dado cuenta, pero que dado el resultado de la terapia le era imposible recordar ciertos aspectos; que no había visto síntoma o señal de locura y que se desenvolvía perfectamente en las tareas cotidianas como vestirse, ducharse o mantener una conversación. Delante de ella ambos médicos discutieron sobre si hacer o no otra terapia más y, aunque ella no medió palabra alguna en ese diálogo, le fue imposible disimular su gesto de preocupación.

—¿Le ocurre algo, señorita? —preguntó Mengele.

—No, en absoluto, señor, aprendo de ustedes atentamente. —Sonrió.

Ser una más de ese equipo tan terrible la ayudaba a conocer los siguientes pasos de los médicos e incluso podía obtener información privilegiada; pese a ello, las decisiones que tomaran ambos doctores eran inamovibles y ella solo podía acatar órdenes sin rechistar. Después de haber leído detenidamente el cuaderno de Ernest, había aprendido muchas cosas sobre tantos años de ausencia y creía que, poco a poco, podría introducirle ciertos pensamientos y recuerdos sin que él mismo se diera cuenta. Quería que recordara, a toda costa, aunque eso fuera lo último que hiciera en su vida.

Antes de que la noche cayera, Agnes volvió a la habitación de Ernest.

—Señorita, ¿usted conoce a un paciente que se llama Hubert? —preguntó mientras se tumbaba en la cama.

—Sí, él está bien, no te preocupes. —Sabía que no podía darle esa información.

—Me alegra escuchar eso. Gracias por todo, señorita.

Agnes apagó la luz, se quedó unos segundos mirándolo a lo lejos y cerró la puerta. Ernest seguía teniendo esa extraña sensación de que había alguien más allí con él y, aunque cada dos por tres se giraba, nunca veía a nadie. Cuando se acomodó para dormir, abrazó su almohada; era su postura preferida para dormir y tocó algo con las manos cuando lo hizo. Levantó la almohada y encontró un trozo de papel en blanco que cogió mientras se ponía boca arriba en la cama. Miró extrañado y, al darle la vuelta y ver aquella imagen, un escalofrío corrió por su cuerpo. «Son mis padres», pensó. A ellos no los había olvidado, porque cómo olvidarse de unos padres, pero lo cierto era que no había pensado en ellos desde hacía mucho tiempo, o al menos eso creía él, porque no recordaba la última vez que pensó en ellos. Le alegró mucho volver

a verlos y, aunque lamentaba terriblemente su pérdida y los echaba de menos, quería creer que estaban mejor que él. Miró la foto bastante tiempo y, durante ese rato, más imágenes volvían a su mente en forma de estampida, como si de repente alguien hubiera enchufado una manguera en su cerebro y estuviera dando vía a libre a las imágenes mentales para entrar.

Lo confundía terriblemente todo lo que su mente le ofrecía, apenas recordaba nada y las imágenes que recordaba las creía de otro modo. Es como si le hubieran puesto una película de su vida y no le gustara nada la interpretación. No se sentía identificado con lo que recordaba y no entendía por qué seguía teniendo esa inexplicable sensación de sentir que faltaba algo importante en cada imagen, que una ausencia devastadora había en él mismo. Entendió en parte a Hubert cuando perdió su pierna porque ahora él sentía que había perdido algo de sí mismo. Porque, a veces, perderte a ti mismo o perder algo de ti que reside en tu alma es tan doloroso como perder un brazo o una pierna. De la guerra nunca se sale siendo la misma persona, ni del amor tampoco y, en parte, Ernest ya cambió a lo largo de los años. Eso ocurre cuando por voluntad propia decides dar todo de ti mismo para otros. En cambio, cuando te arrebatan involuntariamente, obligado y despojado de toda libertad, lo más preciado de tu ser, la cosa cambia.

Ernest sentía una despersonalización y una desrealización absoluta. Sentía que su cuerpo no le pertenecía; se miraba al espejo y veía a un completo extraño. Le costaba entender quién era y le costaba saber qué sentía. Era como si la realidad se hubiera convertido en un cuento que alguna vez había escuchado. Sentía que lo que sus cinco sentidos percibían no era real o, si lo era, no estaba conectado con ellos en su totalidad. «Qué triste es perderse a uno mismo», pensó; pero en el fondo, no entendía bien ni siquiera eso. ¿Se había perdido a sí mismo o es que siempre fue así? Las dudas recorrían su mente en círculos, sin dejarle pensar con claridad lo que estaba sucediendo en su vida. Pensaba en Hubert como si fuera la única persona que hubiera conocido en su vida, pero seguía sintiendo que alguien le faltaba, una ausencia que se convertía en presencia en alguna ocasión.

Dicen que la mente humana recuerda lo importante, lo que emociona, lo que te crea algo dentro, porque activa en nosotros unas regiones cerebrales que ayudan a guardar ese recuerdo. Lo que nos emociona no se olvida y lo que nos duele tampoco. Pero, cuando tu cerebro se ve alterado por factores externos, es posible que se autoproteja, llevando los recuerdos más profundos y las vivencias más sentidas a una parte del cerebro escondida, a un lugar secreto que ni tan siquiera tú mismo sabes que existe. Y quizá, tan solo cuando lo necesites, deja salir una especie de vendaval para conducirte a ese lugar

secreto; con los ojos vendados y los oídos tapados para que no sepas volver, para que solo cuando realmente lo necesites puedas acceder a tus recuerdos más ocultos.

Ya de madrugada, cuando todo el mundo dormía y la tranquilidad se escuchaba solo en una parte de Sonnenstein, Ernest, que dormía profundamente, se despertó alertado por un fuerte golpe que escuchó en su cuarto. Encendió la luz rápidamente, pensando que la guerra aún no había terminado e iban a por él; pero allí no había nadie. Se levantó y miró detrás de los muebles, debajo de la cama, miró por la ventana, pero no veía nada. Volvió a tumbarse y, cuando estaba a punto de cerrar los ojos, notó como si alguien le estuviera dando patadas al colchón. Saltó de la cama y, sin pensárselo dos veces, metió la mano debajo del somier y sacó a un niño pequeño que se reía sin parar por la broma que le estaba gastando.

—¿Quién eres, muchacho? ¿Qué haces aquí? —preguntó enfadado mientras lo sujetaba del brazo.

—¿A ti qué te parece? Soy Libert —respondió su pequeño pero gran amigo mientras se soltaba de su mano y se ponía a saltar en la cama.

—¿Nos conocemos? —Ernest estaba sorprendido.

—Mmm, nunca nos han presentado, pero sí, nos conocemos mucho. —Seguía saltando.

—No, no sé quién eres. —Por un momento pensó que estaba soñando.

—Pues soy Libert, de Libertatem, ¿recuerdas? —El niño empezó a impacientarse—. Llevamos juntos mucho tiempo, Ernest, ¿de verdad no me recuerdas? —Se sentó.

—No, lo siento. No te recuerdo. —Ernest se sentó a su lado, desorientado.

—Pfff, pues vaya faena —movía los pies—, porque soy tu mejor amigo —sentenció.

—Mi mejor amigo se llama Hubert —contestó Ernest.

—Bueno, tu otro mejor amigo. Tu amigo secreto —rectificó.

—¿Mi amigo secreto? —No daba crédito a lo que estaba viendo y escuchando.

—Sí. Bueno, tú dices eso, pero en realidad soy tú.

—¿Eres yo?

—Soy tú.

La cerradura de la puerta comenzó a sonar y un celador abrió al escuchar voces dentro de la habitación de Ernest. Cuando entró y le preguntó al joven Müller con quién hablaba, este miró a su lado y, sin ver a Libert, le respondió que con nadie. El celador se marchó extrañado, pero lo dejó tranquilo. Libert no volvió esa noche, pero Ernest ya no pudo conciliar el sueño después de lo

que había ocurrido; por un momento, pensó que estaba soñando, pero cuando se pellizcaba el brazo se daba cuenta de que estaba despierto, muy despierto. No recordaba ni la voz ni el rostro de Libert, aunque había algo en aquel pequeño chico que le resultaba familiar.

Pronto se hizo de día y, a primera hora de la mañana, Josef Mengele apareció en la habitación de Ernest cuando este aún no se había ni levantado de la cama, pues, cuando un rayo de sol entró por su ventana, cerró los ojos. El doctor Mengele, que previamente había hablado con el celador que descubrió hablando solo a Ernest, le preguntó a su paciente si había tenido pesadillas por la noche o si alguien había entrado en la habitación y Ernest, que no sabía qué pensar, le contó exactamente lo que había sucedido.

Desde que Ernest no veía a Libert, había desarrollado una especie de confianza ante los médicos que lo atendían y ante la enfermera que siempre velaba por él y, por ello, decidió contárselo todo al doctor Mengele, esperando que este pudiera darle una explicación o pudiera ayudarlo. La verdad es que Ernest lo único que necesitaba era dormir y descansar y no quería que ese tal Libert volviera a molestarlo en mitad de la noche. Mengele, enorgullecido por la confianza que Ernest había depositado en él, se puso manos a la obra enseguida y, junto con Schumman, organizaron otra terapia algo más agresiva, porque entendieron que la electroconvulsión no era suficiente y, aunque sí se habían visto resultados sorprendentes, no habían curado por completo la locura de su paciente Ernest Müller. Tras una larga reunión con un par de médicos más que allí había, llegaron a la conclusión de que la única manera de atajar el problema de golpe era una leucotomía frontal, comúnmente conocida como lobotomía. Esta técnica se había usado mucho en soldados que habían salido de la guerra con graves desórdenes mentales a causa del horror que habían visto; también se trataba con ella a personas con esquizofrenia, homosexuales e incluso a niños que simplemente eran especiales. La lobotomía consiste en la sección quirúrgica de uno o más fascículos nerviosos del lóbulo cerebral. La única duda que tenían era si extirpar las vías nerviosas o no, pero decidieron dejarlo a la suerte y actuar en consecuencia cuando comenzaran la cirugía. Su principal fin era destruir materia blanca.

Tan solo Schumman estuvo presente en una lobotomía y ni tan siquiera participó, pero conocía perfectamente el procedimiento. En primer lugar, debían anestesiar al paciente y, una vez anestesiado, se introducía el lobótomo, un utensilio quirúrgico con forma de picahielos, por la cuenca de los ojos sin dañar el globo ocular, así hasta llegar al hueso. Al ser un hueso muy fino, se rompe con la ayuda de un martillo y, cuando se llega al cerebro y se introduce una cánula, se realizan cortes en la región frontal del cerebro. Se realizan seis

cortes en esta región y se espera a ver resultados. La intervención apenas duraba veinte minutos, pero los resultados duraban toda una vida.

Ambos médicos y el resto del equipo que iba a participar en la intervención serían especialmente cuidadosos y discretos. En aquella reunión, faltaba un pilar fundamental, la mano derecha de Schumman: Agnes Lerman.

Ernest tuvo un gran día, se veía animado y el dolor de cabeza había desaparecido por completo, pidió a sus médicos salir de la habitación y darse algún paseo por Sonnenstein y estos no le negaron la petición, pues preferían tenerlo tranquilo para la cirugía que le harían al día siguiente. Andando por el *hall* principal, que estaba repleto de gente con visibles problemas mentales, se quedaba mirando y observando cómo actuaban. Se sentó en una butaca realmente cómoda para lo que estaba acostumbrado y, mientras se tomaba una taza de té, veía pasar de un lado a otro a los enfermos mentales que allí había.

—¿Entretenido? —preguntó Agnes mientras se sentaba a su lado.

—¿Toda esta gente está loca? —preguntó.

—Depende de cómo se mire, pero la mayoría sí, tiene problemas mentales.

—¿Qué es un problema mental?

—Es cuando tu cerebro no funciona correctamente y no puedes llevar una vida normal.

—¿Yo estoy loco?

—¿Por qué preguntas eso?

—Porque…, bueno, ya se lo dije a Mengele, pero anoche resulta que vi a un niño en mi habitación. Ya sé que suena a locura, pero lo vi e incluso hablé con él; la verdad es que era bastante maduro y agradable para su edad, me dijo que ya nos conocíamos, pero no tenía ni la menor idea de quién era. Me cayó bien.

—¿Esto se lo has contado al doctor Mengele? —Agnes se temía lo peor.

—Claro, si estoy loco, me gustaría curarme.

Agnes se levantó sin mediar ninguna palabra y se dirigió aprisa a la habitación de Hubert, quien seguía recuperándose. Entró despavorida, nerviosa, con ansiedad y temerosa de lo que Mengele y Schumman pudieran hacerle a Ernest. Por más que el viejo soldado intentó calmarla, no pudo y, a decir verdad, él tampoco pudo disimular su preocupación tras lo que la enfermera Lerman le había contado. Se levantó de la camilla con mucho esfuerzo y le pidió a Agnes que le trajera una silla de ruedas; quería ver a Ernest.

Agnes sabía que no podía hacerlo, pero todo cuanto hicieran era necesario para salvar a Ernest de las garras de aquellos dos despiadados nazis. Ernest seguía en el *hall*, observando detenidamente a todas las personas que estaban allí. Cuando a lo lejos vio aparecer a Agnes empujando una silla de ruedas con

su amigo Hubert, su cara cambió por completo y expresó una absoluta alegría.

—¡Camarada!, ¡qué alegría verte! —Lo abrazó y Hubert lo retiró extrañado.

—Ernest, ¿te encuentras bien? —preguntó mientras su amigo se volvía a sentar.

—La verdad es que sí, estoy bastante bien, algo confuso, pero no sé, estoy contento.

—Ernest, tienes que escucharme atentamente. —Se acercó para poder bajar la voz.

—Ayer viste a Liber, ¿verdad? —preguntó.

—¡Sí! ¿Lo conoces? —Se excitó.

—Chss, baja la voz. —Lo cogió y lo agachó—. Libert eres tú.

—¿Cómo que soy yo? Eso mismo dijo él.

—Libert eres tú, Ernest, es la parte más especial que tienes. Esa parte de ti que tú hiciste niño y que te ha ayudado durante todo este tiempo a sobrevivir. Y quieren arrebatártelo.

—¿Qué estás diciendo, Hubert? No te entiendo.

—Ernest, escúchalo, por favor —interrumpió Agnes.

—Mírala, mírala a ella. Es Agnes Lerman, aquella niña que te salvó de la Gestapo cuando todavía eras un chaval. Te acogió en su casa, en su sótano y te alimentó hasta que tuvo que irse a Auschwitz —le explicó.

Ernest miró a Agnes fijamente y en su rostro se apreciaba terriblemente la confusión que estaba sintiendo en aquel momento. Se llevó la mano a la boca y miles de imágenes asaltaron su mente. Y entonces lo vio, su mente lo trasladó a aquel sótano mugriento y se vio como si fuera una tercera persona comiendo mientras Agnes le contaba que quería ser enfermera; comenzó a recordar.

—¿Recuerdas a Sarah? —preguntó Agnes con dolor.

—Sarah…, es verdad. Sarah... —Comenzaba a recordar. Se quedó perplejo y agachó la cabeza recordando todo lo que le habían hecho olvidar. El dolor de cabeza volvió a aparecer y se llevó las manos a la frente—. ¿Qué me está pasando? —dijo en voz alta cuando una cálida mano le apretó el hombro y le contestó. Libert había vuelto y esta vez no quería irse. Lo miró y sintió un profundo desconsuelo al darse cuenta de que había dejado a un lado a la parte de sí mismo más importante—. ¿Qué me está pasando? —volvió a preguntar en alto cuando Hubert lo abrazó y le prometió que todo saldría bien.

—Agnes —levantó la mirada hacia ella—, lo siento. —Comenzó a llorar.

—No tienes nada que sentir, Ernest. Todo está bien, estás recordando, eso es lo importante. Hubert, Libert y yo te ayudaremos a superar esto, ¿de acuerdo?

Ernest Müller se quedó petrificado en aquella butaca tan cómoda a la que no estaba acostumbrado. Sentía confusión y, por momentos, la visión se le volvía

borrosa. Sentía como si fuera una manguera a la que habían torcido una parte para impedir que el agua saliera y que, de pronto, se había destorcido y había comenzado a salir un chorro de agua brutal. Se sentía como aquel volcán que entra en erupción después de más de mil años. Como aquella madre que está a punto de dar a luz. ¿Tan frágil era su mente que, con un poco de electricidad, había sucumbido a los deseos de otros? Sus preguntas empezaron a cambiar y las respuestas que ya tenía no le servían. Su mundo se había vuelto a poner patas arriba, del mismo modo que se puso cuando sus padres se marcharon a un lugar mejor, o cuando Bernhard cayó desplomado en aquella iglesia, o cuando Simón le guardó la foto hasta el final. En aquel momento todo dejó de tener sentido para él y se sintió pequeño e insignificante en aquel mundo que el hombre había diseñado para sufrir. No se sentía de ese mundo, nunca se sintió de ese mundo, pero jamás había tenido tantos deseos de desaparecer como aquel preciso día.

Los tres tuvieron que volver a sus puestos. Agnes hizo las curas a Hubert en la habitación de este y Ernest volvió a su habitación. Se sentó en la silla que había y se dio cuenta de que le faltaba aquel cuaderno que guardó con tanto recelo. Sentía la necesidad imperiosa de ponerse a escribir todo lo que estaba sucediendo, de escupir miles de improperios contra aquellos que querían arrebatarle lo más profundo de su esencia. Libert, de pie junto a él, le dijo que no se preocupara porque, pasara lo que pasara, él siempre estaría a su lado y jamás lo dejaría. Los dos se sentaron en la cama y tuvieron una charla, quizá entre niño y adulto, quizá entre adulto y niño, pero, sobre todo, la charla más importante de la vida de Ernest Müller.

—Siento haberte olvidado… —Estaba absolutamente derrotado.

—No me has olvidado a mí, Ernest, te has olvidado de cómo encontrarme —prosiguió—. Verás, yo estoy aquí por ti y, gracias a ti, tengo algo más que una voz irritante que viene a molestarte de vez en cuando. Tú me has dado forma. Creíste en mí y en nosotros y me diste la oportunidad de ser alguien. Hemos andado juntos mucho tiempo; de hecho, toda una vida, y nos necesitamos.

»Por eso quiero que sepas algo, Ernest, si algún día, por la razón que sea, no sabes encontrarme, no sabes dónde buscar y te pierdes intentando encontrar algo que ni siquiera recuerdas lo que es, nunca olvides que yo siempre estaré aquí para ti. Porque si algo me has enseñado desde que me diste una cara y un cuerpo para salir es que lo más importante y lo más imprescindible para el ser humano y del ser humano es la capacidad de hacer real lo más oculto de su ser.

»Nuestra esencia es grande y, gracias a ti, hemos podido desarrollarla hasta el punto de que hasta personas ajenas a nosotros como Agnes y Hubert nos quieran. Porque nos quieren, Ernest, tal y como somos, y nosotros no tenemos

que cambiar porque la gente crea que no es normal… —se vio interrumpido.

—¿Y si no lo somos, Libert? ¿Y si realmente no somos normales? —preguntó Ernest destrozado.

—¿Qué es ser normal, Ernest? ¿Tienes tú esa respuesta? Porque si ser normal significa mandar a un pueblo entero a la muerte, trabajar y hacerse rico para comprarse los mejores zapatos o tener muchos hijos mientras te vas a la guerra a asesinar a tu hermano, entonces, yo no quiero ser normal.

»Yo entiendo la normalidad como la capacidad de ejercer tu libertad sin hacer daño a nadie. Entiendo ser normal como la capacidad de cumplir tus sueños por muy locos que sean o como la capacidad de amar sin peros ni excusas ni restricciones. Entiendo la normalidad cuando veo a un soldado nazi retractarse de sus pensamientos con una esvástica tatuada en la espalda o a una enfermera que es capaz de jugarse su propia vida por los demás.

»Creo que la normalidad es como papá y mamá o como el tío Harry que se fue con su amada a pesar de no ser de este mundo. Entiendo la normalidad cuando la normalidad deja de entenderse como algo bueno y empieza a entenderse como algo necesario. Tú y yo somos normales y si crees que no lo somos, Ernest, entonces no cuentes conmigo.

Libert se fue, con lágrimas en los ojos, viendo que Ernest tenía demasiadas dudas al respecto. No sabía muy bien si aquellas terapias habían hecho cambiar su manera de pensar o si realmente se había cansado de él; lo único que tenía claro era que Ernest era el único que podía tomar la decisión de continuar o no.

Ernest se quedó descorazonado sin encontrar respuestas a sus preguntas. Le dolía profundamente haber olvidado tantas cosas, pero ¿y si olvidar no es tan malo como lo pintan? Estaba confundido y exhausto después de todo lo que había ocurrido. Deseaba salir corriendo de aquel lugar y tirarse por el primer precipicio que encontrase. Minutos después, necesitaba hablar con Agnes y contarle todo lo que le había ocurrido estos años sin saber que ella ya lo sabía todo. No sabía qué hacer, ni qué pensar, ni qué decir…

Finalmente, se quedó dormido mientras daba vueltas a su cabeza una y otra vez en forma de respuesta. Aquella noche soñó con volver a Cochem, a los pies del río Mosella, y encontrar a su tío Harry pescando en el embarcadero mientras sus padres lo acompañaban y merendaban con él. También soñó estar al lado de Sarah mientras todo eso ocurría y su tío Harry con su bella y rubia dama a la que tanto amaba. «¿Será verdad todo aquello?», pensaba mientras veía la barca de su tío Harry acercarse lentamente por la vereda de aquel río que lo vio crecer. Miraba a sus espaldas, intentando encontrar a Agnes, a Hubert o a Libert, pero el sueño continuó sin ellos hasta la mañana siguiente.

Es bonito entender que no eres tú sin tu yo más interior, pero cuando no lo

entiendes o cuando ese entendimiento se disipa por los miedos, comienzas a perder una parte de ti imprescindible para tu durabilidad en esta vida. Porque da igual cuántos años dures si esos años durados no has tenido la virtud de ser y conocerte a ti mismo. Ernest había pasado por esta vida con la brillantez de ser invisible y a la vez pesado, porque cuando lo necesitaba pasaba desapercibido a los ojos del enemigo, pero a la vez era inevitable que dejara una huella profunda en todos aquellos a los que, por un instante, alegró la vida exponencialmente.

Ernest debía entender que la magnitud de su ser era gracias a Libert y que fue él mismo quien le otorgó el poder de ser su propia libertad. El miedo podía con él y, tras ver a todos aquellos pacientes locos deambular por el *hall* de Sonnenstein sin un rumbo fijo, temió que con el paso de los años aquella situación pudiera ser su realidad. Él quería a Libert por encima de todas las cosas, pero no quería permitir que su pequeño pero gran amigo se convirtiera en el culpable de su sentencia de muerte, porque no podría perdonárselo en la vida y, por ende, tampoco a él mismo.

Deseó profundamente ser normal o, al menos, lo que él entendía por normal. Estallaba de rabia cada vez que pensaba que él había nacido así, que nunca tuvo la oportunidad de decidir si quería o no quería a Libert en su vida, que simplemente llegó y se quedó sin pedir permiso. Pensaba que, si volviera a nacer o si al menos tuviera la oportunidad de decidir, decidiría que Libert nunca hubiera existido y que él nunca lo recordase. Él quería a Libert, lo quería muchísimo, pero querer a su pequeño pero gran amigo a veces lo llevaba a no quererse a él mismo de la misma manera, o quizá sí, o no... Todo eran dudas para el joven Müller, que no tenía ni la más remota idea de que sus deseos de que Libert desapareciera de su vida podrían verse cumplidos pronto, demasiado pronto.

Sempiterno

La Segunda Guerra Mundial, la mayor contienda bélica que la humanidad ha visto, había dejado miles de cicatrices en el cuerpo y el alma de muchos seres humanos inocentes. La inocencia se había convertido en un privilegio del que ya nadie gozaba. El miedo, la cólera, la rabia, la decepción, la soledad y la nostalgia habían destrozado lo más profundo de las personas que habían sido víctimas de la arrogancia de unos pocos. El ser humano destrozó la vida, la naturaleza, la cultura… Se había creído Dios y había jugado sus mejores cartas, pero lo que aquellos que hicieron de su partida algo propio nunca entenderán era que, en ese juego, todos perdían y nadie ganaba.

Hitler se quitó la vida en su más puro egoísmo para no ser tratado como él mismo había hecho con miles de personas y, así, muchos de sus secuaces terminaron su juego. La cobardía es mucho más peligrosa que la valentía porque nadie otorga muerte y destrucción cuando se trata de un valiente. Y es que a veces ser valiente no es empuñar un arma y disparar, sino descargarla y enfundar. Pero eso es algo que muy pocos entienden.

Medio mundo se vio devastado durante esos largos años a tal escala que perdura en el tiempo y en la historia aquella barbarie. Se dice que muchos no lograron soportar incluso habiendo terminado, otros tantos emigraron a otros lugares y comenzaron una nueva vida intentando dejar atrás todo lo que había ocurrido. Pero la verdad más absoluta, la certeza más fehaciente que dio la Segunda Guerra Mundial es que nada ni nadie volvió a ser igual. Porque, cuando el sufrimiento se alarga demasiado tiempo, el corazón de un humano cambia irremediablemente y todos los supervivientes de aquella batalla creada por la cobardía y la ignorancia dejó señales inconmensurables, heridas sangrantes, cicatrices que todavía supuran.

Todo había terminado, pero, para Ernest Müller, su verdadera batalla había comenzado en Sonnenstein. Esa mañana se levantó mucho antes de lo necesario, se miró al espejo en innumerables ocasiones e intentó ponerse lo más guapo posible, aunque la belleza se había ido disipando con el paso del tiempo. Lo tenía claro, muy claro, él no quería ser normal si ser normal significaba perder a Libert.

Intentó salir de la habitación, pero la puerta estaba cerrada con llave y no tenía manera posible de salir de allí sin que nadie le abriera. Necesitaba hablar con Agnes y Hubert, necesitaba que los dos lo ayudaran a salir de Sonnenstein. Al principio, pensó que lo mejor era hablar con Mengele y explicarle que lo que le dijo el día anterior había sido una estupidez, que se encontraba bien y que estaba listo para irse de allí; le duró poco aquella idea porque sabía el tipo de persona que era Mengele y no podía dejar su futuro en manos de un psicópata capaz de cualquier cosa con tal de conseguir sus objetivos. Para Josef Mengele, el fin justificaba los medios y jamás dejaría salir a Ernest Müller de allí sin terminar lo que había empezado.

Las tropas enemigas estaban cerca y había una alta probabilidad de que todos los que estaban en aquel castillo fueran apresados y condenados, al menos los que mejor suerte tuvieran, porque las tropas enemigas no tenían ya la paciencia suficiente como para preguntar antes de disparar. Los nazis debían pagar por todos los crímenes cometidos y allí dentro todavía quedaba muchos y, sobre todo, dos hombres que debían ser juzgados y sentenciados como se merecían, los dos doctores más macabros del holocausto nazi.

Ernest comenzó a inquietarse; no tenía manera de salir y necesitaba hablar con sus amigos. Libert volvió y, sabiendo lo que pensaba, le agarró la mano y lo abrazó fuerte y con todo el sentimiento del mundo. En aquel momento la cerradura sonó y la puerta se abrió tan rápido que Ernest no pudo soltar a Libert a tiempo. Giró su cabeza hacia la puerta y respiró profundo; era Agnes. Cuando ella entró, vio a Ernest abrazado a la nada, pero con tanto sentimiento que incluso sintió un poco de envidia. Libert era el único que conseguía que Ernest bajara la guardia.

—Agnes, ¡qué bien que estés aquí! —demostraba mucha alegría.

—¿Qué ocurre? —preguntó sonriente pero extrañada.

—Necesito que me ayudes. Necesito que Hubert y tú me saquéis de aquí.

—¡Oh, Dios mío!, Ernest, no sabes lo que me alegra que me pidas eso. —Lo abrazó y, tras unos segundos notando sus brazos, levantó la mirada y lo besó.

Ambos se miraron intensamente y se volvieron a besar. Agnes había esperado toda una vida para que ese momento llegara y Ernest, aunque seguía pensando en Sarah, sentía por Agnes un amor puro y verdadero.

—Está bien, chicos. ¿Cuál es el plan? —preguntó Libert.

—Libert me pregunta que cuál es el plan —le dijo a Agnes.

—Venid, vamos con Hubert.

Agnes cogió a Ernest de la mano y este a Libert y, con mucho cuidado para que nadie los viera, fueron corriendo hasta la habitación de Hubert. Nada más entrar, a Hubert se le alegró la cara; él sabía que Ernest nunca se rendiría y que

esa entrada tan dramática a su habitación solo podía significar una cosa: quería mantener a Libert en su vida. Los tres hablaron y, mientras Agnes les explicaba cómo era la estructura del edificio Sonnenstein, Hubert y Ernest idearon un plan para poder escapar sin que nadie lo viera. Ernest le pidió en varias ocasiones a su camarada que huyera con él, pero Hubert sabía que en las condiciones en las que se encontraba solo iba a estorbar su huida y, si Dios quería, saldría vivo de allí en poco tiempo y podría reconcentrarse con él.

La fuga no iba a ser nada sencilla, menos cuando Mengele y Schumman tenían prevista la lobotomía para ese mismo día. El castillo estaba totalmente vigilado, ya no solo por todo el personal que allí trabajaba, sino por todos los soldados que, por muy locos que estuvieran, tenían ojos y podían delatarlo en cualquier momento. Para ello idearon el siguiente plan. Actuarían en el último minuto. Ernest Müller iría con Agnes a la intervención que tenían prevista y, cuando ya estuviera en la camilla, con todo totalmente preparado, Hubert interrumpiría el quirófano con su silla, lo que provocaría que al menos tres personas fueran a por él para sacarlo de allí. En la intervención solo estarían Schumman, Mengele, Agnes y dos enfermeras más y sabían que Schumman sería el primero en ir a por Hubert para sacarlo de allí a patadas. En ese momento, Agnes reduciría a su compañera enfermera y Ernest iría a por Mengele. Lo tenían totalmente claro, y aunque el miedo les recorría por todo el cuerpo, era todo o nada y ese todo era por Ernest Müller.

—Chicos, gracias, no sé cómo agradecéroslo —dijo Ernest mientras miraba a Hubert y a Agnes.

—Pues muy fácil, cuando nos encontremos fuera, llévame a beber un buen lingotazo de *whisky* y preséntame a alguna mujer —dijo Hubert.

Los tres comenzaron a reír y, por primera vez en mucho tiempo, Ernest veía esperanza en su vida y principalmente amor, mucho amor. Nunca hubiera imaginado que alguien lo quisiera tanto como para arriesgarse de ese modo por él y por Libert. Miró a su pequeño pero gran amigo, quien seguía allí al pie del cañón, dispuesto a lo que fuera con tal de permanecer al lado de su amigo. Ernest sintió más fuerte que nunca a sus padres y a su tío Harry; los olvidó o más bien no los recordó, pero en aquel momento, cuando sintió que todos los planetas se habían alineado por y para él, experimentó de nuevo ese amor que una vez la vida le arrebató.

Agnes estaba pletórica, por Ernest, por el beso, por percibir que su vida se arreglaba por un momento después de tanto dolor, y es que Ernest siempre había estado presente en sus pensamientos. Ella siempre imaginó el reencuentro con él, volver a encontrarlo pasados los años y no separarse jamás, pero, por mucho que lo imaginara, con el paso de los años esa ilusión se iba

desvaneciendo, la ilusión se iba mitigando y sus ganas por reencontrarse con él iban desapareciendo. Desde muy pequeña había descubierto a aquel chico tan loco como cuerdo y entendió que la cordura es relativa. Cada vez que veía las crueldades de las que el hombre era capaz, recordaba a ese chico al que alimentó y deseaba irse con él al barco pirata, deseaba conocer a ese tal Libert del que tanto hablaba y surcar juntos cuantos mares fueran necesarios para escapar de todo lo que la rodeaba.

La muerte de sus padres hizo que sus pensamientos tan solo se fueran con ellos y Ernest pasó a un segundo plano. Su vida se convirtió en una pesadilla y vivir un día más era un regalo que no podía ni quería desperdiciar. Ella siempre fue consciente de que un paso en falso, un error o una orden mal acatada podía significar su muerte. Se sentía orgullosa de haber ayudado a tantos y tantos, pero nadie la ayudaba a ella y eso era un lastre que llevaba consigo desde entonces. Encontrar a Ernest en aquel horrible lugar le devolvió la esperanza y aquel beso, su primer beso, le hizo recuperar de nuevo la ilusión por una vida mejor.

Ernest y Agnes salieron de la habitación y volvieron a la suya. Quedaba apenas una hora para que Mengele y Schumman fueran a por él y Ernest no era de los que desperdiciaba el tiempo.

—Agnes, no sé cómo agradecerte todo lo que has hecho por mí. —Agarró su mano.

—No tienes nada que agradecerme, Ernest. Me nace del corazón.

—Por eso te doy las gracias, porque sé que te nace del corazón. —La abrazó.

—Ernest…, yo siempre he pensado en ti —le dijo mientras se fundían en un maravilloso abrazo.

—¡Y yo en ti! —La miró a los ojos notando nostalgia en sus palabras.

—Leí tu diario y…

—¿Sarah? —interrumpió Ernest.

—Sí —respondió ella.

—No puedo negarte que sentí por Sarah cosas muy bonitas, pero tampoco puedo negar que siempre has estado en mis pensamientos. La última vez que te vi eras apenas una niña y ahora... mírate: eres una mujer preciosa, una mujer fuerte y valiente. Cuando recordé todo, me sentí en paz al verte.

—He soñado tantas veces con este momento, Ernest… —Volvió a besarlo.

—Agnes, gracias por ser y por estar. —Ahora fue él quien la besó a ella. Tras la puerta, unos pasos comenzaron a resonar por los pasillos; eran ellos y venían a por Ernest. Ambos jóvenes se levantaron, se volvieron a abrazar y se prometieron que todo iría bien—. Agnes, antes de que lleguen quiero pedirte una cosa. —Acarició su cara.

—Lo que sea —respondió ella mientras acariciaba sus manos.

—Huye conmigo.

La puerta se abrió. Schumman, Mengele y un celador estaban dispuestos a llevarse a Ernest, costara lo que costase. Ernest no se resistió y, mientras lo agarraban fuerte de los brazos para que no se escapase, miraba a Agnes esperando una respuesta. Ella, que se quedó petrificada en aquella habitación, lo miró, le sonrió y asintió con la cabeza. Ernest salió de la habitación con una sonrisa de oreja a oreja. El plan no era fácil de cumplir, pero ahora no solo tenía la ilusión de estar siempre con Libert, sino también con Agnes.

Dicen que hay amores que no te crean esa sensación de nerviosismo absoluto con el que te pones a temblar de manera inconsciente. Dicen que hay amores que son eternos, que sobrepasan las leyes de la física y que son indestructibles, aquellos en los que encuentras en esa persona paz, lealtad y amor. Aquellos amores que están cargados de una sensación permanente de protección, que no te crean mariposas en el estómago, sino que te dan alas para volar cuando más lo necesitas. De esos amores que, por mucho que pase el tiempo, siempre estarán ahí esperando a tenderte su mano cuando más lo necesites, incluso aunque su mano sea una extraña a la que no reconoces.

Sarah había significado para Ernest esa clase de amor que te rompe los esquemas, que te revuelca por el fango y que te arrodilla ante la vida. Ella había sido una ilusión muy profunda para él y por ella había hecho cosas inimaginables. Ernest era feliz al saber que Sarah también lo era, aunque no fuera con él. Probablemente, siempre la amaría y, posiblemente, nunca conseguiría olvidarla; pero si de algo estaba seguro cuando salió de aquella habitación era de que Agnes desde un principio había sido única e irrepetible. Quizá le tomó tiempo darse cuenta de que aquella niña que lo salvó no solo era una mujer a la que agradecer un favor, sino que era aquella mujer a la que nunca había podido sacar de su mente, ni con el paso de los años, ni con el paso del dolor, ni con el paso de más mujeres por su vida.

No se imaginaba una vida sin ella; en realidad, nunca dejó de pensar en ella, pero, ahora que la tenía frente a sus ojos, dispuesta a seguirlo allá donde fuera, no la dejaría sola por más tiempo. Salió de aquella habitación deseando fugarse con ella lejos, quizá a España o puede que a Bruselas. Lo único que le importaba era que, cuando girara su cara, ella siempre fuera el rostro que estuviera a su lado.

Durante los meses de agosto y septiembre de 1942, el centro Sonnenstein fue anulado y las instalaciones que fueron usadas para cometer atroces crímenes, como las cámaras de gas o los hornos de cremación, se desmantelaron. Los agujeros de las paredes y las puertas se tapiaron con ladrillos y, a partir de ese

momento, sobre el mes de octubre, Sonnenstein se usó como hospital militar; aunque lo cierto es que los pocos alemanes nazis que quedaban se cobijaron allí para seguir cometiendo barbaridades clandestinas. Su suerte cambió años más tarde, cuando uno de los pacientes que sufrió los experimentos más devastadores consiguió huir y dar alerta de la guarida de esos buitres carroñeros. Cuando las tropas soviéticas supieron de sus acciones, se embarcaron rápidamente hacia el castillo con el único propósito de llevarlo a la ruina y apresar a todas las personas que estuvieran dentro, sin preguntar quién era inocente y quién era culpable. Schumman y Mengele estaban al tanto de que las tropas enemigas avanzaban con gran rapidez y conocían la probabilidad de ser capturados y condenados por crímenes de guerra, pero tenían una salida lo suficientemente viable como para permanecer allí hasta su última intervención: la lobotomía de Ernest Müller.

El quirófano se preparó a primera hora de la mañana y, en el transcurso de las horas, se prepararon minuciosamente para aquella intervención que esperaban que cambiara el rumbo de la medicina moderna. Iba a ser una cirugía de lo más comedida y discreta, por eso solo contaron con la ayuda de Agnes y una enfermera más; no podían arriesgarse a que nadie supiera de sus intenciones, no querían testigos que pudieran delatarlos si su plan de fuga fallaba y creían en la lealtad de aquellas dos mujeres. De una de ellas sí la tenían, pero de Agnes jamás la tuvieron y jamás la tendrán porque, para Agnes, la lealtad había que ganársela a pulso y a base de buenas acciones.

La intervención se realizaría a las dieciséis horas y treinta minutos. Era algo sencillo, apenas duraría media hora y, tras esa intervención, podrían salir de Sonnenstein rumbo a Argentina o Brasil; todavía lo estaban decidiendo.

Agnes fue la encargada de preparar todo el material necesario para la operación y, cada vez que cogía un utensilio para la lobotomía, su cuero se estremecía pensando que, si ella no estuviera allí, Ernest sería víctima de la crueldad humana que, a lo largo de los años, no había parado de ver por parte de los alemanes nazis. Los nervios aumentaban por segundos; sabía que no podían cometer ningún fallo o todo el plan pondría en peligro la vida de los tres. Rezó, incluso cuando creer en Dios se había vuelto complicado con el paso de los años. Pidió ayuda a aquellas personas que se fueron demasiado pronto y se juró a sí misma que, pasara lo que pasara, no abandonaría a Ernest Müller por nada del mundo. Qué ilógico se había vuelto todo, pensaba Agnes mientras seguía colocando las herramientas del terror. Los años habían pasado demasiado rápido, pero a la vez sentía que desde la última vez que vio a Ernest había pasado toda una eternidad. Se sentía contrariada y dolida con la vida. El destino había vuelto a cruzar a ese muchacho hambriento en su camino y el

final sería emprender una huida casi de por vida para ser felices. No consideraba justo lo que estaba ocurriendo, pero en aquel momento no tenía tiempo de pensar en las injusticias que se cometían a diario en aquella época; tan solo quería escapar con el joven Müller y lanzarse a la aventura de ser libres, de no tener miedo, de ser felices, de volver a ser humanos esperanzados por un mundo mejor.

Hubert estuvo en su cuarto hasta que la intervención empezó. Rompió a llorar como jamás se había permitido hacer, como un niño asustado. Había sido fuerte demasiado tiempo y las fuerzas flaqueaban. Desde que comenzó la guerra, había empuñado demasiadas armas en sus manos y había propulsado demasiadas balas con las mismas. Conocer a Ernest Müller le brindó la potestad de tener conciencia y, aunque ahora era mejor persona, también se convirtió en una persona atormentada por sus actos. Ayudar a su camarada era la única forma de redimirse por su terrible pasado y haría lo que fuera necesario para que la única persona que logró ver más allá de una esvástica tatuada tuviera el final feliz que él nunca podría tener. Hubert tenía la imperiosa necesidad de salvar una vida por todas las que había quitado y, aunque tenía claro que su futuro no iba a ser muy largo, no le importaba, pues lo único que tenía importancia para él era que Ernest mantuviera esa parte de sí mismo tan especial que lo hacía un ser genuino.

Las manecillas del reloj corrían como si alguien desde fuera les diera velocidad, así hasta que las dieciséis horas y cinco minutos llegaron a apuntar a lo alto de su esfera. Agnes y la enfermera que participaría en la intervención fueron a recoger a Ernest, quien había bajado al *hall* a mirar por la ventana una imagen que jamás podría olvidar, la última imagen de su esclavitud en aquel centro. No medió palabra con ninguna de las dos y así fue como recorrieron gran parte del edificio hasta llegar a la sala en la que pretendían arrebatarle lo más valioso de su ser.

Mengele y Schumman esperaban totalmente preparados para intervenirlo. Se sentía la energía negativa que desprendían por cada poro de su piel y en sus miradas se notaba la crueldad más absoluta y la arrogancia que los caracterizaba como dos de los seres más despiadados que han existido en la faz de la tierra. Lo ayudaron a tumbarse en la camilla de la manera que ellos querían, inclinándolo los grados suficientes para poder comenzar la intervención de sus vidas. Todo estaba listo para que a Ernest Müller le ejecutaran la práctica más terrible que una vez alguien se atrevió a crear. Por otro lado, Hubert ya tenía aprendido el camino que Agnes le había enseñado para llegar a tiempo y, sentado en su silla, esperaba a que el reloj marcara la hora correcta para emprender el camino hacia la salvación de su camarada.

Todo estaba listo, incluido Libert, quien se quedó postrado al lado de Ernest con una sonrisa de oreja a oreja, intentando disimular los nervios que sacudían su pequeño cuerpo.

—Bien, estamos listos para comenzar, doctor Mengele —sentenció Schumman mientras se disponía a coger la cánula.

—Señorita Lerman, proceda con la anestesia. —Sus piernas temblaban.

Agnes cogió la jeringuilla que tenía dentro el líquido que sedaría a Ernest para que su cerebro se viera alterado de por vida. Hubert tendría que haber llegado hacía dos minutos y Ernest comenzaba a impacientarse demasiado. Por su cabeza empezaron a pasar miles de pensamientos que lo hacían temer por la vida de Hubert. ¿Qué estaría pasando fuera de esa sala para que Hubert no llegara a la hora prevista? Sabía que su movilidad era altamente reducida, pero no dudaba de su valía y de su lealtad hacia él. Si algo estaba retrasando su llegada, tenía claro que era por circunstancias ajenas a su voluntad.

La joven enfermera hizo todo lo posible por retrasar la inyección de anestesia, hizo que se le caía, después que tropezó con su compañera, pero no podía hacer mucho más sin levantar sospechas. Los doctores comenzaban a ponerse nerviosos y era lo peor que podían hacer para que la misión que tenían entre manos saliera como habían planeado.

Hubert había salido de su cuarto a la hora exacta y sabía el tiempo exacto que tardaría en llegar a su meta, pero lo que no sabía y con lo que no contó era con que uno de los pacientes internados por serios problemas mentales se interpondría en su camino por puro azar y lo retrasaría. Cuando salió de aquella habitación, a mitad de camino, empujando su silla de ruedas totalmente oxidada, con las manos destrozadas por cortarse con el metal que lo sostenía a un palmo del suelo, se topó de frente con uno de los soldados que había perdido totalmente la cabeza cuando llegó de la batalla de Gran Bretaña. Tal era su pérdida de realidad que seguía pensando que estaba en la guerra cuando su medicación se retrasaba o se perdía por el camino. Aquel soldado medía más de un metro ochenta y, con su internamiento, se había convertido en una mole difícil de combatir. Aunque se hubiera tratado de un hombre bajito y menudo, Hubert estaba en una clara situación de desventaja y cualquier altercado que sucediera en su camino podía suponer la perdición de Ernest. Aquel soldado se interpuso en su camino pensando que Hubert había ido a liquidarlo, estaba totalmente convencido de que el centro Sonnenstein era una tapadera de los británicos para castigarlo por todos los cuerpos que dejó en aquella batalla y, cuando no se tomaba la medicación, atentaba contra todos los que se cruzaban en su camino.

Empujó a Hubert varias veces hasta hacerle casi caer de la silla, pero el

veterano soldado no se quedó quieto e intentó por todos los medios reducirlo. Atentó contra sus piernas, que era la única parte de su cuerpo a la que llegaba con exactitud, pero aquel soldado enfermo no caía. Fue entonces cuando Hubert recordó que en plena batalla uno de sus compañeros perdió totalmente la cabeza e intentó asesinarlo mucho antes de perder la pierna. Su compañero creía que Hubert era un infiltrado enemigo y que estaba haciendo un papel para finalmente matarlo. Luchó contra él e hizo todo lo posible porque entrara en razón, pero sus esfuerzos violentos y a golpes no sirvieron de nada; hasta que otro compañero comenzó a hablarle de su pasado, de su familia, de su mujer y de sus hijos y el soldado paranoico bajó la guardia y pudieron llevárselo lejos del frente antes de que pusiera su vida en peligro y la del resto de sus compañeros.

De los paseos que se daba por el castillo, de los pocos que tenía permitidos, recordó una conversación que Schumman tuvo con ese mismo exsoldado. Le preguntaba si recordaba su infancia en Hamburgo y a qué se dedicaba antes de meterse en la guerra de lleno, porque aquel hombre era de los pocos que habían estado al frente de los nazis por pura supervivencia. Cuando consiguió echar su silla de ruedas hacia atrás y tener una distancia prudencial con él, empezó a hablarle de uno de sus viajes a Hamburgo, lo bonito que era y lo mucho que apreciaba aquel lugar. Al principio, no consiguió más que unas cuantas patadas en su silla increpándolo por querer manipularlo, pero finalmente usó la palabra clave que a casi todo el mundo le hace entrar en razón: «familia». Le preguntó por su mujer e, intentando desviar su atención en él, continuó hablando mientras se alejaba lo más rápido posible; incluso le dijo que sus hijos habían ido a visitarlo y se encontraban en la planta baja del edificio. Por fin logró zafarse de aquel hombre vigoroso y rodó sus ruedas lo más rápido posible hacia Ernest, sabiendo que era probable que no llegara a tiempo. Rodó sin parar, parecía que la silla de ruedas tenía un motor incluido que le daba más y más velocidad. Los pasillos de aquel lugar se convirtieron en una carretera que tenía que traspasar lo más rápido posible. Agnes estaba a punto de inyectarle a Ernest la anestesia, temblorosa y llena de nervios, bajo la mirada del joven Müller y de Libert, quienes temían el peor de los destinos.

La puerta se abrió de golpe.

—¡Malnacidos! —Hubert interrumpió a tanta velocidad que terminó colisionando con la camilla donde estaba su cámara.

—¿Qué es esto? —Schumman sacó su lado más violento.

Lo recogió del suelo y, dando una patada a la silla para sacarla de la sala, agarró a Hubert por la pechera y lo sacó a rastras, ordenando al resto de su equipo que siguieran con la intervención, pues él iba a ocuparse personalmente

de ese tipo. En el momento en que Schumman salió por la puerta, Agnes se giró e inyectó la sedación a su compañera mientras que Ernest se levantó y se abalanzó sobre Mengele, con el que forcejeó y luchó hasta que pudo dejarlo inconsciente en el suelo. Lo habían conseguido. Con la enfermera y Mengele tendidos en el suelo, Agnes y Ernest se abrazaron pletóricos por haber salido victoriosos de aquel plan maestro que maquinaron para salvar sus vidas.

Abrieron las puertas de aquella sala que tan siniestra se tornaba por momentos. Su suerte cambió cuando una vara metálica impactó sobre la cabeza de Ernest, haciéndolo caer al suelo totalmente desvanecido. Schumman había atado a Hubert a una columna del pasillo y había vuelto a terminar lo que había empezado. Agnes fue apresada por dos celadores del centro alertados por los gritos de su superior y Ernest fue postrado de nuevo en esa camilla de la que tanto quería huir.

Agnes gritó, pataleó, insultó y lloró de rabia por no haber conseguido lo que quería. Se la llevaron junto con Hubert a los calabozos que tenían provistos para presos conflictivos, ante la impotencia de ambos que no podían hacer nada por parar esa indeseable situación. A Ernest, ya inconsciente en la camilla, le administraron otra dosis nueva de anestesia, ni siquiera se dio cuenta de lo que estaba pasando, no tuvo tiempo ni siquiera de defenderse ni de reaccionar; el golpe en la cabeza lo había dejado totalmente KO. Libert seguía a su lado y vio como poco a poco lo iban echando de la vida de Ernest. Hubiera dado lo que fuera por convertirse en alguien real y rescatar a su gran amigo de allí; pero él no era más que un producto de la imaginación de Ernest, quien a medida que avanzaba la lobotomía se evaporaba.

Horst Schumman terminó con éxito lo que había empezado y, nada más terminar la intervención, recogió sus cosas y huyó solo, sin Mengele. Puso rumbo hacia Egipto, huyendo del destino que le esperaba. Y, aunque muchos años más tarde fue capturado, terminó siendo puesto en libertad por problemas de salud. Pasó pocos años en prisión por sus delitos y jamás pagó por todos los crímenes y experimentos que había realizado a lo largo de su vida y de su carrera. La vida nunca le dio lo que realmente merecía y se dice que siempre hablaba de la intervención de su vida, de la que luego escribió una tesis llamada *La cura de la locura es posible*.

Mengele también logró escapar, a Brasil, donde continuó su vida y su carrera hasta que a los sesenta y siete años murió. Tampoco pagó nunca por las atrocidades que cometió y su nombre se hizo bastante famoso entre las historias del holocausto nazi. Intentó pasar desapercibido, pero la maldad humana siempre sale a la luz.

Ernest Müller se despertó de su intervención pasadas dos horas,

completamente solo en aquella sala, desconcertado y recordando a trozos lo que había pasado unos instantes antes. Cuando salió de aquella zona, Sonnenstein había entrado en un profundo caos con la huida de Schumman y Mengele. Las tropas soviéticas llegarían en apenas seis horas y la mayoría de los que allí residían emprendieron su huida con lo puesto. Muchos de los soldados que habían padecido enfermedades mentales tras la guerra destruyeron todo lo que había dentro del castillo, prendieron fuego a gran parte del edificio y se mataban unos a otros sin escrúpulos. Ernest no se iba a ir de allí sin Agnes y sin Hubert y puso pies en polvorosa para encontrarlos lo más rápido posible. Solo se acordaba de Hubert tendido en el suelo con las manos de Schumman en su pechera, desde ahí todo se volvía negro.

Entró en la sala de enfermeras, en la habitación de Hubert, pasó por varias zonas esquivando el fuego y luchando con varios locos para encontrarlos. Bajó las escaleras al sótano lo más rápido que pudo, pensando que tal vez sus amigos habían sido trasladados en aquel momento a los calabozos que tenían para retener a la gente; y así era. Agnes y Hubert estaban en la misma celda. El humo del incendio que se había desatado arriba les impedía respirar con normalidad. Cogió una lámpara de metal que había en la mesa del guardia que ya había escapado y rompió la cerradura para sacar a sus amigos.

—Ernest, ¿cómo estás? ¿Qué te han hecho? —preguntó Agnes mientras se agarró a él.

—No lo sé, no estoy seguro. Tenemos que irnos.

Los tres amigos subieron lo más rápido posible a la salida para escapar lo antes posible de allí. Sonnenstein se había convertido en una batalla más que librar antes de convertirse en personas libres. Las tropas enemigas estaban muy cerca de allí y era posible que no encontraran más que unos cuantos escombros y varios cadáveres. En la parte trasera del edificio todavía había uno de los coches abandonados por la fuga veloz de muchos de los que allí había. Les costó mucho llegar hasta esa parte trasera y, cuando estaban a punto de cruzar el umbral que los separaba de ese coche, Agnes frenó en seco, pidió a Ernest y a Hubert que se montaran en el coche y lo arrancaran; si en cinco minutos no volvía, debían irse sin ella. Ernest se negó, pero Hubert tiró de él hasta que cruzaron la puerta.

Agnes corrió lo más rápido que pudo, esquivando la guerra que se había montado en aquel lugar que tanto odiaba. Logró llegar al despacho de los dos animales que habían huido con el rabo entre las piernas y rebuscó en sus papeles hasta que encontró lo que estaba buscando: el cuaderno de Ernest Müller. Mientras tanto, Hubert gritaba a Ernest para que arrancara el coche lo más rápido posible y, cuando lo consiguió, Agnes ya salía por la puerta

dispuesta a irse de ese lugar que estaba siendo comido por las llamas. Aceleró al máximo cuando las sirenas de las tropas soviéticas empezaron a sonar a sus espaldas. Habían llegado antes de lo previsto y vieron el coche salir del complejo, por lo que lo persiguieron hasta que, finalmente, acorralaron a los tres, apuntándolos con sus armas para que bajaran del coche.

En aquel momento, Ernest se desmayó, había sido demasiado todo lo que había ocurrido después de que le practicaran la lobotomía. Los tres fueron apresados y metidos en un furgón, dispuestos a declarar ante los organismos oportunos a los que estaban siendo trasladados. La vida no es justa, pero lo que sí es cierto es que en esta vida siempre se recoge lo que se siembra. Llegaron a una base militar afincada al norte de Hamburgo donde se habían establecido para encerrar a los soldados nazis.

Ernest seguía inconsciente e incluso fue atendido por los médicos que estaban allí dispuestos a mantener con vida a todos los nazis para después juzgarlos y encerrarlos. Hubert estaba asustado, pensando que allí se había terminado todo e impotente por no haber logrado su cometido: mantener a salvo a Ernest y a Libert. Agnes fue llevada a una sala aparte como personal sanitario y fue la primera en declarar. En la vida, siempre recoges lo que siembras y varios de los soldados que apresaron a los tres amigos le debían demasiado a Agnes porque, gracias a ella, habían conseguido salir sanos y salvos de Auschwitz. Agnes declaró que Ernest Müller y Hubert fueron soldados enviados a la guerra por obligación y que ninguno de los dos había cometido ningún crimen de guerra, logró salvarles la vida y les otorgó esa libertad que tanto anhelaban todos. Fueron llevados a un lugar seguro hasta que pudieran irse de allí.

—Agnes, ¿qué ha pasado? —preguntó Hubert.

—Está todo solucionado. —Le sonrió—. Pronto nos iremos de aquí.

Ernest poco a poco fue recuperando la consciencia y Agnes pidió ocuparse de él personalmente. Tardó un buen rato en despertarse del todo, pero, cuando lo hizo, no pudo hacer otra cosa que llorar de felicidad al ver a su camarada y a Agnes a su lado, libres y seguros. Agnes le explicó todo lo que había ocurrido y Ernest la besó tan profundamente que incluso a Hubert se le escaparon unas cuantas lágrimas de felicidad. Pero todavía quedaba algo importante por saber, algo imprescindible para todos ellos: qué había pasado con Libert.

—Ernest, voy a hacerte un reconocimiento neurológico para asegurarme de que no hay ningún daño cerebral de relevancia. ¿De acuerdo? —dijo Agnes.

—Sí, claro.

—Sigue mi dedo con tus ojos. Levanta las manos. Apriétame las mías… —Faltaba la pregunta, la pregunta que tanto Agnes como Hubert estaban

deseando hacerle al joven Müller. La pregunta llegó—: ¿Dónde está Libert? —preguntó Agnes, impaciente por la respuesta.

—¿Libert? No sé de qué me hablas, Agnes. —Su respuesta les cayó como un jarro de agua fría.

Ninguno de los dos se atrevió a decir nada y, mientras se miraban de manera cómplice, comprendieron que la intervención que le practicaron había resultado con éxito. Ernest Müller había sido curado de su locura y también despojado de la parte más importante y esencial de su ser. Agnes salió y, cayendo al suelo con la espalda pegada a la pared, rompió a llorar. Dicen que, cuando lloras, muchas veces lloras por todo lo que no lloraste en su día y eso fue justamente lo que le ocurrió a ella. Rompió a llorar por todas las veces que no se había permitido el lujo de hacerlo. Rompió a llorar echando de menos a sus padres, lamentando la muerte de tantas personas, pero, sobre todo, lloró por la pérdida más importante de Ernest Müller: la de Libert. Nunca lo había visto ni había hablado con él, pero ya lo echaba de menos. No sabía qué sería de su gran amor después de haberse perdido a sí mismo sin ni siquiera ser consciente de ello. Sacó de su bolsillo el cuaderno enrollado que logró rescatar de las llamas de un lugar invadido por el odio y el miedo, lo miró, lo ojeó y lo volvió a guardar cuando Hubert salió a por ella.

—Hemos hecho todo lo que hemos podido —dijo el veterano.

—Nunca será el mismo sin Libert. —Lloraba mientras lo decía.

—Lo sé.

—Tiene derecho a saberlo —dijo Agnes mostrándole el cuaderno.

—¿Estás segura? Puede que nunca lo supere —preguntó Hubert.

Agnes se levantó, abrazó a Hubert y le agradeció todo lo que había hecho por Ernest y por ella. Se adentró al lugar donde Ernest estaba sentado, mirando por la ventana y respirando profundamente, tranquilo, pensando que todo había terminado. Agnes se sentó a su lado y le cogió la mano llorando desconsoladamente. Sacó de nuevo el cuaderno y se lo puso en las manos. Tan solo le dijo una frase:

—No puedo permitir que olvides quién eras. —Se levantó y se fue, cerrando la puerta.

Ernest no entendía lo que quería decirle y tampoco sabía por qué le había dado aquel cuaderno sucio y destrozado. Estaba confuso y necesitaba descansar, pero apoyó su espalda contra el respaldo de la silla y comenzó a leer.

Dicen que olvidar es una de las peores sensaciones del mundo. Es verdad que muchas personas darían lo que fuera por olvidar ciertas cosas, como todos aquellos que vieron sus vidas secuestradas por los nazis y por la guerra. Hay

personas que, cuanto más intentan olvidar, más recuerdan, y eso es algo que los perturba constantemente. Otros olvidan sin quererlo y se frustran constantemente al ver que sus recuerdos más valiosos se esfuman como el humo de una chimenea que no quieren apagar. La memoria es el bien más preciado del ser humano y deberíamos cuidar mucho más nuestros recuerdos de lo que lo hacemos. Nuestro cerebro alberga cada día que pasa nuestras penas y alegrías, nuestros fracasos y nuestras victorias. La memoria es la que nos da la capacidad no solo de recordar, sino de revivir aquellos momentos por los que nos convertimos en las personas que hoy en día somos.

Agnes y Hubert dejaron a Ernest solo para que leyera tranquilamente todo lo que él mismo había ido escribiendo a lo largo de su vida. No sabían cuántas cosas habían desaparecido de su mente y cuántas continuaban, pero lo único que les importaba es que supiera de la existencia de Libert. Ernest tenía derecho a saber quién había sido aquel niño tan pequeño pero tan grande que le había ayudado a sobrevivir a la Segunda Guerra Mundial.

Pasaron dos horas hasta que Ernest salió de aquella habitación. Agnes y Hubert lo estaban esperando en otro lugar, donde intentaban descansar, ya que ambos o, mejor dicho, los tres estaban demasiado débiles para continuar. Necesitaban descansar. Ernest se tumbó a su lado y cerró los ojos sin mediar palabra alguna. Los tres se quedaron profundamente dormidos durante más de doce horas.

Ernest no paró de soñar en toda la noche o, más que soñar, revivió cada momento de su vida con todo lujo de detalles. Y en todos esos momentos, en todas esas escenas, aparecía aquel niño pequeño que lo había acompañado durante toda su vida, sin despegarse de él ni un solo instante. El cerebro del joven Müller se había visto alterado por aquella intervención y lo cierto era que había curado esa parte de él anómala, pero no le había quitado la virtud de recordar y recordó.

Recordó a Libert en todas sus facetas, en todos aquellos momentos en los que se lo llevó para que pudiera soportar la barbarie a la que estaba sometido. Recordó cada llanto y cada risa a su lado. Recordó su cara aniñada y su carácter tan adulto. Recordó la primera vez que lo escuchó cuando sus padres aún seguían con vida. Recordó cómo y cuándo le brindó un cuerpo y un rostro. Recordó lo mucho que lo echó de menos cuando decidió echarlo de su vida en un momento tan duro. Recordó tenerlo al lado cuando vio por primera vez a Agnes y cómo ella le preguntaba sin cesar sobre Libert. Recordó tantas cosas de él que deseó con todas sus fuerzas volver a verlo y, entre sueño y sueño, lo llamaba sin parar, pero Libert no acudía a su llamada. Tan solo lo veía en sus recuerdos, pero nada más.

Se despertó alterado, gritando su nombre y despertando a Hubert y a Agnes.

—No consigo oír ni ver a Libert. —Rompió a llorar y Agnes lo abrazó corriendo.

—Lo sé, Ernest. Lo siento muchísimo.

—No está, Agnes. No está. —Siguió llorando. Ernest comprendió que Libert se había ido para siempre y lamentó todas las veces que dudó de él. Sentía que su alma se había quebrantado como un cristal que se rompe en mil añicos. Sabía que jamás podría reconstruir tantos pedazos de sí mismo. Estaba tan cansado y tan débil que apenas podía sostener el abrazo de Agnes para consolarse—. Necesito estar a solas —dijo Ernest.

Hubert y Agnes se marcharon de allí y respetaron su petición de soledad. Se sentó al borde de la cama que le habían preparado y comenzó a decir su nombre en alto: Libert. Lo llamó una y otra vez: Libert. Pero Libert ya no estaba allí. El recuerdo era mucho más fuerte que el olvido. Se sintió como todos esos soldados que no habían tenido la suerte de tener a Libert en sus vidas y volvieron de la guerra siendo otras personas. A todos ellos les habían arrebatado algo muy profundo dentro de su ser y Ernest había aguantado tanto porque compartía todo ese dolor con Libert, pero sin él su vida carecía de sentido. No podía soportar el hecho de saber que jamás volvería a verlo.

Se levantó y se dirigió donde Agnes y Hubert lo esperaban y se quedó en la puerta mirándolos, pasando tan desapercibido como siempre había pasado. Dejó el cuaderno apoyado y entró en la sala donde tenían todos los medicamentos para curar a los soldados que debían mantener con vida. Si algo recordaba eran todas las nociones de medicina que había aprendido cuando fue partícipe de las Waffen-SS. Sacó una jeringuilla del cajón y cogió un bote pequeño de cloruro potásico que había en una de las vitrinas.

Respiró profundo y sintió el aire del río Mosella acariciando sus mejillas, notó los besos de Sarah y de Agnes en sus labios y el fuerte apretón de manos de su camarada Hubert. Se remangó la manga de la camilla y se inyectó aquella solución. Se sentó en la silla y esperó.

Cuando Agnes y Hubert llegaron, ya era demasiado tarde. No tenía pulso. Agnes gritó para que los médicos fueran y Hubert se apartó con las manos en la cabeza totalmente en *shock*. Ernest Müller se había quitado la vida. Nadie lloró tanto su muerte como Agnes y Hubert, pero nadie entendió tanto su decisión como ellos.

Ernest Müller no quería ser normal y lo obligaron a serlo. Él no era capaz de seguir con vida alejado de Libert porque eso significaba que tendría que seguir con vida siendo alguien que no era. No fue capaz de asumir que una parte de él se había ido, ni fue capaz de asumir que a partir de ese momento nunca

volvería a ser el chico al que tantos le debían la vida. La vida no tenía ningún sentido para él si Libert no lo acompañaba y, aunque dejara atrás a Agnes y a Hubert, sabía que entenderían su decisión.

En la vida nos encontramos con miles de escenarios que desearíamos borrar de nuestra historia y, aun así, continuamos nuestro camino del mejor modo, porque continuar el camino te hace crecer como persona, te hace aprender de las lecciones que la vida te regala, te hace ser mejor. Pero, cuando nos perdemos en ese camino, lo único que nos queda para seguir en pie somos nosotros mismos y ese es el único motivo por el que la vida no es tan injusta como parece. La vida nos otorga la divinidad de construirnos a nosotros mismos a lo largo de los años, puede que lo hagamos mejor o peor, pero lo hacemos. A Ernest le costó mucho asumir quién era y estar a gusto consigo mismo, tanto que, cuando asumió su propia locura, se dio cuenta de que no sabría vivir sin ella. Libert solo era un producto de su imaginación, tan solo era una parte de su mente enferma. Libert era su propia locura, pero como dijo Heinrich Heine: «La verdadera locura quizá no sea otra cosa que la sabiduría misma, que, cansada de descubrir las vergüenzas del mundo, ha tomado la inteligente resolución de volverse loca».

Índice

Aporía 11
Preticor 29
Entelequia 49
Iridiscencia 71
Sintonía 95
Limerencia 115
Serendipia 133
Nihilismo 153
Arcángel 171
Catarsis 187
Telos 209
Arrebol 225
Reminiscencia 243
Retentividad 259
Sempiterno 275